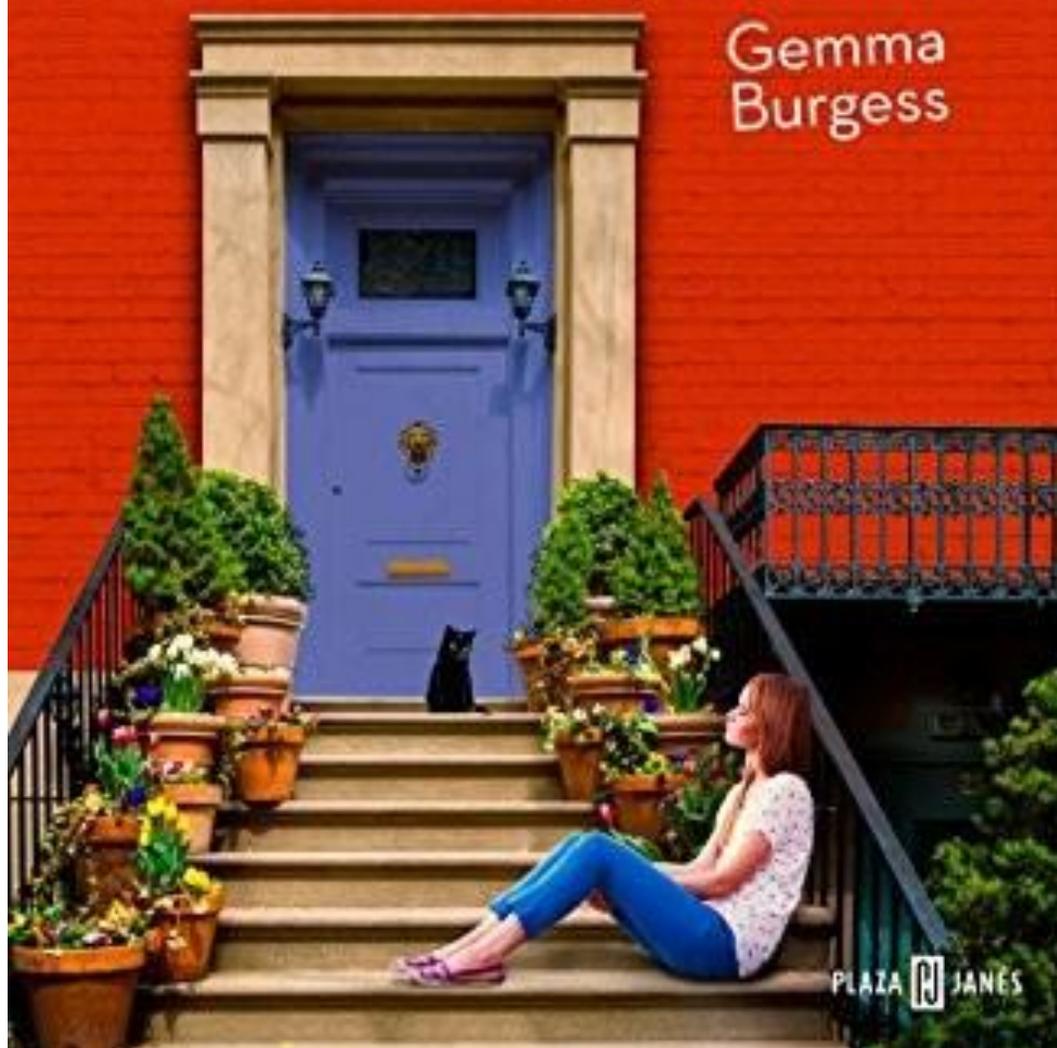


Chicas de Brooklyn

Secretos y mentiras

Gemma Burgess



Gemma Burgess

SECRETOS Y MENTIRAS

CHICAS DE BROOKLYN 2

Traducción de Andrea M. Cusset

Título original: *Love and Chaos*

Para nosotras

1

Se suponía que cuando cumpliera los veintitrés yo iba a ser alguien.

Que tendría una carrera. Que sería buena en algo. Que sería feliz.

Pero aquí estoy, a menos de dos meses de cumplirlos, «poniéndome al día» con Annabel, mi madre, delante de un zumo de frutas y unos gofres en un café diminuto llamado Rock Dog, porque estoy sin trabajo y no tengo nada mejor que hacer una mañana cualquiera entre semana.

Los gofres son orgánicos, por cierto, y el zumo, también orgánico, es de arándanos rojos, unos ridículos frutos escandinavos conocidos por sus antioxidantes. Pero esto es Brooklyn, y cuanto más grande es el enigma, más credibilidad tiene. Personalmente no tengo ningún problema con SunnyD o una buena Coca-Cola, con todas sus calorías, pero cualquiera puede preparar una hamburguesa, ¿no?

Y, como no podía ser de otra manera, el camarero, a quien Annabel ya ha estado a punto de gritar dos veces, viene corriendo con la jarra para llenarnos los vasos, tropieza y..., bum, acabo cubierta de zumo de arándanos. Así que ahora estoy toda pringosa. El remate para una mañana (no tan) deliciosa.

El chico se muere de vergüenza.

—¡Vaya! Lo siento mucho, deja que te lo limpie...

—¡Ya puedes ir olvidándote de la propina! —grita mi madre, furiosa.

—No seas exagerada —la interrumpo—. Ha sido un accidente.

—Pero ¡te ha estropeado la camiseta!

—De todos modos estaba harta de ella.

—No sé por qué insistes en venir a estos ridículos sitios —añade mientras le suena el móvil.

«Dios, está de mal humor.»

—¡Bethany!... No, querida, todavía estoy con Angelique. En alguna parte de Brooklyn. Ya sé, ya sé...

El camarero tiene lágrimas en los ojos, y pasa la bayeta frenéticamente al tiempo que susurra:

—Lo siento, de verdad. Estoy tan nervioso que no dejo de tirar cosas. Es la primera vez que trabajo sirviendo mesas.

—Tío, no pasa nada —respondo en el mismo tono—. No llores nunca por nada que no vaya a llorar por ti.

Se le ilumina la cara.

—¡Muy buena filosofía de vida! ¿Puedo usarlo?

—Todo tuyo. Estampa unas camisetas. O imprime pegatinas para el coche. Tú mismo.

Se echa a reír.

—¡Eres muy graciosa! Me llamo Adrian.

—Angie.

Annabel cuelga y me mira pestañeando hasta que Adrian se marcha. Siempre pestañea cuando está cabreada. Que entable amistad con el camarero es justo la clase de actitud que encuentra irritante.

—Bueno, tengo noticias. Tu padre y yo nos divorciamos.

—¿Qué?

¿Por eso ha venido desde Boston? Estoy tan sorprendida que no soy capaz de decir nada. Me limito a mirarla, con un pedazo de gofre todavía a medio masticar en la boca.

—Ya está arreglado. —Examina el vaso en busca de marcas de pintalabios—. Hemos firmado los papeles, está todo hecho.

Finalmente consigo tragar.

—¿Os... divorciáis?

—No es tan sorprendente, ¿no? Teniendo en cuenta lo que lleva años haciendo... Y tú ya eres demasiado mayor para seguir siendo la niña de papá, así que no veo por qué iba a molestarte.

—Muy bien. —Saco un cigarrillo y me lo llevo a la comisura de los labios. Lo encuentro reconfortante. (Sí, ya lo sé, fumar es malo para la salud...)—. Os divorciáis. De puta madre.

Annabel vuelve a pestañear. La princesa Diana ejerció gran influencia en su filosofía de maquillaje: generosa con el lápiz de ojos azul.

«Se divorcian —resuena insistentemente en mi cabeza—. ¿Por qué no me lo ha contado mi padre?»

Annabel carraspea.

—Entiendo que has roto con Mani. ¿Otra vez soltera?

No contesto. El año pasado, en un momento de descuido y absoluta estupidez, le hablé del tío del que creía estar enamorada.

—Desafortunadas en el amor, así somos tú y yo —continúa con aire despreocupado—. Quizá podamos salir de caza las dos, ¿eh? ¿Qué tal está mi querida Pia? ¿Por qué no quedamos todas y pasamos una noche de chicas?

La miro fijamente durante unos largos segundos. Joder, se ha vuelto loca.

Cuando se va al baño establezco contacto visual con Adrian y hago el gesto de escribir en el aire para pedir la cuenta.

Acude enseguida.

—¡Siento lo de antes! Corre de mi cuenta, de verdad...

—No seas tonto —contesto, y le tiendo un billete de cincuenta dólares al tiempo que me levanto para ponerme el abrigo—. Quédate el cambio. La propina es toda para ti.

—Oh, Angie, ¡gracias! —Adrian parece estar a punto de llorar otra vez, pero de pronto me examina con aire preocupado—. Espera, ¿estás bien?

Asiento, aunque no puedo ni mirarle a la cara. Si lo hago, juro por Dios que me vendré abajo. Necesito estar sola.

Me marcho antes de que mi madre salga del lavabo. Se las arreglaré para volver a su hotel en Manhattan. Mi madre es británica, vive en Boston la mayor parte del tiempo, y solo conoce Nueva York del año que vivió aquí, en el Upper East Side, cuando me tuvo a mí. Engordó tanto durante el embarazo que después de que yo naciera jamás salía del apartamento por si se encontraba con alguien conocido. Así que al parecer no vi el sol hasta que tuve cinco meses y ella había perdido los kilos de más. Y eso, amigos míos, resume por completo el enfoque de Annabel en lo referente a la maternidad.

Enciendo el cigarrillo en cuanto salgo. Así está mejor. Estamos a finales de febrero y hace un frío que pela, pero yo voy calentita. Llevo el abrigo de piel de mi difunta abuela; le di la vuelta y lo cosí a mano a una chaqueta procedente de excedentes militares cuando tenía dieciséis años.

«Se divorcian.»

Bueno, al fin, supongo, ¿no? Mi padre no ha sido el mejor marido del mundo. Aunque tampoco es que ella esté al tanto de eso. Me pregunto si ahora se lo contará. Probablemente no. ¿Por qué sacudir un barco que ya se hunde, o como se diga? Por un segundo, me planteo llamarlo. Pero ¿qué voy a decirle? ¿Felicidades? ¿Mis condolencias? Mejor espero a que me llame él.

Aunque no tengo muy claro cómo funciona esto. En plan ¿dónde pasaremos la Navidad el año que viene? ¿Cómo funciona el divorcio cuando tu hijo ya es adulto? No es que vayan a tener derechos de visita o batallas por la custodia o lo que sea, ¿no? ¿Dejaremos de existir como familia sin más?

Cuando era pequeña pasábamos todas las Navidades en casa de mi abuela en Boston. Yo siempre vaciaba mi calcetín en la cama de mis padres. Me sentaba entre los dos mientras ellos tomaban café y yo chocolate caliente, y compartíamos tostadas con pasas y mantequilla. Sacaba los regalos de mi calcetín uno por uno. Ellos se emocionaban muchísimo conmigo y nos preguntábamos cómo sabía Santa Claus justo lo que quería y cómo llegaba a todas las casas en una sola noche. Un rollo bastante normal, imagino, pero me invade una oleada

cálida de felicidad al pensar en ello. Estaba... bien, sin más. Todavía recuerdo aquella sensación de seguridad y unión.

Ahora no me imagino volviendo a experimentarla. Noto un vacío en el lugar que solía ocupar esa sensación.

Quizá debería crecer de una puñetera vez. Hace mucho que mi familia no está bien. Además, tengo casi veintitrés años, la edad que, al menos para mí, siempre ha marcado la verdadera entrada en la vida adulta. Supone el final del «llevo el pelo despeinado, se me ha olvidado ponerme sujetador e improviso porque estoy en la universidad», propio de los primeros años de la veintena, y el comienzo de la ropa interior a juego, la seguridad social, una carrera de verdad y un novio serio, lo típico de los veinticinco. Y yo no tengo ninguna de esas cosas ni de lejos.

«Se divorcian.»

Saco el móvil y llamo a Stef. Es un tío al que conozco, un niño de fondo fiduciario con un montón de amigos malos y drogas buenas. Siempre está haciendo algo divertido. Sin embargo, hoy no contesta.

Vivo con cuatro chicas más en una vieja casa de piedra caliza llamada Rookhaven, en Carroll Gardens, un barrio de Brooklyn, Nueva York. Me encantaría vivir en Manhattan, pero no puedo permitírmelo, y mi mejor amiga, Pia, me ofreció una habitación barata cuando terminamos de estudiar.

No creí que fuese a quedarme mucho, pero es el tipo de sitio en el que enseguida te sientes cómoda. En lo que a decoración se refiere, es una cápsula *kitsch* del tiempo, pero llevo viviendo aquí desde agosto, y ahora me gusta. ¿Qué puede ocurrir de malo en una cocina que siempre huele a vainilla y canela?

Entro y subo a mi habitación.

—¿Hay alguien en casa?

Nadie responde y no me sorprende. Todas están en el trabajo. Hasta hace unas semanas estuve trabajando como asistente personal de Cornelia Pace, una malcriada de la alta sociedad conocida de mi madre. Básicamente yo hacía recados para ella (tintorería, sastrería, recetas de Xanax) y ella me pagaba cuando se acordaba. Cornelia se ha ido a Europa a esquiar durante más o menos un mes. Dijo que me llamaría cuando volviese. Tengo suficiente dinero para sobrevivir

hasta entonces. Espero.

Y no, no acepto limosnas. Mis padres me pagaron el alquiler cuando me mudé aquí el año pasado, y siempre me daban una asignación generosa, pero, entre nosotros, ya no tienen dinero. En los últimos años han hecho algunas inversiones que han salido mal, y en Navidad mi padre me dijo que básicamente estaban arruinados, lo cual me asustó. Nunca le había visto tan derrotado, y no puedo seguir siendo una carga económica para él. Sobre todo después de la bomba que acaba de soltar mi madre. «Se divorcian...»

¿Tú crees que estar en una vieja casa vacía y gris, a las dos de la tarde en febrero, sin nada que hacer y ningún tío al que enviar mensajes, es una de las cosas más deprimentes de la historia del jodido universo? Yo creo que sí. Me siento como si tuviese los dedos de los pies helados desde siempre.

Oh, Dios, necesito unas vacaciones. Quiero arena en los pies y cielos azules y despejados y el calor del sol en mi piel y esa sensación de euforia, exaltación y cosquilleo que experimentas cuando te sumerges en el océano y el agua fría del mar te golpea en la cabeza. Me muero por ella. Cuando era pequeña pasamos las mejores vacaciones del mundo. Mi padre me enseñó a navegar y a pescar, y Annabel dejó de maquillarse y de preocuparse por su pelo durante unas semanas. Fue lo más cercano a la perfección que alcanzamos como familia.

Me dejo caer en la cama y observo mi habitación. Armario, cajonera, una estantería con números atrasados de *Women's Wear Daily* y el *Vogue* italiano, un viejo escritorio de madera con mi máquina de coser y dibujos y fotos que nunca llego a ordenar, y ropa por todas partes. Sobre todo en el suelo.

La ropa es mi vida, pero no en plan zorra pretenciosa adicta a las marcas. Sinceramente me gusta tanto H&M como Hermès (y de todos modos mi único Hermès fue regalo de un ex). Hacer ropa (o diseñar ropa o planear mentalmente cómo podría rasgar y volver a coser la ropa que tengo, mi ropa futura, la ropa de mis amigas y, a veces, para ser sincera, la ropa de completos desconocidos) es mi pasatiempo favorito. Puedo pasarme horas mirando al vacío pensando en ello.

Al parecer este fantaseo con la moda le da a mi rostro una especie de aire distante que viene a decir «Que te jodan».

Me pregunto cuántos problemas me ha creado el hecho de parecer una absoluta zorra cuando en realidad solo tengo la cabeza en otra parte.

Suspiro y me estiro hacia la mesilla, donde siempre tengo mi última novela, M&M, tabaco y vodka Belvedere. Leo un montón de novelas románticas, son mi vicio secreto. Pero hoy no bastarán. Lo único que quiero —no, que necesito— es olvidar todo lo que va mal en mi vida. Necesito escapar.

Y sé exactamente cómo hacerlo.

A mi salud.

2

—¿Qué pasa, zorritas? —Entro en la cocina dando grandes zancadas y saludo con una pirueta.

Son poco más de las siete de la tarde y todas han vuelto ya del trabajo y ocupan sus puestos habituales en la cocina: Pia está enviando whatsapps a su novio, Madeleine está leyendo *The New York Times*, Julia está contestando e-mails en su Blackberry mientras come pasta, y Coco está haciendo pasteles. Qué productivas. Planazo.

—¡Cara de Ángel! —exclama Julia—. Llegas justo a tiempo. Dame cartas.

Julia es una de esas chicas tipo «antigua líder del equipo de debate», ruidosa, deportista, que choca los cinco y trabaja mucho como aprendiz en un banco, ¿sabes a qué tipo de chica me refiero? Creo que su pelo salta automáticamente en una coleta cada vez que se levanta de la cama. Al principio no nos llevábamos bien, pero en realidad creo que es la hostia. Me hace reír muchísimo.

Tal vez solo sea que tardo mucho en conocer a la gente. O que la gente tarda en conocerme a mí.

—Oh, claro que te voy a dar —contesto al tiempo que cojo las cartas que siempre tengo encima del frigorífico—. Te voy a dar pero bien, como a ti te gusta.

Julia suelta una carcajada.

—Consigues hacer que todo suene obsceno.

—Todo es obsceno —replico—. Si se hace bien.

—¿Qué llevas en la camiseta?

—Buah. Zumo de arándanos.

—¿Has estado bebiendo? —pregunta Pia alzando la vista.

Pia es mi mejor amiga, y solía ser alguien con quien contar para salir de fiesta, una reina del drama mimada e hilarante que se lanzaba dando tumbos de una debacle a otra, pero llegó el día en que asentó la cabeza. Ahora tiene una carrera seria en el mundo de los camiones de comida y un novio serio llamado Aidan. Es tan serio que incluso cuida de su perro cuando él no está. Serio, serio, serio. Me alegro por ella... No, de verdad que lo hago. Conozco a Pia desde siempre, es tan inteligente y divertida, y merece ser feliz. Pero la echo de menos. Incluso si está aquí mismo, me da la sensación de que no está realmente. Si es que eso tiene sentido.

Pia no deja de mirarme. Es absolutamente preciosa: mezcla de suizo e india, ojos verdes y largo cabello oscuro.

—En serio, zorrita. ¿Has estado bebiendo?

—¡No...! Vale, es mentira. Sí, he estado bebiendo. En realidad he estado bebiendo y cosiendo —añado barajando las cartas tan rápido que parecen un lazo.

En realidad beber y coser ha resultado bastante divertido. Una parte de mi cerebro se concentraba en la costura, mientras que la otra iba saltando por mi subconsciente, pensando en pelis y libros y en Mani —el capullo que me dejó el año pasado— y en lo que mi abuela me enseñó sobre cortar patrones y preguntándome cuándo llamaría mi padre.

—Angie, mañana hay cole —dice Pia. Lleva su versión de traje y corbata: vaqueros ajustados, botas de tacón y una chaqueta muy chic que... un segundo, esa chaqueta tan chic es mía—. ¿No tienes cosas que hacer para Cornelia por la mañana?

—Cornelia no me necesita a toda potencia precisamente —contesto—. O a ninguna potencia. —No he entrado en detalles acerca de mi situación laboral actual con las chicas—. Bonita chaqueta, por cierto.

—Gracias. Te he pedido permiso esta mañana, pero estabas dormida.

—Creo que luego le bajaré el resto de la lasaña a Vic —dice Coco.

Vic es nuestro ancianísimo vecino; creo que lleva viviendo en el apartamento al nivel del jardín desde antes de que yo naciera.

—Buena idea, Cucu —responde Julia.

Coco sonríe de oreja a oreja. Es una adicta a la aprobaci3n. Coco es la hermana pequeña de Julia, y un verdadero encanto. Es auxiliar de guardería, y siempre que pienso en ella me recuerda a la señorita Honey del libro *Matilda*, de Roald Dahl.

Doy un sorbo a mi bebida y miro alrededor.  C3mo es posible que siga sintiéndome sola en una habitaci3n llena de gente?

— Qu  tal vuestro día en la oficina, queridas?

—Una mierda —responden Julia y Madeleine en el preciso momento en que Pia exclama « Genial! ».

—Estoy trabajando en un proyecto tan aburrido que puede que me convierta en una hoja de Excel —explica Madeleine.

Madeleine es una especie de enigma. (Envuelto en misterio. Oculto en una paradoja. O como quiera que se diga.) Contable, de ascendencia chino-irlandesa, inteligente, sarcástica, sale mucho a correr y hace yoga y mierdas de esas. Pia una vez la describi3 como «amable pero complicada». Madeleine se ha unido a un grupo como cantante hace poco, pero aún no nos ha dejado que vayamos a verles en directo.  Qui n coño quiere ser cantante para luego no dejar que nadie le escuche cantar?

—Al menos tu ambiente de trabajo no es hostil. Yo me siento al lado de un completo cretino que se pasa el día mirándome las tetas —dice Julia.

—Para ser justos, tienes unos melones enormes —señalo yo.

Julia frunce el ceño. Ups. Ese comentario tal vez le haya molestado. Bueno, si no puedes reírte de tus propias tetas, de qué vas a reírte,  no?

—Bueno, yo estoy contenta. Ruedas Flacas Miami ha duplicado sus beneficios en menos de un mes —dice Pia.

Ruedas Flacas es el imperio de camiones de comida que lanz3 hace unos meses. Ya sabes de qu  va: comida rica que no engorda. A veces creo que Pia ha sustituido literalmente nuestra amistad por un camión. Bueno, un camión y un tío bueno británico que tiene casa propia, así que Pia prácticamente vive all .

Pero tampoco es que pueda rogarle que vuelva a ser mi mejor amiga, ¿no? Soy mayor. Una adulta. Lo que sea. La cuestión es que, joder, no tenemos doce años.

—En realidad yo también estoy contenta. Hoy mi jefe me ha vuelto a decir «Buen trabajo». ¡Es la segunda vez este año! —Julia parece disparatadamente orgullosa, y se salpica la chaqueta del traje con la salsa de la pasta—. ¡Joder! ¡Siempre me pasa lo mismo!

—¿Alguien quiere una infusión? —pregunta Madeleine poniéndose en pie.

Alzo mi vaso.

—¿Podrías mojar la bolsita en mi vodka?

Madeleine me mira fijamente.

—¿Es eso una mirada fulminante? Porque tienes que practicar más. Solo pareces algo perdida y estreñida. Quizá deberías... Ah, no, espera. Eso fulmina.

Madeleine pasa de mí.

—¿Y qué hay de ti, Coconut? —Me vuelvo hacia Coco—. ¿Has pasado un buen día dando forma a jóvenes corazones y cerebros?

Me sonrío, llena de pecas, con su melenita rubia y sus guantes de cocina, y sus habituales capas y capas de ropa oscura que gritan «¡Escondedme!».

—Me han meado encima.

—¿Alguien te ha meado encima? —Hago una pausa—. La gente paga una pasta por eso.

—¡Aj! ¡Qué asco! ¡Tiene cuatro años! Y ha sido sin querer. Espero.

A mí nadie me pregunta cómo me ha ido el día, y todas vuelven a centrarse en sus cosas, así que me levanto, abro la nevera, donde siempre guardo una botella de Belvedere, y me sirvo otros tres dedos de vodka con hielo, con una rodaja de pepino y una pizca de sal marina. Esta copa me la enseñó a hacer mi padre; la tomamos juntos en la Minetta Tavern la última vez que estuvo en Manhattan, hace cerca de un mes. Pero no dijo nada de ningún divorcio.

A mi salud.

Varios tragos más tarde, saco un cigarrillo del paquete, me lo coloco en la comisura de la boca y miro a las chicas, tan tranquilas y felices juntas, confiando tanto las unas en las otras y en su lugar en el mundo. No consigo recordar la última vez que me sentí así. ¿Hay algo peor que sentirte sola cuando estás rodeada de amigas?

Me vibra el teléfono. ¡Por fin! Un whatsapp de Stef. «Acabo de despertarme. Haciendo planes. Besitos.»

Es raro que termine los mensajes con «besitos», me digo, mientras me preparo otra copa. Es como una tía.

—Ah, Angie, tienes correo. —Julia señala unos paquetes que hay encima del armario—. ¿Qué demonios pides sin parar?

—Cosas. —Empiezo a abrirlos. Botones de una pequeña tienda de Savannah, un cinturón de algodón amarillo de una tienda de Jersey y un precioso vestido de novia de encaje color marfil de los años treinta que compré borracha el fin de semana pasado por doscientos dólares en eBay.

Julia hace una mueca al ver el vestido.

—Joder, eso es asqueroso.

Por alguna razón, ese comentario me revienta, aunque las hombreras y las mangas abullonadas sí son un poco mezcla de Ana de las Tejas Verdes con *Dinastía*.

—Este encaje es exquisito —le espeto—. Y la estructura del corpiño es divina, así que voy a quitarle las mangas y a hacer un pequeño top.

—Buena suerte con eso —contesta Julia, y detecto una risa en su voz, lo cual me cabrea.

—No voy a aceptar consejos de moda de alguien que va al trabajo con un traje verde de botonadura doble.

—¡Este traje es de Macy's! ¿Y quién ha muerto para erigirte en Karla Lagerfeld?

—Te refieres a Karl Lagerfeld.

—¡Lo sé! Era una broma.

—¿En serio? ¿Y dónde está la gracia?

—Niñas, jugad limpio —dice Pia, con tono de advertencia.

—Yo juego limpio —replica Julia—. Es Angie la que vive en un mundo de ensueño alimentado por el vodka. No recuerdo la última vez que la vi sobria.

—¡Eso es mentira! ¡Estaba sobria cuando te he visto esta mañana! ¡Cuando salías por la puerta con tu traje y tu bolsa del gimnasio y tu portátil como la puñetera esclava de un banco que eres!

—¡Vale, ya basta! —interviene Pia—. Las dos, decid que lo sentís y haced las paces.

Me levanto.

—A la mierda. Me largo.

Me bebo el vodka de un trago, corro arriba, me pongo mi vestido blanco más sexy, de Isabel Marant, unos zapatos de tacón extremadamente alto, el abrigo de piel militar y un poco más de lápiz de ojos negro, y bajo dando fuertes pisotones hasta la puerta principal. Me encanta vestir de blanco. Me hace sentir limpia y pura, como si nada pudiese tocarme.

Oigo a las chicas charlando alegremente en la cocina de nuevo, los nervios se han calmado, la conversación fluye como debería. Sin mí.

Por un segundo, justo cuando cierro la puerta, me entran ganas de volver adentro y pedir disculpas por comportarme como una mocosa borracha. De encontrar mi sitio como parte del grupo, con toda la naturalidad, risas y diversión que conlleva... Pero no encajo con ellas. No del todo. Pia era mi único vínculo con ellas y últimamente actúa como si ni siquiera le gustase. Aunque últimamente yo tampoco me gusto mucho a mí misma.

Bueno, ya he dicho que me iba. Tengo que cumplir con mi palabra.

Llamo a Stef desde el taxi. Esta vez contesta.

—Ángel mío. Tengo un bar secreto para ti. Esquina de la Décima Avenida con la Cuarenta y seis. Entra en un café llamado Westies y cruza la puerta roja de atrás.

Siempre conoce los mejores sitios.

Reviso mi indumentaria en el taxi rápidamente; este vestido es fabuloso. Corto, blanco, con un rollo punk-hipster parisino. Intenté copiarlo la semana pasada, pero no lo logré; no acabo de acertar con las mangas.

Y, por cierto, traté de encontrar trabajo en el mundo de la moda cuando llegué a Nueva York. Envié mi currículum y fotos de las cosas que he hecho y algunos diseños que he estado esbozando a todos mis diseñadores de moda favoritos de Nueva York. No obtuve respuesta. Así que envié lo mismo a mis segundos diseñadores favoritos. Y luego a los terceros. Etcétera. Nadie se molestó en responder. No tengo título en moda —mis padres querían que tuviera (y cito textualmente) «una educación normal primero»— y no cuento con ninguna experiencia directa en el mundo de la moda. Pensé que quizá pudiera dar el salto desde mi empleo con la fotógrafa de comida para la que trabajé el año pasado, pero me despidió. (Bueno, dimití. Aunque me habría despedido de todas formas.)

El problema es que cuando estás empezando, no hay por dónde empezar. Y hay miles —quizá decenas de miles— de chicas de veintidós años deseando trabajar en el mundo de la moda en Nueva York. Chicas que hacen sus ilustraciones de moda y sacan fotos y adoran la ropa. Soy un completo cliché. Y odio eso. Yo me siento... diferente. No puedo explicarlo, solo estoy segura de que lo soy.

Así que nunca hablo de mi sueño secreto de una carrera en la moda. Es más fácil así. Desear algo en secreto y no conseguirlo es una cosa. Eso puedo manejarlo; se me da bien. Pero hablar de desearlo, expresarlo en voz alta, hacerlo real... ¿y luego no conseguirlo? No podría enfrentarme a un fracaso de esa envergadura.

El café, Westies, está en Hell's Kitchen, una zona de Manhattan con la que no estoy muy familiarizada, pero lo encuentro apropiado. Las calles están heladas y vacías, llenas de montones de nieve asquerosa, ennegrecida. Manhattan en febrero resulta vil.

El coche de Stef está aparcado fuera. Como era de esperar, es su niña bonita, un Ferrari 308 GTS rojo. Es un coche precioso, lo reconozco. Un poco demasiado «¡mírame!» para mi gusto, pero a él le encanta.

Avanzo con paso decidido por el café desierto —dejo atrás mostradores grasientos y tartas roñosas en un expositor sucio— hasta la pared de atrás, abro la puerta roja, bajo unas escaleras que curiosamente huelen a levadura y col, cruzo una cortina roja de terciopelo y me encuentro en una pequeña sala acogedora y oscura.

Hay una escalera de mano contra una pared, donde alguien ha estado poniendo un papel rojo oscuro. Un puñado de mesitas redondas, una barra con espejo, velas y los Ramones de fondo. El perfecto after secreto.

Stef es la única persona presente, y está sentado a la barra. Es mono, aunque de un modo demasiado literal para mi gusto. Presumido y muy intenso en lo referente al contacto visual. Ya sabes a qué clase de tío me refiero.

—¿Qué pasa? —Saludo a Stef con tres besos en las mejillas, como siempre hace él.

—Nada, ángel mío —contesta pasándose la mano por el pelo al tiempo que enciende un cigarrillo. Uau, sí que tiene que ser secreto el bar para que te dejen fumar—. ¿Qué tal la vida con Cornie? Me hace mucha gracia que trabajes para ella. ¿Dice «yuju» cada mañana cuando te ve?

—Está fuera. —Stef forma parte de ese grupo de niños ricos del Manhattan del Upper East Side en el que todos se conocen, siempre lo han hecho y siempre lo harán, al igual que Cornelia—. Necesito ganar algo de dinero, rápido.

—¿Un Adderall a medias?

—Claro. —Miro alrededor—. Bueno, ¿a quién hay que chupársela aquí para que te pongan una copa?

—Qué graciosa. El local es de un colega. Todavía no ha abierto al público, pero la barra está completamente surtida. Sírvete tú misma. —Stef se saca la cartera y busca las pastillas. Arrastra las palabras con tono burlón, así que siempre suena divertido y ligeramente colocado. Lo más probable es que lo esté—. Ya que estás, ponme algo. Voy al lavabo.

Dos martinis sucios y medio Adderall después, el mundo resulta mucho menos complicado.

Me gusta Stef, de verdad. Creo que, bajo esa apariencia ligeramente sórdida, es buen tío. Y entre nosotros no hay nada, lo cual es una novedad.

Y me ha venido bien para conocer tíos. Así es como conocí a Mani el año pasado. En realidad fue él quien me regaló este vestido. Le gustaba ir de compras. También me dejó sin pensárselo dos veces y no volvió a llamar siquiera. Creí que teníamos una relación seria, así que supongo que me quedé... hum... pasmada. El tío anterior, Marc, estaba casado, y me mareó durante mucho tiempo, pero pensé que lo de Mani era real. No lo era. Me pasé más o menos todo noviembre de fiesta para superarlo. Luego, justo antes de Navidad, empecé a ver a otro amigo de Stef llamado Jessop, de Los Ángeles. Pero solo me llamaba cuando estaba en Nueva York, lo cual era raro, y la cosa se fue enfriando.

Mi vida amorosa es como una cerilla barata. Mucha chispa, pero la llama nunca prende. Por supuesto, finjo que me da igual. Aunque por dentro me esté muriendo, me limito a llevarme un cigarro a los labios y a decir algo estúpido y frívolo, y nadie se da cuenta. Bueno, Pia sí lo hace. O lo hacía.

—Se te dan muy bien los martinis sucios, Angie —dice Stef, y da otro sorbo a su copa.

—Uno de mis talentos no tan ocultos —repongo. El alcohol siempre me vuelve engreída.

—Apuesto a que sí.

—Eh, tíos —dice una voz, y veo que dos tipos, uno corpulento y el otro delgado, entran en el bar.

—Angie, estos son Busey y Emmett. Emmett es el propietario de este excepcional establecimiento.

—Eh —saludo—. Me encanta el sitio. ¿Tiene nombre?

—Todavía no —responde Emmett, el más delgado, mientras se prepara una copa con ese aire conscientemente arrogante con el que lo hacen los dueños de los bares—. ¿Por qué? ¿Alguna idea?

—Ponle mi nombre —digo—. Angie.

Los tíos se ríen.

—Joder, ¿por qué no? —Emmett sonrío sosteniéndome la mirada una fracción de segundo de más—. Tal vez lo haga.

—Emmett, ¿podemos hablar en mi despacho? —dice Busey.

Echo un vistazo. Está preparando rayas encima de una de las mesitas redondas. Puaj, paso de la coca.

—¿Angie? Las damas primero.

—Para mí no —contesto—. No me va.

—Yo de momento estoy bien, colega. —Stef se saca un pequeño monedero de piel—. Fumemos, luego tengo un par de fiestas para nosotros.

—Vale —contesto—. ¿Qué vamos a fumar? No parece simple hierba.

—Eso es cosa mía, tú disfruta.

Por un segundo, me pregunto si debería. He estado bebiendo desde... ¿qué, las dos de la tarde? Y el Adderall a veces me vuelve un poco loca.

Entonces pienso en por qué he empezado a beber. Y en el hecho de que mi padre todavía no me haya llamado. Ahora mismo no quiero sentirme sola.

—Mis viejos se separan —le suelto a Stef al tiempo que acepto el porro.

—*Mazel tov!* Bienvenida al club. Celebrémoslo.

3

Me despierto desnuda. Y sola.

Lo primero que pienso es: «Cuarenta y un días para cumplir los veintitrés».

Lo segundo que pienso es: «Algo va mal».

No estoy durmiendo sobre mi almohada. Siempre uso la misma almohada. Mi cabeza encaja perfectamente en ella. Esta almohada es más gruesa, más firme.

Abro los ojos y me incorporo muy rápido, con el corazón martilleándome de pánico en el pecho. ¿Dónde demonios estoy? Cama grande, ventanas cuadradas, persianas de color marrón topo, televisor enorme, escritorio, uno de esos extraños teléfonos con botones de Línea 1 y Línea 2.

Una habitación de hotel. Desnuda en una habitación de hotel estoy desnuda en una habitación de hotel.

Vale, respira, Angie, respira...

En la mesilla de noche hay un pequeño bloc de notas con las palabras SOHO GRAND impresas. Conozco ese hotel. Está en el centro de Manhattan. Y según el reloj son las diez de la mañana.

Joder.

¿Qué estoy haciendo aquí?

Intento recordar lo que pasó anoche.

Nos quedamos un rato en el bar sin nombre, bebimos algo más, luego nos encontramos con unos amigos de Stef... ¿Un tío italiano? ¿Y la chica era croata? Algo así. Luego estuvimos en un bar nuevo en Lafayette, ¿o quizá era el Hudson? ¿O cogimos un taxi al centro?

Nada. No recuerdo nada.

Como si algo cayese con un ruido sordo y nauseabundo en alguna parte de mi interior, veo la marca de una cabeza en la otra almohada. No he dormido sola.

Quizá la almohada haga eso sin más. O tal vez anoche empecé a dormir en ese lado.

Me voy al baño a mear. El papel de las paredes tiene unos dibujitos de pájaros muy monos. En realidad quedarían muy bien en una tela.

Entonces, con un ruido sordo incluso más nauseabundo que antes, veo algo en el fondo de la taza del váter.

Un condón usado.

Stef, probablemente. Nos hemos acostado antes. Hace años, en una fiesta en Boston, y no fue agradable, pero, bueno, cosas que pasan. Al menos lo hemos hecho con condón.

Maldita sea. Siempre acabo acostándome con mis amigos. Un par de copas, pienso que siento algo por ellos, me miran de esa forma y luego... bum. Es un completo error, lo sé. Pero siempre termina pasando. Siempre pienso que será distinto. Soy una optimista sexual.

Me doy una ducha rápida, enjabonándome todo el cuerpo, y utilizo el champú y el acondicionador del hotel. Tengo el pelo rubio claro, casi blanco, y muy largo, y responde bien a prácticamente cualquier producto capilar. Como mi hígado a cualquier bebida alcohólica. Ja.

Ojalá tuviese un cepillo de dientes. Tengo un aspecto horrible, pero puedo conseguir unos ojos ahumados frotándome el rímel y el lápiz de ojos de ayer alrededor del párpado. Mitad panda mitad groupie de banda de rock. Bien.

Lo veo cuando me estoy vistiendo, justo encima del mueble del televisor.

Mi móvil, apoyado cuidadosamente encima de un sobre del Soho Grand en el que está escrito «Un beso».

Primero cojo mi teléfono. Dos llamadas perdidas de Pia y un mensaje en el

que me pregunta dónde estoy. Ni siquiera se ha molestado en ponerse en contacto conmigo hasta esta mañana. Muchas gracias, zorrита. Joder, si ella se hubiese ido de casa borracha y enfadada, yo la habría seguido. Pero ella no lo haría, por supuesto. Ya no.

Entonces abro el sobre.

Está lleno de billetes de cien dólares. Treinta.

Tres mil puñeteros dólares.

Vuelvo a contarlo rápidamente; la piel me arde de un modo extraño al ver tanto dinero. No es más que un fajo de billetes, pero imagina lo que podría comprar con él... Joder, es un montón de dinero. Es más de lo que Cornelia me pagaba al mes. Cuando se acordaba.

Tres mil dólares.

Me paro a mirar por la ventana del hotel, que da al Soho. Alcanzo a ver las azoteas del centro, algunas con esos extraños chismes para el agua en lo alto típicos de Manhattan, una parte de West Broadway, y a la gente que camina, va de compras y al Felix para el brunch y vive días ordinarios que probablemente no han empezado desnudos, solos y confundidos en una habitación de hotel.

¿Por qué iba a darme Stef tres mil dólares?

Entonces vuelve a vibrarme el móvil.

Es Stef.

«¡Eh, gatita! Una noche genial. Siento haberme pirado, pero espero que los dos lo pasarais bien... ;-) Mañana voy a una fiesta en las islas Turcas, por si te apetece venir. Besos.»

¿Qué quiere decir con «espero que los dos lo pasarais bien»? ¿Los dos? ¿Qué dos? ¿Y él se piró? Entonces ¿no me he acostado con él? ¿Y el dinero no es suyo? ¿De quién es? ¿Con quién coño me he acostado?

Le doy la vuelta al sobre de nuevo. No hay firma. No hay nada más.

Me encuentro mal.

No quiero pensar en ello, así que vuelvo a ponerme el vestido blanco rápidamente, me recojo el pelo mojado en un pequeño moño apretado y lo aseguro con el lápiz del Soho Grand, me guardo el sobre en el abrigo de piel militar y salgo de la habitación. Espero no ver a Mani. Solía pasar el rato en el vestíbulo de este hotel a menudo. Era tan... Puaj, ¿por qué estoy pensando en mi ex novio en un momento así?

Tacones de doce centímetros antes de mediodía: no mola. Al menos el vestíbulo del Soho Grand es sexy y oscuro, así que no me siento demasiado fuera de lugar, pero una vez salgo, la mirada blanca y helada de esa mañana de febrero resulta espantosa.

Me siento como si todo el mundo me mirara y pensara: «Puta». Pruebo con mi truco habitual del paseo de la vergüenza: finjo que llamo por teléfono y que soy demasiado buena para esta mierda, pero no funciona.

En el fondo, siento náuseas... en el alma, el corazón, el cerebro o en algo. Frío y comezón.

Siempre cometo algún error. Siempre.

Siempre es un accidente.

Pero siempre está mal.

Un portero alto de mirada amable detiene un taxi para mí. Subo y pido: — A Union Street, Brooklyn, por favor.

Y entonces, cuando el taxi se pone en marcha, me inclino hacia delante, hundo la cabeza entre las rodillas para que el taxista no pueda verme y lloro.

4

Cuando llego a casa arrojo el vestido y los zapatos al fondo del armario para no tener que volver a pensar en ellos. Luego me pongo mis vaqueros viejos favoritos y una sudadera gris claro de remo de cuando mi padre estudiaba en Princeton. La salvé de la basura hace años en una de las purgas domésticas de Annabel y me la pongo en ocasiones especiales, cuando el frío y la preocupación me llegan al alma y necesito consuelo de verdad. Es como un Xanax pero en ropa.

Tres mil dólares. Tres mil dólares.

Cojo mi última novela romántica, *Cruce de corazones*, y echo un vistazo a la contracubierta.

La irritable y malhumorada Ivy odiaba al arrogante capitán Drummond casi tanto como el amor. Cuando comprende que la única forma de salvar a su tía inválida es casándose con el capitán, Ivy cree que sabe a qué atenerse. Lo que no sabe es que está a punto de toparse con la horma de su zapato...

Siempre se topan con la horma de su zapato, ¿te has dado cuenta?

Sí, ya sé que leer novelas de amor no es guay, y sí, sé que el hecho de que el tío siempre sea rico y la chica siempre sea una secretaria y todo eso es flojo. Me da igual. Una buena novela romántica es simple, predecible y me hace sonreír. La vía de escape perfecta.

Salvo que hoy no me está ayudando a escapar. No dejo de empezar párrafos y cuando llego a la mitad ya he olvidado lo que he leído.

Tres mil dólares.

Hoy no soporto estar sola con mis pensamientos. Y no hay más que una solución.

A mi salud.

Doy un trago al vodka periódicamente y fumo en mi ventana de tanto en tanto mientras juego con varios pañuelos de seda vintage con estampados Art Déco de un dorado desvaído que compré la semana pasada en Brownstone Treasures, una tiendecita de Court Street, y los coso para hacer un bolso de mano.

Tengo que descoser el bolso y volver a coserlo cuatro veces, pero hacia las seis de la tarde, y tras haberme bebido el resto del vodka, consigo justo lo que yo quiero. Tiene el tamaño perfecto para guardar el móvil, las llaves, el tabaco y el lápiz de labios, con una pequeña asa plana que se acopla a mi mano justo como debe hacerlo, y acolchado con capas extra de pañuelos de forma que se frunce con suavidad. Fuera está lloviendo a mares, está siendo un febrero helado, oscuro e interminable. Pero ahora mismo me da igual. Estoy creando algo prácticamente de la nada, convirtiendo mis fantasías en realidad, creando algo nuevo, real y precioso.

Me suena el teléfono. Echo un vistazo y pulso el botón de «ignorar» sin pensarlo dos veces. Annabel. Mi madre. Probablemente me llama para echarme la bronca por haberla dejado plantada. No quiero hablar con ella hasta que me llame mi padre. Aún no he tenido noticias suyas, pero quizá esté esperando a que podamos hablar en persona. Normalmente viene a Nueva York una vez al mes por trabajo.

La combinación de resaca y vodka hace que me muera de hambre de repente, así que sonrío al contemplar mi obra una vez más y luego bajo a la cocina para prepararme unas tostadas con pasas con doble de mantequilla, canela y azúcar moreno (una de las mejores cosas del mundo, por cierto).

Tres mil dólares. Tres mil dólares.

Tampoco es que sea mala persona por perder el conocimiento sin más, ¿verdad?

Me he quedado sin reservas de vodka en el congelador, así que abro una botella de merlot que alguien ha traído a casa. Está bastante malo, muy ácido, y

un merlot no debería estarlo (sé que sueno como una analfabeta del vino, y estoy en paz conmigo misma al respecto). Pero es líquido y contiene alcohol, y eso es lo que necesito para sobrevivir el resto del día. Compraré otra para reponerla. Cuando la estoy descorchando, advierto que las viejas cortinas verdes que cubren la ventana de la cocina están rasgadas. Pero seriamente rasgadas. ¡Yo podría arreglarlas! Sería una buena ofrenda de paz para Julia. Quizá vuelva a caerle bien.

Así que me subo a la encimera de la cocina, que es ligeramente inestable, y retiro las cortinas con cuidado, cojo la tostada y el vino y, con las cortinas metidas bajo el brazo, me dirijo arriba.

¡Planazo! Gracias al infierno por el alcohol, ¿no? Apuesto a que tampoco me costaría hacer cortinas nuevas para mi habitación. Tal vez pueda...

Oh... Mierda.

Acabo de tropezar y he derramado el vino por todas partes. Por las cortinas y la moqueta y el papel de las paredes al lado de las habitaciones de Julia y Pia. Es todo una gran mancha roja.

Lavaré a mano las viejas cortinas y luego las arreglaré, y ya me encargaré del resto de la limpieza más tarde. Probablemente había que limpiar las cortinas de todos modos, ¿verdad? ¡Tienen unos cien años!

Intento lavarlas. De verdad que lo hago. Pero la mancha no sale.

¡Espera! ¡Tengo una idea! En lugar de eso, haré unas cortinas con el nuevo algodón amarillo que acabo de encargar. Sería incluso una mejor ofrenda de paz para Julia, ¡y el amarillo quedaría genial en la cocina! ¡Sí!

Debería beber y coser siempre.

Porque luego, una hora más tarde, cuando regreso a la cocina para colgar nuestras bonitas cortinas amarillas nuevas, he entrado en calor, me siento relajada y absojodidalutamente aplicada.

Me encaramo a la encimera, tambaleándome un poco. ¡La cocina parece tan distinta desde aquí arriba! Y levanto los brazos con cuidado para volver a colgar las cortinas.

¡Pam!

La puerta de la entrada se cierra de un portazo y me pilla por sorpresa. Pierdo el equilibrio y me agarro de forma instintiva a las cortinas al precipitarme hacia atrás desde la encimera y, buuum, me golpeo la cabeza contra una silla o la mesa o algo, arrancando la barra de las cortinas del marco de la ventana en el proceso. Caigo de espaldas con fuerza, y el yeso y la pintura llueven sobre mi cuerpo como confeti.

El dolor es inmediato.

Como los chillidos.

Julia. Por supuesto.

—¿Qué coño estás haciendo? ¡Joder, has destrozado mi cocina!

No puedo moverme, así que me quedo tirada en el suelo sin más y cierro los ojos; la cabeza me hace pumpumpumpum. Duele de verdad. Las punzadas me reverberan hasta las mejillas, y la impresión de la caída hace que se me forme un nudo en la garganta y se me llenen los ojos de lágrimas. ¿Qué clase de persona llora cuando se cae? ¿Qué soy, alguna clase de blanda?

Dios, me siento tan desligada de mi cuerpo. Es como si me viese a mí misma postrada y sola en el suelo de la cocina. Sola. Siempre, siempre sola.

Me pregunto cuándo me llamará mi padre.

—Ya estás borracha otra vez —suelta Julia—. Y apestas a tabaco.

Levanto los brazos lentamente, por encima de la cabeza, para taparme la cara. Quizá si me quedo lo suficiente aquí, Julia se vaya. Ojalá me encontrase en otra parte.

Entonces oigo otro portazo en la entrada. Es Pia. Al teléfono con Aidan, como de costumbre.

—No, elige tú el restaurante. ¿Que por qué? ¡Porque no soy la diosa de la comida! Ja, eres un... —Oigo que sus pasos se acercan a la cocina—. Oh, *merde*. ¿Aidan? Te llamo luego.

Julia:

— Está borracha.

Pia:

— Angie, ¿estás bien?

Julia:

— ¡Está perfectamente! ¡Es como uno de esos alcohólicos que sobreviven a los tornados!

Julia se marcha; puedo oír el golpeteo furioso de sus pasos por la escalera.

— ¡Arréglalo, Pia! ¡Es tu jodido problema!

Yo no soy el problema de Pia. No soy el problema de nadie excepto de mí misma.

— ¿Zorrita? — dice Pia en voz baja.

No contesto. Ni siquiera me muevo. No puedo. Me limito a quedarme ahí tirada, en una burbuja de soledad, con los brazos todavía cubriéndome la cara, un dolor palpitante en la cabeza y una extraña sensación de vaivén en la base de la garganta. Se me escapa una lágrima del ojo derecho y me resbala hasta el oído.

— ¿Angie? ¿Quieres que hablemos?

Algo cálido y pegajoso me resbala por detrás de la oreja, distinto de la caricia sedosa de las lágrimas. Sangre.

— ¡Jesús! — grita Julia—. ¡El rellano está destrozado! ¿Qué demonios es eso?

Oh, Dios. El vino. Se me ha olvidado limpiarlo.

— ¡Esto no va a salir! Se ha secado en la moqueta. Y el papel de la pared también está manchado. ¡Cómo se atreve esa jodida reina del hielo a tratar mi casa así!

—Tranquilízate, Jules —contesta Pia. La oigo abrir el armario de debajo del fregadero y sacar los productos de limpieza—. Angie, te quiero, pero vas a tener que empezar a hablar conmigo. Ya.

Por supuesto. Porque está claro que ella iba a escucharme. Y a quedarse más de cinco minutos cuando hubiese acabado de hablar. ¿Qué sentido tiene compartir tus problemas con alguien? La gente siempre se va y punto, y luego tienen tus secretos y no puedes recuperarlos.

—Angie. Hablo en serio.

La ignoro, con la cara todavía tapada por los brazos. Cuando se marcha, me vuelvo sobre el estómago lentamente y me palpo la cabeza para averiguar de dónde viene la sangre. Un pequeño rasguño en la sien, eso es todo. El linóleo de la cocina me resulta frío contra la cara. Desde este extraño ángulo puedo ver que está sucio, como arenoso; hay que barrerlo o fregarlo o algo, y probablemente me toca a mí. No he mirado esa estúpida hoja con los turnos en semanas.

Tres mil dólares.

No pienses en ello.

—Es un puto lastre, Pia. —Oigo que dice Julia arriba—. No puedes fiarte de ella, es egoísta, hace lo que le da la gana y a los demás que les den. No voy a soportar vivir con ella mucho más tiempo.

—¿Puedes parar un poco, Jules? Ha sido mi mejor amiga desde que nacimos.

—Y siempre está borracha. Tiene un problema, Pia.

—No está siempre borracha. ¡Madre mía! Y tú me llamas reina del drama a mí. Solo es... difícil de llegar a conocer.

—Difícil tirando a imposible y fría como el hielo, quieres decir.

No quiero seguir aquí.

Me pongo en pie y me agarro de la encimera para recuperar el equilibrio. ¡Uf! Se me ha subido la sangre a la cabeza.

Cojo un trapo de cocina, me lo presiono contra la herida de la sien y corro arriba todo lo rápido que puedo —paso por el rellano donde Jules y Pia están limpiando la moqueta y el papel de la pared— hasta mi habitación. Cojo mi bolsa de lona grande y rápidamente meto en él el bolso de mano, biquinis, vestidos de verano, zapatos de tacón, un kit de aseo de viaje, el neceser del maquillaje y el pasaporte. En el último minuto añado dos paquetes de Marlboro light, saco un cigarrillo, me lo coloco en la comisura de los labios y cojo la botella abierta de vino. Luego me cambio la sudadera de Princeton de mi padre por un jersey de cachemira blanco, el abrigo de piel militar y gafas de sol.

Con el bolso al hombro, bajo las escaleras y me enciendo el cigarrillo.

—¿Adónde vas? —me espeta Julia.

Exhalo el humo del cigarrillo y doy un trago al vino. Me entra un tic en la cara del esfuerzo que requiere esbozar una fría sonrisa.

—Me voy a la puta playa.

Buena decisión.

Venir a las islas Turcas y Caicos ha sido una buena decisión.

¿Verdad?

Sí.

Llamé a Stef en cuanto salí de casa.

Sonaba como si estuviese en el baño.

—¡Nena! Doy una fiesta en mi casa. Y mi amigo Hal celebra otra mañana. ¡Se muere por conocerte!

Quería preguntarle con quién me acosté en el Soho Grand. Quería preguntarle si sabía por qué iba a darme alguien tres mil dólares sin motivo. Pero no lo hice. Me callé, me bebí el vino directamente de la botella, le di al taxista veinte dólares para que me dejase fumar en el coche e intenté no pensar en ello. Me esforcé mucho por no hacerlo.

Stef me recibió con un puñado de pastillas y una botella de Grey Goose. Las horas siguientes están borrosas. Una fiesta, un coche, un aeropuerto, un vuelo chárter, gente que se reía y chillaba. Me limité a dejarme las gafas de sol puestas y a aparentar dominio de mí misma.

Por un segundo, cuando subíamos al avión, me entraron ganas de dar media vuelta y regresar a Rookhaven.

Pero dije que me iba a la playa. Y odio faltar a mi palabra.

Me senté en un rincón y me quedé en Babia mientras todos los demás estaban de fiesta, y lo siguiente que he sabido es que hemos aterrizado. Todo tenía el brillo de primera hora del amanecer, y podía oler el océano. Por fin hemos llegado a las islas Turcas y Caicos, un pequeño y rústico grupo de islas decididamente no neoyorquinas situado en alguna parte del Caribe. Sol y pies

descalzos. Justo lo que necesito.

Cuarenta días para cumplir los veintitrés.

Minutos después de aterrizar, estamos en jeeps descubiertos de camino a la fiesta. Yo voy en la parte de atrás del más pequeño, junto a un tío sueco llamado Lars, aunque se ha pasado la mayor parte del tiempo al teléfono. Stef va sentado delante. Tiene resaca, creo, y permanece muy callado bajo su sombrero de paja con cinta. («¡Es una ironía!», ha dicho cuando he alzado una ceja al verlo. «Si tienes que explicar que es una ironía, probablemente no lo sea», he replicado.)

Adoro el Caribe. Adoro la arena al borde de la carretera, las casas de pintura desconchada y los cielos azules que parecen extenderse hasta el infinito. Adoro los grandes y extraños bloques que surgen aquí y allá junto a la autopista, bancos, hospitales y supermercados, con aparcamientos con capacidad para cientos de coches, como si esperasen que él índice de natalidad fuese a dispararse en cualquier momento. Adoro la luz, que hace que te duelan los ojos, y el aire, que resulta tan puro y cálido cuando respiras...

Joder, estoy tan harta de Nueva York.

Y estoy realmente harta de Brooklyn.

El sol caliente en mi piel desnuda en este preciso instante probablemente sea lo mejor que he sentido nunca. Estoy sentada encima de mi abrigo de piel militar, y llevo un vestidito blanco de verano que me he puesto cuando hemos aterrizado y mis Converse con tachuelas porque he olvidado meter las chanclas en el bolso. Con cada bocanada de aire salado y cálido, siento que se me distienden los huesos, la mandíbula se me relaja y la fría ansiedad de mi alma se mitiga por primera vez en semanas.

Llegamos al puerto de Turtle Cove y es resplandeciente, nuevo y extrañamente fuera de lugar en el ambiente acogedor y desaliñado del resto de la isla. Tres hombres jóvenes vestidos con polo blanco, pantalones cortos y calcetines blancos hasta la rodilla —el tipo de uniforme de tripulación que tiende a indicar que alguien trabaja en un barco muy, muy, muy grande— vienen a recoger nuestro equipaje.

Todo el mundo sale disparado hacia delante, corriendo por el muelle como si aguardase un premio al final. Somos ocho en total: cuatro chicas más,

todas más o menos de mi edad, todas guapísimas, todas actúan como si fuesen las mejores amigas pero a mí me ignoran, todas se retocan sin parar el brillo de unos labios sospechosamente carnosos. Aparte de Lars, hay un tío llamado Beecher que no dejó de soltar chistes sin gracia acerca de las relaciones sexuales en los aviones mientras despegábamos de Nueva York y, por supuesto, Stef. Y yo.

Tres mil dólares.

No pienses en ello.

Miro al frente y veo una lancha de aspecto preocupantemente ruinoso a la que los mozos de barco están subiendo nuestro equipaje. Las chicas empiezan a gritar.

—¿De dónde coño las has sacado? —le murmuro a Stef.

—Viejas amigas, nena, viejas amigas.

Stef está hecho polvo. Pálido y lleno de manchas, con la piel agrietada en las comisuras de la boca. Caigo en la cuenta de que nunca le había visto a la luz del día. Y hace seis años que le conozco.

Vaya. La idea me deja parada un momento.

¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Tomarme unas vacaciones con Stef, el Jovial Playboy Medicado, y un reparto de extraños?

Me quedo inmóvil, tratando de reunir lo que quiera que me quede de sentido común, mientras veo a todos los demás correr por delante. Las chicas suben a bordo de la lancha, todas chillando de emoción o miedo o ambas cosas, pese a que la barca apenas se balancea y los mozos de barco están disponibles para ayudarlas. Uno de ellos les sirve champán.

Pero ¿adónde nos llevan?

¿Y dónde está el anfitrión? ¿Hal o comoquiera que se llame?

¿Subirme a una lancha diminuta con gente a la que en realidad no conozco es la peor idea del mundo? ¿O la mejor, teniendo en cuenta mi realidad en este preciso momento?

Para ganar tiempo y pensar, me enciendo un cigarrillo.

—¡Eh, no puedes fumar en el puerto! —grita una voz. Me vuelvo. Uno de los mozos de barco. Alto, bronceado, rubio, de aspecto impecable, con unas facciones ridículamente marcadas, como si hubiese sido creado mediante bioingeniería como un ejemplo del perfecto hombre americano—. Peligro de incendio. Vertidos de gasolina.

Echo un vistazo. El muelle está completamente seco bajo mis Converse con tachuelas.

Me lee la mente.

—Lo sé, es poco probable. Solo digo que va contra las reglas. Te multarán.

—¿«Las reglas»? ¿Las reglas de quién? ¿Qué?, ¿perteneces a alguna clase de Juventudes Hitlerianas marítimas?

Alza las cejas con expresión de sorpresa, y luego vuelve a adoptar la máscara de típico americano profesional.

—Algo así.

Le doy una última calada a mi cigarrillo, lo apago y echo a andar hacia la lancha sin prestarle atención. ¿Hasta qué punto puede ser mala una fiesta en un yate cuando un mozo de barco con cara de ángel se pone nervioso por un estúpido cigarrillo? Esto no es más que la locura de otro tío rico. Algún amigo forrado e inseguro de Stef que quiere impresionar a sus amigos y a un puñado de chicas haciéndoles pasar un buen rato al sol del Caribe. Te apuesto veinte pavos a que el tal Hal lleva la camisa desabrochada hasta la mitad del pecho y dice cosas como «Vamos, es la hora de las islas».

Una vez a bordo de la lancha, cojo una copa de champán. A mi salud.

Y es una buena decisión, porque en el momento en que dejamos atrás el puerto aparece el yate —perdón, superyate— en el que estamos a punto de subir. Es impresionante, como algo sacado de una película, con más de ochenta metros de eslora y tres cubiertas dispuestas como una tarta de boda.

—Una tripulación de dieciocho personas al servicio de doce invitados. — Un discurso de memoria por parte de uno de los mozos de barco. Me vuelvo en

busca de mi santurrón de aspecto impecable. Está en la parte delantera, de cara al viento—. Equipado con piscina y plataforma de aterrizaje, el *Hamartia* también presume de nueve camarotes de lujo y cuenta con una sala de cine y un gimnasio completamente equipado con dos Pilates Reformers de última generación.

—Ah, genial, puedo trabajar en mi fuerza interior —suelto sin dirigirme a nadie en particular. Lo cual está bien, porque nadie me escucha.

—¡Tíos, estoy literalmente flipada! —chilla una de las chicas—. Literalmente. Esta soy yo, flipada literalmente.

Nos detenemos junto al *Hamartia* y subimos a bordo. De cerca es aún más grande: brillante, blanco e inmaculadamente limpio, como un baño del revés.

Las otras chicas dan grititos y palmadas y aceptan más champán de otro mozo. Advierto que la tripulación está formada exclusivamente por hombres. Y el anfitrión no aparece por ninguna parte.

Algo no va bien.

Me vuelvo hacia Stef.

—¿Qué estamos haciendo aquí en realidad?

Sonríe, y nunca le he visto menos atractivo.

—Solo pasarlo bien, nena.

Hum.

Pensando, contemplo las vistas. Estamos lejos de la orilla. Solo distingo los hoteles de lujo que se alzan a lo largo de la playa de Grace Bay, algunos con cabañas delante. La gente aparece alineada trabajando en sus bronceados, o en sus matrimonios, o en lo que sea para lo que se vaya la gente de vacaciones.

Hay otros tres yates a los que se puede llegar a nado, y veo a una familia corriendo por uno de ellos; el padre está enseñando a sus hijos cómo izar la vela o alguna chorrada por el estilo. Mi padre también me enseñó a navegar. Me enseñó a navegar, pero no se molesta en llamarme para contarme lo del divorcio.

«Mis padres se divorcian.» Uau. De vez en cuando me asalta la idea, por

mucho que trate de ignorarla. Mi padre no me ha llamado, y yo no le he devuelto las llamadas a mi madre... Es como si nuestra familia hubiera muerto o algo así.

De repente tengo un dolor de cabeza punzante que el champán no va a evitar. Cafeína. Necesito cafeína. Y azúcar.

—¿Podría tomar algo de Coca, por favor? —le pregunto al mozo que sirve el champán, un tipo bajo con una de esas terribles perillas estereotipadas.

—*Yes*. —Perilla se saca del bolsillo una bolsita de plástico de unos tres centímetros llena de polvo blanco y la deja caer en mi mano. Me quedo mirándola un segundo.

—No, hum... Coca-Cola —aclaro mirándola fijamente. Cocaína. Joder, ¿en serio la tripulación pasa drogas?

—Ya la cojo yo para luego —interviene Stef, y se la guarda sin problemas en el bolsillo. Me pasa un brazo por la espalda. El gesto es irritantemente posesivo y tranquilizadoramente protector al mismo tiempo—. Me voy a la cama con el doctor Ambien y el doctor Dramamine, nena. Te veo en ocho horas.

—Ah... vale —contesto sintiendo un pánico repentino.

Stef es mi único vínculo con la cuasi normalidad.

—Tú pásalo bien, cariño. —Stef me presiona levemente la cintura y se dirige bajo cubierta.

Me vuelvo y pillo al mozo de aspecto impecable mirándome otra vez, pero paso de él. Tengo la situación bajo control. Puedo manejar esto. Puedo manejar cualquier cosa.

—Os acompaño a vuestros camarotes —dice Perilla, y todos le seguimos. Las chicas no paran de chillar hasta que llegamos abajo.

La decoración bajo cubierta es algo panasiática, con una luz tenue, ilustraciones chinas, esculturas tailandesas y estampados florales japoneses en la cama. Me he dado cuenta de que a los interioristas no siempre les importa la santidad cultural de sus creaciones.

Las chicas forman parejas para dormir juntas. A mí me dan mi propia

habitación, una individual con un baño pequeño. Ya hay tres botellas de Coca-Cola esperando en un cubo de hielo sobre la cómoda. Uau. A eso le llamo yo dar un buen servicio.

Tras cerrar la puerta y echar el pestillo, me acuesto en la cama, con las Converse y las gafas de sol todavía puestas. Siento esa inercia adormecida e inconsciente que siempre experimento después de una noche de pastillas y alcohol en abundancia. Debería dejarlo de verdad. Lo haré, lo dejaré...

El yate se balancea suavemente, la cama es blanda y está limpia y... solo voy a cerrar los ojos.

6

Me despierta el sonido de chillidos alegres al otro lado de la ventana (portilla, lo que sea) de mi camarote. Veo una lancha que rodea el yate, arrastrando a dos de las chicas en uno de esos donuts hinchables.

Dios, me voy a hartar de oír gritar a esas tías.

Son poco más de las tres de la tarde. Debería decirle a Pia dónde estoy... pero no tengo cobertura aquí, en el maldito océano. Y probablemente ella no quiera hablar conmigo después de mi comportamiento de anoche. De todos modos ahora mismo está trabajando. Y yo estoy aquí, en el Caribe. Es raro. El mundo es tan grande... Resulta fácil perderse.

Me bebo una de las Coca-Colas, me doy una larga ducha, me hago una trenza francesa y ato un lazo rojo al final por diversión, y me pongo el biquini blanco, las gafas de sol y el vestido blanco de verano. He olvidado traer el protector solar, lo cual es un rollo. (Tengo la piel tan blanca que es casi translúcida. Lo juro por Dios, no puedo ni ponerme autobronceador, es como si mi epidermis lo rechazase.) Me ha salido una pequeña ampolla por llevar las Converse demasiado tiempo sin calcetines, y algo me dice que los tacones no resultan apropiados en cubierta, así que opto por ir descalza.

Me miro en el espejo una última vez antes de salir del camarote.

—Ni drogas ni medicamentos —le digo con tono severo a mi reflejo. La Angie del espejo asiente obedientemente.

Cuando llego arriba, la fiesta está en pleno apogeo. Beecher está enrollándose con una de las chicas, Lars está tomando margaritas con otra, y las chillonas han vuelto de la agitación del donut y están escurriéndose el pelo al sol para poder secar esos cuerpos esculpidos entre un entrenador personal y un cirujano sin tener que recurrir a algo tan poco sexy como una toalla. Stef no está. Nadie se molesta en alzar la vista cuando llego.

—¿Podrías ponerme un margarita, por favor? —le pido al tío que lleva la barra—. ¿Dónde está el anfitrión? —pregunto—. Hal, ¿no?

—Estoy aquí —responde una voz. Me vuelvo y me encuentro con un morenazo que lleva unas enormes gafas cerradas, pantalones blancos y una camisa blanca de lino (desabrochada hasta la mitad del pecho, ¡ja, lo sabía!). Está más bueno de lo que imaginaba—. Angie, ¿verdad? Por fin nos conocemos. Me alegro mucho de que vayamos vestidos a juego.

Le dirijo mi mejor sonrisa.

—Blanco virginal. Es lo mío.

—Apuesto a que sí. —Hal mira alrededor—. ¡Lars! ¡Relájate, amigo! Beecher, quieto ahí, grandullón. Buscaos un camarote.

¡Es normal! Bueno, en plan niño rico normal.

Puedo relajarme. No es más que la fiesta de un niño rico inseguro y aburrido. Puedo interpretar esta escena como si tocase una jodida guitarra. (Bueno, vale, no sé tocar la guitarra. Como una armónica. Lo que sea.) Mi margarita y yo seguimos a Hal hasta una zona en sombra donde suena una melodiosa música trance.

—Esta música es de lo más irritante —digo.

—¿Qué quieres escuchar, Angie? —Hal me sonrío de manera perezosa. Decididamente es mono.

—Estoy pasando por una fase electro dance noventera. —Le miro directamente a los ojos y jugueteo con mi pelo con el aire sencillito pero sexy, espero, con el que lo hago siempre que me gusta un tío.

—¿The Prodigy te parece bien? ¡Eh! ¡Carlos! —Hal le grita al traficante de drogas con perilla—. ¡Pon The Prodigy! ¿Y puedes servirnos un par de bebidas más? ¿Qué es esto? ¡Vamos, es la hora de las islas!

Dos de dos.

Nos encendemos sendos cigarrillos, nos recostamos y admiramos la vista. Es impresionante: el azul del cielo se encuentra con el del mar en una línea perfecta a lo lejos, muy lejos en el horizonte, y la luz del sol te inunda el cerebro con endorfinas que te hacen sentir bien. Me alegro de haber venido a esta fiesta. Cojo mi margarita sonriendo. A mi salud.

—Me encanta estar cerca del océano —asegura Hal—. Cuando estoy lejos demasiado tiempo, lo ansío físicamente. No tengo ni idea de cómo sobrevive esa gente del Medio Oeste, como los granjeros y los cowboys.

—Sí, apuesto a que los granjeros y los cowboys se despiertan todos los días ansiando el océano.

—La chica más guapa del yate también es divertida, ¿eh?

—El lote completo.

Poco a poco todos los demás, excepto Stef, se acercan y se sientan alrededor de nosotros. Por alguna razón somos el centro de atención. Incluso las chicas, que me ignoraron durante todo el vuelo, de repente intentan entablar conversación conmigo. Todas sus frases terminan con signos de exclamación. Incluidas las preguntas.

—¡Cómo te haces la trenza francesa tú sola! —pregunta una, emocionada—. ¡Yo encuentro difícilísimo verme la parte de atrás de la cabeza!

—Solo cierro los ojos e intuyo por dónde voy —contesto.

—Ese es exactamente mi lema en la vida —interviene Hal, al tiempo que estira un brazo por detrás de mi cuello.

Vuelvo la cabeza, establezco contacto visual con él y nos sonreímos un momento. Toma ya. Está en el bote, nena. (¿No es lo más increíblemente arrogante que se puede decir acerca de un tío? Pia y yo solíamos decirlo a menudo cuando éramos adolescentes, pero por aquel entonces nos lo pasábamos demasiado bien la una con la otra como para preocuparnos por el tío en cuestión. Maldita sea, hacer el tonto con Pia era muy divertido. La echo de menos.) Hal me acaricia el brazo ligeramente con un dedo. Creo que está intentando ser sexy, pero solo consigue que me estremezca con incomodidad... Quizá podamos salir a cenar o algo, de vuelta en Nueva York. O quizá nos enrollemos luego. Pero nada más, ya he tenido suficientes remordimientos por el sexo sin sentido por una semana. (Uf, no pienses en eso.) Adoro los besos. En realidad no. ¿Sabes qué es lo que realmente adoro? Adoro ese momento justo antes del beso, cuando el tío te mira a los ojos, ya sabes, y sientes esa chispa. Ese extraño cosquilleo por todo el cuerpo, cuando es cuestión de segundos que los labios se toquen. Es tan romántico, tan alucinantemente perfecto...

Es el prebeso. El momento en que sabes que estás conectando de verdad con el tío. Y casi siempre es mejor que el beso en sí.

—¿Qué signo eres, Angie? —pregunta una de las chicas, una morena de rostro dulce que lleva un DVF de la última temporada.

—Aries —respondo.

—Signo de fuego —añade Hal. Resulta extraño que los tíos entiendan de horóscopos, ¿no crees?—. Y pronto es tu cumpleaños. ¿Cuántos haces?

—Veintitrés.

—¡No los aparentas! —responden a coro dos de las chicas.

—Uau, gracias —digo—. Ahora mismo me tira el look preadolescente. Soy como una adolescente, ¿sabes?, pero con las tetas grandes.

Las chicas no están seguras de si estoy bromeando.

Ignoro sus expresiones confundidas, saco un cigarrillo y Hal me da fuego. Le miro fijamente mientras lo hace. Ah, qué bonito es el flirteo...

—¿Otro margarita? —pregunta el camarero de la perilla al cabo de unos minutos. Es el mismo que me ha ofrecido cocaína.

Ha estado sirviéndonos las bebidas bastante cargaditas. Probablemente debería comer algo. Entonces, como si alguien me leyera la mente, llegan grandes bandejas de comida y una jarra gigantesca de agua con hielo.

—Conchas fritas, una especialidad local. —Se trata de ese mozo de aspecto impecable otra vez—. Y bocadillos de pargo.

—¡Gracias! ¡Me muero de hambre!

Cojo un plato.

La concha es algo rara, pero los bocadillos están increíbles: pan tierno, mantequilla salada y pescado caliente y crujiente. Ninguna de las otras chicas come. Siempre me pregunto si las tías como ellas no comen delante de los tíos para que piensen que no tienen sistema digestivo y no cagan nunca o algo así. Yo

no. Yo soy de buen comer. Y cago. Tendrán que aceptarlo.

Alzo la vista, a medio camino del tercer bocadillo, y pillo al mozo de aspecto impecable observándome de nuevo. Me está mirando de forma intensa, con cierta desaprobación. Apuesto a que no está acostumbrado a ver a las chicas comer.

Así que cojo el resto del bocadillo, me lo meto en la boca de golpe y, con los carrillos repletos de comida y la cara abultada como un dibujo animado, le devuelvo la mirada al mozo. A continuación pestañeo varias veces como Bambi. Todo su rostro se ilumina con una sonrisa de oreja a oreja. ¡Ja! Me río por la nariz y se me saltan las migas de la boca, y el mozo de barco agacha la cabeza y se vuelve para ocultar el hecho de que se está partiendo de la risa.

—Uau, eso es muy sexy —dice Hal.

Como el resto, apenas ha cogido un par de conchas fritas. Va de coca hasta arriba, me doy cuenta de repente mientras mastico la mitad del bocadillo que tengo en la boca. Todos están igual. Por eso no comen. Y Beecher y dos de las chicas han desaparecido bajo cubierta. Oh, bueno. Más comida para mí.

Cuando al fin no me quedan restos de bocadillo en la boca, doy un trago de agua y sonrío a Hal.

—Tengo buen apetito. ¿Es un problema?

Él sonrío.

—Joder, en absoluto.

Otro margarita o dos y más música trance europea después, el sol empieza a ponerse. Lars desaparece con otra de las chicas, y la que queda se desmaya en un sofá. Son todos un tanto extraños, y eso que estoy acostumbrada a los amigos pirados de Stef. Ni siquiera imagino de qué se conocen entre ellos.

Hal se vuelve hacia mí.

—Deberías venir a ver mi camarote. Es de risa. Tiene bar y todo.

—¿De verdad? —respondo con tono socarrón. ¿En serio piensa ser tan evidente? Es tan transparente que casi resulta adorable—. ¿Vas a prepararme un

cóctel?

—Sí —contesta sonriéndome—. Voy a preparártelo.

Bajamos a su camarote y el aire acondicionado me hiere la piel, caliente por el sol. Como era de esperar en un megayate, el camarote es ridículamente grande y está immaculado, tiene una cama gigantesca, toda una zona de sofás con una barra e incluso una terraza.

—Uau —exclamo—. Vaya cuchitril.

Hal desaparece inmediatamente en el baño. ¿Sabes?, creo que después de todo no voy a enrollarme con él. Está claro que le interesan más las drogas que hablar conmigo.

Tal vez despierte a Stef para averiguar a qué hora nos vamos mañana. Brooklyn de pronto se me antoja realmente lejos, y no en el buen sentido. Toda esta escena del yate me resulta un poco... no sé, escalofriante. Y de verdad que quiero hacer las paces con Julia. Y con las demás también. Ahora que me he relajado un poco, la situación en Rookhaven no me parece tan mala. Todo irá bien. Tiene que ir bien. ¿Verdad?

Hal sale del baño arrastrando los pies mientras se limpia por debajo de las fosas nasales.

—¿Te has empolvado la nariz, querido?

—¿Quieres? —pregunta señalando el baño con el pulgar.

Niego con la cabeza.

—Voy a buscar a Stef.

—¿Me preparas un martini primero? Stef me ha contado que preparas unos martinis sucios buenísimos.

—Hum, claro. Por qué no.

Me acerco a la barra y me estiro para coger los vasos de martini del estante de arriba cuando, pam, me estrello contra la encimera. Hal me acaricia la nuca con la nariz.

—Espera, tío, tranquilo —le digo intentando deshacerme de él. Odio cuando los tíos confunden fuerza con pasión—. Para. Hablo en serio.

—Tengo una sorpresa para ti —susurra, y me vuelve lentamente hacia él.

Bajo la vista.

El pene de Hal.

Fuera.

En su mano.

Pequeño, rosa y erecto.

Oh. Dios. Mío.

Hal me sonrío, y luego sonrío a su pene.

—¿Quieres tocarlo? Le gustas.

Suelto una carcajada.

—¡No!

—¿No?

—No... ¿gracias? —¿Cómo rechazas un pene erecto educadamente?—. Muy amable de tu parte ofrecerlo, pero... eh, no. Volvamos a la fiesta.

Hal vuelve a meterse el pene en los pantalones, joder, menos mal, pero cuando le aparto para pasar me coge, me levanta hasta dejarme sentada en la barra, me separa las rodillas y me sube el vestido.

—Para —le ordeno, pero me tiene inmovilizada, me besa el cuello y me sujeta los muslos con las manos. Esto ya no tiene gracia, pero ni siquiera me mira, solo se refriega contra mí como un adolescente salido—. Hal, para. Ya. ¡Para!

Le empujo, bajo de la barra y paso por su lado. Me largo de aquí.

—¡Lo siento! —exclama—. Escucha, Angie, lo siento, de verdad.

Me detengo en medio de la habitación.

—Más te vale.

Hal se sorbe la nariz.

—Escucha, seamos totalmente abiertos, ¿vale? Somos adultos. Tal vez lo haya abordado mal. Eres diferente.

Frunzo el ceño. ¿A qué se refiere? ¿Diferente de qué?

—Establezcamos los límites ahora y abramos una botella de Veuve, vayamos a la terraza y empecemos a partir de ahí.

—¿Qué límites?

—Tres mil, ¿no? Sexo completo, con oral.

Me quedo mirándolo. Si fuese un personaje de cómic, habría un pequeño signo de exclamación encima de mi cabeza.

—¿Qué pasa? —Hal parece sorprendido ante mi reacción—. Joder, ¿lo he entendido mal? ¿Son cuatro mil? Stef dijo...

En ese momento todo se vuelve claro como el agua.

Estoy sobria de repente.

Y.

Estoy.

Enfadada.

Me doy media vuelta, salgo con paso airado del camarote de Hal y recorro el yate como un huracán. Estoy tan furiosa que me siento como si saltasen chispas de mi cuerpo.

—¡Stef! —grito—. ¡Stef, pijo de mierda! ¡Despierta, joder!

Llego al primer camarote y abro la puerta de una patada. Lars y otra chica, metiéndose coca.

—¡Stef! ¿Dónde coño estás?

Doy una patada a la siguiente puerta. Beecher y dos chicas, desnudos.

—¡Stef! ¡Sal!

Pateo la puerta del siguiente camarote. Vacío. Pero veo el ridículo sombrero de Stef. Esta era su habitación. Lo que significa que se ha levantado.

Aprieto los puños con tanta fuerza que me clavo las uñas en las palmas de las manos. Mientras subo el último tramo de escaleras me topo otra vez con el mozo de barco de aspecto impecable.

Frunce el ceño.

—¿Estás bien?

—No. ¡No estoy bien! —respondo empujándole al pasar enfadada por su lado.

—¿Puedo hacer algo?

—Sí. No te acerques a mí.

Subo a cubierta dando fuertes pisotones, miro alrededor como una loca y lo veo. Stef. Sentado a la barra, con un aspecto absolutamente normal. El chico de la perilla que trafica con drogas le está sirviendo una copa de rosado. Me encamino directa hacia él.

—¿Por qué coño me has traído aquí? —De repente me tiembla la voz—. ¡Hal cree que soy una jodida puta, Stef!

—Las etiquetas son muy feas, Angie. —Habla alargando las palabras aún más de lo habitual.

—¿Le has dicho que soy una puta?

—Tú necesitas dinero. Hal necesita una chica. Quizá te haya ofendido siendo demasiado directo, pero, vamos... Debías de esperártelo.

—Joder, no me lo esperaba —siseo—. ¿Cómo te atreves? Te he preguntado qué estamos haciendo aquí y has dicho «Solo pasarlo bien, nena». ¡MENTIROSO! Creí...

—Mani te llevaba de compras, ¿verdad? —me interrumpe Stef. ¿Mi ex? ¿Por qué lo menciona? Nos presentó Stef, pero...—. ¿Recibiste un regalo muy especial después de la primera vez que te lo follaste? Apuesto a que sí. ¿Y qué hay de Jessop? Un fin de semana en Aspen y una tarjeta regalo por un par de los grandes en Bergdorf Goodman, ¿verdad?

—Eso fue... dijo que era un regalo del trabajo, dijo... —He empezado a tartamudear.

—Sexo a cambio de lo que quieres.

—No. —De pronto me cuesta respirar—. Eso es distinto.

—¿Lo es? ¿Y acaso importa?

—Me importa a mí. Ellos solo eran... generosos... —Mi voz se va apagando a medida que caigo en la cuenta de lo ridícula que sueno.

—Y adivino que ayer por la mañana te despertaste en alguna habitación de hotel con un fajo de billetes junto a la cama. —De un modo inquietante, la voz de Stef se vuelve cada vez más controlada—. Vamos, chica dura. Eres lista. ¿De verdad crees que estás aquí por lo agradable que resulta tu conversación? Hal necesita una novia este fin de semana. Tú me dijiste que necesitabas conseguir algo de dinero. Todo el mundo sale ganando.

—No... —Mi voz es un susurro.

Los ojos de Stef brillan con una furia contenida, y habla muy bajo, con los dientes apretados.

—Tú siéntate y pórtate bien, joder. Me he esforzado mucho en preparar esta fiesta para mi amigo Hal. Me estás avergonzando.

Silencio total.

Nos miramos el uno al otro.

De repente tengo mucho, mucho miedo.

En realidad no conozco a Stef. No sé qué es capaz de hacerme. Y estoy sola. Completamente sola.

El pánico asciende como la bilis desde mi estómago. Me alejo tambaleándome de Stef y miro a mi alrededor como una loca.

El sol se está poniendo, y los yates que antes nos rodeaban ya no están. Se han ido sin más, se han desvanecido, evaporado. ¡Ni siquiera me he dado cuenta! ¿O nos hemos desplazado nosotros? No estaba prestando atención, ¿hemos estado navegando mar adentro? Me vuelvo de nuevo, tratando de avistar tierra desesperadamente.

Ahí está. Gracias a Dios. Frente a la popa, veo la playa blanca y alargada de Grace Bay y, a la tenue luz del atardecer, las luces titilantes de todos los hoteles. ¿A qué distancia está? ¿Una milla? ¿Media?

Me vuelvo un segundo hacia Stef. Él se pone en pie y abre la boca para decir algo.

Antes de que pueda hablar, le miro a los ojos.

—Que te jodan, Stef.

Luego me doy la vuelta, corro hacia la parte posterior del yate, inspiro hondo y me zambullo.

8

En el momento en que mi cabeza golpea el agua, tengo un extraño flashback del deseo que pedí el otro día. Cuando me sentía tan desdichada en Brooklyn, bajo un día helado y gris, y lo único que anhelaba era la sensación extática de sumergirme en el agua del mar.

Cuidado con lo que desees.

El vestido se me enrosca alrededor de las piernas, con lo que me cuesta nadar, así que me lo quito rápidamente. Entonces, sin nada más que el biquini, empiezo a nadar hacia la orilla.

—¡Angie! —Oigo que me grita Stef desde el yate—. ¡Vuelve aquí, zorra loca!

No tiene sentido que le conteste —necesito ahorrar fuerzas—, así que mantengo la cabeza fuera del agua un momento y, sin volverme, alzo los brazos para enseñarle el dedo corazón de ambas manos.

Luego continúo nadando.

«Que te jodan, Stef —me digo, con cada brazada—. Esta pienso devolvértela.»

No soy exactamente de las que corren por el campo de fútbol, y los años de deportes de equipo obligatorios en la escuela no hacían más que estresarme, porque no tenía ninguna coordinación, me distraía y olvidaba cosas como en qué dirección correr si alguna vez llegaba a hacerme con el balón. Nadar, sin embargo, es el ejercicio perfecto para los solitarios creativos. Y se me da bastante bien.

Cada pocas brazadas alzo la cabeza para asegurarme de que aún avanzo en la dirección correcta. Creo que lo hago, aunque me cuesta decirlo. La playa está mucho más lejos de lo que pensaba. Lo único que quiero es volver a tierra, y luego regresar como sea a Brooklyn. Quiero estar en mi casa.

Cinco, o quizá diez minutos más tarde, no estoy segura, oigo una voz.

—¡Eh, tú!

Me vuelvo. Es ese puñetero mozo de barco otra vez, el de aspecto impecable que lleva todo el día vigilándome. Va en un pequeño bote inflable. Le han enviado a recogerme.

—¡Vete a la mierda! —le grito—. No pienso volver ahí.

—No voy a llevarte de vuelta al *Hamartia* —contesta él—. Te llevaré a la orilla. Te lo prometo.

Por un segundo me lo planteo. Pero entonces me doy de bruces con la realidad: ¿cuántas veces tienen que joderme para que me dé cuenta de que todo el mundo miente?

—No pienso confiar en el mozo de un puñetero superyate —replico—. Vuelve y diles que me he ahogado.

Se ríe.

—No saben que estoy aquí.

—¿Por qué demonios iba a creerte? Volaré a Nueva York esta noche. Déjame en paz.

—No hay ningún vuelo a Nueva York esta noche.

—Entonces volaré hasta Chicago y allí cogeré un jodido autobús.

Antes de que pueda contestar, inspiro hondo y sigo nadando. Hablar me está dejando sin aliento y es una pérdida de tiempo. Al cabo de unos minutos echo un vistazo atrás. Todavía me sigue. Flotando sin más en ese estúpido botecito inflable, utilizando los remos para mantener el ritmo.

Como quiera.

Me duelen los brazos y las piernas, pero no paro. Imagino que este dolor es el castigo por ser tan gilipollas. Por confiar en un tío con la moralidad de un buitre. Por no darme cuenta de que no existe tal cosa como una comida gratis. (Ni un vestido. Ni un viaje a Aspen. Ni una tarjeta regalo en Bergdorfs. Ni... nada.) Llega un momento, al pensar en todo lo que he hecho, a propósito y sin querer, pero siempre con absoluta estupidez, en que se me saltan las lágrimas.

Los últimos tres hombres con los que me he acostado —Mani, Jessop y quienquiera que estuviese conmigo en el Soho Grand— pensaban que era una puta. O algo parecido.

Pero creí que yo les gustaba. De verdad que lo creía. Pensé que solo tenía mala suerte en el amor.

¿Qué pensarían mis padres? ¿Y si se enterara mi padre? ¿Cómo he podido ser tan estúpida?

Empiezo a sollozar, y se me llena la boca de agua, así que tengo que parar un segundo entre teatrales sonidos ahogados.

El mozo acosador se encuentra justo detrás de mí.

—Escucha... Angie, ¿verdad? Yo me llamo Sam y...

—Por favor, ¡que te den, Sam! —Me esfuerzo al máximo por sonar normal y dura.

«Deja de llorar —me digo a mí misma con severidad—. Puedes superar esto. Solo huye. Sigue nadando.»

Y eso es lo que hago. Nado, respiro y aparto cualquier otro pensamiento de mi cabeza.

—¿Angie? —Sam, el mozo de barco, insiste—. ¿Estás bien?

—¿Qué vas a hacer tú si no es así, Sam? —grito por encima del hombro—. ¿Salvarme? No necesito que me salven. Solo necesito llegar a casa.

A unos cincuenta metros de la orilla, justo cuando el sol por fin se está poniendo, nadar se vuelve repentinamente más fácil. Es como si la marea me ayudase. Me dirijo a uno de los hoteles más pequeños, lo cual espero que signifique que es uno de esos sitios exclusivos y lujosos donde todo el mundo prefiere estar solo y no suele conocer al resto de los huéspedes. Ya casi se me acalambran los brazos y las piernas, y estoy exhausta, pero no pienso parar. Estoy decidida a conseguirlo.

Por fin toco la arena con los pies. Me vuelvo y veo a Sam, el mozo de barco, a unos cinco metros de mí en su estúpido bote. Dios, ¿qué está buscando,

alguna clase de medalla a Don Perfecto o algo así?

—¡Ya puedes irte, Sam! —grito—. Estoy sana y salva.

—Dudo que estés sana y salva alguna vez.

Le ignoro y continúo nadando hasta que puedo ponerme en pie con facilidad, con más de medio cuerpo fuera del agua. Entonces salgo del mar. Ya estoy en la playa, miro atrás. Sam por fin se ha marchado, ya se encuentra a medio camino del *Hamartia*. *Sayonara*, pesado mozo de barco.

Es en ese momento cuando me acuerdo de que mi pasaporte, mi ropa, zapatos y dinero —los tres mil dólares— se han quedado en mi camarote del yate. ¡Oh, mierda, mi móvil! ¿Cómo he podido dejarlo todo atrás sin pensármelo dos veces?

A la mierda. Me las apañaré. No puedo volver atrás. Ya se me ocurrirá algo.

Con toda la dignidad que puedo aparentar, cruzo la arena hacia el hotel. No llevo más que el bikini blanco, pero es un complejo de playa, así que tampoco tengo por qué sentirme fuera de lugar, ¿no?

Delante del hotel hay un chiringuito de falso aspecto desvencijado en el que suena una suave música reggae. Se trata de uno de esos lugares fríos que apestan a dinero. Los huéspedes son previsiblemente gente pagada de sí misma: los hombres están un poco demasiado quemados por el sol, con el omnipresente hombre gordo fumándose un puro caro con ostentación. Las mujeres llevan todas prendas casi ibicencas y se acondicionan el pelo achicharrado por el mar y el cloro fingiendo buscar un efecto mojado.

Y todos contemplan entre aburridos e inquietos el océano, el crepúsculo y el único yate a la vista. El *Hamartia*. Resulta tan extraño mirarlo ahora, es como si fuese un juguete. Un juguete pequeño y estúpido.

Tratando de aparentar que sé exactamente qué estoy haciendo, me acerco a la barra.

—Tomaré una Coca... eh, una Coca-Cola, por favor —pido—. Póngalo en mi cuenta.

—¿Número de habitación?

—Hum... ¡lo he olvidado! —Me río alegremente, tratando de parecer tonta y encantadora—. Mi novio bajará enseguida.

El barman asiente y me la sirve en un vaso de plástico enorme y frío.

Mientras voy dando grandes tragos desesperados —¡ah, dulce subidón de azúcar!—, miro alrededor, esperando que parezca que pertenezco al lugar. Necesito acceso a internet para enviarle un e-mail a Pia, rogarle que me busque un vuelo a casa, que me ayude tal vez a conseguir un pasaporte de emergencia... Dios, ojalá hubiese hablado más con ella últimamente. Es mi mejor amiga, pero nunca le cuento qué me pasa. Siempre lo mantengo todo en secreto.

—Hola, ¿puedo invitarte a una copa?

Me vuelvo. Tío mayor, de treinta y pocos, con acento. Sudamericano, español, quizá. Supermacho, de esa forma casi hermosa en que a menudo lo son los tíos españoles, de ojos castaños oscuros, pestañas ridículamente gruesas y barba incipiente permanente.

—Estoy bien. —Levanto mi vaso.

—Qué lástima —contesta—. Lo único que he querido desde que llegué aquí era conocer a una chica rubia con un biquini blanco e invitarla a tomar algo. —Pone cara de cordero degollado.

—Ah, vale. Tomaré otra Coca-Cola. —Tal vez él pague mi cuenta.

—Yo tomaré lo mismo. —El tío asiente al barman—. Soy Gabriel —añade.

—Angie.

—Me encantaría invitarte a cenar, Angie, pero tengo que volver a Nueva York esta noche. Mis hermanas tienen que estar de vuelta en la ciudad por algo de la escuela.

Me vuelvo. Dos adolescentes de aire petulante se encuentran sentadas en los sofás que hay detrás de nosotros. Las dos tienen el cabello castaño, largo y repeinado, la piel muy bronceada, y envían mensajes de texto sin parar.

Entonces recuerdo algo.

—Creí que esta noche no había vuelos a Nueva York.

—Ah —responde él al tiempo que coge su vaso—. Bueno, yo tengo mi propio avión.

Unas horas más tarde estoy sentada en un Gulfstream a medio camino de Nueva York.

Por alguna razón, esta familia no parece perturbada por el hecho de regresar a Nueva York con un polizón a bordo. He tomado prestados unos vaqueros y una sudadera de Gabriel y un par de pantuflas de peluche de su hermana Lucía. Mi aspecto es raro, desastrado, pero evitaré que me congele hasta que llegue a Rookhaven. Gabriel lleva media hora al teléfono, y sus hermanas y yo estamos en un rincón arropadas bajo las mantas, con revistas de cotilleo, infusiones y platos de galletas de mantequilla de cacahuete. Estar con las chicas y escuchar su parloteo me ha hecho sentir cómoda por primera vez en todo el día. Es casi como estar en Rookhaven.

—He superado lo de Bieber —asegura Amada. Tiene doce años, lleva aparatos y, aunque dice las cosas con verdadera prepotencia, sus ojos se mueven nerviosamente cuando habla. Resulta adorable.

—Chorradas. ¡Bieber fue prácticamente la primera palabra que pronunciaste! ¡Si llorabas en sus conciertos! —repite Lucía, que tiene catorce.

Lucía es increíblemente tímida, y creo que se dirige a Gabriel y a Amada con un tono muy alto y sarcástico para impresionarme. Antes he elogiado su chaqueta vaquera customizada (ha superpuesto un chaleco Jordache vintage a una chaqueta de cuero y el resultado es increíblemente elegante) y se ha pasado unos diez minutos sonrojada. Dios, yo no volvería a la adolescencia por nada del mundo.

Aunque tener veintidós años tampoco está resultando precisamente genial para mí. Falta demasiado poco para mi cumpleaños. Estaba convencida de que a estas alturas ya tendría un trabajo de verdad y un novio serio. En otras palabras, una vida. Una vida que no incluyera que me invitasen a fiestas y me pagasen por acostarme con el anfitrión.

Uf. No pienses en eso.

—¿Dónde están tus cosas? —me pregunta Gabriel, que se acerca a hablar conmigo por primera vez desde que hemos despegado—. ¿Cómo puede viajar

alguien con tan solo un traje de baño?

Si alguna vez tienes oportunidad de oír a alguien de Madrid decir «traje de baño», te lo recomiendo. Me encojo de hombros e intento parecer despreocupada.

—Supongo que soy esa clase de chica.

—Tranquila y sosegada.

—Hummm... —Si supiera el caos que reina en mi interior. Vuelvo a concentrarme en la revista—. Uau, ¿de verdad le gusta a alguien Angelina Jolie? Porque yo no entiendo todo ese rollo.

—Es una diosa, una estatua —responde Gabriel asomándose por encima de mi hombro—. A la que venerar. No a la que amar.

¿Cómo pueden salirse con la suya los tíos españoles con cosas así?

Oh, ese es el lado oculto de Gabriel. Lo he averiguado todo antes de que saliéramos del hotel. Tiene treinta y cuatro años, es español, no se ha casado nunca, no tiene hijos, vendió su primera empresa de tecnología a los veinticinco, trabaja entre Nueva York y Silicon Valley, y tiene un apartamento en Columbus Circle. Básicamente es un tío rico; rico, y normal y corriente. Las chicas son sus hermanastras, del segundo matrimonio de su padre con una estadounidense. Tengo la sensación de que ellas están creciendo en la opulencia, y él tuvo que ganarse su propio dinero.

Gabriel se sienta, coge la revista *Us* y, durante unos minutos, todos leemos tranquilamente.

—¿Tienes hambre? —me pregunta.

—Casi siempre.

—El hotel me ha preparado esto. No son tan buenos como la ensalada de aguacate y gambas que normalmente cojo para llevar cuando estoy en el Eden Rock de St. Barts, pero no están mal.

Gabriel saca los sándwiches que le han preparado en el hotel. Sándwiches de pescado recién hecho sobre tierno pan blanco con mantequilla. Como los que

he comido hace apenas unas horas en el *Hamartia*.

De repente he perdido el apetito. Pero cojo un sándwich de todos modos y me obligo a comérmelo. Las chicas están de cháchara.

—St. Barts es aburrido. Me gusta mucho más las Turcas.

—A mí la que más me gustó fue Antigua.

—¡No puede ser!

Al final se tranquilizan y vuelven a concentrarse en sus revistas, y Gabriel se gira hacia mí con una sonrisita. Le devuelvo el gesto. Todavía tiene el pelo alborotado, probablemente de pasar todo el día en la playa, y de cara es guapo, aunque hace demasiados mohínes para mi gusto.

—Bueno, tenemos que calcular lo que me debes por este viaje.

Me invade un miedo glacial.

—¿Qué?

—Te llevo en avión a Nueva York, te paso a escondidas por el control de pasaportes, ¿y crees que te va a salir gratis?

Se me va a salir el corazón por la boca. Mierda, otra vez no...

—A cambio, tienes que invitarme a cenar algún día.

Ah. Solo se refería a eso.

Sonrío mirando a Gabriel con los ojos vidriosos y trato de parecer tranquila, aunque mi mente trabaja a toda velocidad.

¿En qué estaba pensando, de verdad, al entrar en el bar de un hotel en biquini como una maldita chica Bond, segura de que, de algún modo, conseguiría llegar a casa? Acababa de recorrer a nado sabe Dios qué distancia, sin dejar de pensar en lo estúpida que había sido por meterme en una situación tan horrible, en lo lista que era por no confiar en el maldito mozo que me seguía... pero ¿y lo estúpida que he sido al confiar en el siguiente completo extraño con el que me he encontrado? ¿Solo porque Gabriel estaba con sus

hermanas, porque parecía agradable y educado, he decidido subirme a su jet privado? ¿Qué coño me pasa?

No paro de cometer los mismos errores. Por eso estoy atascada en este patrón de conducta ridículo y destructivo. Tomo la decisión equivocada. Todas y cada una de las veces.

Alzo la vista hacia Gabriel. Si fuese hace una semana, saldría con él hasta que él me dejase. Sé que lo haría. Pero eso ya no es lo que quiero. Y decididamente no es lo que necesito.

—Lo siento, Gabriel. No pretendía darte la impresión equivocada. No estoy... buscando nada... eh... romántico. —Interesante elección de palabras.

—Vale. —Se encoge de hombros como si nada—. Entonces solo quieres volver a Nueva York y decirme adiós, ¿es eso?

Me siento mal. ¿Por qué me siento mal? Como si le debiera una cena. Como si tuviera derecho a estar conmigo por llevarme a casa. ¿Por qué coño estoy pensando así? Sexo a cambio de lo que quiero. Eso es lo que ha dicho Stef. ¿Es así como pienso? No, en realidad no. Acepté esos regalos porque yo nunca tenía mucho dinero y ellos sí. Porque pensé que les gustaba y a mí me gustaban de verdad, sobre todo Mani. Y, por encima de todo, porque pensé que cuando me regalaban algo significaba que merecía la pena estar conmigo.

Me equivocaba.

Ya está. Mi vida ha girado en torno a los tíos demasiado tiempo.

Quiero que mi vida gire en torno a mí.

Quiero estar soltera. Quiero estar en mi casa. Quiero un trabajo de verdad. Quiero a mis amigas.

Y para cuando cumpla los veintitrés, quiero estar haciendo algo que tenga algún sentido. O tengo una vida de la que pueda estar orgullosa, que me haya ganado por mérito propio, o... o... o no sé.

Los veintitrés son mi fecha límite.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres? —insiste Gabriel.

Alzo la vista.

—Estoy segura.

Cuando aterrizamos, Gabriel se ofrece a llevarme a casa en su coche. Me da su tarjeta, aunque no tengo intención de llamarle, y les doy las gracias a él y a sus hermanas efusivamente por ser tan buenos samaritanos. Me dejan en la esquina de Smith y Union antes de continuar hacia su apartamento en Columbus Circle y, temblando de frío, recorro la calle hasta Rookhaven.

Es más de medianoche. Todo el mundo está dormido, y por un momento, cuando subo los escalones de entrada de casa en esta noche de febrero helada y oscura como boca de lobo, tengo la sensación de que toda la experiencia del soleado superyate no ha sido más que un sueño. O una pesadilla.

Con la llave de repuesto que escondemos en el rellano, abro la puerta e inhalo el olor cálido y reconfortante de Rookhaven. La vainilla y la canela de la cocina, el abrillantador para madera que Coco utiliza en los muebles, todo mezclado con los champús y perfumes de todas, y una especie de aroma como de papel que siempre achaco al viejo empapelado.

Nunca me he sentido tan feliz de estar en Rookhaven como en este preciso instante.

Minutos más tarde estoy poniendo la habitación patas arriba como ese demonio de Tasmania de los dibujos animados. Arranco los vestidos de las perchas, saco joyas de los cajones, cojo zapatos y ropa interior, todos los regalos de un ex novio, ex rollo, ex lo que sea. Todas las marcas, todas las prendas más caras... Tocarlas, consciente ahora de cómo las obtuve, me produce una sensación de frío y miedo en la boca del estómago.

Soy tan estúpida. ¿Cómo he podido pensar que les gustaba por mí misma?

No volveré a confiar en ningún hombre. Jamás. Todos mienten. Mienten y mienten y mienten. Mi padre miente, Stef miente, y Mani y Jessop y Marc y, oh, Dios, todos ellos. Mentirosos.

Ahora lo único que queda en mi armario son cosas de H&M y Urban Outfitters y otros sitios de baratillo, cosas que le he cogido prestadas a Annabel y nunca le he devuelto, y prendas de segunda mano que he encontrado en tiendas vintage y mercadillos y que he customizado a mi gusto. Meto toda la ropa de

diseño en una bolsa para donarla mañana a la beneficencia.

No puedo soportar tener el vestido blanco de la noche del Soho Grand en casa. Fue un regalo de Mani, el tío del que realmente creí que estaba enamorada, el tío que me llevó a cenar y me habló como si le importase... Ese vestido fue comprado con mentiras.

Así que lo cojo, bajo las escaleras, salgo por la puerta, descendiendo los escalones de la entrada y lo tiro a la basura.

—Cuidado, niña, vas a romper la tapa —dice una voz. Me vuelvo. Es Vic, el viejo que vive en el apartamento de abajo. Hace siglos que no lo veo.

—¡Eh, Vic! ¿Qué haces tan tarde fuera?

—Solo estoy aquí sentado. —Está todo arrebujado en un abrigo, con una bufanda y un sombrero viejos, cómodamente sentado en el sillón que hay fuera de su apartamento. Apenas lo veo, su voz surge de la oscuridad como si saliese del mismísimo Rookhaven—. A veces me gusta tomar un poco el aire. ¿Y tú?

—Hum... Sí, aire. —Ni siquiera sé por qué, pero de repente quiero contárselo todo—. He cometido un error, Vic. En realidad unos cuantos, errores realmente grandes, y yo... hum... no sé si podré perdonármelo.

Dios, sueño dramática. Pía estaría orgullosa de mí.

—¿Qué errores?

—Yo no... —Inspiro hondo—. No quiero hablar de ello. Nunca. Con nadie. Pero tampoco sé si puedo enfrentarme a ellos sola.

—Lo entiendo.

Los dos suspiramos en medio del silencio. El aliento me sale en vaharadas, y no estoy fumando. Estoy tan cansada de pasar frío. Estoy tan cansada del invierno...

Entonces Vic habla de nuevo.

—El arrepentimiento... te matará. De todas las emociones negativas, el arrepentimiento es la que te clava las garras en el alma con más fuerza.

De repente me duele la garganta, tengo ganas de llorar y me brotan lágrimas de los ojos. Pestaño rápidamente para deshacerme de ellas. Yo nunca lloro delante de la gente. Jamás.

—¿Has tratado de hablar con tus amigos? ¿Con tus padres?

—No —contesto—. De ninguna manera.

—Tienes que soltarlo, niña. O te pasarás la vida entera pensando en ello. Confía en mí. Lo sé. Y es mucho más fácil deshacerte de los problemas cuando los compartes con la gente a la que quieres.

—Pero ¿y si me juzgan? ¿Y si me odian por ello?

—Los amigos no juzgan. Los amigos solo escuchan.

Las ganas de llorar amenazan con volver a abrumarme.

—Pero me siento como si... como si esto... no fuese a dejarme nunca. Como si hubiese una marca permanente en mi historial. Una mancha en mi alma.

—Nada es permanente. Todo cambia. Puedes escoger entre que eso te reconforte o te deprima. Una vez que un acontecimiento queda en el pasado, no es más que un recuerdo.

—Un mal recuerdo.

—Claro, a veces es un mal recuerdo. Puedes elegir entre recordarlo y aferrarte a él para siempre y olvidarlo, y es como si nunca hubiese ocurrido. Tú tienes el control.

—Yo nunca tengo el control. —Me echo a reír, aunque el nudo de lágrimas que siento en la garganta es tan grande y cerrado que me duele—. Estoy fuera de control por naturaleza.

—Tú eliges, niña. —Vic se pone en pie—. Buenas noches. Dulces sueños.

11

—Stef es un capullo horrible —declara Pia—. Espero que se pudra en el infierno.

—¡Yo espero que coja una ETS! —dice Coco.

—¡Yo espero que Hal coja una ETS! —exclama Julia.

—No puedo creer que Hal te dijera que le gustabas a su polla —comenta Madeleine.

—Tirarte al mar fue la mejor idea posible —reconoce Pia.

—¡Qué suerte que ese tío tuviera un avión privado! —dice Coco.

—Y la relación de tus padres ahora será mucho mejor —indica Pia.

—Seguro. No más peleas, no más problemas. ¡El divorcio es genial! —asegura Madeleine.

—¡Ojalá se divorciasen mis padres! —dice Pia.

—¡Estar soltero es lo mejor! Bueno, la mayor parte del tiempo —afirma Julia.

—Y encontrarás un trabajo en moda en un santiamén. ¿Quién no iba a querer contratarte? —señala Coco.

¿No te encantan las chicas? Es muy sencillo: he entrado en la cocina hace dos horas, me he deshecho en disculpas por ser semejante pesadilla para ellas, lo he confesado todo y a cambio he recibido la aceptación, el afecto y la absolución totales. Me ha sorprendido, pero así es como siempre se han tratado entre ellas y así es como me tratan a mí. Soy parte del grupo. Probablemente no debería sorprenderme, pero me ha sorprendido.

Bueno, no lo he confesado todo.

No les he hablado de que me desperté en el Soho Grand con tres mil dólares en un sobre. No puedo. Les he contado lo del yate, que Hal dio por

sentado que yo era... ejem, alguien que aceptaría dinero a cambio de sexo, que Stef me había tendido una trampa, que fue un caso aislado, el colofón a un cúmulo de mala suerte y malas decisiones. Ya están bastante conmocionadas con eso. Si supieran que sin querer he estado interpretando el papel de la puta feliz durante los últimos meses con Mani, Jessop y quienquiera que fuera el tío de la habitación de hotel... Bueno, no quiero pensar en su reacción. ¿Cómo no iban a juzgarme? Yo me juzgo.

Les he contado que mis padres se divorcian. Y que no tengo trabajo y mis problemas de dinero, vamos, que no tengo dinero.

—Y siento haber perdido los papeles con el vodka —digo mirándolas una a una a los ojos—. Sé que he sido... hum, poco de fiar e impredecible. Y una mala compañera de piso. Y lo siento. Estaba desquiciada, supongo, y actuaba en consecuencia. A partir de ahora seré diferente. Lo juro.

Y entonces todas se han puesto a hablar al mismo tiempo. Ha sido una orgía de apoyo emocional, una borrachera de validación de grupo.

Justo como me dijo Vic anoche, en el momento en que he compartido mis problemas, me he sentido mejor. Esa sensación fría y ansiosa en el alma ha empezado a mitigarse. Me siento más ligera, como si el peso que ha estado oprimiéndome, impidiéndome reír o sonreír siquiera durante las últimas semanas, hubiese desaparecido por arte de magia. Supongo que la palabra es «segura». Me he sentido segura.

¿Quién iba a pensar que compartir los problemas sentaría tan bien? Bueno, yo odiaba todas aquellas reuniones obligatorias hasta las tantas en la universidad, ¿las recuerdas? Cuando todas las chicas comen comida basura y una de ellas habla sobre sus padres y otra habla sobre el ex novio que la maltrataba y otra habla sobre sus problemas con su cuerpo y otra habla de lo que coño sea y al final todo el mundo recibe un abrazo de Oso Amoroso y entonces la bulímica sale a hurtadillas para potar. Eso sí, a mí en realidad nunca me invitaron a esas charlas. Pero estaba en la residencia cuando se producían.

En fin. Durante mi confesión, a Coco se le han saltado las lágrimas, Madeleine ha fruncido el ceño, Pia ha respirado entrecortadamente, y Julia ha apretado los puños y ha murmurado «Esos cabrones» un montón de veces.

Lo más fácil debería haber sido confiarme a Pia. La conozco desde que

nací, literalmente. Pero por algún motivo su reacción era la que más miedo me daba. Quizá porque siempre tenía sus propias crisis, quizá porque mis padres no son exactamente de esos rectos y piadosos, pero nunca le he hecho cargar con mis problemas. Siempre me lo he guardado todo. Me daba la sensación de que compartir las cosas era... no sé, como quejarme, como pedir ayuda, como decir que no podía manejar mi propia vida, como si fuese débil. Guardarme mis secretos me parecía lo único que podía hacer... bueno, guardar mis secretos, beber y enamorarme de los hombres equivocados.

Dejar que mi relación con Pia vaya a la deriva es tan culpa mía como suya, al fin me doy cuenta. Quizá más mía. ¿Cómo puede estar ahí para mí si nunca le digo que la necesito?

—Así que ya está —declaro finalmente—. A partir de hoy, me declaro soltera y voy a concentrarme en mi carrera. Encontraré un maldito trabajo.

—No —replica Julia—. Es sábado. Puedes encontrar un maldito trabajo el lunes. Hoy vas a compensarnos por todo el lío de las cortinas viniendo con nosotras a Smorgasburg.

—¿Vais todas? —No quiero estar sola, no cuando tengo tanto en lo que pensar. E intentar no pensar—. ¿Pia? ¿Tú también?

—Sip. Aidan está en San Francisco hasta esta noche, tenía algo del trabajo —responde Pia—. Es un acto de preestreno veraniego especial. Voy en calidad de espía corporativa.

—Quiere decir que va a echar un vistazo a la competencia —explica Julia a una Coco confundida—. Nosotras vamos por los tíos.

—¿Smorgasburg no venera el altar de Ruedas Flacas? —interviene Madeleine esbozando un fingido gesto triste. Ruedas Flacas es el negocio de camiones de comida de Pia.

—Al parecer mis ensaladas no contienen la mostaza cortada a mano según el gastrónomo del movimiento Zeitgeist —responde Pia con tono sarcástico, pero yo sé que está algo cabreada—. Así que vayamos a comer quiche de huevos de codorniz y rollitos de primavera con cheddar y plátano y mozzarella rellena de higo y chorradas por el estilo.

—¡Y a conocer a algunos tíos! —celebra Julia—. ¡Es el día de Conoce a un

Tío! Angie, ¿te apuntas? ¡Chocadme esos cinco! ¡Vamos!

No soy de las que choca los cinco, pero Julia me coge la mano y me obliga a hacerlo.

—Así. ¿A que sienta bien? Lo siguiente será trabajar en los abrazos.

Y al oír eso, suelto una carcajada y de repente siento que mi cuerpo se inunda de felices endorfinas. ¡Reír! ¿Quién iba a pensar que sentaba tan bien? A la mierda, ¿por qué no ir con las chicas y ayudarlas a conocer a tíos? Me despejará la mente de... todo.

Smorgasburg es un festival semanal al aire libre de comida singular que surgió al margen del mercadillo de Brooklyn. Hacia mediodía, con interés en probar todo lo que sea posible, hemos compartido anchoas fritas, *noodles* de ternera picantes, pollo y gofres, bolas de mozzarella picante, un perrito caliente de cebolla caramelizada y un polo de fresa y albahaca. Sí. Vale, la comida por aquí es única.

Julia y yo comemos con más entusiasmo que el resto, con diferencia. Madeleine es quisquillosa y lo huele todo con desconfianza antes de dar un mordisquito, y Coco mira la comida con ansia y habla mucho de ella, pero apenas la toca. (Entre tú y yo, creo que puede que se traiga un rollo de esos en los que comes en secreto porque te sientes culpable; lo digo por el número de veces que he vuelto a casa y me la he encontrado devorando Cheerios a medianoche.) Y Pia frunce el ceño con gesto pensativo con cada bocado, tomando notas. Aparentemente a eso se le llama «análisis del competidor».

—Podría hacer algo con albahaca y frambuesas, si de verdad va a ser lo que se lleve —masculla para sí—. Pero, *merde*, también necesito algunas proteínas. ¿Con qué? ¿Feta bajo en calorías, quizá? ¿Ricotta? ¿El pollo sería demasiado fuerte?

—¿Te acuerdas de cuando Pia era divertida? —me dice Julia pasándome un gigantesco donut de beicon glaseado con azúcar de arce.

—Creo que sí —contesto, y doy un mordisco—. Hum, está bueno... ¿Era la Pia que aplicaba tópicamente Captain Morgan a todos los males? ¿La misma Pia que ahora está permanentemente pegada al iPhone y suelta mierdas como «Pongámoslo en práctica»?

—¡Sí! ¡Y «Contacta conmigo por EOP»?

—¿Qué coño es EOP?

—¡Eso digo yo!

—Así que ¿ahora os unís para reiros de mí? —Pia arquea una ceja—. Lo que sea. No me importa, mientras os llevéis bien.

—¿Nos llevamos bien? —pregunta Julia—. ¿Zorrita? ¿Puedo llamarte así?

La miro alzando una ceja.

—Para ti, Sir Zorrita.

Julia se ríe y se atraganta con parte del glaseado, emitiendo una especie de ladrido tembloroso extraño, y yo suelto una carcajada.

—¿De qué os reís? —Pia suena irritada. Como si Julia y yo no pudiésemos tener bromas privadas.

—De Julia —jadeo—. Se le ha atragantado el glaseado.

—Eso me suena a eufemismo —repite Julia.

—¿Qué, como... se me atragantó su dulce néctar? —pregunto—. Hummm. Dame tu néctar, semental...

Julia se ríe con un chillido. Pia pone los ojos en blanco.

—Perdonadme, pero aquí no hay tíos —dice Coco, que mira alrededor con expresión lastimera.

Ah, sí. Casi se me olvida. Hoy es el día de Conoce a un Tío.

Efectúo una inspección rápida de la zona. Hay cientos, probablemente miles de personas aquí, pero tiene razón. Chicas rollo hipster, familias jóvenes, tipos mayores con pinta de padres y turistas desorientados. Este no es un entorno rebosante de oportunidades para las chicas solteras. Se necesitan dos o tres tíos, solos, que estén dispuestos a flirtear y conversar con una copa delante. O, en este caso, un bocadillo de cerdo de granja cocinado de forma lenta y

artesanal y con el pan de masa orgánica fermentada.

—Podrías hablar con los tíos de la comida —sugiero.

Madeleine se ríe.

—Buf, estarán todos obsesionados con su trabajo, como toda la gente del mundo de la comida en Brooklyn.

Echo un vistazo a Pia para ver si lo ha oído, pero está demasiado ocupada tomando notas. ¿Qué le pasa a Madeleine, a qué viene tanto comentario sarcástico?

—Ese tío de allí está buenísimo —dice Julia—. ¿Lo veis? ¿Junto a la chica del sombrero? —Todas nos volvemos—. ¡No miréis! ¡Jesús, chicas! Oh, mierda, acaba de besarla. Qué capullo.

Todas suspiramos decepcionadas en señal de apoyo.

—Creo que el fallo en el plan del día de Conoce a un Tío es que necesitas una excusa para hablar con los tíos —asegura Madeleine—. Algo como, ya sabéis, una actividad, un pie para conversar. Tal vez deberíais hacer un curso de cocina o algo.

—Sí. A todos los tíos buenos solteros les encantan los cursos de cocina —interviene Pia con tono socarrón.

—A mí no me van los cursos. Y el fallo del día de Conoce a un Tío es que nos estamos tomando esto como una excursión al zoo de los tíos —suelto—. No son animales salvajes que esperan ser observados.

—No, el fallo del día de Conoce a un Tío es que es prácticamente imposible escoger a un tío estando sobria —replica Pia—. Ya sabéis, a menos que trabajes con él o seas, no sé, religiosa o algo de eso.

—Muy cierto. El alcohol es un lubricante social —afirmo—. Hace que todo se deslice un poquito más fácilmente.

—Aj, qué asco. —Madeleine arruga la nariz.

—Eres una florecilla sensible, ¿no? —digo. «Y una zorra rabiosa», no

añado.

Me suena el teléfono. Le echo un vistazo rápido. Es Annabel, mi madre. Pero no pienso hablar con ella hasta que mi padre me llame y me cuente la historia. Pulso el botón de «silencio».

—¿Perdonad? —dice una voz. Todas nos volvemos. ¡Un tío! Algo regordete, no puede considerarse un experto en el arte del afeitado apurado, pero aun así un tío—. ¿Me preguntaba si habéis visto la queso de cabeza? Uno de mis seguidores de Twitter ha dicho que estaría aquí, pero no la encontramos.

—¿«Queso de cabeza»? —repito yo—. Suena...

—Joder, asqueroso —termina Julia—. ¿Qué es?

—Es como un rollo de carne hecho con las partes de un cerdo que nadie más quiere comer. La cara, las pezuñas. A veces el corazón.

Todas le miramos completamente horrorizadas.

—Creo que voy a vomitar —le susurro a Julia.

—Yo espero hacerlo —me contesta ella—. Esa gamba me está repitiendo de verdad.

Coco está fascinada.

—¡Uau! ¿Eres chef?

—No, tengo un blog de comida llamado Geeksters Hambrientos. Tenéis que conocer a mis coblogueros, esperad...

Todas nos volvemos cuando dos tíos —uno alto y soso, el otro achaparrado— se acercan. No son feos y parecen simpáticos. Por un segundo parece que el día de Conoce a un Tío podría funcionar.

Entonces se ponen a hablar.

Normalmente me gustan los frikis de los ordenadores. En el internado pasaba mucho tiempo con ellos. Resulta fácil hacer que se ruboricen, son listos y dejan que te sientes con ellos en el desayuno. Pero estos pertenecen a otra raza.

Son frikis de gran ciudad. Aburridos sabelotodos con complejo de superioridad que no establecen contacto visual y solo hablan entre ellos a nuestro alrededor, si eso tiene alguna lógica. Tal vez rocen el Asperger —eh, seamos sinceras, no es inverosímil—, o quizá nunca hayan salido con gente con pechos reales. Lo que sea. Esto me aburre.

—¿... y recuerdas cuando te comiste aquella anguila en gelatina, Gary?

—¡Fue genial! Sabía a trucha de río cocinada en vaselina.

—¡Menudo gourmet estás hecho! Aun así ese fue nuestro mejor post.

Al cabo de uno o dos minutos Coco es la única que les sigue sonriendo esperanzada. Madeleine ha empezado a escribir un mensaje subrepticamente. Pia ha mascullado algo acerca de tomar notas y se ha alejado con tranquilidad. Julia me mira como diciendo «Joder, sácame de aquí». (Ya sabes de qué mirada hablo: fija, luego con los ojos muy abiertos y de nuevo fija.)

Hora de tomar el mando. Doy una palmada, esperando que me haga parecer autoritaria.

—Bueno, chicos, ha sido genial, pero tenemos que volver a casa antes de convertirnos en calabazas.

—Son las dos y media de la tarde —dice el friki rechoncho.

—Y creo que fue el carruaje de Cenicienta lo que se convirtió en una calabaza, no ella —añade el friki de gafas.

—Venga. —Me pongo un cigarrillo en los labios y me alejo. El resto de las chicas me siguen—. ¿Por qué siempre me toca hacer de zorra a mí? —murmuro.

—Bueno, es que a ti parece que te salga de forma natural —contesta Julia, y ambas nos echamos a reír otra vez.

Creo que Coco y Madeleine tienen ese leve abatimiento que experimentas cuando estás deseando que algo sea el punto culminante de tu fin de semana y resulta no serlo en absoluto. Pero caminamos hacia casa y, pese al frío, Jules y yo en realidad nos lo estamos pasando bien.

—Tienes una forma de caminar muy guay, ¿sabes? Es como si te

contonearas como un cowboy — dice Julia.

Arqueo una ceja.

— ¿Como si tuviese polla?

Suelta una carcajada.

— ¡No! Es solo... que pareces la dueña del mundo.

— Ja. Una cosa más sobre mi aspecto exterior que no encaja con mi interior. Siento que el día de Conoce a un Tío no haya funcionado, Jules.

Se encoge de hombros.

— Hace siglos que no conozco a nadie. ¿Sabes qué necesitamos? Alguno de esos amigos platónicos que nos presente a un flujo continuo de hombres solteros — añade Julia con gesto reflexivo —. Solo los tíos conocen a tíos.

— ¿Como un traficante de tíos? — pregunto.

— ¡Sí! Exacto, como un traficante de tíos. O un chulo.

Hago una mueca. Joder. Stef es un chulo, supongo. Un chulo informal para niños ricos con la mentalidad de «él necesita una chica, tú necesitas dinero» y, esperemos, sin navaja automática y tráfico de metanfetaminas como actividad complementaria, pero en esencia un chulo. Llevo todo el día intentando no pensar en que ayer a estas horas estaba en el barco ni en lo que me estaba pasando...

— Lo siento — susurra Julia —. Solo estaba bromeando.

Me vuelvo hacia ella y sonrío. Dios, es buena persona.

— Está bien — repongo. Y de repente, lo está. Justo como dijo Vic: ha ocurrido, ha quedado en el pasado. Tengo que dejarlo ir. O al menos intentarlo.

Coco se pone a nuestra altura dando saltitos.

— ¿Por qué nos hemos marchado? ¡A mí me gustaban!

—A ti te gustaba el hecho de que fuesen hombres, Coco. Apunta más alto —le espeta Julia.

—Demasiado duro —replico al ver la cara que se le queda a Coco, antes de que esboce su habitual sonrisa de «todo va genial».

—¿Sí? No pretendía ser dura. Coco, cariño, la próxima vez que decidas que alguien te gusta de verdad, te prometo que todas te apoyaremos al cien por cien. ¿Verdad, Angie?

—Claro —contesto yo—. Imprimiré su nombre en una camiseta con un corazón enorme.

Coco está intentando actuar como si nada.

—Bueno, nunca conoceré a nadie. Trabajo en una guardería. Mi trabajo es el menos propicio del mundo para tratar con hombres.

—¿Y qué hay de todos esos padres buenorros? —Pia finalmente sintoniza con la conversación, aunque todavía está mandando algún mensaje. Aidan, apuesto.

—¿Hablas en serio? Son viejos. Y están casados.

—¿Os imagináis ser la mujer de alguien y tener, no sé, niños? —dice Julia—. Ahora mismo creo que sería más fácil aprender ruso.

—Yo podría aprender ruso en seis semanas si me esforzase lo suficiente —contesto—. Pero ¿encontrar a un tío al que le guste por mí misma en seis semanas? Imposible.

—Au, ¿tienes la autoestima baja? —Julia me da un tirón afectuoso a la coleta.

—No, la verdad es que no —respondo—. Solo sé qué ven los tíos en mí. Y nunca se trata de... mí.

Julia guarda silencio un momento, repentinamente seria.

—Sé exactamente a qué te refieres. A veces le daría una patada a un cachorro solo para mantener una conversación interesante con un tío guapo que

también resulta que me encuentra atractiva.

Mientras vamos paseando en silencio, las palabras de Julia reverberan en mi cabeza.

«Una conversación interesante con un tío.»

¿Sabes?, no recuerdo la última vez que hablé con un tío. Me refiero a hablar de verdad.

Coge a cualquiera de los tíos con los que he salido (¡por favor! ¡Pum, tish!): Mani, Marc, Jessop, Hugh, los tíos a los que conocí en la universidad, en bares, de vacaciones... Toda mi vida, siempre es lo mismo.

Ellos hablan, yo escucho. Ellos bromean, yo me río. Nunca revelo nada de mí misma, nunca confío lo suficiente en ellos para mostrarles quién soy o cómo me siento realmente, de manera que es solo persecución, flirteo, fiesta... y luego sexo. Que, de todos modos, es siempre una mierda, el tipo de sexo después del cual siento unas ganas inexplicables de llorar, me voy sola al baño, me miro en el espejo y me pregunto qué demonios estoy haciendo y por qué me siento vacía por dentro. (Buf, lo siento. Drama, lo sé. Pero es cierto.)

Y luego por la mañana me levanto junto a ellos y me siento más sola que nunca. Pero me quedo con la esperanza de que la próxima vez intenten ver más allá del duro caparazón que he construido a lo largo de los años. De que de repente ellos me conozcan a mí y yo los comprenda y sienta una conexión.

Por supuesto, nunca ocurre. ¿Por qué iba a molestarse un tío en intentar conocerme? Así que me muestro frívola, fría y dura, y al final me dejan y no vuelvo a tener noticias de ellos. Incluso me desagregan en Facebook. Como si no tuviese sentido mantener el contacto. Como si fuese de usar y tirar.

No me extraña que siempre me haya gustado tanto ese momento antes del beso. El prebeso. Ese es el momento en que todavía hay una oportunidad de que esta vez signifique algo. Como si pudiese conocer a alguien digno de confianza, alguien a quien pueda confiarme. Como si pudiese haber un final feliz.

Nunca. Nunca más. Voy a quedarme soltera. Para siempre. Voy a mantenerme alejada de todos los tíos. En especial de los niños ricos y mentirosos.

Y voy a encontrar trabajo en el mundo de la moda.

12

Jamás voy a encontrar trabajo en el mundo de la moda.

En la última semana, lo he intentado todo. He revisado *Women's Wear Daily* de arriba abajo, he hablado con las pocas agencias de empleo especializadas en moda, he buscado en Craigslist y en todas las páginas y blogs de moda. He enviado mi currículum a todos mis diseñadores favoritos en Manhattan de nuevo, solo por si la última vez que lo hice, en agosto, cuando llegué a Nueva York, se extravió. Les he contado que me encanta crear ropa; he preguntado si necesitaban una diseñadora auxiliar, una asistente, una recepcionista, un lacayo para llevar los cafés, una limpiapisos, lo que sea.

Nada.

He llamado a cualquier persona simpática que conocí por mi antigua jefa, la fotógrafa de comida, la Zorra; he llamado a los contactos de Cornelia a los que solía llamar para coger muestras cuando ella se iba a alguna gala. He usado Facebook, IM, Twitter. He llamado una y otra y otra vez.

Nada.

He preguntado por las prácticas, pero está todo completo durante meses o incluso años, y el problema es que no pagan nada y yo necesito dinero. Supongo que esto significa que todo alumno en prácticas en Nueva York o todavía vive con sus padres o tiene una asignación increíble, tipo sueldo, que le permite pagar un apartamento en Nueva York y, ya sabes, comer. Lo que quiere decir que solo los niños ricos hacen prácticas en el mundo de la moda y por lo tanto son los primeros en la fila y los más cualificados para los mejores trabajos. ¿No te parece lo más estúpido, por cierto? ¿No deberían ser las personas más trabajadoras y con más talento quienes consiguieran los mejores trabajos? Algunas veces es como si tener veintipocos en Nueva York no significara la supervivencia de los más fuertes, sino la de los más ricos.

Así que he solicitado puestos de ventas en las tiendas de mis diseñadores favoritos. Si trabajas en una tienda de Marc Jacobs, en algún momento tendrás que conocerlo, ¿no? Ayer me pasé el día entero yendo a las mejores tiendas. Llené formularios y dejé mi currículum perfecto aprobado por Julia y sonreí tanto que me dolía la cara.

Nada.

Encontrar trabajo es lo único en lo que he pensado, lo único en lo que me he concentrado la última semana. Cuando mis pensamientos vuelven a deslizarse hasta Stef, y Hal, y el yate, y todo lo demás, me obligo a apartarlos de mi mente. «Búscate un trabajo. Búscate una vida.»

Pero no estoy llegando a ninguna parte. Estoy fracasando.

La ciudad de Nueva York me está rechazando.

Hoy ha sido un día frío y lluvioso, el típico día de marzo, así que me he atrincherado en mi habitación, he leído novelas románticas y he dibujado y he cosido aquí y allá. Tirar toda mi ropa buena la otra noche también ha dejado un agujero en mi armario, y evidentemente ahora mismo no puedo permitirme ir de compras, así que he decidido coger todos mis básicos de baratillo y hacerlos más interesantes. Por ejemplo, he arrancado las mangas a todas mis camisas y camisetas. Sí, aún hace un frío que pela ahí fuera. Sí, debería haberlo pensado un poco más.

En fin, hace un rato, cuando Julia me ha encontrado pasando la fregona en la habitación («¿Te encuentras bien? Nunca, jamás, te había visto en casa un sábado por la noche»), me ha sugerido que reúna a las chicas para una puesta en común para dar con una solución. Pia no está aquí, por supuesto. Está con Aidan.

Pero no pasa nada. Estoy en la cálida y acogedora cocina de Rookhaven, comiendo pizza del Bartolo's y bebiendo vino mientras llueve fuera.

—¿Qué demonios es esto? He pedido triple de pepperoni, esto es el doble como mucho —dice Julia escudriñando su pizza.

—Creo que ahí hay más que suficiente cerdo procesado —replica Madeleine con la boca llena de espinacas y ricotta.

Julia suspira.

—Supongo. —Alza la vista hacia mí—. ¿Pepperoni, Cara de Ángel?

Le sonrío y cojo una porción. No hay ningún otro lugar en el mundo en el que preferiría estar ahora mismo.

—No sé cuándo empecé a beber vino, pero me gusta —comenta Julia—. Sabe tan sofisticado, joder.

—Yo empecé a beber vino cuando me vino la regla por primera vez —digo.

Julia suelta una carcajada.

—¿Sabes?, si no te conociese tan bien, diría que estás bromeando. Yo estuve bebiendo Malibu con leche hasta que tuve como...

—Veintidós —interrumpe Madeleine.

Julia le enseña el dedo corazón.

—A mí me dejaban beber vino rebajado con agua —digo yo—. Annabel pensaba que era un gesto maduro y europeo.

—Bueno, me alegro de que no se volviera en su contra —replica Madeleine con tono mordaz.

No estoy segura de qué quiere decir con eso, pero estoy casi segura de que no es nada agradable.

—Vale. ¿Novedades acerca de la búsqueda de trabajo? —pregunta Julia.

Las demás alzan la vista, esperando mi respuesta. Resulta extraño —pero bastante agradable— ser el centro de atención del grupo. En el pasado, siempre lo ha sido Julia, la más ruidosa, o Pia, la reina del drama. (Probablemente yo soy la que se sienta al margen con una copa y un cigarrillo y hace comentarios.)

—Helmut Lang, A. P. C., 3.1 Phillip Lim, Opening Ceremony, Rag & Bone, Acne, Maje, Sandro, Alexander Wang, Marc Jacobs, Steven Alan, Intermix, Scoop... —Recito todos los nombres contando con los dedos mientras mastico mi tercera porción de pizza—. Les he pedido trabajo en venta al público a todos ellos. Ni siquiera un trabajo de diseño, ¡solo venta al público! Pero siguen queriendo a alguien con experiencia en venta al público o moda.

—Entonces, plan B —dice Julia.

—¡Ese era el plan B! ¡El plan A era encontrar trabajo con los diseñadores!

El plan B era degradarme. Empezar desde abajo... —Suspiro y miro a las chicas alrededor de la mesa—. Ni siquiera soy apta para eso. Estoy en algún punto por debajo del nivel del mar.

—Tú sigue intentándolo —contesta Julia—. Madeleine, si no maduras y te acabas esa puñetera pizza no volveré a hablar contigo jamás.

Madeleine coge su porción a medias y da un mordisquito.

—Mira, Angie, no eres la única persona que busca forjarse una carrera. El mercado laboral es una pesadilla ahora mismo. ¿Recuerdas el artículo de *Newsweek*? Somos una Generación Jodida.

—Entonces ¿qué pasa con nosotros? ¿Qué va a pasar con la Generación Jodida? ¿Con todos los licenciados que no encuentran trabajo? —Miro en torno a la mesa—. En serio. ¿Y si nunca encontramos trabajo? ¿Nos convertiremos todos en indigentes? ¿Desposeídos?

—¿A qué te refieres con «desposeídos», ya que estamos? —interviene Coco.

—Está hablando de la gente que no tiene las necesidades básicas de la vida cubiertas —explica Julia—. Ninguna de nosotras está en peligro de eso.

—Entonces les pedirás dinero a tus padres —añade Madeleine.

—Ni de coña. —Las palabras salen con más vehemencia de lo que pretendo. Todas las chicas me miran sorprendidas. Murmuro una explicación—. Mi padre ha perdido un montón de dinero, ¿sabéis?, en los últimos años, la economía y todo eso... y con el divorcio, yo... hum, no quiero complicarle la vida todavía más.

Las tres guardan silencio. Nadie quiere preguntar si he tenido noticias de mi padre. Probablemente adivinan que la respuesta es no. Annabel, entretanto, ha llamado al menos dos o tres veces más. Aún no he contestado. La llamaré después de hablar con mi padre.

—¿Y qué hay de trabajar como voluntaria en la semana de la moda? —sugiere Julia—. Acabo de leer algo sobre chicas que lo hacen para abrirse camino en el mundo de la moda. Visten a las modelos y preparan bolsas de regalo, cosas así.

—La semana de la moda acaba de pasar —respondo—. Faltan meses para la próxima. Además, no puedo trabajar como voluntaria, necesito ganar dinero.

—En el Bartolo's buscan camarero. Jonah quiere reducir sus horas porque ha conseguido un papel en esa serie de abogados —dice Coco. Jonah es uno de los amigos de Pia, un hipster de Williamsburg que trabaja como actor/barman/criador de abejas, ya conoces el perfil. Creo que a Coco le gusta.

—Pero yo quiero algo relacionado con la moda. Necesito aprender.

Y lo hago. Esta semana, durante las entrevistas, los encargados de las tiendas no dejaban de hacerme preguntas utilizando todos esos términos de moda que no entendía. A ver, conozco la diferencia entre un canutillo y un abalorio de semilla —llevo leyendo el *Vogue* desde que tenía ocho años, esa mierda la pillas—, pero hay todo un mundo de cosas que no conozco. Términos de venta, de merchandising, acrónimos del sector... Me entró el pánico y compré un montón de libros sobre el negocio de la moda. Probablemente no sea el mejor uso de mi límite de crédito ahora mismo. Ups.

Madeleine toma la palabra.

—¿Qué dijiste que habías estudiado? Fuiste a la UCLA, ¿no?

—Hum, sí —contesto—. Primero fui a la Universidad de Pennsylvania, pero me trasladé porque en invierno hacía demasiado frío.

—¿Dejaste una de las mejores universidades del mundo por el sol? —Madeleine está conmocionada.

—Sí, pero... es que hacía frío de verdad.

En realidad, la dejé porque creí que estaba enamorada de un tío al que conocía de Boston que iba a la UCLA, pero cuando llegué a Los Ángeles se limitó a salir conmigo —léase acostarse conmigo— durante unas semanas y luego no volvió a dirigirme la palabra. Pero eso ahora mismo no quiero contárselo a las chicas. Sentirían lástima por mí... y el hecho de que cada tío con el que he estado me haya dejado no me convierte en una perdedora. (¿Verdad?)

—¿Qué es esto? —dice una voz glacial, y todas levantamos la cabeza. Es Pia—. ¿Una reunión de la casa sin mí?

—¡Es solo una noche de pizza improvisada! —contesta Julia.

Pia mira a Julia, luego a mí y aprieta los labios.

—Claro.

De repente me doy cuenta de que Pia se siente amenazada porque Julia y yo nos estemos haciendo amigas. Dios, nunca habría dicho que fuera de las celosas. Aunque, claro, tampoco creo que haya visto nunca a dos de sus mejores amigas hacerse amigas de verdad sin ella. Lo sé de primera mano: he sido su mejor amiga desde siempre, y sin duda nunca he hecho un esfuerzo con nadie más antes de Julia.

—Pia, me alegro mucho de que estés aquí —digo. Pia me mira con algo más de dulzura—. Estoy sufriendo una crisis de carrera total, ¿sabes...?

—Una crisis de falta de carrera —me corrige Julia.

—Eso —digo—. Y de verdad, de verdad, necesito que me aconsejes.

—¡Vale! —Pia se sienta tan tranquila, coge una botella de vino y una porción. Olvida rápido, esa es mi Pia. Pero espera un minuto...

—¿Por qué estás aquí? ¿Por qué no estás con Aidan? —Julia formula la pregunta en el preciso instante en que yo lo pienso.

—Tiene una historia del trabajo —contesta Pia, con la boca llena de pizza—. No me gustan sus compañeros. Todos tienen como cuarenta años. Me tratan como si fuese una cría estúpida. Prefiero estar con vosotras, chicas.

—Bien. Nosotras también preferimos que estés aquí. —Julia se vuelve hacia mí—. Angie, empecemos con la educación. ¿En qué te especializaste?

—Antropología en la Universidad de Pennsylvania —respondo—. Y teatro en la UCLA.

—¡Teatro! —exclama Coco entusiasmada—. Yo te veo totalmente como actriz.

—Eran unos gilipollas elitistas —respondo—. Me limitaba a guardar las distancias y asimilaba todo lo que podía sobre las cosas que estaban relacionadas

con el diseño. Aprobé por los pelos. Luego solicité plaza en el Instituto de Arte de California. No me cogieron.

—Nunca me lo habías contado. —Pia siempre se queda conmocionada cuando descubre cosas que no le he contado. Pero no es personal. Nunca le cuento nada a nadie.

Así que me limito a sonreír.

—El rechazo no me queda bien.

—¿Y qué hay de *Pasarela a la fama*? —pregunta Coco con excitación.

—Y una mierda.

—Creo que deberías volver a la universidad —dice Madeleine—. Pedir plaza en el Instituto de Tecnología de la Moda o en Parsons o algo así. Si eso es lo que quieres realmente, y ahora mismo no hay trabajo ahí fuera, entonces sigue estudiando hasta que tengas ventaja sobre todos los demás candidatos.

—Estoy de acuerdo, pero no puedo —reconozco—. La universidad cuesta dinero.

—No me digas —contesta Pia—. ¿Sabes algo de Stef?

—No —contesto—. Con suerte el barco zozobró.

—¿Quieres vengarte? —pregunta Julia esperanzada.

Niego con la cabeza.

—Solo quiero olvidarlo. Barrerlo bajo la alfombra, fingir que nunca ocurrió. Así es como me educaron. —Estoy de broma, más o menos, pero nadie se ríe, de modo que me levanto a coger mis caramelos de sal marina de la nevera y le lanzo dos a Julia. Esta semana he descubierto que comparte mi obsesión por la sal marina—. Bueno, tengo cosas más importantes en las que pensar. Como mi carrera. O la falta de ella.

—Deberías empezar un blog —propone Julia—. Un blog de moda.

—Todo el mundo tiene un jodido blog —replico, con la boca llena de

caramelos—. Yo quiero un trabajo. Quiero algo que me apasione. —Me sonrojo ligeramente, pues me avergüenza oírme hablar con tanta emoción acerca de querer algo. Abrirme así no es mi estilo.

—Deberías empezar tu propia línea —sugiere Pia, al tiempo que coge un caramelo.

—¿Mi propia línea de qué?

—Accesorios —responde, con gesto pensativo—. Bolsos de cuero o pulseras o algo así. Con talla única, para todas, ¿no? Así no tienes que preocuparte de que les valga a las modelos y esas cosas, y podrán comprarlo mujeres de cualquier talla.

—Eres una empresaria impenitente. —Otro comentario mordaz de Madeleine.

—Lo único que digo es que toda mujer quiere al menos un bolso nuevo cada temporada —repite Pia.

—Yo no —interviene Julia.

—Es una idea genial, zorruta, pero no sé cómo trabajar el cuero —digo—. Ojalá supiera. Me pregunto si podría dar clases... Espera, eso costaría dinero. Como los materiales para empezar mi propia línea. Y todavía tengo que pagar el alquiler, ¿recuerdas? Y tener una vida.

Todo conduce siempre de vuelta al dinero.

—De todos modos, no quiero montar un negocio —añado—. Solo quiero un trabajo. —Silencio. Supongo que la charla sobre mi crisis profesional ha terminado. Y no hemos encontrado una solución. Saco un cigarrillo y me lo coloco en la comisura de los labios—. Bueno, gracias de nuevo por escucharme, chicas. No estoy segura de cómo funciona todo el rollo de los abrazos grupales, pero finjamos que he fomentado uno.

—¡Hora del póquer! —exclama Julia al tiempo que me lanza la baraja de cartas que siempre tenemos en la cocina—. Baraja, Cara de Ángel. Os voy a hacer morder el polvo, ¿sabéis? Por eso me llaman la Plumerero.

—Creo que quieres decir que nos llaman Plumerero a nosotras —repongo—.

Si es con nosotras con lo que vas a limpiar el polvo, ¿sabes? Si eres tú la que quita el polvo, nosotras deberíamos llamarte a ti criada o algo parecido.

Julia suelta un resoplido.

—La criada. Hilarante.

Coco se inclina y me da un enorme abrazo.

—Gracias —digo.

—No tienes que dar las gracias a la gente por los abrazos —repite Julia—. Solo tienes que devolvérselos.

—Oh, Dios mío, lo tengo —suelta Madeleine—. Mirad.

Me tira la revista *New York* abierta por encima de la mesa.

Es un anuncio. Para dependientes.

En Gap.

Se produce el silencio.

Me quedo mirando a Madeleine con ligera incredulidad, con el cigarrillo hacia abajo en la comisura de la boca. Ella me devuelve la mirada, con una sonrisa resplandeciente que viene a decir «¿A que tiene gracia?».

De repente ya no quiero jugar al póquer.

—Me voy arriba.

Subo a mi habitación dando fuertes pisotones, me dejo caer en la cama y miro el techo, intentando luchar contra las lágrimas que me anegan los ojos. Hola otra vez, habitación vacía y gris. Hola otra vez, vida vacía y gris.

Me siento tan perdida...

Automáticamente alargo el brazo hacia la mesilla y aparto mis novelas románticas y los M&M. No hay vodka, pero al fondo encuentro milagrosamente una botella de Wild Turkey de la que me había olvidado por completo. No es mi

bebida preferida, pero si no hay más remedio... Vía de escape garantizada.

Cuando estoy desenroscando el tapón, con el cigarrillo entre los labios, de repente caigo en la cuenta.

Este es el momento en el que todo me va mal.

El momento en el que doy la espalda a mis problemas, o me sumerjo en ellos. Cuando me voy del restaurante, bar, casa, coche, fiesta, conversación o, no lo olvidemos, yate. El momento en que presiono el botón de autodestrucción y me pierdo en alcohol o drogas u hombres para fingir que estoy mejor de lo que en realidad me siento. Que no estoy sola.

Me incorporo hasta sentarme, pongo los pies en el suelo con un ruido sordo y vuelvo a dejar en la mesilla la botella, y el cigarrillo, en el paquete.

En ese momento suena el timbre.

A continuación se oye el pompompom de Coco subiendo las escaleras, al tiempo que grita mi nombre.

—¡Angie! Angie, es un tío, dice que quiere verte, algo acerca del yate, no le he dicho que pase, no sabía si querías que...

¿Hal? ¿Stef? El corazón me martillea en el pecho de miedo, me levanto de un salto y corro escaleras abajo, casi antes de que Coco haya terminado de hablar.

El tío que espera educadamente al otro lado de la puerta en medio del frío glacial va tan tapado, con un abrigo enorme, botas y sombrero, que apenas se le ve el rostro. Pero le reconozco inmediatamente.

Es el tío alto e irritante del ceño intenso. El de aspecto impecable que se rió al verme con la boca llena y me siguió en el bote hasta la orilla.

Es el mozo de barco.

Sam.

—¿Qué quieres?

—Yo... Vaya, ¿en serio? ¿Así es como saludas a la gente?

Inspiro hondo. Tranquila, Angie, tranquila... ¿Qué demonios hace Sam el mozo de barco en mi casa en Brooklyn? ¿A miles de kilómetros de las islas Turcas y la maldita Caicos?

Alzo la vista e intento mantener el contacto visual con él. Mide al menos metro noventa. Odio que el hecho de que los hombres sean más altos que nosotras nos coloque automáticamente en una posición de desventaja en una conversación, ¿tú no? Sin embargo, noto que las chicas rondan en actitud protectora por el vestíbulo detrás de mí, lo que me proporciona la confianza para hablar con normalidad en lugar de darle con la puerta en las narices.

—Hola. ¿Qué quieres?

Sam sonrío, todo dientes perfectos y seguridad natural.

—Tengo tus cosas. El abrigo raro. La bolsa. El...

—¡Mis cosas! —Estoy encantada—. ¡Gracias, gracias, gracias! ¡Ay! ¡Mi abrigo de piel militar! ¡Mi maquillaje! ¡Mi pasaporte! ¡El bolso de mano que me hice con pañuelos vintage! Ya he sustituido mi viejo móvil, pero puedo mantener el número, gracias a Dios.

—También quería comprobar... que estabas bien. —Frunce el ceño, como si no estuviera seguro de cómo decirlo.

Le devuelvo el gesto.

—Estoy estupenda.

—¿En serio? Fue bastante salvaje.

Este tío es un recordatorio andante de algo que daría cualquier cosa por olvidar. Solo quiero deshacerme de él, pese a que noto la enorme curiosidad de las chicas en el vestíbulo.

—Sí, gracias —respondo con mi tono más frío—. La situación era complicada, pero...

—Por lo que yo vi, te las apañaste perfectamente.

—Grité un montón y me tiré al mar.

—Exacto. Por cierto, no nos presentaron formalmente. Soy Sam Carter. —Me tiende la mano—. Y tú eres Angie James.

—Sip. —Abro la puerta del todo para que pueda ver a las chicas, o más bien para que ellas puedan verlo a él—. Y estas son mis compañeras de piso: Julia, Pia, Coco y Madeleine. —Me vuelvo hacia ellas para explicarlo—. Trabajaba en el yate. Para aquel tío. Hal. El tío de la fiesta...

—¡En serio! —Julia se pavonea hasta la puerta—. Escucha, colega, dile al capullo cocainómano de tu jefe...

—Él no es mi jefe —la interrumpe Sam—. Solo fletó el yate una semana. Como un alquiler. Se ha ido, y Carlos, el tipo de la tripulación que suministraba las drogas al... ¿capullo, has dicho?... también.

—Este es el tío que me siguió en el bote —les aclaro—. El mozo de barco.

—¡Ah! ¡Hola! —Las chicas están encantadas. Adoraron esa parte de la historia.

—¿Vas a invitarle a entrar? —pregunta Pia.

—Deberías entrar, por supuesto —asegura Julia.

Madeleine y Coco se asoman al unísono.

—¡Por supuesto!

Me vuelvo hacia ellas sorprendida, luego miro a Sam. Oh. Han decidido que está bueno. Supongo que es bastante guapo. Bronceado, saludable y descansado, una novedad al final de un larguísimo invierno neoyorquino, cuando todo el mundo parece un estornudo anémico.

Pero ahora mismo no me interesan los tíos. Y decididamente no me

interesa él. No me van los tíos rubios, no me van los tíos a los que les gusta estar al aire libre, y nunca, nunca me han ido los tíos que veían que me trataban como a una... Bueno, ya sabes. De hecho, me gustaría no volver a verle nunca. Con efecto inmediato.

—Sam tiene que irse a casa. —Las chicas emiten sonidos de decepción, así que me vuelvo para decirles con la mirada que corten el rollo. Luego me giro de nuevo hacia Sam—. Gracias de nuevo, tío. *Sayonara...*

—¿Os importaría que usase vuestro baño, por favor? —Maldita sea, ¿tengo delante al tío más educado del mundo?—. He venido andando hasta aquí desde el piso en el que me apalanco en Fort Greene, está más lejos de lo que pensaba, y...

—Oh, Dios mío, ¡debes de estar helado! —exclama Julia, antes de que yo pueda decir que no—. ¡Pasa!

Y pum, lo siguiente que sé es que Sam se ha quitado el abrigo, Coco le está sirviendo chocolate caliente, Julia le conduce al salón, Pia sonrío contemplando toda la escena como si se tratase del espectáculo de marionetas de Rookhaven, e incluso Madeleine, a quien jamás he visto babear por un tío, está poniendo algo de música de la Nouvelle Vague.

—Anoche canté esta canción... Ah, canto con una banda, ¿sabes? Deberías venir a vernos... —está diciendo Madeleine. Ella y Julia lo tienen atrapado en el sofá. Muy acogedor.

—Tengo que llamar a Aidan. —Pia se dirige arriba, dejando a las solteras solas con su presa.

—Así que... hum, ¿Sam? ¿Eres marinero? —pregunta Coco sonrojándose. Anda rondando por la estantería, tratando de parecer ocupada.

—Sí. —Sam no se inmuta ante tanto revuelo—. Hay gente que nos llama «mozos de barco». —Me sonrío con suficiencia—. Nosotros preferimos «tripulación».

Pongo los ojos en blanco. Gente. Una vez oí a alguien llamarlos «mozos de barco», ¿cómo iba a saberlo yo?

Coco está impresionada.

—¿Y trabajar en los yates es... como tu carrera?

—Eso parece. Aunque ahora mismo estoy buscando un trabajo nuevo.

—El sábado que viene celebramos una fiesta —suelta Julia—. Deberías venir.

Me quedo mirándola.

—¿Ah, sí?

—¡Sí! La cena, ¿recuerdas? Por...

—¡Por el cumpleaños de Pia! ¡Hace veintitrés! —añade Coco rápidamente.

—¡Sí! Es una fiesta sorpresa. ¿Verdad, Angie?

Arqueo una ceja.

Verdad. Porque quién no quiere una fiesta sorpresa. El hecho de que yo nací el mismo día que Pia, y de que aún faltan semanas para ese día, no parece habersele ocurrido a nadie.

—Va a ser genial —añade Julia—. Y... y... ¡y Madeleine cantará!

—¿Ah, sí? ¡Sí! —exclama Madeleine.

—Y, hum... y Coco cocinará... Coco, ¿qué vas a cocinar?

Todos nos volvemos hacia Coco, que se ha puesto roja bajo la presión de ser el centro de atención.

—¿Comida?

—Eso, Coco cocinará comida y yo haré un ponche impresionante.

—Claro —contesta Sam—. Suena genial. Estoy en casa de mi colega, pero ahora mismo está fuera. ¿No pasa nada si vengo solo?

—¿Eres nuevo aquí? ¡Oh, Dios mío! Entonces ¡tienes que venir!

Por favor, Dios, no dejes que Julia se frote contra su pierna.

—Me encantaría. ¿A qué hora debería estar aquí?

—Ah, a las siete y media. ¡No! A las ocho. Sí. A las ocho en punto.

—Guay —digo—. Estoy impaciente. Una fiesta. Bravo. Bueno, Sam, gracias por pasarte...

—Supongo que debería marcharme. —Sam se pone en pie, para evidente decepción de todas las demás.

—Y muchas gracias de nuevo por traerme mis cosas —digo sosteniéndole la puerta mientras se pone el abrigo. Entonces se me ocurre algo—. ¿Cómo has sabido dónde vivía?

—Fácil —responde—. Esperé hasta que ese tío, el tal Stef, estaba completamente fuera de combate y entonces se lo pregunté. Me habría contado cualquier cosa.

—Uau. Muy hábil.

—Sí. Aunque pasó algo raro. Esa misma noche se le cayeron por la borda el móvil, la cartera y el pasaporte. —Sam se pone el gorro, sus ojos grises están muy serios—. No recuerda qué pasó. Dijo que los tenía un minuto, y al siguiente... —Sam gesticula como si arrojase algo realmente lejos.

—No...

Sam sonrío, luego se vuelve y baja los escalones de la entrada.

—Me pareció lo correcto. Te veo el sábado.

Cuando regreso arriba, me acuerdo.

Los tres mil dólares. El sobre con dinero que, aunque odio su existencia y el misterio que envuelve su procedencia, me vendría bastante bien ahora mismo para pagar el alquiler y, ya sabes, la vida.

Meto la mano en el bolsillo interior de mi abrigo de piel militar.

Ha desaparecido.

No hay nada dentro, salvo una notita, doblada.

Que te jodan, Angie.

Stef.

Treinta y un días para cumplir los veintitrés.

Estoy en un Starbucks de la Séptima Avenida con la Treinta y siete. El corazón palpitante del distrito de la moda de Nueva York. Aunque por el aspecto de la calle tampoco lo dirías: joder, es bastante deprimente, en especial un día lluvioso de marzo como hoy. Hay un montón de tiendas de camas baratas. Todo ocurre lejos de la calle, en las oficinas de arriba. Ahí es donde la mayoría de los diseñadores tienen las instalaciones de producción y las salas de muestras.

Estoy (más o menos) leyendo el número de hoy de *Women Wear Daily*, el periódico de la industria de la moda, y (sobre todo) mirando por la ventana.

Mi plan es quedarme aquí sentada, hacer que el café me dure todo lo posible y aparentar que trabajo en el mundo de la moda.

Quizá alguien que sí trabaja en el mundo de la moda viene a Starbucks y empezamos a hablar sobre mi paraguas semiirónico de Hello Kitty y eso nos lleve a una entrevista de trabajo. Tal vez esté leyendo sobre alguien en *Women Wear Daily* y alce la vista y, pam, esté allí y yo me quede en plan «¡Uau!», y ellos se pongan en plan «Oh, no es para tanto» y eso lleve a una entrevista. Tal vez conozca a alguien, y ese alguien conozca a alguien, y ese alguien conozca a alguien, y eso lleve a un trabajo. ¿Conoces lo de los seis grados de separación, la teoría de que solo estás a seis personas de alguien en todo el mundo? Así es: estoy a seis grados de encontrar trabajo.

¿De dónde viene esta disparatada esperanza? De Rookhaven, supongo, en especial de Julia y de Pia. Son tan jodidamente dinámicas y optimistas, que han ido acabando con mi cinismo natural.

Un tío joven con un sombrero tirolés y un enorme paraguas blanco pasa por la calle empujando un carrito que lleva atados siete maniqués de sastre —ya sabes, esos maniqués sin cabeza ni miembros en los que clavas los vestidos con alfileres— y el corazón me da un vuelco. ¡Me pregunto adónde va! Apuesto a que se los lleva a algún diseñador. Tal vez Anna Sui o Michael Kors vaya a tocar uno de esos maniqués en cinco segundos. Mi abuela tenía uno. Lo llamaba Elsie.

De repente la cuerda se rompe y los maniqués salen disparados de la

funda de plástico que los cubre. Puedo ver que el tío está sufriendo un ataque de pánico, así que me pongo en pie de un salto, cojo mis cosas y salgo corriendo.

—¡Yo te ayudo! —digo.

—¡Gracias!

La mayoría han quedado bajo la funda de plástico y no tienen desperfectos, pero uno ha rodado directo desde la acera hasta un enorme charco negro. Cuando lo saco, dejando caer el paraguas de Hello Kitty y el bolso al mismo tiempo, advierto que tiene un fragmento de cristal incrustado a un lado y que la estructura metálica de la parte inferior está doblada.

—¡Oh, nooo! —El tío del sombrero está flipando.

—Ahogada y luego apuñalada —digo—. La moda mata, ¿eh?

—¡Mierda! ¿Qué voy a hacer? ¡Está destrozada!

—¡Está perfectamente! —replico—. Podrías humedecer el barro y quitarlo. ¡Y como nueva!

Está flipando de verdad.

—¡No la toques! ¡Está asquerosa!

—¡Es solo un poco de barro!

—¡No! Ahora solo vale para la basura. ¡Mi jefa me va a matar! A la mierda, voy a tirarla al contenedor.

Alarga el brazo, pero yo retiro el maniquí.

—No, no lo hagas, ¡me la quedo yo!

—¿Sí? —pregunta sonriendo y ladeando la cabeza—. ¿Tú quién eres? ¿Y a qué te dedicas?

—Angie James —contesto tendiéndole la mano—. Soy diseñadora de moda.

Es la primera vez en mi vida que pronuncio esas palabras. Sienta bien dejar que salgan de mis labios. Aunque, estrictamente hablando, no creo que sean verdad.

Todavía.

—Philly Meyer —responde él—. Soy sombrerero y DJ, pero ahora mismo trabajo como becario para Sarah Drake.

—Guay —contesto sonriendo. ¡Sarah Drake! Sé quién es. Era una protegida de Narciso Rodriguez y luego tuvieron alguna clase de bronca monumental. Acaba de empezar su propia marca creando prendas únicas que tienen más de arte de vanguardia que de moda.

—Sí. Y es muy quisquillosa con el tiempo, así que tengo que darme prisa.

Antes de que pueda decir nada, se da media vuelta y dobla la esquina llevando los seis maniqués restantes en manada.

Escribo su nombre rápidamente. «Philly Meyer.» Uau. Un grado de separación de Sarah Drake, dos grados de Narciso Rodriguez. Pienso agregarlo en Facebook después.

Me vuelvo y miro el maniquí. Es de bastante calidad, de esos que puedes hacer más grande o más pequeño, más delgado o gordo, para adaptar lo que quiera que estés haciendo a cualquier talla. Está cubierto con un basto lienzo de color crema, aunque ahora, por supuesto, está manchado de agua sucia de un charco de Nueva York, y la raja del lado también resulta bastante antiestética.

Pero puedo arreglarlo. Debajo de todas esas manchas, se encuentra en buen estado.

Vuelvo dentro del Starbucks arrastrando el maniquí conmigo, y cuando estoy haciendo cola para pedir otro café, reconozco a la mujer que tengo delante.

Candie Stokes.

Era estilista, tuvo suerte con la ganadora de un Oscar hace unos años y ahora tiene un sitio web llamado «Qué ponerse hoy». Es uno de esos blogs de moda que de alguna forma se subió a la ola del éxito de los primeros blogs y creció y creció. La última vez que lo miré, estaba trabajando con Neiman Marcus

y Piperlime para crear alguna especie de imperio de blogs hipertexto. Parece un poco adicta al moreno y el tabaco, y tiene el tamaño aproximado de un elfo, pero, maldita sea, ¡es alguien del mundo de la moda! ¡Sabía que mi plan funcionaría!

Vale. ¿Y qué digo?

Vayamos con el acercamiento fiable de siempre.

—¡Candie Stokes! —Estoy demasiado nerviosa para no sonar hiperactiva—. ¡Soy una gran fan tuya!

Se vuelve, ve mi maniquí embarrado y al instante sonrío. Mucho maquillaje y tacones de diez centímetros.

—No creo que nos...

—Angie James. Soy diseñadora de moda. —Cada vez me resulta más fácil decirlo—. También soy ilustradora y fotógrafa. —¿De dónde ha salido eso? Bueno, es cierto. Más o menos. Dibujo. Y saco fotos. A veces.

La sonrisa de Candie se desvanece.

—¿De verdad? ¿Te han pagado alguna vez por diseñar ropa?

—Hum, no.

—¿Te han pagado por una ilustración?

—... No.

—¿Y tu fotografía? ¿Alguna vez te han pagado por eso?

Me cuesta pronunciar la palabra.

—No.

Los ojos de Candie me examinan de arriba abajo. Llevo vaqueros, unas Converse blancas con tachuelas, una sudadera encima de la otra, el abrigo de piel militar y un viejo gorro de cazador. Tengo el lápiz de ojos corrido, porque ayer se me olvidó quitármelo y he salido de casa sin molestarme en arreglarlo, y tengo el

pelo sucio y recogido en un moño. Creí que me daba un aire punk y duro, pero ahora me pregunto si tengo pinta de beber latas de cerveza a las puertas de una estación de tren.

—¿Qué diseñas exactamente?

—Hum, solo estoy empezando. Quiero trabajar en el mundo de la moda y yo... me encantaría hablar contigo alguna vez. —Intento sonar profesional y entusiasta, como lo haría Pia. Cojo mi cuaderno Moleskine—. Puedes ver mis ideas...

—No —responde con contundencia al tiempo que coge su café.

—Quizá podríamos intercambiamos los números de teléfono, o podría agregarte en Facebook...

—No. —Se aleja, luego se detiene y regresa, bajándose las gafas, y sus ojos me miran con dureza—. ¿Has visto la película *Armas de mujer*? ¿Melanie Griffith? Apuesto a que es de antes de que nacieras. Bueno, hay una frase: «En casa a veces canto y bailo en ropa interior, y eso no me convierte en Madonna». Piensa en ello.

Vuelve a ponerse las gafas y se marcha.

«Zorra», digo para mis adentros en un intento de dominar el miedo que en el fondo siento. Me ha tratado como si no fuese nada. Como si fuera una completa inútil.

Jamás voy a encontrar trabajo.

Me vuelvo hacia la camarera justo cuando me tiende mi café solo.

Sonríe y me susurra de forma audible:

—¡En otoño lanzo una línea de joyería inspirada en los navajos! ¡Deberías ver mi blog! ¡Podríamos colaborar en algo!

De repente solo quiero irme a casa.

Me marchó del Starbucks empujando mi maniquí, que parece igual de abatido que yo. Voy a llamarla Drakey. Como recordatorio de que las Sarah

Drakes del mundo probablemente no consiguieron su primer trabajo pasando el rato en Starbucks.

Camino hacia el metro de la Séptima, por el Paseo de la Fama de la Moda. ¿Lo conoces? Es lo mismo que en Hollywood, solo que en lugar de estrellas de cine, aquí cada estrella homenajea a una leyenda del diseño estadounidense. Desde Mainbocher hasta Diane von Furstenberg, Donna Karan o Norma Kamali. Todas ellas han pisado esta misma acera. Todas empezaron con nada más que el amor por la moda y el deseo de crear ropa, como yo. Y todas hicieron que sus vidas ocurrieran.

Como yo no puedo.

15

¡Sorpresa!

—Pia aún no ha llegado. Es más, Sam aún no ha llegado.

—Estoy practicando, y... y... Oh, tengo que irme. Pis nervioso.

Estoy sentada en el sofá leyendo un número viejo de *W* —porque ahora mismo no puedo permitirme el último— mientras Jules y Coco se critican la una a la otra de un modo cariñoso y fraternal mientras dan los últimos toques a la mesa para la denominada fiesta sorpresa de Pia.

El cumpleaños de Pia es el mismo día que el mío, y faltan siglos. Nuestras madres se conocieron en la sala de maternidad, por el amor de Dios; ellas se hicieron amigas, de modo que nosotras nos hicimos amigas. Pero me alegro de que todos lo hayan olvidado. No quiero nada del otro mundo para un cumpleaños que siempre creí que sería un hito de la edad adulta y está resultando ser un recordatorio de que estoy malogrando la veintena.

Madeleine chilla desde arriba.

—¡Mierda, se ha vuelto a acabar el agua caliente!

—¡Espera veinte minutos! —grita Julia en respuesta.

—¡No tengo veinte minutos!

Coco vuelve dando saltitos al salón. Tiene la cara inusualmente roja.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—¡Estoy genial! —exclama—. Estoy tan emocionada. He invitado a aquel chico, Ethan, al que conocí tomando algo en el cumpleaños de una compañera de trabajo. Es el amigo de la compañera de habitación de la universidad de otra compañera de trabajo. ¡Es simpático! Ha dicho que sí.

—¿Ya has estado bebiendo? —La miro atentamente.

—¡He precalentado! —Se pone en pie y hace una pirueta—. ¡Uuuuh!

Creo que la presión de celebrar una fiesta nos está afectando a todas, pero hemos conseguido organizarnos perfectamente. Coco lleva todo el día cocinando pasteles de pollo individuales. Yo he traído unos quesos de Stinky. Pia ha comprado una tarta de chocolate, de Brooklyn Blackout de la heladería de Steve. Madeleine lleva todo el día limpiando, incluso ha pasado la aspiradora por los rincones interiores del sofá y una bayeta por toda la nevera. Julia ha comprado un ramo de hortensias, sus flores favoritas, para ponerlas en la mesa del vestíbulo. Y todas hemos invitado a una «cita», para que parezca «completamente normal».

—¡Como uno de esos mercadillos de trueque! —ha dicho Julia—. ¡Trae a un tío con el que nunca hayas tenido nada y tal vez sea perfecto para otra de nosotras!

Coco ha desafiado las normas del trueque y ha invitado a Ethan, el tío que le gusta; Madeleine ha invitado a Heff, un guitarrista de la banda en la que canta, y Jules a Lev, un compañero del banco. Literalmente no se me ha ocurrido un solo hombre con el que no me hubiera liado. (Deprimente, ¿eh?) Así que acabo de decidir que mi contribución es Sam. Quien lo quiera que lo coja.

Julia está sacando brillo a las copas de vino frenéticamente.

—¡Estas cosas son rejudidamentebeldes! ¿Cómo se limpia el cristal antiguo? Esta copa tiene marcas de lápiz de labios de antes de que yo naciera.

—¡Bicarbonato y vinagre! —contesta Coco al tiempo que sale corriendo otra vez de la habitación—. ¡Remoja y frota!

—Eso es un montón de trabajo —dice Julia, y deja la copa.

Me vuelvo hacia ella por primera vez esta noche.

—¿Qué demonios llevas puesto? Esos pantalones están mal en unos ocho niveles. ¿Estabas borracha cuando los compraste?

—¡No! Tenía quince años. ¡Joder! ¿Qué coño debería ponerme entonces, jodida gurú de la genialidad? Odio toda mi ropa.

—Vamos. Te buscaré algo.

Julia sube pisando fuerte detrás de mí, hasta mi habitación. Dios, está

tensa. Sam tiene que gustarle mucho. ¿De verdad es tan guapo?

Abro mi armario y frunzo el ceño mientras rebusco entre las perchas.

—Veamos, eres más grande que yo en el departamento de tetas...

—Y en el departamento de culo...

—Este es la bomba. —Saco un vestidito negro que encontré en el mercadillo de Brooklyn—. Medias negras, te presto estos zapatos. Y suéltate esa maldita coleta.

Julia se quita la ropa obedientemente.

—Date la vuelta. A mí no me va el rollo nudista como a Pia y a ti. Y me gusta mi coleta. Me duele la cabeza cuando me la quito.

—Eso son tus folículos pilosos gritando «¡Uuuh, por fin! ¡Podemos estirarnos!».

De espaldas a Julia mientras se cambia, hago una imitación de los folículos al estirarse, y ella suelta una carcajada.

—No eres la zorra fría que siempre he creído que eras, Angie James.

—Y tú eres completamente el encanto falto de tacto que siempre he creído que eras, Julia Russotti.

—Vale, ya puedes darte la vuelta. ¿Me queda bien? —Está intentando abrocharse el vestido, pero lo está haciendo todo mal. Yo me ocupo—. Gracias —dice, de repente un pelín relajada—. No se me da bien todo el rollo de la moda. Me da miedo el cambio. No me creerás, pero en el instituto llevaba los mismos vaqueros todos los días. Los lavaba por la noche.

—Te creo, confía en mí... Bueno, ¿quién es ese tal Lev? —pregunto arreglando a Julia como si fuese una muñeca.

—¿Lev? Nadie. Quiero decir, es mi amigo, más o menos. Me siento a su lado en el trabajo. Me gusta, pero no me gusta... Aparte de él, no me gusta nada ninguno de los tíos con los que trabajo. Hay veinte tíos en mi equipo, y todos excepto Lev me tratan como si fuese invisible y no tuviera opinión, como si no

mereciese la pena escuchar nada de lo que digo. —Ahora está balbuceando, poniéndose de los nervios—. ¿Sabes lo que es decir algo y que todo el mundo actúe como si nadie hubiese hablado? Te vuelve loca. Hum, pero me gusta Sam, de verdad. De hecho, es el primer tío que me ha gustado desde Mason, ¿recuerdas? —No lo recuerdo, pero asiento de todos modos—. Joder, Sam está buenísimo, ¿no crees?

Me encojo de hombros.

—Es un poco... impecable, ¿no? Ya sabes. Pijo. Soso.

—¡Clásico, quieres decir! Es como un modelo de Ralph Lauren. O Abercrombie & Fitch.

—Julia, los modelos de Abercrombie & Fitch tienen unos doce años.

—Bueno, lo que sea. Yo a él no le gustaré, sé que no, nunca les gusto. Me voy a quedar soltera para siempre y jamás volveré a tener acción. Mi caramelo nunca volverá a ver otro plátano.

—Primero, si los llamas «caramelo» y «plátano», entonces, joder, sí, no vas a volver a tener ninguna acción.

—¿Puedo llamarlos «cacharros»? ¿Solo de forma genérica?

—No, no puedes. Empecemos con «pene» y «vagina», y a partir de ahí ya veremos. O puedes decir polla y c...

—¡No digas esa palabra! Odio esa palabra.

—Vale. Segundo, ¡claro que le gustarás! Sé tú misma.

Muy profundo viniendo de alguien que siempre encuentra su personalidad en el fondo de una botella de vodka, pero bueno.

—¿De verdad? —pregunta—. Yo solo... uf, es tan raro... Exponerme tanto está completamente fuera de la zona donde me siento cómoda.

Nunca me ha hablado así. En el pasado, habría dado por sentado que es porque su única confidente, Pia, no pasa mucho tiempo en casa, pero en realidad sé que ya no es verdad. Ahora Julia y yo somos amigas. Amigas de verdad.

—Hace siglos que no me gusta nadie así. ¿Y si yo no le gusto a él?

—¡Por supuesto que vas a gustarle! —replico—. Siéntate. Necesitas lápiz de ojos. Cuando pareces dura, te sientes dura.

—¿Es ese tu secreto del éxito? —pregunta al tiempo que se sienta y cierra los ojos.

Saco mi neceser de delineadores.

—Marchando. Mi éxito.

Julia baja la vista.

—Caray. Tienes como... ¿dieciséis delineadores?

—Sí. Realmente depende de mi humor. Gel, sólido, líquido, lápiz...

—Tú solo ponme guapa. Bueno, más guapa.

—Tienes unas pestañas increíbles.

—¿Por qué las tías siempre se dicen eso unas a otras?

Durante uno o dos minutos, mientras pongo delineador alrededor de los ojos de Julia, permanecemos sentadas en silencio. Soy buena con el delineador. El secreto es ponerlo justo en las pestañas y en la línea interior del ojo, y si lo estropeas, lo emborronas un poco. El delineador perfecto es demasiado de bloguera amateur sobre maquillaje, ¿sabes?

—Alza la vista. Vale, cierra los ojos.

—¿Cómo va lo del trabajo? —pregunta Julia.

—*Hashtag* fracaso. He sido oficialmente rechazada por todos los fashionistas de la ciudad de Nueva York. Vale, abre los ojos. Mira hacia arriba.

—Siempre puedes conseguir trabajo en Gap.

—Doble ja —contesto.

—Madeleine solo estaba bromeando, ¿sabes? —dice Julia—. Cree que todavía estás cabreada con ella.

—Lo estoy, un poco. Ese comentario sobre Gap del otro día fue degradante, tuvo mala leche.

—Es encantadora, de verdad que lo es. Solo tienes que llegar a conocerla, eso es todo.

—No quiero llegar a conocerla. Dice esa mierda y solo... corta.

Julia me mira con gesto extrañado.

—¿Qué? —pregunto.

—Pia te lo ha contado —dice en voz baja.

—¿Que me ha contado qué?

—Lo de Madeleine y el... Oh. No lo ha hecho.

—¿Qué? —Rebobino mentalmente—. ¿Qué acabo de decir? ¿Que corta...? ¿Madeleine se corta a sí misma?

—Ya no —contesta Julia rápidamente—. Por favor, olvida que he dicho nada.

No me puedo creer que Pia no me haya contado algo tan importante... Aunque, la verdad, tampoco es que me hable mucho últimamente. Pero si Madeleine ya no lo hace, entonces no es un problema, ¿verdad? ¿Y por qué debería preocuparme? Ella ni siquiera es simpática conmigo. Siempre es tan jodidamente estirada y sarcástica. Supongo que yo también puedo serlo, pero... no importa.

—¡Mira! ¡Preciosa! —Le tiendo un espejo a Julia.

Se toma un momento para mirarse.

—Uau. Si pudiera darle al «Me gusta», lo haría. Gracias, Cara de Ángel.

—De nada, Ju... Ju... —Intento pensar en algo mono con su nombre—.

¿Jugoso fruto?

Arruga la nariz.

—No pongas esa cara o no vas a follar nunca.

En ese momento suena el timbre. Coco pasa a toda prisa por delante de la puerta al subir.

—¡Oh, Dios mío! ¡Es Ethan! ¡Sé que es él! ¡Jesús! ¡Vuelvo enseguida!

—¿Y si es Sam? ¡Tengo que lavarme los dientes! —Julia corre al baño.

Bajo las escaleras cuando Madeleine abre la puerta. Son Sam y la cita de Madeleine, Heff, el músico. Está bueno, en plan «baja la pipa de crack y cómete una hamburguesa, joder».

—¡Mad!

—¡Heffy!

Madeleine y Heff se abrazan, lo que nos deja a Sam y a mí incómodos sin abrazarnos.

—Sam.

—Angie.

Sam se inclina para besarme en la mejilla. No me lo espero, así que me sobresalto un poco y luego frunzo el ceño, porque, maldita sea, yo soy más fría.

—Mira qué mono cuando te lo propones —digo.

Sam está todo despeinado y sin afeitarse, muy diferente de mi primera impresión del mozo de barco repeinado de las Juventudes Hitlerianas (perdón, tripulante).

—Estaba pensando precisamente lo mismo de ti —contesta.

Sí, vale. No estoy espectacular. Llevo una blusa de segunda mano que he customizado cortándole las mangas, los únicos vaqueros de baratillo que he

podido encontrar que no estuvieran demasiado arrugados para ponérmelos y las Converse, y me he recogido el pelo en una trenza en lugar de lavármelo.

Comparada con todas mis compañeras de piso, con tacones y el pelo reluciente, parezco tremendamente aburrída. Lo cual es nuevo para mí. Y casi agradable. Hoy me he dado cuenta de que solía hacer que la ropa hablase por mí. Dejaba que mis pantalones de cuero o los vaqueros de cuatrocientos dólares le dijieran a la gente que era una zorra dura e importante con la que era mejor no meterse. Pero por el modo en que me siento ahora mismo, no quiero llamar la atención.

Y, de todos modos, ya no tengo vaqueros de cuatrocientos dólares.

Sam me tiende dos botellas de vino justo cuando Coco y Julia bajan las escaleras dando saltos, sonrojadas por la emoción, e inmediatamente atacan a Sam con risitas y preguntas tímidas. Me vuelvo hacia Madeleine, que está hablando con Heff de alguna banda nueva de Williamsburg, pero Heff es de esos tíos que pronuncia lentamente, con un tono bajo y monótono, de manera que nadie que se encuentre a más de treinta centímetros puede oír una puñetera palabra.

Dios, ¿dónde está Pia? Es de esas personas que hacen que funcione una fiesta. Es la que mejor se mezcla, como la tónica y el limón. Normalmente yo me escondo en un rincón en las fiestas, ignoro a todo el mundo y bebo hasta que encuentro mi personalidad y/o un tío habla conmigo. Pero esta noche no.

Julia da una palmada como la directora de un colegio.

—¡Vale! ¿Quién tiene sed?

Servimos el ponche de Julia: vodka, zumo de melocotón de lata, vino blanco espumoso y crema de grosella. Sam da un sorbo, se atraganta levemente y acepta sin una palabra la cerveza que le paso con disimulo.

Coco está aceleradísima.

—¡Uuuh! ¡Este ponche pega! ¿Me equivoco?

Suena el timbre y salta a abrir.

—¡Hoooolaa!

Coco conduce a Ethan a la habitación como una orgullosa propietaria en una exhibición canina.

—¡Todos, aquí está mi cita!

—Soy Ethan — dice con la voz de la Rana Gustavo—. *Enchanté!*

Ethan es un tipo bajo y fornido, lleva una camisa azul a cuadros y pantalones rojos a cuadros. Sin ironía. (Siempre tienes que buscar la ironía sartorial, sobre todo en Brooklyn, pero confía en mí, sé que este tío no está siendo irónico.) Y su conversación es peor que su sentido de la moda.

—Así que he pensado, bueno, cogeré el tren L, ¡y he bajado una escalera que me ha llevado a un tren que iba en la dirección equivocada! ¡He tenido que subir al nivel de la calle y cruzar para encontrar un tren que me llevase al destino correcto! Eh, os lo dice un hombre de Chicago: ¡hay un fallo en el sistema! En realidad, cuando...

Ya está. Me voy a fumar para matar algo de tiempo. Me escabullo hasta el vestíbulo, me pongo el abrigo de piel militar y salgo a los escalones de la entrada. Casi siento, aunque no del todo, el deshielo en el aire de marzo. Pronto dejaré el abrigo de piel militar. Sí. Empiezo a rebuscar mentalmente entre mis chaquetas y blazers... Ah, la ropa. Siempre un consuelo, en especial cuando me siento sola.

—¿Sabes?, el tabaco es malo para tu salud.

Me vuelvo. Es Sam, está de pie a mi lado, contemplando la noche.

—Eso he oído. —Doy una calada y frunzo el ceño—. En realidad no me gusta mucho el tabaco a menos que esté bebiendo.

—¿No estás bebiendo?

—No realmente. Quiero decir que no he dejado de beber de manera oficial ni nada. Odio cuando la gente hace eso.

—Sí, es tan molesto.

—Solo voy a suavizarlo en el futuro inmediato. El vodka presiona mi botón de autodestrucción.

—Es bueno saberlo.

Sam se vuelve hacia mí, con una leve sonrisa en la cara. Tiene mucha seguridad en sí mismo, pero no es arrogante. Una combinación poco habitual, al menos en los tíos a los que yo he conocido. Su nariz es ridículamente recta. Como sacada de una moneda. Regia. O lo que quiera que llames a las narices que ves en las monedas.

En ese momento vemos a Pia y a Aidan caminando por Union Street hacia nosotros, haciendo aspavientos. ¿Están discutiendo?

—No puedo creer que nos hagas esto... —está diciendo ella cuando alza la vista—. ¿Angie?

—Hum, ¡hola! —Tenemos que continuar con la farsa de la fiesta sorpresa—. Pia, finge estar pasmada, ¿vale? Solo cuenta hasta treinta, entra y ponte en plan «¡Madre mía!». Teatral, ¿vale?

—¿Qué? ¿Una fiesta sorpresa? ¡No es mi cumpleaños!

Antes de que pueda decir nada más, aplasto el cigarrillo contra el escalón, cojo a Sam del brazo y tiro de él adentro otra vez. Puede que Pia y Aidan estuvieran discutiendo, pero ya me enteraré luego.

Sam alza una ceja.

—¿No es su cumpleaños? ¿Es una fiesta sorpresa de mentira?

Le sonrío y me encojo de hombros, justo cuando Julia aparece dando tumbos y se abalanza sobre Sam.

—¡Aquí estás! ¿Quieres un poco más de ponche? —Entonces estira el cuello—. ¡Les oigo! ¡Escondeos todos! ¡Escondeos!

Todos corremos en desbandada a los escondites que tenemos asignados. La cita de Julia, el tío con el que trabaja, ni siquiera ha aparecido todavía, advierto. Aunque ella no se ha dado ni cuenta. Sam y yo estamos los dos detrás del sofá. Nuestras miradas se encuentran y pone cara de tonto emocionado. Intento no reírme y acabo soltando una carcajada.

—¡Angie! —me sisea Julia.

Sam niega con la cabeza y me chista.

Al cabo de unos segundos, mientras todos estamos agazapados en la oscuridad, Pia y Aidan entran en el salón.

—¡Sorpresa!

—¡Oh, Dios mío! —grita Pia saltando arriba y abajo con fingida sorpresa.

—Grandes dotes interpretativas —me susurra Sam, mientras Julia y Coco gritan y dan palmas encantadas.

—Deberías verla tener un ataque de ansiedad, en serio —contesto.

—¿Es de las que fingen?

—Ah, no —contesto—. Creo que sus emociones son reales. Solo estoy diciendo que de verdad consigue que sepas lo que siente. Es sumamente expresiva.

—Dios, yo podría estar derrumbándome por dentro y mi cara sería exactamente la misma para todo el mundo a mi alrededor —dice Sam.

—Yo también —respondo—. Es mi cruz.

El ceño de Sam se convierte en una sonrisa justo cuando Julia se acerca a nosotros y se bebe su ponche de un trago.

—¡Comamos!

A Coco le cambia la cara.

—Ay, Dios, los pasteles.

En ese instante salta la alarma antiincendios.

16

Vale, la cocina apesta a humo, en la casa hace un frío tremendo porque hemos abierto todas las ventanas para que entre aire fresco y los pasteles están demasiado carbonizados para salvarlos. Pero la fiesta se está animando. Tomar helado y queso para cenar ha sido una decisión de equipo, y como resultado todo el mundo está pedo y se comporta —por utilizar una expresión que me encantaba cuando era adolescente— como un completo majareta.

Pia está ignorando a Aidan. Esto no ocurre nunca, normalmente se pasan toda la noche mirándose el uno al otro con los ojos como dos velitas de cumpleaños. Estoy esperando el momento oportuno para preguntarle si se encuentra bien, pero ahora mismo está despotricando con Madeleine y Heff, que están tan colocados que no pueden responder. Eso no ocurre nunca jamás. Apuesto a que la experiencia de Madeleine con las drogas se limita a las pastillas para el dolor menstrual.

Julia ha dejado de hablar por completo y mira a Sam como si fuese la televisión.

Y Coco va dando saltitos alrededor como un hada pechugona que acaba de cumplir los once años hasta arriba de éxtasis, bailando al son de uno de sus CD favoritos (los *Greatest Hits* de Will Smith, maldita sea). Sam y Aidan son las únicas personas que de verdad están hablando: están discutiendo sobre algún escándalo en el que se ha visto envuelto un Yanquee o un Jet o algo así.

—¿Qué te parece Ethan? —me susurra Coco con hipo al oído—. Invité a Jonah. Pero me dijo que no, dijo que no.

—Probablemente solo estaba ocupado —susurro en respuesta.

—No, no le gusto. —De repente parece increíblemente triste.

Suena el timbre. Voy a la puerta.

Es un tío alto con un traje de Súper Ratón. ¿Qué de...?

—¿Tduco o tdadto?

Ah, está completamente pedo.

—Tío, es marzo —contesto cerrando la puerta.

—Soy Lev. —Bizquea por el esfuerzo que le requiere sacar las palabras—. ¿Estoy aquí una para fiesta?

—Para una fiesta.

—Tenía una despedida de soltero anoche. En Atlantic City. Así que... llego tarde. ¿Dónde estoy? Eres guapa. Eres muy guapa. ¿Eres mi cita?

—No.

—¿Saldrás conmigo?

—No.

Le guío hasta el salón.

—Jules, tu cita está aquí.

—¡No es mi cita! Es... es solo un amigo del trabajo, eh, un compañero, eh, Lev, este es...

Julia le presenta a todo el mundo, pero Lev la ignora, se sienta en el sofá y se queda dormido al instante.

—¡Levanta, Lev! —Julia se está poniendo nerviosa—. ¡Te estás perdiendo una fiesta flipante!

—Julia está gritando otra vez —masculla Lev—. Voy a contárselo a los de Recursos Humanos.

Sam me pilla mirándolo de nuevo y hace esa cosa en la que estira el cuello y se ríe.

—¿Has probado el oregon blue? Soy bastante aficionado al queso —dice una voz de rana junto a mi codo. Es Ethan, la cita de Coco—. Pasé un verano haciendo cheddar en Wisconsin.

—Debió de ser muy emocionante para ti —digo.

—Lo fue, lo fue —asegura. Está muy borracho—. Verás, el secreto del cheddar está en...

Ethan el Quesero trabaja para el Departamento de Salud, pero a estas alturas de la noche se ha revelado como «bastante aficionado» al vino, las bicicletas, la pesca con mosca, los yates, las películas de James Bond, los auriculares, la batalla de Brooklyn, la tipografía, el hip-hop y la arquitectura gótica. Es el tipo de tío al que le gusta enseñar cosas a la gente, o sea, un gilipollas. ¿Lo peor? Coco cree que es increíble.

—¡Uau! —exclama Coco ahora, de repente a nuestro lado—. No tenía ni idea de eso, ¿y tú, Angie? ¡Eh! Deberíamos tatuarnos todas «Rookhaven Siempre»! ¡Porque somos superincreíbles!

Si no la conociera, pensaría que va puesta de algo.

—¡Lev! —Julia está sacudiendo a Lev—. ¡Despierta! —Mira a Sam y le sonrío nerviosa—. Normalmente es un tío muy majo.

Lev abre los ojos.

—Julia, ¿puedes ir a la máquina expendedora por mí? ¿Eh? ¿Ese es Ruthy? —pregunta mirando a Sam—. ¡Ruthy! ¡Ruthy! —Y recuesta la cabeza y se queda dormido otra vez.

Al otro lado de la habitación, veo a Aidan hablando en susurros con Pia.

—¡No, Aidan, no podemos hablar de ello! —le espeta Pia—. Te mudas a San Francisco. ¿Qué más podemos decir? Joder, es genial, tío. ¡Genial!

—Te estás comportando como una niña pequeña —replica Aidan.

—Te estás comportando como una niña pequeña —lo imita ella.

—Llámame cuando podamos hablar de esto —dice él en voz baja, y se da la vuelta y sale de la habitación. La puerta principal se cierra de un portazo.

Con un gemido sonoro, Pia se levanta del sofá y sale corriendo tras él.

—¡Aidan! ¡Espera, oh, Dios, espera! —La puerta se cierra con estruendo de nuevo.

Julia corre tras Pia. Julia procede de la escuela de interpretación del cuantos más, mejor.

—Mala idea —grito—. ¡Quiere estar a solas con él!

—Pia es una princesa —suelta Madeleine en voz alta.

La miro con los ojos entrecerrados. Madeleine y Pia nunca han estado muy unidas, pero nadie habla mal de mi mejor amiga.

—No es una jodida princesa, solo es un poco reina del drama, y eso es adorable.

—¿«Adorable»? —Madeleine resopla.

Antes de que pueda propinar la bofetada verbal que me gustaría, tengo a Sam a mi lado.

—Bueno, Angie, ¿a qué te dedicas?

—¿A qué me dedico? A qué me dedico... Hum, veamos. Bueno, estoy desempleada, Sam. Estoy intentando encontrar trabajo y estoy fracasando. —Hago una pausa y doy un sorbo al ponche—. Miserablemente. ¿Algún consejo?

Sam se encoge de hombros.

—Encuentra una pasión, ábrete camino en ella y luego impresiona a tu jefe.

—¿Que me abra camino? ¿Cómo?

—Bueno... vale, estoy a punto de hablar de mí, así que lo siento si es aburrido...

—Disculpas aceptadas.

—Ah, gracias. Bueno... yo nunca había navegado, ya sabes, cuando era pequeño, pero siempre había querido hacerlo. Y no tenía ninguna otra ambición y de verdad quería... eh, alejarme una temporada. Mi vida estaba como... derrumbándose. Así que me compré un billete de ida a Trinidad, hice algunos amigos en los bares por los que salían las tripulaciones y me abrí paso hasta un

yate que zarpaba hacia las Bahamas. Me limité a copiar a todos los demás y aprendí el trabajo. Entonces le gusté al nuevo propietario y ya está. Tres años en el mar y sumando.

—¿Y te encanta?

Sam se queda pensando un segundo, con los ojos grises fijos en la distancia.

—Cuando estoy navegando, me despierto deseando el nuevo día.

—Ah —respondo con gesto reflexivo.

—Frunces mucho el ceño.

—¡Tú también! Necesitarás Botox antes de los treinta.

—Muy amable de tu parte. —Hace una pausa y da un trago a su cerveza—. Todo este asunto es para arreglarme una cita con Julia, ¿no?

—No. Quizá. —Hago una pausa—. Sí.

Se ríe, y su rostro se ilumina.

—¿De verdad? Solo estaba bromeando. ¿Toda la noche? ¿Solo por mí?

—No exactamente —miento, pues de repente me siento desleal hacia Julia—. Sí que es el cumpleaños de Pia. Pronto. Más o menos.

Me mira alzando una ceja. Le imito.

—Hay algo que estaba deseando preguntarte —dice Sam—. ¿Cómo acabaste con aquella panda, en aquel yate, en aquella fiesta? No encajabas mucho.

Sonrío, pero de pronto noto la cara paralizada por la tensión. No encajaba con un puñado de chicas que sobrepasan la fina línea entre la diversión y joder a cambio de dinero.

Solo de pensarlo me estremezco.

—¿Estás bien? Parece que esté a punto de darte un yuyu.

—Estoy bien... ¿La gente todavía dice yuyu?

—Ah, sí. Todo el tiempo... Pero, en serio, ¿qué estabas haciendo allí? Desde el principio supe que había algo que no iba bien. Te pavoneabas, parecías resacosa, perdida y cabreadísima, fumando y llevando Converse con tachuelas. A diferencia de las otras chicas, no tenías un bronceado de mentira, ni pechos de mentira, ni dientes de mentira... ¿Son amigas tuyas?

—Demonios, no, no las había visto nunca. Ocurrió sin más. Hace mucho que conozco a Stef, confiaba en él, no debería haberlo hecho. Fin de la historia. — Doy un sorbo a mi copa, esperando que Sam diga algo. No lo hace. Y por alguna maldita razón, me encuentro parlotando—. Así que de ahora en adelante voy a evitar a los niños ricos para siempre. Ya sabes, son todos unos gilipollas engreídos que solo mienten para conseguir lo que quieren. Hum, basta de mí. ¿De dónde eres, Sam?

No sé nada de él. Salvo que trabajaba en un yate y ahora está viviendo en casa de un amigo en Fort Greene, sin dinero y buscando otro empleo.

—Ohio.

—¿Ohio? ¿Hablas en serio? Cuéntame más.

—¿De verdad necesitas detalles? Soy Sam. Solo Sam.

—Y yo soy Angie. Solo Angie.

—Bueno, ¿qué tal si te arreglo una cita a ciegas con cena con uno de mis colegas, Solo Angie? A ver qué te parece.

—Oh... no. Yo ahora mismo no quiero salir con nadie, Solo Sam. He tomado demasiadas malas decisiones con... eh, los tíos.

—Si no puedes salir con nadie agradable, no salgas con nadie, ¿es eso?

—Algo así. Quiero estar sola. Pero de verdad creo que deberías invitar a Julia a tomar una copa o algo. Es divertidísima. —Hago una pausa y veo a Julia en el otro lado de la habitación gritando: «¡Esos cinco!», y obligando a Heff a chocárselos.

—Parece genial, pero de verdad, yo tampoco estoy buscando nada. Acabo de romper con alguien.

—Detalles, por favor.

—Se llama Katie. Fuimos juntos a la universidad y mantuvimos una historia a distancia, pero se complicó, ya sabes. Resulta difícil mantener el contacto cuando pasas semanas en el mar... Ahora está en París, estudiando.

Me enseña una foto en su móvil.

Estoy impresionada.

—Sus amigas salen todas poniendo morritos, pero ella solo sonríe con normalidad. Parece el tipo de chica con la que podría tomarme algo.

Cuando es de verdad, la sonrisa de Sam se extiende por todo su rostro, como el dibujo de un niño pequeño. Le devuelvo el gesto y tengo una sensación increíblemente extraña, agradable, cálida. Me doy cuenta de que me gusta este tío. Como amigo. Únicamente como amigo. Lo cual no me ha pasado en la vida.

Vaya novedad.

—¿Quieres que seamos amigos? —pregunto, las palabras han salido antes de que pueda calcular lo rara que sueno—. Quiero decir en serio. Pasemos de todo ese rollo de la tensión sexual. Nada de besos de borrachos, ni arrepentimiento de una noche, nada de Dawson se lía con Joey. Seamos solo amigos.

—¿Amigos?

—Amigos. Mañana deberías venir y vemos un maratón de *Freaks and Geeks* o algo.

—Me encanta esa serie —dice Sam, totalmente serio—. Fue un error que la cancelaran... ¿Me estás pidiendo que quedemos como amigos? ¿Esto es lo que hacen los adultos?

—Sí —respondo—. Supongo que sí.

Miro alrededor a todo el mundo. Madeleine y Heff están tirados en el

suelo riéndose sin parar de Julia, que está haciendo el paso del gusano; Ethan el Quesero se ha quedado KO en el sofá junto a Lev, que continúa durmiendo; Pia y Aidan siguen desaparecidos, supuestamente peleando, y Coco está de pie encima de una silla, cantando y caracoleando como un pony hasta arriba de speed.

—Normalmente no son así —le digo a Sam—. Alguien ha debido de echar alcohol en el hielo.

En ese momento Coco grita «Uuuh», salta de la silla y se cae al suelo.

Es un paso de baile extraño.

Entonces empieza a convulsionarse, echando la cabeza atrás de forma violenta, con todo el cuerpo rígido como si la estuviesen electrocutando, y empieza a emitir sonidos de ahogamiento.

Mierda. Coco está sufriendo una sobredosis.

Todos nos quedamos mirando impresionados unos segundos hasta que Sam se hace con el control.

—Llamad al 911. Ya.

Se acuclilla junto a ella mientras yo me arrodillo, saco mi móvil y marco el 911. Le apoyo la mano en la frente: tiene la piel empapada y ardiendo.

Julia se está volviendo loca.

—¡Coco! ¡Coco! Oh, Dios mío, ohDiosmíoohDiosmío...

—Tranquilízate —dice Sam—. Está bien, estará bien. ¿Coco? ¿Puedes oírme?

Acerca el oído a su boca, luego le toca el cuello en busca de pulso.

La operadora contesta.

—Necesitamos una ambulancia... —Empiezo a explicarle lo que acaba de ocurrir. La operadora me indica que coloque a Coco en la posición de recuperación, lo cual Sam ya ha hecho, y luego compruebe sus constantes vitales.

—Ella... eh, respira, pero no tiene muy buen color y sigue inconsciente —describo, como me indica Sam. Parece saber qué hacer exactamente.

—¿Qué ha tomado? —pregunta la operadora.

—No lo sé —respondo—. Esta noche ha estado actuando de un modo extraño, pero yo solo la he visto beber...

Coco empieza a convulsionarse de nuevo y a sufrir arcadas. Sam la gira hacia un lado y, todavía inconsciente, vomita un revoltijo espumoso de alcohol, queso y galletas saladas.

—Joder... —murmuro.

Sam vuelve a colocarla boca arriba y acerca el oído a su boca de nuevo

para tratar de oír o sentir su respiración.

—Respira, pero está fría —dice—. Y tiene el pulso acelerado.

Hablo con la operadora intentando parecer tranquila, pero por dentro estoy cagada. Esto es culpa mía. He descuidado completamente a Coco. Y no he hablado de ello hasta ahora porque, bueno, es asunto suyo, no mío, y yo nunca cuento los secretos de los demás, pero abortó hace unos meses y se confió a Pia y a mí. Nosotras la acompañamos a Planificación Familiar y todo lo demás. Ha pasado el invierno algo callada y triste, pero, demonios, todo el mundo está callado y triste en invierno, ¿no? Y abortó, quiero decir, eso te hace sentirte jodidamente mal una temporada. Yo también lo hice. Hace unos ocho años. El tío era un barman que conocí de vacaciones con Pia y su familia. Intento no pensar en ello nunca. Supongo que imaginaba que Coco estaría igual.

—Necesito saber qué ha tomado —insiste la operadora.

¿Cómo demonios voy a saberlo yo? ¡Nunca tengo ni idea de qué les pasa a los demás!

Pero quizá debería haber preguntado, me doy cuenta, al ver el pequeño cuerpo de Coco en el suelo. Es más joven que yo, infinitamente más inocente e inexperta, es solo una niña, en realidad... deberíamos cuidar mejor de ella.

Todas deberíamos cuidar mejor las unas de las otras.

De repente Coco abre los ojos, se convulsiona y empieza a vomitar de nuevo. Sam la vuelve sobre un costado rápidamente.

La operadora está hablando otra vez.

—¿Señora? ¿Drogas, alcohol, medicamentos?

—Hum, no lo sé, lo averiguaré, lo averiguaré. —Le entrego el teléfono a Sam y me pongo en pie—. Voy a registrar su habitación.

Él asiente mientras le limpia el vómito y se vuelve hacia Julia.

—Tráeme una toalla húmeda.

Julia asiente frenéticamente y sale corriendo, del todo histérica, como lo

hacen esas personas supermandonas en una emergencia real. Madeleine y Heff miran a Coco colocados y conmocionados. Ethan el Quesero sigue tirado en el sofá, totalmente inútil, junto a Lev, que continúa durmiendo. Y supongo que Pia aún está fuera discutiendo con Aidan. Los únicos que podemos ayudar de verdad somos Sam y yo. Joder.

Corro al cuarto de Coco, subiendo los escalones de tres en tres. Es una habitación adorable, con techos inclinados y alféizares llenos de libros bien colocados. Sintíendome como una ladrona, abro los cajones de su mesilla de noche: libros, bálsamo labial, pañuelos de papel, un viejo llavero, fotos de su madre (murió cuando Coco tenía nueve años más o menos). Luego pruebo con los cajones de su escritorio. Lápices, bolígrafos, tijeras... nada más.

Miro alrededor. Si yo fuera Coco, ¿dónde escondería las drogas? No tendría drogas, es la primera respuesta que me viene a la cabeza. A menos que fuesen bajo receta médica. Y pensaría en ellas como medicinas, así que las guardaría con las tiritas y el jarabe para la tos.

¿Dónde demonios están sus artículos de tocador? Miro alrededor y finalmente veo una de esas cosas de plástico para almacenar zapatos detrás de la puerta, ¿sabes a qué me refiero? ¿Con todos esos bolsillitos? Pero ella la usa para los artículos de tocador, no para los zapatos. Hurgo en cada bolsillo uno por uno. Crema hidratante, exfoliante, cepillo del pelo, gomas del pelo, protector solar... y al fin, pastillas.

Demerol y Xanax.

Por supuesto.

Cojo las pastillas y vuelvo abajo. Han llegado los paramédicos; están en el salón, haciendo preguntas a Sam. Coco ahora tiene los ojos abiertos y la piel pálida y azulada, como si alguien le hubiese quitado el color con alguna aplicación defectuosa de Photoshop.

—La acompañaré al hospital —le digo a Sam.

—Yo también voy —contesta él.

—¡Yo también! —exclama Julia—. Es mi hermana.

Así que los tres acabamos en urgencias.

A Coco la trasladan directamente a una cama, y los tres nos sentamos a su alrededor, con las cortinas corridas. Los doctores entran y salen, tranquilos y preocupados, con interés y frialdad. Coco tiene palpitaciones, así que quieren monitorizar su corazón. Y aún no respira del todo bien, de manera que le han colocado una máscara de oxígeno en la cara, además de un gotero en el brazo para reponer sus fluidos. Vuelve a estar consciente, pero la máscara le impide hablar. Sus ojos parecen aún más grandes y más azules de lo normal, y las lágrimas resbalan por sus mejillas y se acumulan en el borde de la máscara.

Nunca había estado en urgencias. No es como en la televisión o las películas: es mucho más tranquilo, más rutinario. No hay heridas de bala ni puñaladas. Únicamente gente normal y corriente que se hace daño sola. Oigo a la familia de la cama de al lado susurrándose unos a otros en español, y a una anciana que habla en ruso en el otro extremo del pasillo. Qué miedo tiene que dar estar en un hospital hablando una lengua extranjera.

Los tres permanecemos sentados en silencio, sorbiendo el café dulce y de sabor metálico del hospital que ha comprado Sam, murmurando entre nosotros de esa manera íntima que utilizas debido a una emergencia. Es extraño cómo una crisis puede acelerar una amistad. Ahora mismo siento que Sam es uno de nosotras.

Saco los frascos de Demerol y Xanax que he encontrado en la habitación de Coco.

—¿Xanax? —inquire Julia—. No lo había visto antes. Oh, Dios, pobre Coco, esto es culpa mía, es culpa mía...

Sam alarga el brazo y agarra a Julia por el hombro.

—No es culpa tuya. Estas cosas pasan. Tómate el café.

Julia coge su café y da un sorbo obedientemente.

—Buena chica —añade Sam.

—No me hables como si fuese una puñetera cría —replica Julia—. Tengo veintitrés años, joder.

—¿Buena... mujer?

—Eso está mejor.

Guardamos silencio un rato más.

—Odio los hospitales —dice Julia al fin.

—Yo también —contesta Sam—. Creo que todo el mundo lo hace.

—No, yo los odio de verdad. Mi madre murió en un hospital. No le daban en alta, aunque ella quería irse a casa los últimos días. ¿No es mezquino? Fue muy mezquino. —Nunca he oído a Julia hablar tan bajo, y tiene el aliento entrecortado—. Pienso en ello todo el tiempo.

Sam guarda silencio.

—¿Cómo...?

—Cáncer de pecho.

—Lo siento mucho —dice, y en lugar de sonar como una fórmula de cortesía, como suelen hacerlo esas palabras, suena real. Entonces, con un gesto extrañamente paternal, se inclina hacia ella y la atrae hacia sí para abrazarla, y sus sillitas de plástico de hospital entrechocan con ruido. Como un papá búho que acoge al bebé búho bajo su ala—. Pero sabes que Coco se pondrá bien.

Julia se vuelve hacia Coco, que ahora duerme tranquilamente.

—¿Para qué iba a necesitar un analgésico con receta?

Oh, Dios mío. Coco no le ha dicho nada a su hermana sobre el aborto. Yo ni siquiera he vuelto a pensar mucho en ello. Estaba demasiado ocupada pensando en Mani, que acababa de romper conmigo, y de fiesta cada minuto que podía para arrasar con todas las emociones a las que no quería enfrentarme... Coco y Julia están increíblemente unidas, ¿cómo es posible que no le haya contado a su única hermana algo tan importante?

Porque Coco pensó que ella no lo comprendería. Que lo desaprobaba, la juzgaría y le haría sentir aún peor. Es el secreto de Coco. Yo, mejor que nadie, puedo entenderlo.

Así que me encojo de hombros sin más.

—¿Quién sabe? Reparten esas cosas como si fuesen caramelos. ¿No le sacaron la muela del juicio el año pasado?

—Ah, sí, supongo. —Julia frunce el ceño. No parece sorprendida por lo del Xanax. Eso debía de saberlo.

Entonces entra un doctor y vuelve a examinar a Coco. Deciden que pase la noche en observación.

—Lo que realmente da miedo es que estaba completamente inconsciente —le dice Julia al médico—. ¿Y si nosotros no hubiésemos estado ahí? ¡Podría haberle pasado cualquier cosa!

Tres mil dólares. El hotel Soho Grand. Y sigo sin saber qué ocurrió aquella noche. Sacudo la cabeza, como para aclarar mi mente, y Sam me mira extrañado.

—Cerca de la cuarta parte de nuestros ingresos están relacionados con el alcohol y el abuso de medicamentos —responde el doctor—. A veces más. Con vuestro permiso, me desharé de las pastillas que quedan de forma segura. Si no las necesita, es mejor que no las tengáis en casa.

Julia le entrega las pastillas y el médico se marcha. Luego se vuelve hacia nosotros.

—Chicos, deberíais iros a casa, dormir un poco. Muchas gracias, Sam. Gracias.

Sam se inclina hacia delante y le da otro abrazo a Julia, despeinándola al hacerlo. El rostro de Julia pasa del estrés al éxtasis cuando está entre sus brazos. Uau, le gusta de verdad. Espero que Sam le pida salir.

—¿Seguro que quieres quedarte sola? —le pregunto a Julia.

—Totalmente —responde, y me sorprende al cogerme para abrazarme a mí también.

Yo no soy de dar abrazos, provengo de un largo linaje de personas que no dan abrazos, pero le devuelvo el gesto de forma instintiva. Es como ponerte calcetines calientes recién sacados de la secadora. Sientes como aaah.

—Angie, te acompaño a casa —dice Sam cuando salimos del hospital.

—Tío, estoy bien. No necesito carabina.

—No quería decir eso. Estamos delante de un hospital en plena noche, en una de las zonas no tan agradables de Brooklyn. Probablemente llegarías a casa sana y salva, pero puede que no. ¿Por qué arriesgarse?

Suspiro.

—Vale. Lo que tú digas. Jesús, ¿eres siempre tan correcto? ¿Y cómo sabes lo que es agradable y lo que no en Brooklyn? Llevas aquí como una semana.

Sam emite un resoplido, pero no contesta.

El aire fuera es frío, pero de algún modo resulta liberador. Un cambio placentero después del olor químico y viciado del hospital. Me arrebujo en el abrigo de piel militar.

—Bueno, háblame un poco de tus amigas —me pide Sam mientras caminamos—. Coco es más joven que el resto de vosotras, ¿verdad?

—Sí —contesto—. Tiene veintiuno, y Jules, veintitrés. Son del norte del estado.

—Julia es la hermana mayor sobreprotectora. Coco es la pequeña que busca aprobación, ¿eh?

—Más o menos. Dios, espero que esté bien.

—Lo estará —asegura Sam—. Solo ha cometido un error, eso es todo.

—¿Tienes algún hermano?

—Un hermano. ¿Y Pia es tu mejor amiga? ¿La reina del drama?

—Hum, sí. Nuestras madres se conocieron en el hospital cuando nos estaban teniendo a nosotras; cumplimos años el mismo día.

—El mismo cumpleaños... que no era la razón para la fiesta sorpresa de esta noche. Porque la razón era yo. —Hace una pausa—. Me siento tan importante.

Me entra la risa.

—Hum, bueno, sí, Pia y yo nacimos el 23 de abril. Y Madeleine es... en realidad no lo sé. No somos tan amigas. Cuesta hablar con ella. Es un poco antipática. Y a veces es una verdadera bruja.

—Creí que solo era tímida —repite él—. Siempre que alguien se muestra así de frío y controlado, haciendo pequeños comentarios extraños, me imagino que es tímido y se siente incómodo. Que intenta impresionar a la gente.

La idea me sorprende.

—Puede que tengas razón. Yo doy por hecho que lo que ves es lo que hay.

—Esa es una bonita teoría. Pero yo puedo refutarla de mil formas distintas.

Pienso en Stef, en el yate, en todos los errores que he cometido en el pasado por no molestarme en mirar bajo la superficie de nada, por no conocer a los tíos antes de... Bueno, por no llegar a conocerlos. Eso no volverá a ocurrir.

—Lo tendré en mente.

—Hágalo, señorita.

Le sonrío, experimentando la misma calidez que he sentido antes con Julia. La sensación de aaah de un calcetín caliente. Seguridad y amistad. Este tío es un buen tío.

—Bueno, son un grupo genial. La mayoría de mis amigos ahora mismo están desperdigados por todo el país, unos estudiando, otros trabajando... Has tenido mucha suerte en Brooklyn, ¿no?

—Yupi. —En realidad, eso no es del todo cierto, pero no quiero contarle todo sobre mí.

—¿Acabas de decir «yupi»? ¿Tienes nueve años o qué?

—Sí. Tengo nueve años. —Hago una pausa—. Y mola mogollón.

Sam suelta una carcajada. Ni siquiera sé por qué he dicho eso. Es el tipo de

chorrada que diría si estuviese sola con Pia.

—¿Tienes tu juguete favorito de la infancia escondido en tu habitación de Union Street?

Frunzo el ceño. ¿Cómo lo ha adivinado?

—Tengo seis —reconozco finalmente—. Big Ted, Little Ted, Grace, Rose, Ralph y Pinky.

Sam vuelve a reírse en voz alta.

—¡Seis! ¿Eres excesiva por naturaleza?

—¡Calla! ¡No te rías de mis juguetes!

—¡No me estoy riendo de ellos! Yo tengo un juguete que llevo siempre conmigo. Lo escondo en el fondo de mi neceser.

—¿Nombre, por favor?

—Panda... Es... eh, un panda.

—Sin duda eras un niño con mucha imaginación.

—Pues sí. —Sam hace una pausa y me sonrío—. Es agradable. Tener a Panda conmigo. Es un vínculo con el pasado, ¿sabes? Uno agradable.

—Sé a qué te refieres. Supongo que a mí simplemente me gusta saber que están ahí.

Nos sonreímos y vuelvo a experimentar esa sensación del calcetín caliente. Un amigo con el que no voy a acostarme. Qué extraño.

Cuando llegamos a Rookhaven, Sam se vuelve hacia mí.

—Bueno, buenas noches. No intentes besarme ni nada, ¿vale? Sería incómodo, por lo de que solo me gustas como amiga.

Me echo a reír y le propino un ligero puñetazo en el brazo.

—Gracias por todo con Coco esta noche. Diría que le has salvado la vida.

—Eh, no ha sido nada. Y era parte del código de amigos platónicos, ¿no? Está en la letra pequeña: «Salvar a las compañeras de piso de una sobredosis».

—Guay. Entonces... te llamaré. Para nuestra cita como amigos.

—Más te vale.

Cuando entro en casa, Pia y Madeleine están sentadas en el suelo del salón, alrededor de la sombra húmeda de una mancha de vómito recién retirada. Todos los tíos han desaparecido.

Pia alza la vista.

—Angie, tenemos que hablar.

Esto es raro. Pia, mi mejor amiga en la casa, de la cual me he distanciado últimamente, con Madeleine, su antigua amiga-enemiga y mi persona menos favorita en la casa, sentadas disfrutando de una botella de malbec a las dos de la mañana.

—¿De qué queréis que hablemos? —pregunto sintiéndome repentinamente exhausta.

—Bueno, primero, hablemos de Coco —pide Pia.

—¿Cómo está? —Madeleine se tira de las mangas hasta las manos, mirándome con aire ansioso. Va siempre tapada. De repente recuerdo lo que Julia me ha contado antes. Acerca de los cortes. Quizá todavía lo haga. O quizá tenga cicatrices. Probablemente no sea el momento de preguntar—. Ha sido horrible... nunca había visto a nadie colapsarse así.

—Está bien —contesto. Les cuento lo que ha ocurrido—. Ha sido un error estúpido. Coco no sabía que no debía mezclarlo con alcohol.

—¿De dónde demonios ha sacado esas pastillas, para empezar? —pregunta Madeleine—. En serio. Coco nunca tomaría drogas.

Pia y yo intercambiamos una mirada. Creo que no deberíamos contárselo. No es cosa nuestra.

—Abortó —dice Pia—. Hace alrededor de tres meses.

Es evidente que Pia no está de acuerdo.

Madeleine suspira, pero no parece impresionada, lo cual, aunque suene raro, digamos que me impresiona a mí. Creí que sería moralista y antiaborto.

—Pobre, pobre Coco. Últimamente la había visto un poco encerrada en sí misma. Apuesto a que tampoco se lo ha contado a Julia.

—No. —Pia niega con la cabeza—. Y tú tampoco puedes contárselo, ¿vale? Si Coco quiere explicárselo, lo hará. Bueno, entonces el Demerol venía de ahí. El Xanax... no lo sé.

—¿Cómo lo sabíais vosotras? —pregunta Madeleine.

—Angie se la encontró llorando en la cocina un día, cuando ella creía que estaba sola en casa.

Asiento, recordando aquel día de diciembre. Pensé que Coco solo estaba leyendo otro maldito libro de Nicholas Sparks. Siempre está llorando por algo así. Pero sus sollozos eran asustados, intensos y desesperados, y supe que algo iba real y seriamente mal. No sabía qué hacer, así que llamé a Pia. Ella iba de camino a ver a Aidan, pero vino enseguida. Lo adivinó inmediatamente. Creo que hacía tiempo que lo sospechaba. Luego Coco nos lo contó todo.

Madeleine suspira de nuevo.

—Es terrible. De toda la gente a la que podía ocurrirle... ¿Quién era el tío?

—El tipo aquel, Eric. —Pia arruga la nariz con gesto de desagrado—. El pequeño capullo.

—Puaj —contesta Madeleine.

Todas permanecemos en silencio un momento.

—Bueno, Coco estará de vuelta mañana, como nueva, ¿no? ¡Y ha sido un error! —añado—. Creo que deberíamos... dejar que lo olvide sin más. No mencionarlo. Eso es lo que yo querría.

—Puede que Coco sea diferente —señala Pia—. Quizá quiera hablar de ello.

—Bueno, si lo hace, entonces la escucharemos —contesto—. Estaremos aquí para Coco si quiere hablar de ello. Pero probablemente esté muy avergonzada, ya sabéis. Estará avergonzada, porque no es que ella lo haga todo el tiempo, ha sido un accidente. No sabía lo que estaba haciendo en realidad, ¡no es que sea una mala persona! Era una situación extraña, y la bola se fue haciendo más grande, y lo siguiente que sabes, ¡pum! No tenía control sobre lo que estaba ocurriendo, pero ha sido un error, uno solo, ¡no volverá a ocurrir! ¿Sabéis?

Pia y Madeleine me miran fijamente. Intento recuperar el aliento. ¿Estaba jadeando?

Al final Pia habla.

—¿Estamos hablando de Coco o de ti?

Con los nervios, he hecho pedacitos un pañuelo de papel mientras divagaba. Me levanto de un salto y lo tiro a la basura.

Hora de cambiar de tema.

—Bueno, ¿y qué ha pasado con Aidan?

Pia suspira, y las lágrimas se le saltan automáticamente.

—Tiene un proyecto. En San Francisco. Puede que pase una temporada allí... Como un año. O más. Y yo... hum... no sé qué hacer.

—¡Estarás bien! —le asegura Madeleine.

—¡Volverá todos los fines de semana! —agrego yo—. Bueno, tú trabajas tanto que así podrás pasar más tiempo aquí en Rookhaven. Con nosotras.

—No, no volverá —replica—. Va a subarrendar su apartamento. Se lleva a su perro, Angie. Al perro. —Hace una pausa teatral para dejar que el factor canino surta efecto—. Básicamente... se va. Y ni siquiera lo ha discutido conmigo. No me ha preguntado qué pensaba, ha aceptado el proyecto sin más. ¡Creí que estábamos a punto de irnos a vivir juntos y él solo pensaba en su trabajo! ¿Qué dice eso de nuestra relación?

—¡Nada! —contestamos Madeleine y yo al unísono.

—¡Está centrado en su carrera! ¡Igual que tú!

—¡Y tampoco es como si estuviéseris casados! —añado—. ¡Prácticamente acabáis de empezar a salir!

—Podéis mantener una de esas relaciones a distancia. Por WhatsApp, IM, Skype, FaceTime...

—¡No! —Pia niega con la cabeza—. Las relaciones a distancia nunca funcionan, jamás. Las dos lo sabéis tan bien como yo. Es como lo de las parejas que se separan temporalmente, de prueba, o se toman un «descanso». ¿Para qué

coño sirve? Es solo el principio del fin. Él es el primer tío al que he querido de verdad, de verdad, pero solo estoy intentando ser realista. Creo... —Se le llenan los ojos de lágrimas de nuevo—. Creo que vamos a romper.

—No pienses en una ruptura antes de que ocurra. —Madeleine hace una pausa—. Yo dando consejos sobre relaciones. Nunca he estado enamorada. No de verdad.

—¿Y qué hay de aquel tío en Brown? ¿El que estudiaba Matemáticas?

—¿Sebastian? Pia, eso fue hace tres años.

—¿Y Heffy? ¿El tío de la banda de esta noche?

Madeleine niega con la cabeza.

—La misma desconexión absoluta que he sentido con todos los tíos a los que he conocido. Heff me ha dicho que tiene una novia en casa, en Florida, pero que se alegraría de «echar un polvo conmigo de vez en cuando». Estaba tan colocada que ni siquiera he sabido qué contestar. Me he limitado a mirarlo.

Pia suelta una carcajada.

—¡Estaba esperando que lo mencionases! Tía, jamás, literalmente, habría creído que te vería colocada.

—Creí que me daría una razón para reírme —responde Madeleine. Alza la vista y nos mira a las dos—. Uau, ha sonado patético, ¿eh?

Y entonces nos carcajamos las tres y nos reímos durante tanto rato que Madeleine empieza a babear. Lo que hace que nos riamos todavía más. Tengo una descarga de endorfinas de reírme; me siento embriagada, bien en todos los sentidos. Ahora mismo Madeleine me gusta y todo. Es increíble lo que una crisis y un montón de alcohol pueden conseguir.

Más tarde, estoy acostada en la cama pensando en que nunca había mantenido una conversación tan larga con Madeleine. Jamás. Y llevo viviendo con ella desde agosto del año pasado. En realidad no he pensado nada en ella. Tampoco he pensado mucho en Coco o en cómo se estaba enfrentando a sus problemas después de lo de Eric y el aborto. No he pensado en cómo se sentía Julia respecto a su trabajo. No he pensado en cómo iba la relación entre Pia y

Aidan o en si se irían a vivir juntos. Nunca he pensado en nadie más.

Solo he pensado en mí. Mis relaciones, mis problemas, mi vida.

A partir de ahora no me voy a quedar sola en un rincón, fumando cigarrillos, bebiendo vodka y barajando cartas. Voy a ser una buena amiga, de verdad que sí. Para Pia, Julia y Coco. Incluso para Madeleine. Voy a quedarme soltera, para siempre, pase lo que pase. Y voy a encontrar trabajo.

(Esta vez hablo en serio.)

Voy a intentarlo otra vez.

Así es como funciona el éxito, ¿no? Te tumban y te levantas, te sacudes el polvo y lo intentas de nuevo. Bueno, eso es lo que siempre dice Pia. Y a esa chica la tumbaron de lo lindo el año pasado.

Hay una agencia de relaciones públicas llamada Maven en el Soho. Son mis (nuevos) empleadores ideales (si no puedo trabajar con un diseñador, entonces trabajaré con gente que se pase todo el día hablando de esos diseñadores, ¿no?). Sus cuentas son mis marcas favoritas, tienen sucursales en Londres y París (¡París!) y una página web genial. Les he enviado mi currículum por e-mail y correo ordinario, he intentado entablar conversación con ellos vía Twitter, Facebook y LinkedIn, y les he llamado. Todos los días. Desde hace semanas.

Nada.

Así que voy a probar a la antigua usanza.

Mediante soborno.

Sam va a ayudarme. Me envió un whatsapp un par de días después de la fiesta para ver qué hacía y le contesté «Buscando empleo remunerado». Ya falta menos de un mes para que cumpla los veintitrés, así que se me está agotando el tiempo. Bueno, el caso es que Sam se ofreció a ayudarme.

Y así es como hemos acabado de pie delante del edificio de oficinas de Maven, en Broome Street. Sostengo una bandeja con veinte cafés mientras grito: —¡Café con leche desnatada gratis con cada currículum!

¿Mi objetivo? Conseguir que alguien me mire dos veces como empleada en potencia. Si me dieran una sola oportunidad, solo un día de trabajo, sé que podría demostrarles lo que valgo. (Bueno, la verdad es que eso no lo sé seguro. Pero ahora no voy a mostrar que desconfío de mí misma, ¿no?) Sam está a mi lado, con veinte copias de mi currículum, que ha sido escrito, editado y corregido al milímetro por todas las habitantes de Rookhaven. Hasta ahora, los únicos que han aceptado un café con leche han sido el portero y alguien que estoy casi

segura de que iba a una empresa completamente distinta. (Nadie que trabaje en moda lleva Crocs, es un hecho.) —¡Café con leche gratis con cada currículum! — anuncio cuando un tío coge una taza. Se parece un poco a ese famoso fotógrafo británico desaliñado que hace que todas las mujeres parezcan fulanas.

—¡El café con leche es gratis! ¡El currículum te costará algo! —grita Sam.

—Nada de improvisar —le siseo.

—¿No ayuda? Vale. Mejor me callo. ¿Y si me coloco en el escalón de abajo, como si fuese tu ayudante personal?

Sam me sonrío de forma encantadora. Lleva un traje muy elegante y una camisa recién planchada y almidonada. Y ha perdido ese aire impecable irritantemente inocente de mi primera impresión de él, y ahora parece algo distante y vivaz, como un joven chupasangre de Wall Street. Ha estado recibiendo mucha atención por parte de las mujeres que pasan.

—Bonitos zapatos —comento—. J. M. Westons, ¿verdad? Mi padre también los lleva. ¿Cómo demonios has podido permitirte los?

—Mi compañero de piso tiene el mismo número que yo y trabaja en finanzas. ¿De dónde has sacado tú esas cositas sexis?

Bajo la vista a mis pies. A los Manolos que pertenecían a Annabel.

Mi madre.

Una mujer despampanante pasa tranquilamente. Lleva el pelo, con unas mechas color caramelo perfectas, recogido sobre un hombro, y las piernas enfundadas en unos vaqueros ajustados, y se queda mirando a Sam tan intensamente que pienso que podría tropezar.

—Se te están follando con los ojos, Samuel —comento—. Deberías vestir bien más a menudo.

—¿«F follando con los ojos»? Ah, muy bonito. Realmente bonito. Bueno, tú también atraes muchas miradas, Angela.

—Mi nombre es Angelique, zorrita. Odio que me llamen Angela.

—Sí, señora.

Hoy me he arreglado, después de los cutres errores que cometí con Candy Stokes. Llevo unos pantalones blancos de Theory que me compré para una entrevista de trabajo con un fotógrafo el año pasado, un jersey de cuello alto blanco y una chaqueta de cuero blanco que salió de Zara, pero podría ser de diseño. (Espero.) Además del bolso de mano dorado que hice con los pañuelos de segunda mano, y mi habitual bolso extragrande blanco con todas mis pertenencias dentro. Hay chicas como yo por toda Nueva York, todas cargadas con bolsos del tamaño de un sofá con sus vidas dentro, como pequeños caracoles brillantes.

Finalmente, sobre las nueve y media de la mañana, empiezan a llegar las chicas fashion. Las atisbo a un kilómetro de distancia: llevan algunas de las prendas más rompedoras de las últimas cinco temporadas con un aplomo informal, en plan «¿Este trapo viejo?», como si llevaran algo de Gap. Acne, Lanvin, Equipment, Alexander Wang, Current/Elliott, A. P. C. y un montón de Rick Owens. Incluso veo a cuatro mujeres que llevan los bolsos Proenza Schouler PS1, que cuestan un par de los grandes la pieza, como mínimo. Pero también veo prendas reconocibles de H&M, Topshop, J. Crew y American Apparel. La gente realmente moderna mezcla alta costura con ropa barata. Solo los aspirantes van de marca de los pies a la cabeza.

Observaciones sobre «Qué me pongo» aparte, veo que el horario de llegada refleja la jerarquía. Las más jóvenes entran primero. La mayoría tienen mi edad, la mayoría fuman, la mayoría son guapísimas, como si hubiesen podido ser modelos, pero algo casi imperceptible —una barbilla demasiado prominente, una nariz demasiado respingona o una belleza demasiado tradicional— les hubiese impedido alcanzar el éxito como supermodelos. Casi todas llevan zapatos planos, y algunas se detienen en la puerta y se calzan un par de zapatos de tacón.

—¡Tomad un café con leche! —exclamo mientras están descalzas e indefensas—. Me llamo Angie James. Si necesitas una alumna en prácticas o una ayudante o a alguien que vaya a buscarte el café, ¡por favor, acuérdate de mí!

—Este café con leche está frío —dice una chica de cara alargada que ronda mi edad. Lleva una de las faldas de Marni para H&M de hace unos años.

—Bueno, ponle un poco de hielo y finge que es verano —contesto.

Sonríe, revelando un diente torcido.

—Ojalá.

¿Por qué unos dientes imperfectos hacen que alguien te resulte más simpático?

—Una falda genial —digo rápidamente—. Marni para H&M, ¿verdad?

—Verdad —responde, y parece sorprendida—. Pasé la noche en la puerta de la tienda para conseguirla. Estoy obsesionada con Marni.

—Me perdí las mejores piezas de la colaboración de Marni, pero conseguí la chaqueta de la de Versace —añado—. Yo estoy obsesionada con Versace, como de 1990 a 1992.

—¡Ah, yo también! Oye, me encanta tu bolso de mano, ¿de quién es? —Le suena el teléfono—. Mierda, llego tarde. ¡Buena suerte!

Me vuelvo hacia Sam, que levanta el pulgar.

Entonces llegan las mujeres de nivel intermedio, la mayoría con el pelo intimidantemente brillante, algunas gritando al teléfono, otras enviando mensajes en silencio. Todas demasiado ocupadas para pararse a hablar, aunque tres de ellas aceptan un café y un currículum. Una, morena con una melena corta y oscura, dice «Gracias» e incluso parece leer mi currículum por encima mientras entra en el edificio.

Y finalmente se detiene un coche del que sale una mujer de cabello negro vestida de Lanvin (creo) con un abrigo de visón. Es la propietaria y directora de Maven PR, Cynthia Maven. (La he buscado en Google.) —Señora Maven, tengo un café con leche para usted —digo, con una sonrisa resplandeciente—. ¡Es gratis con mi currículum!

Su cabeza se mueve ligeramente hacia mí, acepta un café y un currículum, sin apenas reducir velocidad, y desaparece en el interior del edificio.

Me vuelvo hacia Sam y suspiro.

—Bueno, pues adiós a esa idea. Nunca voy a encontrar trabajo.

—Por supuesto que sí.

—No, de verdad que no, Sam. No tengo preparación suficiente, ni experiencia suficiente, y probablemente ni ropa suficiente. Yo... no puedo competir, y punto.

—Eso lo piensas ahora, pero luego, algún día, tendrás tu oportunidad. Y será entonces cuando empiece tu futuro.

—Uau. Esa mierda es digna de una postal de Hallmark.

—Gracias. Ahora me toca a mí —contesta—. ¿Sabes cómo funciona el metro? Tengo que ir al centro.

—¿No conoces Manhattan en absoluto?

—Prefiero Brooklyn.

—Dios, ¿en serio? Yo solo vivo en Brooklyn porque no puedo permitirme Manhattan —respondo—. Manhattan es mucho más glamuroso.

Sam se ríe.

—¿Tú crees? Bueno, por lo que yo he visto, Brooklyn es más amable. Manhattan puede ser muy duro. Vamos, ayúdame. Tengo que ir a ver a un hombre por un trabajo como tripulante.

—¿Como amante?

—Como tripulante. Soy hetero, Angie. Y lo sabes.

—¿Lo sé? —replico—. Encajas perfectamente con la idea de un tío hetero. Y aun así te niegas a pedirle a Julia que salga contigo.

—Tía, tienes que superar lo de Julia. No va a pasar.

—¿Por qué no? Dame una buena razón.

—Tal vez todavía esté colgado de Katie.

—¿Tu ex? ¡Está en París! ¡Una cita! ¿Cuál es la diferencia? Vamos. Échale

un par.

—Y eso me lo dice la chica que ha renunciado a las relaciones.

Lo ignoro y cogemos el metro en dirección al centro. Entonces, cuando estamos sentados uno al lado del otro y yo voy mirando a todo el mundo a mi alrededor y preguntándome por qué se inventó la luz fluorescente cuando lo único que hace es afear, Sam se vuelve hacia mí.

—Entonces ¿qué ocurrió con el último tío del que te enamoraste?

—¿Qué?

—Solo estoy entablando conversación, Angie. Me pregunto por qué no confías en los hombres.

—¿Qué? ¿Qué clase de tío habla de amor, Samuel? Eres como una chica. ¿Por qué no preparamos malvaviscos y empezamos a intercambiar ropa?

—Me preguntaba por qué pareces un poco resentida.

—Au.

—Solo cuéntamelo. Quiero decir... —Sam se detiene, como si le preocupase ser demasiado arrogante—. Si quieres hablar de ello.

Hago una pausa. Joder. Por una vez me apetece contarlo.

—El último tío del que creía que estaba enamorada se llamaba Mani. Pero él solo me estaba utilizando. Creo que tal vez... los tíos siempre me han utilizado. Aunque es culpa mía.

—¿Cómo que es culpa tuya?

—Hum, porque escojo dejar que me traten así. Me quedo de brazos cruzados y espero que todo sea perfecto, real y que dure si me comporto de la forma apropiada. —Inspiro hondo. No sé por qué se lo estoy contando todo a Sam, pero no puedo evitarlo—. Tomo las decisiones equivocadas. Me meto en situaciones en las que... en las que esos tíos me tratan como si no fuese nada, ya sabes, como una mierda. Pero no soy una mierda. —De repente oigo que se me quiebra la voz—. No soy nada. —Jesús, Angie, deja de hablar.

Sam se vuelve y me mira directamente a los ojos.

—Nunca es culpa tuya si alguien es un gilipollas y te trata... de un modo en el que no quieres ser tratada. Es una mierda, pero no es culpa tuya. Es suya. Que le den a esa gente. ¿Vale? Tú quítatela de encima, finge que no existen y sigue adelante.

Es una ligera variación del discurso sobre dejar atrás el arrepentimiento de Vic, pero por alguna razón no estoy segura de estar de acuerdo con la letra pequeña del enfoque de Sam.

—¿Fingir que no existen? ¿No es algo duro?

Sam se queda mirando al vacío.

—Tal vez.

Se me ocurre que básicamente estoy fingiendo que mi madre no existe. Y mi padre tampoco me ha llamado. El enfoque de Sam de repente no me resulta tan fuera de lo común.

Los dos guardamos silencio el resto del trayecto, y quince minutos más tarde estamos en el centro de Manhattan, en el puerto de North Cove. Es un puerto de forma cuadrada para apenas un puñado de yates increíbles, todos juntos tranquilamente, rodeados de la belleza y el caos arquitectónico del distrito financiero.

—Es del todo surrealista ver un yate junto a un rascacielos. Es como Photoshop borracho —digo.

—Lo sé —contesta Sam—. Pero mantienen un equilibrio perfecto, ¿no crees? No sabía que este sitio existiese hasta hace poco.

—¿Por qué ibas a saberlo? Eres de Ohio.

—Claro. Bueno, había un trabajo que vi en *CrewFile*, el tío decía que iba a hacer las entrevistas en persona hoy aquí —me explica Sam mientras recorremos el muelle—. Es una tripulación de seis hombres, zarpan desde aquí y navegan hasta Grecia el mes que viene. Así que necesito dar muy buena impresión.

—Uau, esos barcos son increíbles —digo yo.

—No son barcos. Son yates. Nunca barcos.

—Jesús, qué susceptible. ¿Para cuál vas a hacer la entrevista?

—Ella está por ahí.

—¿Ella? Ah... vale.

Sam señala un largo yate, el más grande del puerto con diferencia, al final del muelle. Es realmente hermoso, como algo sacado de una película antigua. Quilla negra, detalles blancos, inmaculadamente limpio y reluciente, con mástiles que se elevan hasta el cielo. Cuando llegamos al final del muelle, veo su nombre: *Peripety*.

¿Por qué son tan románticos los yates de vela de verdad? No sé por qué, pero lo son y punto. Mucho mejores que los megayates como monstruos del dinero que prefieren los tipos ruines como Hal.

—La construyeron en los cincuenta para carreras oceánicas —dice Sam—. ¿Ves que está hecha de madera, en lugar de aleación de aluminio? Hace que navegue con más suavidad. Muy a la antigua.

—¿Cuánto mide? ¿No pasa nada por que sea tan vieja? Quiero decir... ¿es segura?

—Tiene ciento cuatro pies. Y la restauraron hace un par de años, está en perfectas condiciones. Tiene una historia increíble, es una obra de arte, de verdad, es... —La voz de Sam se va apagando mientras mueve las manos en el aire, repentinamente nervioso—. De verdad que quiero esta oportunidad, Angie. Es lo único que he querido en mucho tiempo.

—Lo conseguirás —contesto tratando de evitar mostrar lo mucho que me sorprende ver a Sam alterado—. Ese trabajo es tuyo, seguro.

Asiente, y su voz es grave e intensa.

—Es el yate. Angie. Este es el yate.

—¡Te irá bien! A por ellos, tigre. Este trabajo es tu zorrilla y tú eres su papi.

Sam está demasiado tenso para sonreír siquiera.

—Vale —dice—. Voy a hablar con el tío. Vuelvo en veinte minutos.

Mientras Sam no está, juego a «Imagina que...» con los barcos. Me pregunto cómo será poder permitirse tener un yate propio. Tenerlo ahí sin más, esperándote, cuando quiera que te apetezca salir a mar abierto.

Apuesto a que es genial.

Apuesto a que también sería maravilloso que ahora mismo alguien me dijese «Estás contratada».

Con un suspiro, me siento al final del puerto y consulto el correo. Nada, nada, nada. He enviado e-mails a cientos de personas y no he recibido una sola respuesta. ¿Desde cuándo son correo basura las solicitudes de trabajo? ¿Y por qué todo lo bueno en la vida es tan difícil de conseguir?

Recibo un whatsapp de Julia. «Yujuu. Gurú de la Moda. ¿Debería comprar pantalones verdes o morados? Comprando online.»

Sonrío para mí. Julia ha estado diciendo «yuju» mucho, desde que le dije que era la expresión favorita de mi antigua jefa, Cornelia.

«Negros», respondo.

«Negros son algo aburridos», replica ella.

Sonrío. Jules es divertidísima, y antes no lo sabía. «Quizá eso significa que aún hay alguna posibilidad de que tengas algo de acción», escribo yo.

«BUM. Vale. Tú ganas. Que sean negros», contesta.

Julia se está convirtiendo en una de mis personas favoritas rápidamente. Hace días que apenas veo a Pia; ella y Aidan están absortos en conversaciones de crisis. Me estoy acostumbrando a que no esté por aquí, hasta el punto de que me siento casi incómoda cuando la veo. No me entiendas mal; la sigo queriendo muchísimo y todo eso, pero ahora mismo es un poco raro. La amistad femenina es mucho más complicada que ninguna relación entre tíos.

Abro la última novela romántica, *Secretos del Sáhara*.

Tras ser plantada en el altar, Suzanne se va sola de luna de miel a África, con lo que atrae las atenciones de cazadores de caza mayor: el arrogante y odioso Ty Hunter y su coqueto hermano, Rock. Al principio las preferencias románticas de Suzanne están claras, pero pronto sus sentimientos se enmarañan y, cuando su avión se estrella en el desierto, tendrá que escoger...

Lo reconozco, esta es bastante mala. Aun así sigue resultando tranquilizador, ¿sabes? Cuando abro una novela romántica, el mundo real, todos mis problemas del mundo real, desaparecen sin más.

Sam vuelve al cabo de unos veinte minutos. Escondo el libro rápidamente.

—Un jodido desastre —suelta enfadado, caminando por el muelle—. Siempre tiene que ver con a quién conoces, quién eres. De dónde coño vienes.

—¿No lo has conseguido?

—No. Joder, no lo he conseguido. —Sam avanza a grandes zancadas, tan rápido que tengo que correr tras él.

—Hay más trabajos en barcos, ¿verdad? —digo.

—¡Esa no es la cuestión! ¡Yo quería ese trabajo! —Uau, Sam tiene carácter.

—Cálmate. ¿Por qué no coges un avión a la jodida Nassau, o a donde sea, y vuelves a hacerte un hueco en una tripulación? Yo te contrataría seguro como mi mozo de barco.

Sam se detiene y se vuelve para sonreírme, y su rostro se suaviza levemente.

—Se te dan tan bien las palabras. «Mozo de barco.» Jesús.

—Miembro de la tripulación. Lo que sea.

—Sí, lo que sea. —Sam recupera su actitud relajada, su ira pasa como una tormenta.

Llamar a Sam «mozo de barco» me recuerda inmediatamente a las islas Turcas, y el estómago se me revuelve tan rápido que me mareo. Ojalá pudiese coger un escalpelo para extraerme esos recuerdos del cerebro. O revolver en ellos para averiguar qué me ocurrió en el Soho Grand aquella noche. Hago una mueca al pensarlo y me vuelvo hacia Sam para aclarar mi mente.

—¿Por qué lo deseas tanto?

Sam suspira.

—Empecé desde cero, ¿sabes? Sin ninguna experiencia en navegación, sin formación ni contactos, nada. Así que si me cogiesen para la tripulación de un yate como el *Peripety*... sabría que lo he conseguido todo solo. Navegar por el Atlántico, abriéndome camino en mar abierto... —Sam me sonrío—. ¿Te gusta cuando me pongo un poco poético?

—Vale, entonces te pondrás en plan «Oh, sí, he navegado por todo el mundo, bien por mí». ¿Y qué demonios haces después de eso?

Sam se me queda mirando unos segundos.

—Esa es la gran pregunta.

Frunzo el ceño.

—Hay algo que no me estás contando. —No responde—. Eres un capullo cabezota, ¿te lo han dicho alguna vez?

—En realidad, sí —contesta Sam—. Tengo hambre. Vayamos al Village a beber cerveza y comer hamburguesas.

—Esta semana he comido pasta y Cheerios prácticamente en cada comida —replico—. Los dos estamos sin trabajo, ¿recuerdas? ¿Por qué malgastar el dinero?

Al otro lado de la calle, veo un Duane Reade.

—Una parada rápida en boxes, Sammy —digo—. Tampones.

—Tía...

—Eh, échale un par. Las chicas tenemos la regla. No es exactamente una novedad. Vienes conmigo. —Lo cojo del brazo y tiro de él hacia la droguería—. ¡Hey! ¿Dónde están los tampones, por favor? —le pregunto a un tío que repone las estanterías.

No se molesta en volverse.

—Al fondo de la tienda, a la derecha.

—Al fondo de la tienda. Genial. Bueno, como el cincuenta por ciento de tus clientes no los necesita una vez al mes, ¿para qué ponérselo fácil? —mascullo mientras cruzo la tienda a grandes zancadas, con Sam a mi lado de mala gana—. Y ya que estamos, ¿por qué no hacerlos jodidamente caros también? Venga. Nueve pavos por una caja de tampones. Resulta razonable. Gilipollas.

Cojo los tampones del estante. Sam alza una ceja.

—¿Superplus?

—Exacto, joder, superplus. Las chicas solo compran tampones regulares para que los tíos crean que tienen las vaginas diminutas —le suelto por encima del hombro mientras me dirijo hacia la caja registradora.

Sam se ríe tan fuerte que deja de caminar un momento y se dobla con las manos en las rodillas.

—Cogeré la revista *Us* para Coco también —digo—. Está un poco depre desde la debacle de la fiesta. Quizá la anime. Ah, y jabón para el baño; se nos está acabando. Y uno para la cocina; odio tener comida en las manos y no hacer más que aclarármelas, ¿y tú? Ah, y crema hidratante. Tengo las piernas secas y agrietadas ahora mismo. ¿Nivea? ¿Tú qué opinas?

—Cuando nos conocimos, creí que eras de las duras y silenciosas —contesta Sam mientras hacemos cola para pagar—. Ahora ya sé que tienes flujo abundante y que tus piernas son como el suelo de una vieja iglesia.

Me entra la risa.

—¡Soy dura y silenciosa, Samuel! Es solo que sacas a la cotorra que llevo

dentro.

—Eso asciende a cincuenta y dos dólares con noventa y seis centavos — dice la mujer detrás de la caja.

Vaya. Es más de lo que esperaba. Adiós risa.

Saco la tarjeta de crédito y la paso por la máquina.

Y emite un «¡PIII!».

Pruebo otra vez.

—No funciona, señora. ¿Puedo ver la tarjeta? —Teclea los números. Espera unos segundos y niega con la cabeza—. Lo siento.

Roja de la vergüenza, vuelvo a guardar la tarjeta rápidamente y rebusco en mi bolso. Creí que llevaba algo de efectivo, pero no hay nada. Solo monedas y billetes de un dólar. También creí que no estaba tan cerca de mi límite de crédito.

—Ya pago yo —dice Sam—. Llevo dinero.

—¡No! —exclamo—. No, no. No quiero tu dinero. No quiero que pagues por mí. Nunca.

—Angie, no seas tonta. Lo tengo justo aquí...

—No —replico luchando con las ganas de llorar que me han entrado de repente—. Yo... tendré que volver —le digo rápidamente a la mujer de la caja.

Ella suspira molesta, coge mi bolsa de la compra y la deja en un mostrador que tiene detrás.

El caso es que de verdad necesito tampones. Puedo verlos a través de la bolsa de plástico de Duane Reade. Probablemente podría pagarlos si junto todo el cambio. Pero me da demasiada vergüenza. ¿Quién paga los tampones con monedas de veinticinco centavos?

Sam y yo cogemos el tren de vuelta a Brooklyn en silencio. Dios, el trayecto a Brooklyn resulta deprimente en una tarde fría entre semana. Estoy sin blanca. No tengo trabajo. No tengo dinero ni para comprar tampones. Al parecer

no merezco nada excepto algo que de verdad no quiero hacer. La clase de trabajo que empieza con una noche fuera con amigos y termina con un sobre lleno de dinero encima de la cómoda.

Bajamos en Carroll Gardens, los dos con un ojo puesto en el Momofuku Milk Bar, hambrientos, pero ni siquiera nos molestamos en detenernos porque no podemos permitirnoslo, y caminamos penosamente hacia Union Street y Rookhaven. Espera, ¿por qué sigue Sam aquí?

—¿Vienes a mi casa?

Sam parece avergonzado.

—¿Te parece bien? Me gusta Rookhaven... La casa de mi amigo no es tan acogedora.

—Quieres decir que su casa es un antro asqueroso. ¿Cuánto tiempo va a dejarte dormir en su suelo como a una especie de vagabundo?

Sam se ríe.

—Somos bastante amigos. No creo que vaya a echarme en breve.

—¿De qué le conoces?

—Es un viejo amigo —dice Sam.

Advierto que está siendo evasivo, pero antes de que pueda interrogarlo nos encontramos con Vic, el vecino de abajo.

—Ah, hola, niña. —El rostro de Vic se contrae en una sonrisa arrugada.

—¡Hola, Vic!

Les presento rápidamente. Sam estrecha la mano de Vic con cierta formalidad. Puñetero boy scout.

—¿Adónde vais, chicos?

—Hemos estado buscando trabajo —digo—. Yo quiero trabajar en el mundo de la moda; Sam quiere trabajar en un yate.

—¡En un yate! —Vic parece impresionado—. Eso es trabajo duro.

—Sí, señor —contesta Sam. Qué lameculos. Supongo que en Ohio les enseñan buenos modales.

—Brooklyn fue un gran centro naval durante décadas —cuenta Vic.

—¿De verdad?

—Ajá. Cuando yo era joven, todo el mundo trabajaba en los muelles. Pero la producción bajó, las fábricas cerraron y eso fue todo. —Vic suspira—. Hay un club de yates en Sheepshead Bay, ¿lo conoces?

—Sí, señor, lo conozco.

—Solíamos ir a veces. —Vic se queda mirando al vacío unos instantes, con los ojos algo empañados. Luego parpadea y nos mira, como si acabase de acordarse de que seguimos ahí—. No importa. Bueno, Sammy, ¿imagino que no te importaría sacarte algo de dinero extra? Quiero tirar la pared que hay entre la antigua habitación de mi hermana y la mía. Y volver a pintar la cocina y reformar el baño. Estoy cansado de mirar los mismos azulejos todos los días. ¿Qué dices?

—¡Suena genial, señor!

Vic echa a andar hacia Union Street.

—No hay mejor momento que el presente. Vamos.

Sam lo sigue obedientemente.

—He encalado algo antes, y puedo hacer fontanería básica. También pasé un par de meses ayudando a un colega a construir un bar en la isla Canouan. Era todo bastante básico, pero aprendo rápido, señor.

Vic se vuelve y le mira.

—Ya lo veo. Y no me llames «señor». Llámame «jefe».

Ahora todo el mundo tiene trabajo menos yo.

Estar sin blanca consigue volverte loca.

La noche después del incidente en Duane Reade soñé que llamaba a Stef. Le pedía un par de los grandes a cambio de una noche de... ya sabes, fiesta.

En mi sueño, sabía lo que estaba haciendo. Me sentía culpable. Y asqueada. E intenté pararme a mí misma, intenté decirme que estaba mal, pero una parte de mí —en el sueño, una gran parte— se sentía aliviada de saber que tendría dinero. Que sobreviviría un mes más en Nueva York.

Al día siguiente encontré doscientos dólares en un bolso viejo. Lo suficiente para salir adelante hasta que encuentre un trabajo de verdad. En la semana transcurrida desde entonces, solo he gastado setenta y cinco dólares. Es increíble lo poco que puedes gastar si no haces absolutamente nada salvo pasar el rato con Sam. Ha estado trabajando para Vic, pero eso son solo tres o cuatro horas por las mañanas. El resto del día lo pasamos en Rookhaven, viendo la tele, jugando a las cartas y comiendo pasta. Si hace bueno fuera, salimos a dar paseos por Brooklyn y tratamos de encontrar bares que den comida gratis con una lata de cerveza PBR de dos dólares.

Es divertido, una manera sencilla de pasar el día, y siento como si conociese a Sam desde siempre... Sin embargo, por alguna razón, cada noche sigo tumbada en la cama sintiéndome tensa y preocupada por el futuro, y algo... no sé, insatisfecha. Como si todavía tuviese hambre, y no sé de qué.

En el pasado, cuando me sentía así, bebía o cosía o ambas cosas. Pero estoy casi segura de que beber hasta perder el sentido ya no es la respuesta y creo que he perdido mi toque para coser. Anoche vestí a Drakey con un vestido de seda de los noventa que encontré en el mercadillo de Brooklyn y me quedé mirándolo una hora. Y no se me ocurría nada que hacer con él.

Esta noche, mientras la banda de Madeleine está componiendo canciones en el salón (y Pia está con Aidan y Julia trabaja hasta tarde y Coco ha quedado con Ethan el Quesero), nosotros pasamos el rato en mi habitación leyendo revistas que Sam ha comprado como regalo especial (las revistas son una de las primeras cosas de las que prescindes cuando estás sin blanca), cambiando de canal y en general haciendo el tonto.

—Pásame los M&M, Angela.

—Creo que ya has comido bastante, Samuel. Te va a salir papada. Te estoy haciendo un favor.

Sam extiende el brazo y me quita el bol. Yo intento detenerlo y se produce una guerra de tirones, seguida del inevitable vuelo de bol y estallido de M&M.

—¿Ves lo que has hecho? —Sam suspira fingiendo irritación.

—Ya lo estás limpiando, campeón. No pienso pasarme la noche durmiendo entre M&M —le espeto mientras voy cambiando de canal.

—Soy un invitado. ¿Cómo te atreves a pedirme que limpie? Qué escándalo.

—Oh, corta el rollo.

—No, corta el rollo tú.

—Ah, guay. *Bocados de realidad*. —Dejo de cambiar.

Bocados de realidad es una película buenísima de los noventa. Aunque, de un modo ligeramente deprimente, el personaje de Janeane Garofalo tiene que conseguir un trabajo en Gap.

En cierto punto Winona Ryder le dice a Ethan Hawke: «Pensaba que iba a ser alguien para cuando cumpliese los veintitrés». Alzo una ceja para mí misma y emito un gruñido. Yo cumpliré los veintitrés en menos de dos semanas, y no soy nadie. Sam se vuelve hacia mí e inmediatamente intento parecer normal de nuevo.

Y sé lo que estás pensando. Pero no hay nada entre Sam y yo. Nada. Lo juro. Es puramente platónico. No hay escalofríos, ni chispa, nada de esa tensión sexual que produce cosquilleos, solo una intimidad fácil, divertida entre amigos instantáneos. ¿Sabes? Es como si hiciese años que lo conozco, no semanas.

Hasta ahora nunca había tenido una relación platónica. Nunca hablamos realmente de nuestros problemas personales o nuestras familias ni nada parecido. Solo pasamos el rato juntos. Puedo ser yo misma con él —relajarme y hacer el tonto y alzar la voz y ser mala— como nunca soy con mis novios. Sam es

increíblemente agradable. Es como Pia. Pero con pene. Y no me coge la ropa prestada.

Ahora mismo lleva uno de los dos polares que siempre se pone. Uno es azul marino, el otro es gris oscuro. El gris queda bien con sus ojos. Pero esa no es la cuestión. Son polares. Son jodidamente asquerosos.

—Tienes que comprarte ropa nueva. Nadie va a salir contigo jamás si llevas un polar.

—¡Este polar es térmico y aislante para un calor óptimo!

—Mayor razón para no llevarlo.

—Nunca debería haberte seguido cuando saltaste de aquel yate. —Sam mastica con ruido otro M&M—. Debería haber dejado que se te comieran los tiburones. —Cierra los ojos y asiente para sí mismo—. Lección aprendida.

Me río hasta que me llama la atención un artículo del *Vogue* sobre la última colección de Rodarte.

—Dios, estas chicas tienen un talento sorprendente —comento con envidia—. Las hermanas Rodarte.

Sam alza la vista.

—¿Me lo enseñas? —Le muestro la revista—. Eso podrías hacerlo tú. Tus dibujos son mejores que eso, las cosas que tú haces son mejores que eso.

Le sonrío y niego con la cabeza.

—¿Cómo lo sabes? No has visto nada mío.

—El vestido de la muñeca esa es bonito —asegura—. Sexy.

Miro a Drakey el Maniquí, que todavía lleva puesto el vestido vintage de seda negra.

—No lo he hecho yo. No lo he tocado.

Sam rompe a reír.

—Ah. Aun así, he visto la ropa que llevas, nunca tienes el mismo aspecto que los demás. No crees realmente en ti misma, ese es tu problema.

—Gracias por diagnosticar mi problema, doctor Sam.

Mientras Sam estira sus largas piernas por encima de mi cama y coge el último número de la revista *New York*, le observo por encima del *Vogue*. Le está creciendo el pelo, ya no tiene ese corte de tripulante santurrón, y ha dejado de afeitarse, así que tiene una leve barba. Está desaliñado. Parece mayor. Y algo sexy.

—Eh, ¿Sam?

—¿Sí?

—Creo que deberías pedirle a Julia que salga contigo.

—No.

—¡Una cita! ¿Tanto te cuesta?

Julia sigue preguntando, con tímida esperanza en la voz, si Sam habla alguna vez de ella. Dada mi recién descubierta amistad con ella, me encantaría hacerla feliz. Y de todos modos, por qué no iban a salir, ¿no? Ella es una de esas chicas de aspecto impecable, deportista, divertida y frunce mucho el ceño. Es justo igual que él. A veces incluso lleva polares.

Cojo otro M&M, mirando en el bol. Siempre me como los amarillos primero, no sé por qué. Así que saco cinco y los alineo sobre mi muslo, como pequeños aviones listos para despegar. Luego me tiro uno a la boca.

Alzo la vista y veo a Sam mirándome con una sonrisita en la cara.

—¿Qué? —pregunto.

—Eres tan distinta de... lo que pareces.

—¿Pensaste que parecía una zorra? —digo con un suspiro—. Me pasa mucho. Es solo porque estoy pensando en otra cosa. Y, ya sabes, no suele ser en la persona que tengo delante.

Sam vuelve a soltar una carcajada.

Después de *Bocados de realidad*, cambiamos de canal hasta que aparece *Kramer contra Kramer*.

Sam está emocionado.

—Meryl Streep de joven. Mi mujer perfecta. Fría como el hielo por fuera, dinamita por dentro.

—Oh, Dios. ¿En serio? Vale, hazme sitio, veámosla.

Sentados uno junto al otro vemos la película, aunque los hombros de Sam son tan anchos que tengo que colocar las almohadas a su alrededor y apoyarme en su brazo para no caerme de la cama. Yo no la he visto, así que no tengo ni idea de qué va, pero básicamente trata del divorcio y las familias.

Al final, justo cuando Dustin Hoffman y Meryl Streep están en el ascensor para contarle a su hijo que no tiene que dejar su casa y a su padre, y Dustin le dice a Meryl que está guapísima, me veo a mí misma llorando de forma histérica, con las lágrimas resbalándome por la cara.

—¿Angie? —pregunta Sam—. ¿Estás bien?

Intento hablar, dejar de llorar, pero no puedo ni respirar. No hago más que gemir y tengo hipo, con la cara cubierta de lágrimas y mocos, y el pecho estremeciéndose de pena. No puedo parar, no puedo controlarme, y me siento muy avergonzada, así que me hago un ovillo, hundo la cara en una almohada y escondo mi larga melena.

—Angie, chiss... —Sam me acaricia la cabeza y emite sonidos maternos levemente incómodos, lo que hace que me entre la risa a pesar de las lágrimas—. No puedo creerme que vaya a decir esto, pero... ¿quieres hablar de ello?

Me sale todo de golpe.

—Mis padres... mis padres se divorcian. Me lo contó mi madre el mes pasado y no he hablado con ella desde entonces. —Ahora estoy llorando aún más fuerte. Apenas me salen las palabras—. Y mi padre... estamos muy unidos, o lo estábamos, bueno, y él... ni siquiera me ha llamado.

—Eso es terrible. Debes de sentirte fatal.

El hecho de que Sam esté de acuerdo en que es terrible, en lugar de soltarme la diatriba «Eh chica choca esos cinco eres increíble piensa en positivo» que he estado recibiendo por parte de las chicas, me arranca de la histeria incipiente.

—El rollo del amigo comprensivo no se te da bien, tío.

—Lo siento. —Sam frunce el ceño al tiempo que coloca el codo en la almohada a mi lado, y apoya la cabeza en la mano—. Solo quería decir que... eh, es una situación de mierda. Y debes de sentirte triste.

—Lo estoy —contesto volviendo la cabeza en la cama para tenerlo cara a cara—. Me siento tan triste... Intento ignorarlo y lo oculto bajo otros pensamientos, ¿sabes?, pero no puedo. Y cuando pienso en hablar con mis padres de ello, en especial con mi padre, me da... hum... miedo. —Suspiro sintiendo un alivio extraño y doloroso, como si estuviese estirando partes de mi cuerpo que llevan tensas desde siempre—. Ignoro todas las llamadas de mi madre, y mi padre ni siquiera ha intentado ponerse en contacto conmigo. Ya no quieren que seamos una familia, no quieren... no quieren lo que teníamos. Aunque tampoco es que fuéramos exactamente los jodidos Walton, ¿sabes? No era perfecto.

Sam asiente. Tengo la extraña sensación de que entiende exactamente lo que quiero decir.

—¿Por qué no era perfecto?

—Vi a mi padre liándose con su secretaria. —Las palabras han salido de mi boca antes de que pueda detenerlas—. Nunca se lo he contado a nadie, jamás, ni siquiera a Pia, a nadie. Yo tenía doce años. Ella se llamaba Alyssa. Mi padre me hizo prometerle que no se lo contaría a Annabel, mi madre, porque heriría sus sentimientos. Creo que rompió con Alyssa, pero entonces yo me convertí en su coartada... Me dijo que le contase a Annabel que había estado yendo a visitarme al internado cuando obviamente estaba con otras mujeres.

—Uau. Vaya gilipollas.

—¡No lo es! No es, es... —Paro, intentando pensar en cómo describir a mi padre—. Es encantador y divertido, viste de forma imaculada, lo sabe todo

acerca del vino y la historia y el mundo. Siempre se ponía de mi parte contra Annabel en las discusiones y me trataba como si fuese una adulta y decía que podía salir sin carabina. A cambio, yo le ayudaba a mantener sus aventuras en secreto... pero quizá sea un gilipollas. Un gilipollas y un mentiroso que solo me utilizaba para engañar a mi madre y conseguir lo que quería.

Y pam, vuelven las lágrimas, y con ellas un dolor muy hondo que casi había olvidado... Siempre que mi padre me pedía que mintiese por él me entraban náuseas y unos dolores extraños y contundentes en el pecho, como si hubiese algo presionándome, impidiéndome respirar como era debido. Era estrés, supongo. ¿Qué clase de niña tiene dolores causados por el estrés?

Sam extiende el brazo y coge un pañuelo para mí.

—¿Estás unida a tu madre? ¿Nunca has querido contárselo?

—Supongo que pensaba que tenía que guardar los secretos de mi padre. —Empiezo a experimentar una extraña sensación de vértigo de tanto llorar—. Y ella debería haberlo deducido. ¡Me cabreaba muchísimo que no lo averiguase nunca! ¡A veces era tan evidente!

Sam frunce el ceño.

—Quizá pasara de ello. Nunca sabes lo que ocurre en un matrimonio desde fuera. Ni siquiera los hijos lo saben.

—Quizá.

Se me ocurre una nueva idea. ¿Y si ella sabía lo de las aventuras y que nunca se lo conté? Es casi la peor idea de todas.

—¿Ella era feliz?

La idea me resulta tan extraña que por un momento me limito a mirar a Sam con absoluta sorpresa.

—No lo sé. —¿Cómo es posible que no me lo haya preguntado nunca? Intento pensar—. No pasaba mucho tiempo en casa. Siempre andaba con sus amigos ricos, aunque nosotros no éramos tan ricos como ellos. Quiero decir, no me entiendas mal, sé que crecí... hum, de forma privilegiada, pero nunca fuimos disparatadamente ricos y mi padre ha perdido un montón de dinero en

inversiones en los últimos años. Siempre me preocupa que estén sin blanca, ¿no es de locos? —Tengo la cara empapada de lágrimas, y mis pensamientos zigzaguean de forma errática por mi mente, dando con todo lo que me entristece acerca de mis padres—. Pero apuesto a que Annabel todavía actúa como si estuviese forrada. Y odio eso. Odio... esas pretensiones. Odio a los ricos. Solo utilizan a la gente para conseguir lo que quieren.

—Lo sé —susurra Sam—. Yo también odio eso.

Por un momento reina el silencio. Ahora los dos estamos tumbados de costado en la cama, con la cabeza en la almohada, cara a cara. Sam me mira con tal intensidad que es como si pudiera ver a través de mí.

—Así que últimamente Annabel y yo no nos llevamos demasiado bien. Quiero decir que no nos peleamos, ya sabes, es solo que no... no hablamos. Hace semanas que no contesto a sus llamadas. Ah, y me envió a un internado sin consultármelo.

—¿Te envió a un internado en contra de tu voluntad?

—¡No! Quiero decir... estaba bien, yo tenía clarísimo que quería irme de casa, ya sabes. Mi padre nunca estaba en casa, y yo evitaba a Annabel porque me costaba mucho guardarle secretos; es mi madre, ¿sabes? —Las lágrimas amenazan con abrumarme de nuevo—. Simplemente no me preguntó. Yo no tenía ni voz ni voto en lo que ocurría en mi vida.

—Eso cabrearía a cualquiera —responde Sam—. Todo el mundo quiere controlar su destino.

—Me envió a aquella cara escuela femenina a la que iban las hijas de todos sus amigos, era muy de deportes y aire libre y no había más que un departamento de arte mínimo. Era totalmente exclusivista. Yo no encajaba allí. Y los padres de Pia la enviaron a diferentes escuelas, hum, creo que mi madre los convenció de que seríamos una mala influencia la una para la otra o algo así. Pero yo la necesitaba. Y creo que ella me necesitaba a mí también. Yo estaba sola todo el tiempo. Incluso en medio de un comedor atestado, estaba sola. Estaba tan sola que así podía saborearlo.

—No encajar en alguna parte te hace más fuerte —asegura Sam, al tiempo que se inclina hacia mí para apartarme un mechón de los ojos. Se ha quedado

pegado a mi piel a causa de las lágrimas, y tiene que hacer varios intentos para retirármelo. El tacto de las puntas de sus dedos en mi piel es sorprendentemente agradable.

—Eso es cierto —admito—. Me volví más dura y más independiente. Decidí que si iba a estar sola iba a aparentar que lo disfrutaba. Estoy sola porque lo he escogido, ¿sabes? Pero a veces creo que no puedo dejar de sentirme sola, como si estuviese sola en una burbuja.

—¿Te refieres a que te sientes aislada?

—No, no me siento aislada. Me gusta no tener compañía, la mayor parte del tiempo, me gusta dibujar y coser y estar a solas. Solo me siento... sola. Como si no pudiese contar con nadie. Como si el mundo y yo hablásemos lenguas distintas.

Suspiro profundamente, dejando escapar toda mi tristeza y preocupación. Nunca le he contado estas cosas a nadie. Dios, hablar me hace sentirme mucho mejor. Aun mejor que cuando me confesé con las chicas. ¿Por qué siempre me lo he guardado todo?

Mientras miro a los ojos de Sam, me doy cuenta de algo. Ahora mismo, en este preciso instante, por primera vez que recuerde, no me siento sola.

En lugar de eso, me siento como si encajase justo aquí con Sam. Juntos.

Sam me mira desde el otro lado de las almohadas, sus ojos grises fijos y seguros.

—Angie, estoy seguro de que tus viejos quieren saber de ti. Los dos.

Quiero creerle más que nada en el mundo.

—¿Te pondrías en contacto con ellos si fueses yo?

Sam no dice nada.

—Solo estoy tan harta de sus mentiras... —digo muy bajo—. No quiero darles la oportunidad de seguir mintiéndome. A veces es como si todo el mundo mintiese. Todo el mundo miente, todo el mundo tiene secretos. Lo odio.

—Hay una diferencia entre los secretos y las mentiras —contesta Sam.

—¿Ah, sí? A mí me parece que son intercambiables.

—Hum. —Sam no está de acuerdo, pero es demasiado educado para discutirlo.

—Yo solo... hum... quiero que la vida sea más simple.

Sam asiente despacio.

—Estoy completamente de acuerdo. Mi vida antes de marcharme era complicada. A veces sentía que me abrumaba. Más de lo que podía manejar.

—Exacto —susurro.

Todavía estamos acostados sobre las almohadas; apenas unos centímetros separan nuestros rostros.

Durante unos segundos, el silencio es absoluto, el único sonido es el de nuestra respiración.

El corazón me late tan rápido que estoy temblando, y cierro los ojos unos segundos, con un nudo en el estómago.

Entonces abro los ojos de nuevo. Sam todavía me está mirando. Está tan cerca que puedo ver sus pestañas una a una, castañas en la raíz pero blancas en la punta a causa del sol, la pequeña marca blanca que tiene en la nariz de llevar gafas de sol, la leve barba en la barbilla. Él también me observa a mí y está haciendo que cobre consciencia de mí misma. No sé qué hacer con mis labios, me pregunto si tengo legañas, si parezco tonta, si...

Entonces Sam vuelve a mirarme fijamente a los ojos.

Vamos a besarnos.

Lo sé. Puedo sentirlo, el momento prebeso, el cosquilleo, esa dulce tortura de expectación casi insoportable. Me imagino sus labios en mis labios con tal intensidad que es como si ansiase el tacto y el sabor y el olor de Sam, como si fuese lo único que va a satisfacerme ahora.

Sam se inclina muy levemente, oh, Dios mío, vamos a...

¡No!

Aparto la cabeza de golpe y me vuelvo para romper el momento mientras se me acelera la mente. ¡No! No. Está mal. Sam es mi amigo. No puedo joder esta amistad cediendo a un bajo instinto que es la razón por la que nunca he tenido un amigo durante más de dos semanas. Solo me gusta como amigo. Estoy segura. Ser amigos es más seguro y fácil. Inspira hondo. Sí. Otra vez. Bien.

Esta tensión sexual transitoria es inevitable cuando pones a dos personas de sexos opuestos en una cama y le das a uno de ellos una crisis. ¿Verdad? Claro. Amigos. A salvo.

Así que me levanto, me dirijo a la ventana, la abro y me enciendo un cigarrillo. Durante un minuto ninguno de los dos dice una sola palabra.

—Mis padres se divorciaron cuando yo tenía veintiún años —dice Sam por fin—. Luego mi madre decidió que quería mudarse a Nuevo México y vivir en un rancho, y mi padre... eh... no quería. Pam. Adiós familia.

Me sorprende tanto que Sam se muestre tan abierto conmigo, en lugar de enigmático, como suele ser, que lo único que acierto a decir es: —¿Dónde vive tu padre?

Sam no contesta, o no me oye. Se ha quedado con la mirada perdida, serio y en silencio.

—El caso es que es solo otro cambio. ¿Sabes? No un final, solo un cambio. Todo cambia, todo el tiempo, sigues adelante, tu vida cambia. Te gradúas, pam, cambio. Vas a la universidad, pam, cambio. Sales con alguien, rompes, te vas a vivir con tus colegas, la gente se pone enferma y se muere, cambio, cambio, cambio. Así que el divorcio es solo un cambio más en la vida, que de todos modos está en cambio permanente.

—Pero ¿y si no te gusta cómo cambia?

—Entonces haces algo para cambiarlo otra vez. La vida tiene que cambiar. Si no lo hiciese, entonces ¿qué sentido tendría? Siempre sabrías lo que va a pasar a continuación.

—Eso es bastante bueno —reconozco—. Deberías ser terapeuta.

—Eso es lo que dice mi terapeuta.

—¿Vas a terapia? Creí que no te gustaba hablar de ti mismo.

—Ja. —Hace una pausa, y luego lo suelta todo del tirón—. Ya no voy a terapia, iba a terapia... hum... estaba algo enfadado con mis padres por el divorcio y por cosas que ocurrieron en esa época. Ya sabes. Y fue una jodida pérdida de tiempo, ya sabes, no puedes cambiarlos, no de verdad, solo tienes que aceptarlo y quererlos por ser quienes son. No debería haber... Algunas de las cosas que hice... fui algo capullo. Ojalá... Lo siento, no hablábamos de mí.

—Podemos hablar de ti si quieres.

—No quiero. Solo quiero ver la tele sin hablar. Esa es mi prerrogativa, como tío.

—¿De dónde eres?

—Ohio. Ya te lo he dicho.

—¿Ohio? Creí que estabas bromeando. Es solo que no pareces muy... de Ohio.

Sam emite un sonido similar a «ajá».

—De verdad que no quiero hablar de ello, Angie.

—Una pena, tigre, yo sí. ¿Tu padre sigue en Ohio?

Una larga pausa.

—Mi padre está muerto.

—Oh, Dios, lo siento.

—No lo sientas.

—¿Dónde fuiste a la universidad?

—Nueva Inglaterra. Lo dejé.

—¿Qué estudiaste?

—Eso es todo por hoy.

—Habla —insisto dándole un golpecito con el pie.

—Que no.

—¡Habla! —Le doy otra vez.

—No pinches al oso, Angie, o te haré unas cosquillas con las que chillarás.

—Las cosquillas son solo una excusa para que los adolescentes toquen algo de teta queriendo sin querer. ¿Y acabas de referirte a ti mismo en tercera persona como «el oso»?

—¿Y tú acabas de decir «tocar algo de teta»? Uau, eres toda una dama.

Me río y siento un inmenso alivio por que todo el rollo de la tensión sexual haya terminado. Solo me quiere como amiga. Todo vuelve a la normalidad.

—Lo llamo como me parece. —Me encojo de hombros.

—Vale. No pienso tocarte. Aunque me lo ruegues. Maldita sea, ¿podemos ver la siguiente película?

Cambia de canal hasta que encontramos otra. Es *La ventana indiscreta*, una vieja película de Hitchcock con Grace Kelly y Jimmy Stewart. La tensión sexual parece haberse disipado, de modo que me siento a salvo volviendo a la cama. Solo somos amigos. Sí. Está bien.

—Dios, me encanta Jimmy Stewart —digo abrazándome a mi almohada.

—¿Sí? Creí que sería un poco serio para ti.

—Qué va. Es perfecto... Me meto bajo las mantas. Tú también puedes hacerlo si quieres, pero nada de cosas raras.

—Sí, señora.

Y así, el uno junto al otro, acurrucados de una forma puramente platónica, Sam y yo vemos la película. Y no tardo en estar tan calentita y cómoda que me quedo dormida.

Estoy en la cama con Sam.

No, no de esa forma, de verdad, nos quedamos dormidos viendo *La ventana indiscreta*.

Pero estoy hecha un ovillo de costado, con la cabeza apoyada en su brazo, y él me rodea con su cuerpo.

Joder, estamos haciendo la cucharita.

Durante unos minutos me quedo ahí sin más, escuchando la respiración de Sam... Sigue oliendo a jabón, incluso después de una noche de comida basura sin lavarse los dientes. ¿De qué va eso?

¿Y por qué es tan diferente compartir la cama con un tío, aunque solo sea un amigo? Yo estoy completamente vestida y Sam lleva una camiseta y vaqueros, no es que no estemos decentes. Pia y yo hemos compartido cama un millón de veces, después de salir o durante las vacaciones, o en una época extraña cuando aquel capullo de Eddie le rompió el corazón y tuve que cargar con ella hasta casa todas las noches, pedo y llorando. Siempre me pone los pies helados encima y ronca, le digo que es muy molesto; ella dice que es raro que yo duerma despatarrada boca abajo o hecha un ovillito como un pequeño puercoespín. Esa clase de noche es divertida y tonta.

Pero con Sam es diferente. Soy tan consciente de su cuerpo junto al mío que es lo único en lo que puedo pensar. Soy consciente de que sus pies sobresalen de la cama, de su respiración profunda y regular, de su tamaño y su fuerza.

También hay vulnerabilidad y dulzura en el hecho de compartir cama con un hombre. Despierto, Sam siempre parece tener algo muy serio en mente. Dormido, parece... no sé, en paz.

Y entre tú y yo, bueno, compartir cama con Sam es bastante sexy. Sam es tan grande, un oso gigante, y su cuerpo irradia un calor que envuelve el mío. Soy consciente de la fuerza cálida y suave del brazo que estoy usando como almohada, puedo sentir su cuerpo apretado contra el mío hasta sus pies, y veo

una de sus manos: morena, con las uñas muy limpias y los dedos y la palma callosos. Le falta toda la uña del meñique; se la arrancó el año pasado durante una regata. Ahora mismo, incluso eso resulta sexy. Maldita sea. ¿Por qué estoy teniendo estos pensamientos acerca de Sam?

Y entonces Sam me rodea con el otro brazo y tira de mí contra él. Sigue dormido, su respiración no ha cambiado, solo me abraza con fuerza como si fuese lo más natural del mundo.

—Angie —murmura.

Sonrío para mí. Sam habla en sueños.

—¿Sí, Sam?

No obtengo respuesta.

Hum.

Probaré con un truco del que una vez me habló mi madre. Haz preguntas a la gente cuando habla en sueños, y a veces su subconsciente lo comprenderá y responderá. Al parecer te dicen todo tipo de cosas. Así que me retuerzo todavía entre sus brazos, hasta que lo tengo de frente.

—Eh, Sam —susurro inclinando la cabeza hacia atrás para verle la cara—. Sam, ¿qué piensas de Angie?

Sonríe en sueños.

—Ángel...

Me descubro relajándome entre sus brazos. Dios, esto es muy agradable. No recuerdo la última vez que hice arrumacos. Y sí, acabo de utilizar la palabra «arrumacos». No hay otra forma de decirlo. Sam me rodea tan fuerte con sus brazos que puedo olerle el cuello, me siento cómoda y segura y solo me estremezco muy ligeramente.

De repente Sam respira hondo y contiene el aliento durante lo que parece una eternidad, pero probablemente sean solo unos diez segundos. Entonces exhala y me sujeta con más fuerza todavía. Encajo perfectamente en él. Oigo cómo le late el corazón. Por un segundo me quedo ahí tumbada, escuchándolo.

Luego pruebo otra vez, doblando el cuello para poder verle la cara.

—Angie. Háblame de Angie. ¿Crees que es más divertida que tú? Apuesto a que sí.

Sam vuelve a esbozar esa sonrisa medio dormida y, con un movimiento rápido, llevándome consigo, me estruja entre sus brazos y se coloca boca arriba, de modo que me quedo tumbada casi encima de él, con la cara justo encima de la suya. Mierda, si Sam se despierta justo ahora, estaremos a un pelo de besarnos, literalmente...

Si moviese la cabeza un milímetro, podría...

No.

Por segunda vez en doce horas me aparto de Sam de forma casi violenta, con un sobresalto que me hace caer de la cama por las prisas por escapar. Esto está mal, esto está todo mal.

Me ducharé y me vestiré, y entonces todo este rollo íntimo de pasar la noche juntos habrá acabado y podremos volver a ser viejos amigos normales sin más. ¿Verdad? Verdad.

Me tiro un buen rato en el baño, lavando y acondicionando y depilando e hidratando. La verdad es que me encanta pasarme la cuchilla por las piernas, conseguir el rasurado perfecto es una forma de arte. ¡Y el dinero que solía gastar en cera! ¿Para qué? Soy rubia, no soy peluda precisamente, y todo ese rollo de que vuelve a crecer más grueso es un mito creado por el sindicato de la cera. (Sí. Tienen un sindicato.)

Después vuelvo a mi habitación arrastrando los pies y compruebo que Sam sigue dormido. Me pongo unos vaqueros viejos muy cómodos y, tras pensarlo bien, la sudadera de Princeton de mi padre. Bueno, ¿y qué si no me ha llamado en siglos? Sigue siendo una sudadera buenísima, aunque tiene un par de manchitas de sangre de la noche en que me caí de la encimera de la cocina. Es como si hubiese ocurrido hace mucho tiempo.

Entonces me vuelvo, veo a Sam sonriéndome y dejo escapar un pequeño chillido.

—¿Qué demonios? ¿Has estado mirando cómo me cambiaba todo el

tiempo?

—No. —Sam parece culpable—. Vale, sí. No he visto nada en plan no apto para menores. Solo las bonitas partes que podría ver bajo control parental.

—En serio. —Evito mirarle a los ojos. Devolvamos esta conversación al territorio de amigos. Y larguémonos de mi habitación—. ¿Qué tal si desayunamos?

—¿Buttermilk Channel? ¿O Café Luluc?

—No tengo dinero, Sam. Y no, no vas a invitarme. Ya debes de estar sin blanca.

—Vale, lo siento. Bueno, puedo haceros el desayuno, ¿qué te parece? Le debo a la pequeña Coco unas sesenta comidas, no deja de alimentarme. Es como una abuela muy joven e inocente... Lo haré para toda la casa. Freiré algo de beicon, huevos, tortitas...

—¿Sería genial! —exclamo—. Pero ¿puedes hacer el beicon a la plancha en lugar de frito? No me gusta demasiado aceitoso.

—Ah, ¿de verdad? —dice Sam—. Creí que te gustaría el aceite.

—¿Qué? ¿Por qué ibas a pensar eso?

—Bueno, ¿te gustan los magnates del petróleo! —Sam sonrío de oreja a oreja, y saca de debajo de su almohada... ¡*Su deseo secreto!* ¡Mi última novela romántica!

—¡Devuélveme eso!

Sin dejar de sonreír, Sam se aparta de mí y empieza a leer el texto de la contracubierta.

—«La tímida Millicent siempre había tenido poca suerte en el amor. Pero cuando el magnate petrolero Rod Rockson se mudó a la ciudad, ella pensó que su suerte estaba cambiando. Hasta que descubrió su pasado secreto...» ¿Me pregunto cuál podría ser ese pasado?

—¡Para! —Salto a la cama y extendo el brazo hacia el libro, aunque no lo

alcanzo por los pelos y me encuentro a horcajadas sobre Sam, tratando de arrebatarse el libro—. ¡Dame eso! ¡Joder, es privado! ¡No estoy de coña! ¡Sam! ¡Hablo en serio!

—¡Eh, Angela! ¡Juega limpio!

—¡Joder, no me llamo Angela!

Por fin se lo arranco de las manos, salto de la cama y lo arrojo debajo de Drakey el Maniquí.

Estoy tan cabreada que no puedo ni mirar a Sam, así que finjo estar buscando algo en mi armario. Me avergüenza que me haya pillado leyendo algo tan poco sofisticado. Me siento incluso más avergonzada que anoche tras mi debacle con *Kramer contra Kramer*. ¡Dios! ¿Y por qué no puedo leer lo que me dé la gana? ¿A quién le importa si es guay? ¿Por qué tengo que fingir que soy dura todo el tiempo? ¿Por qué es tan importante ser cínico y poco romántico, y que no te gusten los finales felices y los besos y la gente que dice «Te quiero»? ¿Por qué?

Sam se pone en pie con gesto arrepentido, con el pelo revuelto en ángulos disparatados.

—Lo siento mucho, estaba debajo de mi almohada, Angie. Solo me ha parecido divertido.

—Bueno, pues no lo ha sido. —Abro el cajón de los calcetines y hurgo entre ellos sin motivo. Debe de pensar que soy una completa idiota—. ¿Sabes qué?, tengo mierdas que hacer —añado por encima del hombro—. Deberías irte a casa.

—¿Quieres que me vaya?

—Sí.

Se produce una larga pausa mientras miro mis calcetines. ¿De dónde coño han salido tantos calcetines?, me pregunto. No recuerdo haber comprado ni un par en toda mi puñetera vida.

Sam carraspea.

—Angie, lo siento mucho, ¿vale? Solo estaba haciendo el tonto.

—¿Sí? —Por fin me vuelvo hacia él—. Bueno, pues yo estoy harta de hacer el tonto. No quiero malgastar mi vida pasando el rato así. Es jodidamente deprimente. Necesito encontrar trabajo. Eso es lo que voy a hacer hoy. Voy a encontrar trabajo.

Sam asiente.

—Claro.

Me levanto y me dirijo a la puerta, con la cara aún ardiendo de la vergüenza de que me haya pillado leyendo una novela romántica, y me detengo un instante para soltarle sin volverme:

—Ya sabes dónde está la puerta.

Menos de una semana para cumplir los veintitrés.

Y no podría estar más lejos de tener la vida que siempre había soñado que tendría a estas alturas.

Estoy trabajando en Gap.

Deja de reírte.

Necesito dinero. Tengo que pagar el alquiler. Necesito un trabajo, algo en lo que concentrarme, una razón para salir de la cama por las mañanas. En especial porque no he visto a Sam desde el fiasco de la novela romántica la semana pasada.

Al día siguiente recibí un whatsapp suyo. «Lo siento... ¿Me perdonas?»

«Claro. No hay problema», contesté.

Y no ha intentado ponerse en contacto conmigo desde entonces. Yo tampoco le he llamado a él. Estoy demasiado abochornada; todavía siento que me pongo roja de vergüenza cuando pienso en él sosteniendo el libro en lo alto con regocijo. Probablemente cree que soy una romántica empedernida. Una perdedora optimista y ridícula. Odio eso. Me hace sentir débil. No sé por qué, pero lo hace. Y ya me sentía muy expuesta después de contarle todas esas cosas de mis padres...

¿Sabes qué? Nos hicimos tan amigos tan rápido que fue demasiado intenso. Necesitaba espacio. Eso es todo.

Y un trabajo a tiempo completo en Gap sin duda me lo ha proporcionado.

En algunos sentidos, Gap no es tan malo en absoluto: resulta que mis habilidades para doblar son la leche. ¿Quién iba a decirlo? (Nunca he doblado una sola prenda mía; simplemente fingía que las arrugas eran parte de mi estilo único.) Pero las horas pasan muy lentamente, el salario es terrible, me están saliendo ampollas de pasarme el día de pie y, uau, es aburrido. Estoy tan aburrida que me cuesta mantener los ojos abiertos. A veces fantaseo con hacer una cama a base de camisetas en los probadores, hacerme un ovillo y dar una

cabezada, como un cachorrito.

Además, la gente nunca te mira a los ojos cuando trabajas de dependienta. ¿No se dan cuenta de que es mi trabajo preguntarles si necesitan ayuda para encontrar algo? Me pagan por hacerlo. Y una de las encargadas, Shania, me ha llamado la atención dos veces por no tener una «expresión agradable». Yo no puedo evitar parecer una zorra cuando estoy preocupada. Ella parece una zorra porque es una zorra.

Pero ¿la mejor parte? La ropa. Gap no es exactamente mi estilo, pero me gusta mucho ayudar a los clientes a elegir la ropa adecuada. A veces alguien me pregunta qué estilo de vaqueros le quedaría bien, o si esa camiseta pega con aquella falda, y puedo asesorarles. La sonrisa de esa persona cuando sale del probador y ve que está mejor de lo que esperaba... Me encanta. Tampoco les vendo de más. Me aseguro de que no superan su presupuesto. Y he enviado a algunas personas a Urban Outfitters o a Zara para comprar algo que complete el look. (Normalmente un cinturón brillante, un bolso de mano o un par de zapatos. Cosas muy de manual.) Pero sea como sea, mi mente sigue dando vueltas sin parar, tratando de encontrar formas de salir de aquí, encontrar un trabajo real en moda... Sé que no puedo ser diseñadora, ese sueño es solo eso: un sueño. Está fuera de mi alcance. Imposible. Pero podría ser asistente, ¿no? O recepcionista, podría trabajar para una marca de moda o una agencia de relaciones públicas o un estilista.

Estoy segura de que podría hacer algo mejor que esto, si alguien me diese una oportunidad.

Pero nadie lo hará.

Maldita sea, estoy perdida.

Ahora mismo, el día está llegando a su fin en esta parte del centro de Manhattan y hay una muestra representativa de la sociedad especialmente desalentadora. Pequeños llorones pegajosos en patines que lo único que quieren es quedarse en casa jugando con sus juguetes, mochileros neuróticos tras un día de turismo, compradores con sobrepeso que miran la mercancía como un enemigo en potencia.

Humanidad. Puaj. Pia siempre dice cuánto le gusta trabajar con gente, que le da energías. Yo preferiría quedarme en un rincón pensando en ropa. Pero no

en mis padres. Ni en mi futuro.

Me vibra el móvil en el bolsillo, e inmediatamente me agacho y finjo arreglar algunas sudaderas para mirarlo. Un whatsapp de Julia.

«Solo quería decirte que mi jefe acaba de invitar a todo el mundo menos a mí a un club de striptease esta noche para celebrar un trato. Mi trabajo es peor que el tuyo.»

Sonrío para mis adentros y contesto.

«Esta mañana he encontrado una mierda en el probador de hombres. No era la mierda de un perro, ni la de un niño. La de un hombre. He recogido una mierda del probador. Mi trabajo es peor que el tuyo.»

Recibo una respuesta al cabo de un momento.

«Tú ganas.»

Ja. Jules y yo todavía nos mandamos un montón de mensajes. Sobre todo compitiendo para ver quién tiene el peor trabajo. Es tan mona que incluso finge que trabajar en un banco de inversiones puede ser tan terrible como trabajar en Gap. Pia tenía razón todo este tiempo: Julia es bastante guay. Me alegro mucho de que nos hayamos hecho amigas de verdad. No creo que Pia siga teniendo celos... Aunque, para ser sincera, Pia no ha pasado mucho tiempo con nosotras para estar celosa. Está disfrutando de cada minuto que puede con Aidan antes de que se vaya a San Francisco. Han decidido probar lo de la relación a distancia.

Estoy estirando subrepticamente los tendones de la corva —no tengo ni idea de por qué me aprietan tanto solo de estar de pie todo el día sin hacer nada— cuando una señora mayor se acerca y empieza a mirar el expositor de los vaqueros.

—¡Hola! ¿Puedo ayudarla a encontrar algo en particular?

Asiente.

—Quiero unos vaqueros que no me hagan parecer una morcilla.

Sonrío.

—Claro... vaqueros libres de morcillas. Bueno, este par tiene un corte muy bueno en los muslos, de forma que se ciñen pero no aprietan. Tienen la cintura más alta, lo cual es mucho más cómodo en la zona de la barriga, y el tono oscuro es un clásico. Es casi como un par de pantalones de vestir, pero con la comodidad del vaquero.

—Uau. Eres buena.

—Gracias —digo sacando los pantalones—. Me encanta la ropa. Tenga, solo para comparar, debería probarse este par, y este también.

—Gracias... Antes adoraba la ropa. Ahora solo la llevo. —Coge los vaqueros que le tiendo y frunce el ceño—. Esta es mi talla. ¿Cómo lo sabías?

—Para eso me pagan un dinerito. ¿Puedo llevárselos a un probador?

—Ya me los llevo yo. —Se dirige a la zona de probadores.

De repente estoy de mucho mejor humor. ¡Me gusta este trabajo! ¡Y se me da bien! He ayudado a esa señora a encontrar unos vaqueros que le quedarán genial, lo sé, y eso le alegrará el día. Todo gracias a mí. Suena una vieja canción de Rihanna y, sin pensarlo siquiera, empiezo a cabecear mientras canto, y luego hago un giro.

En ese momento Derek, uno de los tíos que normalmente trabaja en la caja registradora, pasa por mi lado. Frunce el ceño y mueve la cabeza.

—Esto no es una discoteca, Angela.

Se ha ido antes de que pueda contestar «Es Angie, gilipollas», así que me limito a enseñarle el dedo a su espalda. Muy maduro, pero eso es lo que hace el tener un trabajo de dependienta.

En ese momento, oigo una pronunciación lenta que me resulta familiar detrás de mí.

—¿Qué coño estamos haciendo aquí, Blythe? Conoces mis reglas: nada de madres, nada de abrazos y nada de cadenas de tiendas.

Me quedo helada, con el corazón desbocado de repente. Reconocería esa voz en cualquier parte.

Es Stef.

La tal Blythe suelta una risita.

—Stef, cariño, ya te lo he dicho. Necesito unas camisetas y las de Gap son las que mejor me quedan.

—¿No podemos ir a James Perse o Splendid o, joder, algún sitio decente?

—Puede que luego. Tengo que pasar por Intermix.

Sus voces resultan cada vez más audibles. Mantengo la cabeza baja y me agacho, fingiendo colocar los chinos del último estante. No ha habido chinos más perfectamente simétricos en la historia de los pantalones informales. Busco un error, cualquier cosa que me dé algo que hacer... ¡Ajá! ¡Una talla 36 entre las 38! Con la cara aún vuelta en dirección contraria a las voces, saco la pila entera y empiezo a recolocarlos, muy lentamente, rezando por que Stef se aleje sin más, por...

—Bueno, qué tenemos aquí —dice una voz queda. De pronto, a apenas unos centímetros de mí en el suelo, veo los zapatos de Stef. John Lobb. Por supuesto—. Pero si es la infame Angie.

Me incorporo lentamente, sintiendo una extraña combinación de miedo y furia.

—Stef.

Nuestras miradas se encuentran. Tiene el aspecto de siempre, empalagoso y privilegiado.

Entonces se acerca la chica, Blythe. Es una de esas morenas altas y caras que el Upper East Side suelta en camadas. Lleva zapatos, vestido, bolso y abrigo DVF. Estilo para principiantes.

—¿Qué es? —Ladea la cabeza mirándome como si yo fuese una extraña pinturita.

—Es Angie —contesta Stef—. Una vieja amiga.

Blythe me dirige una sonrisita falsa.

—Qué bien. —Se aleja a paso tranquilo.

—Yo no soy tu amiga —le siseo a Stef—. Y nunca te perdonaré lo que me hiciste.

—¿Lo que yo te hice a ti? Relájate, Angie. Te encantan los tíos ricos. Yo solo te presenté a algunos. Tu comportamiento en el barco fue muy poco sofisticado. Exageraste por completo.

Cierro los puños con fuerza. Me dan ganas de darle una bofetada. Me dan ganas de gritar y montar una escena y dejar este estúpido trabajo y huir y beber vodka y pasarme toda la noche riendo y fingiendo que todo es perfecto. Lo ansío tanto que casi puedo saborear la felicidad de ese escape.

Pero no voy a hacerlo.

No voy a seguir huyendo de mis problemas.

Porque así no voy a hacer que desaparezcan. No del todo.

—Eres un cabrón despreciable. —Me tiembla la voz por el esfuerzo de mantenerla baja—. Aléjate de mí. Y sal de mi tienda.

Blythe ha vuelto y me ha oído.

—¡No puedo creerlo! ¿Dónde está el encargado? —suelta. Mira alrededor y alza la voz con un tonillo exigente muy típico del Upper East Side—. ¡Quiero ver al encargado!

—No, Blythe, déjalo. —Stef me mira fijamente, con una leve sonrisa en el rostro—. Tengo la sensación de que pronto tendré noticias tuyas. Cuando la realidad te golpee, una noche de diversión en el Soho Grand no te parecerá tan mal.

No puedo mirarle a los ojos, así que me concentro en su nariz (un viejo truco que me enseñó mi padre cuando era pequeña). «Una noche de diversión en el Soho Grand...» ¿Qué coño pasó aquella noche? Me encuentro mal.

Durante unos segundos reina un silencio absoluto.

Entonces les sonrío a los dos.

—¿Puedo ayudaros en algo? ¿No? Entonces disculpadme, por favor. Tengo cosas que hacer.

Temblando, me alejo y vuelvo a doblar las camisetas, siguiendo su avance por la tienda con el rabillo del ojo. Stef se queda mirándome, hasta que Blythe empieza a incordiarle, y él le contesta. Ella se calla de inmediato y se van.

Y yo no huyo. No me rindo. Solo me concentro en sobrevivir a lo que queda del día.

Esa noche, en el metro de vuelta a Rookhaven, con el estómago revuelto, no puedo dejar de mirar a todos los demás esclavos, todos nosotros apretujados unos contra otros de camino a casa desde nuestros trabajos de mierda, y todo el mundo está haciendo algo para distraer sus mentes de la realidad. O están escuchando música con los ojos cerrados o leyendo el *New York Post* o mirando fijamente sus BlackBerrys o iPhones, tecleando frenéticamente con los pulgares.

Siempre había creído que la gente hacía esas cosas cuando estaban aburridos e intentaban matar el tiempo. Pero ahora sé que es porque todos están intentando olvidar lo que quiera que hayan tenido que hacer a lo largo del día para ganarse la vida. Porque probablementeapestaba.

Esto no puede ser lo que se supone que será mi vida. No puede... y punto.

Pero tampoco quiero mi antigua vida.

Así que imagino que estoy atascada aquí. De golpe sé que lo único del mundo que va a animarme son mis amigas. Pia, Coco, Julia y Madeleine. Y Sam. Echo de menos a Sam. No han pasado más que unos días desde la última vez que hablé con él, pero parece una eternidad. No me importa que sepa que leo novelas románticas. No me importa si piensa que soy una perdedora. Le echo de menos.

Cuando salgo del metro en Carroll Gardens, saco mi móvil y le llamo.

—¿Volvemos a ser amigos? —pregunta, en lugar de saludarme.

—Afirmativo. Siento haberte echado de casa.

—Yo siento haberme reído de tu libro. ¿Sabes que me encanta Harry Potter? Pues sí. Me vuelve loco ese pequeño mago raro.

No puedo evitar soltar una carcajada.

—Vale, volvemos a ser oficialmente amigos.

—¡Nuestra primera pelea! Dios, me siento especial. ¿Tú te sientes especial?

—Yo me siento hambrienta.

—Estoy en casa de Vic, acabando el baño. Vamos a ir al Bartolo's a por pizza. ¿Te apuntas?

—Sí.

—Bueno, ¿dónde has estado, señorita? Esta semana he llamado a tu puerta como cuatro veces.

—Oh, he encontrado trabajo.

—¿Ah, sí? ¡Es genial! ¿Dónde?

—Si te lo cuento, ¿prometes no reírte?

—Sí.

—En Gap.

Sam todavía se está riendo cuando llego al Bartolo's. Es un garito italiano de Brooklyn, a la antigua usanza, el tipo de lugar con los platos desparejados y una carta que no ha cambiado nunca. La familia de Vic lo abrió hace décadas, y todavía la lleva uno de sus sobrinos. Tiene ese ambiente familiar, ¿sabes? Hay niños en al menos la mitad de las mesas, y en la mayoría hay niños, padres y abuelos. Echo un vistazo alrededor. Familias felices de verdad en vivo. Me pregunto cómo estará mi padre.

—Vale, Angie, ¿qué vas a tomar? —me pregunta Vic interrumpiendo mis ensoñaciones.

Ni siquiera miro la carta.

—Pizza margarita, por favor.

Sam me mira y se echa a reír de nuevo.

—¡Para! —digo—. Vic, Sam me está pinchando. Porque tengo trabajo.

Vic me sonrío, con toda la cara arrugada y feliz.

—Creo que es genial, niña. El trabajo da sentido a la vida. Te hace sentir realizada.

¿Se supone que trabajar en Gap debe dar sentido a mi vida y hacerme sentir realizada? La idea es tan disparatadamente deprimente que por un momento no puedo decir nada. Entonces aparece Jonah, el camarero, con nuestras bebidas. Una cerveza para Sam, un agua con gas para Vic y un vodka con hielo para mí.

—¿Seguro que quieres vodka solo, cielito? —me pregunta Jonah.

—Seguro, guapo, seguro —contesto.

Jonah me guiña el ojo y se marcha. Sonrío mientras le veo alejarse. Chico mono. No tan listo.

Entonces me vuelvo y pillo a Sam mirándome con una expresión extraña

en el rostro.

—¿Qué? —pregunto—. ¡Es amigo de Pia! El año pasado trabajó aquí como cuatro segundos y medio.

—Claro —responde Sam—. Bueno, háganos de Gap.

Así que lo hago. Y entonces Vic nos habla de unos almacenes en los que trabajaba su hermana en Park Slope. Se llamaban Germaine's.

—Ella lo odiaba —nos cuenta Vic—. Sobre todo durante las vacaciones. Solía venir a casa con decenas de guantes desaparejados, ya sabes. A la gente se le caían al suelo cuando estaban comprando. No llevé un par de guantes a juego hasta que me casé. —Vic suelta una carcajada, y resulta tan extraño y agradable oírle reír así que Sam y yo le imitamos.

Cuando llega la comida, nos concentramos en masticar y emitir sonidos de apreciación. Me encanta la pizza margarita. Me gusta su constancia: siempre sabes lo que estás comiendo, cada bocado es exactamente como el anterior, nada de sorpresas desagradables. Y comer con Sam y Vic me resulta natural, como si fuésemos familia. Creo que Sam está pensando lo mismo. Esto es tan alegre y tranquilo.

Me pregunto con quién come ahora Vic. Su hermana murió el año pasado, su mujer murió hace mucho tiempo. Debe de sentirse muy solo.

—Deberíamos hacer esto más a menudo —sugiero—. Cenar aquí, quiero decir. ¡Todos los jueves! ¿Te gustaría, Vic?

—¿A mí? Claro. —Vic se dispone a dar otro mordisco sin prisa a la pizza, entonces se detiene, como si acabase de ocurrírsele algo—. ¿Crees que soy un anciano que se siente solo, Angie?

—No —contesto, ligeramente a la defensiva.

—Nunca me siento solo —dice—. Estoy muy ocupado. Tengo mi petanca, mi club social, tengo un millón de sobrinas que me llaman sin parar para incordiarne y ahora tengo cable y esa HBO es muy divertida, te lo digo... Tengo cosas por las que esperar. Mantén tu vida llena de cosas por las que esperar y nunca te sentirás solo.

—Recibido —digo. Más perlas de sabiduría de parte de Vic. Deberíamos empezar un maldito blog.

El caso es que siempre tiene sentido. Es solo que nunca es la respuesta que en realidad quiero oír. No creo que trabajar a jornada completa en Gap cuente como tener una vida que te haga sentir realizado. Pero sé que ese es mi problema. Probablemente hay un montón de gente a la que le encanta trabajar en Gap.

Bajo la vista a mi pequeño bolso de mano dorado. Ha resultado increíblemente útil. Por lo general me canso de los bolsos y los cambio cada dos o tres días, pero este me encanta. Tal vez haga uno con una correa larga para el hombro o con una corta para la muñeca, y uno de mayor tamaño para los días en que necesito llevar más cosas conmigo, pero no quiero llevar el bolso grande. Estoy segura de que tengo quince más de esos fulares Art Déco de segunda mano guardados en alguna parte. Y he estado adaptando aquel vestido que le gustó a Sam (le he subido cuatro centímetros del dobladillo).

De repente solo de pensar en coser me siento feliz, despierta y entusiasmada, como si tuviera algo que esperar. Si puedo fingir que coser es mi trabajo, entonces mi vida sí tiene sentido.

Alzo la vista a Vic y sonrío.

—Tienes toda la razón.

En ese momento mi móvil emite un pitido.

Un whatsapp de Pia. «¿Dónde estás? EMERGENCIA.»

«El Bartolo's», respondo.

Al cabo de diez minutos, justo cuando hemos acabado de comer, se oye un chirrido de frenos fuera. Un enorme camión rosa ha aparcado en medio de la calzada. Pia.

Entra dando grandes zancadas en el Bartolo's, con un portazo teatral tras de sí, nos ve y viene directa.

—Oh, Dios, Vic, Angie, ¡ayudadme! Aidan y yo hemos roto. —Rompe a llorar con sollozos ruidosos y se desploma a mi lado—. No vamos a mantener

una relación a distancia, ni siquiera vamos a intentarlo. Acaba de coger un avión. Se ha acabado, de verdad, se ha acabado en serio. —Pia está llorando tanto que apenas consigo que me salgan las palabras, y automáticamente la atraigo hacia mí, hacia el abrazo de búho de Sam con el que la acuno bajo mi ala, y me empapa con sus lágrimas.

Alzo la vista al camarero.

—La cuenta, por favor.

Pia me lleva a Rookhaven en su camión, sin parar de gemir en todo el camino. Ahora mismo lo único que puedo hacer es ser una buena amiga y escuchar, así que intento intervenir entre los gemidos y rezo por que no nos estrellemos. Sam y Vic han decidido volver andando, presumiblemente para tomar el aire, pero sin duda para evitar la crisis de Pia. La verdad es que hace bastante ruido al llorar. Y eso asusta tanto a hombres como a animales pequeños.

Coco y Madeleine están en la cocina comiendo pollo con brócoli, y Pia deja de sollozar el tiempo suficiente para contarnos toda la historia.

—Empezamos a romper anoche, y luego nos fuimos a dormir, y luego tuvimos sexo a las cuatro de la mañana...

—Demasiados detalles —masculla Madeleine.

—... y luego nos hemos despertado y no lo hemos discutido, ¿sabéis? Como si por tomarnos el café y comernos nuestros bagels fuese como cualquier otro día. Y luego hemos quedado después del trabajo y hemos roto de verdad. No hemos hecho más que hablar de ello durante semanas, ya sabéis, y el caso es que íbamos a mantener una relación a distancia, pero ¡sabemos que nunca funcionará! Es como una muerte lenta en lugar de... eh... una puñalada en el corazón. —Qué bonito—. Y ahora Aidan está en un avión camino de California, su vida va en esa dirección, y ninguno de nosotros debería sacrificar su carrera por el otro, ¿verdad?

—¡Verdad! —contestamos Coco y yo con firmeza.

—¿Y si acabo vieja y sola? ¡Y todo por escoger mi carrera por encima del amor! ¡Seré esa mujer con gatos! ¡Joder, yo odio los gatos!

—Zorrita, ni siquiera has cumplido los veintitrés. No tienes que

preocuparte de ser vieja y estar sola.

—¡Voy a echarle tanto de menos! —Pia no está escuchando a nadie—. ¡Nuestra relación es como esa película, *Pena de muerte!*

Madeleine frunce el ceño.

—Eh... no estoy segura de...

—¡No puedo creer que se haya acabado! Se ha acabado. —Pia se queda con la mirada perdida, susurrando—. Se ha acabado de verdad.

—¡No se ha acabado! —exclama Coco—. Tampoco es que hayáis discutido o ya no estéis enamorados, solo os veis obligados a separaros por... hum... circunstancias imprevistas, ¡eso es todo! ¡Algún día volverá!

—¡Sí! —digo—. Y mientras tanto, ¡puedes salir con otros!

—¡No! ¿Sabéis cuánto me cuesta conocer a tíos que me entiendan de verdad, del todo? ¿Con quienes tenga una auténtica conexión? Es... imposible, y punto.

Por un segundo se me saltan las lágrimas. Intento imaginarme cómo sería enamorarme al fin, encontrar el amor de verdad, y que luego me lo arrebaten. Sería como una bofetada por parte del universo, eso sería.

Pia ha empezado a despotricar.

—Los tíos siempre creen que soy rara o tonta o ambas cosas. ¡Creen que crecí de una forma extraña, que mudarme tanto debe de significar que soy un caso perdido o que ser indiosuiza significa que no como más que puñeteros relojes de cuco y curry!

Me echo a reír.

—Zorrita, tranquilízate...

Pero Pia no está escuchando.

—Y creen que soy genial para pasarlo bien, pero no para mantener una conversación, no para nada real. ¡Maldita sea, se me da realmente bien hablar!

¡Podría hablar durante horas si quisiera! ¡Ahora me quedaré soltera para siempre! ¡Eternamente! ¡Oh, Dios! ¡Voy a sufrir un ataque de pánico! —Pia cierra los ojos y emite un sonido que solo puede describirse como «Uaaah».

En ese momento entra Julia en la cocina. Todavía lleva puesto el traje del trabajo y la bolsita del gimnasio pegada a la espalda, como siempre.

—¿Qué co...?

—Pia y Aidan han roto —explica Madeleine.

—¡Mierda! —suelta Julia—. Estaba convencida de que al final acabaríais casándoos. Y que nosotras seríamos tus damas de honor.

Eso hace que Pia arranque de nuevo, naturalmente. Cinco minutos más tarde, sigue llorando, y nos hemos quedado sin tópicos tranquilizadores.

Así que adopto mi tono más estricto, el que ha funcionado con la Pia histérica en el pasado.

—¡Pia! Deja de gemir y respira —digo—. Ya. Hablo en serio. Vas a ponerte enferma. —Pia cierra la boca, todavía tiene el pecho agitado a causa de la histeria—. Si Aidan es el hombre con el que tienes que estar, entonces volveréis en el futuro. Mientras tanto puedes disfrutar de tu vida. Te encanta tu trabajo, te encanta Rookhaven...

—Me encanta beber —dice, y se sorbe la nariz—. Salgamos el sábado y pongámonos pedo de verdad. Necesito la atención de chicos guapos. Eso me hará sentir mejor.

—Hum, yo no puedo —contesta Julia sonrojándose.

—¿Por qué no? ¿Cita caliente?

Julia mira en torno a la habitación, con una tímida sonrisa en el rostro, hasta que acapara toda nuestra atención.

—Bueno, en realidad sí. Me he encontrado con Sam cuando entraba, estaba en la puerta de Vic... ¡y me ha pedido salir!

—¡Uuuuh! —grita Madeleine—. ¿Cómo ha ocurrido?

Julia está roja de placer.

—Estábamos hablando del Bartolo's y le he dicho que es mi local favorito de todo Brooklyn, entonces él me ha dicho que su restaurante favorito en Brooklyn era un mexicano que hay cerca de su casa, y entonces yo he dicho «Oh, Dios mío, a mí me encanta la comida mexicana» y él ha dicho «Deberíamos ir alguna vez» y yo he dicho «¿Qué tal el sábado?». —Se vuelve hacia mí con una enorme sonrisa—. ¿No es genial, Angie?

Oh. Dios. Mío. Julia va a salir con Sam.

Cinco días para mi cumpleaños.

Y otro día aburrido en Gap.

Una realidad: estar aburrida cambia la percepción espaciotemporal; el espacio se cierra sobre ti y el tiempo deja de avanzar. Parece que ha pasado un mes desde que me he levantado esta mañana. Ni siquiera recuerdo lo que he desayunado, ni lo que cené anoche.

Un momento. Sí, lo recuerdo. Cené pizza en el Bartolo's con Sam y Vic.

Y después Sam invitó a Julia a salir.

Sigo igual de sorprendida. Soy como una pequeña Angie de dibujos animados con un signo de exclamación encima de la cabeza.

También estoy enfadada conmigo misma por estar sorprendida. A Julia le gusta mucho Sam, y yo me he pasado semanas atosigándole para que la invitara a salir. Es justo lo que quería, ¿no? ¡Está todo perfecto!

Bueno, lo que sea. Intento no pensar en ello. Solo que se me hace raro porque él es mi amigo y hemos pasado mucho tiempo juntos. Dormimos juntos aquella noche tan extraña, aunque no ocurrió nada, y, bueno, es una de esas amistades que a veces haces entre una relación y otra. Yo suelo poner fin a dichas amistades acostándome con el chico en cuestión, y después descubro que en realidad no éramos amigos. Pero esta vez eso no va a pasar.

Porque va a salir con Julia el sábado.

Así que ya está.

Y dentro de treinta y dos minutos podré dar el día por finalizado.

(Y después ir a casa, ponerme unguento en las ampollas, cenar, dormir, levantarme, venir aquí y volver a empezar. ¡Arg!) De pronto me tocan el hombro.

—¡Angie! ¡Soy yo! —Coco salta sin parar, entusiasmada—. ¡Sorpresa!

—¡Eh! ¿Qué haces aquí?

—Estaba cerca, he ido al... hum... Museo de Arte Moderno.

Nos damos un abrazo rápido.

Resulta extraño, creo que nunca había estado a solas con Coco fuera de Rookhaven. Sí con ella y con Pia, pero nunca con ella sola. Miro alrededor, intentando pensar en algo de que hablar, y veo a unos compañeros de trabajo, el caraculo de Derek y la zorra de Shania, mirándome.

—¿Quieres probarte algo de ropa?

—¡Claro!

—Deberías ponerte algo azul. —Desde que nos conocimos me muero de ganas de conseguir que Coco deje de llevar esos trapos negros, holgados y descoloridos—. Azul cielo. Para resaltarte los ojos. Y gris. Y blanco. Hombros más ajustados, cinturas más ceñidas, nada de jerséis de cuello alto... ¿Cuánto quieres gastarte? Lo compraré yo para que me hagan el cincuenta por ciento de descuento de los empleados y ya me lo darás. Es saltarse un poco las normas, así que vamos a tener que hacerlo muy bien.

A Coco se le iluminan los ojos.

—¡Tienes un trabajo tan guay!

Supongo que es bastante guay. Más o menos.

Coco y yo pasamos la siguiente media hora disfrutando de una sesión completa de cambio de imagen. Lo único que falta es música de los ochenta. Cuando acaba mi turno, Coco se ha comprado tres vaqueros, cuatro camisetas, un vestido de verdad (nunca había visto a Coco con un vestido) y una gabardina de entretiempo muy chula. He conseguido arrancarla de ese look «uso tres tallas de más y quiero pasar inadvertida». Tiene unas tetas enormes, así que a menos que se ponga algo muy ajustado fácilmente puede parecer un poco desaliñada.

—¡Uau, Angie! Muchas gracias. Esto va a irme de maravilla para la cita con Ethan.

—¿Vas a volver a ver a ese tío? —le pregunto antes de poder contener las

palabras que salen de mi boca.

Ella guarda silencio un momento.

—Sí... Bueno..., pensé que estaría bien. ¿Por qué? ¿No te gusta Ethan?

—¡Claro que me gusta! En cualquier caso, que me guste o no a mí no importa. Lo que importa es que te guste a ti. —Dios, no soporto que la gente diga esa mierda, pero ahí estoy yo, diciéndola de todos modos.

—Creo que me gusta... —Hace una pausa—. ¿Podemos quedar después para charlar y tomar un café?

—Mejor una copa. Ve al P. J. Clarke's, el de la esquina de la Cincuenta y cinco con la Tercera. Cuando salga de trabajar compro esta ropa y voy para allá. Te veo en quince minutos.

El P. J. Clarke's es un viejo bar con cierto pedigrí relacionado con el Rat Pack de Sinatra, pero me gusta porque puedes sentarte en la barra, comer hamburguesas diminutas y beber martinis. Yo no tengo dinero para hamburguesas y martinis, claro está, pero hoy me han dado el cheque en el trabajo, así que puedo permitirme invitar a Coco a una cerveza. (Me pregunto si alguna vez seré capaz de hacer planes sin consultar mentalmente mi cuenta bancaria.) Por el camino hago una llamada rápida a Pia. Contesta, pero lo único que oigo son sorbidos.

—Zorrita, soy yo.

Me llega un ruidito ahogado.

—Voy a tomar algo con Coco en el centro, cerca de tu oficina. ¿Te apuntas?

—No. —Tiene la voz muy ronca—. Tengo que trabajar hasta tarde. Voy muy atrasada de tanto llorar, joder. Es realmente difícil leer la pantalla con lágrimas en los ojos, ¿sabes?

—Te quiero, zorrita —contesto sorprendiéndome a mí misma. Nunca digo mierdas de esas.

—Yo también te quiero.

Cuando llego al P. J. Clarke's veo a Coco sentada al final de la barra tomándose un cosmopolitan y mirando fijamente el móvil con aire de profunda concentración. Por lo demás, el bar está lleno con la clientela habitual de la happy-hour del viernes por la noche: ejecutivos, turistas y varias parejas nerviosas.

—*Voilà!* Su pedido de moda —digo al tiempo que le tiendo la bolsa de Gap.

—¡Gracias! ¡Uau! ¡Es genial!

—¿Te apetece otro cóctel? —le pregunto a Coco, y rezo por que diga que no, porque no puedo permitírmelo.

—No, la verdad es que está un poco asqueroso —contesta arrugando la nariz.

Asiento.

—El cosmopolitan sabe a mierda. Es lo que tiene de raro. —Miro al barman. Es un tipo inmenso, con corbata y una camisa perfectamente ceñida—. Dos Heineken, por favor.

El primer trago de una cerveza superfría siempre es el mejor. Tomo un sorbo y suspiro. Qué día más largo y aburrido... Las ampollas me producen un dolor lacerante, pero supongo que sería un poco grosero ponerme más mejunje para ampollas aquí mismo, en medio del bar.

Coco ha empezado a arrancar la etiqueta de su cerveza con las uñas. ¿Nervios? Nunca tengo ni idea de cómo se siente, ya que siempre sonrío con dulzura. Quizá sea el momento de averiguarlo.

—¿Quieres hablar de la sobredosis de medicinas de la fiesta, Coco?

—No —contesta; luego me mira y fuerza una risita—. Solo me dolía la cabeza antes de la fiesta, ¿sabes?, así que me tomé el Demerol que me dieron en la clínica en diciembre.

—¿Se lo has contado a Julia?

—Nunca lo entendería —musita.

—Ya. ¿De dónde sacaste el Xanax? ¿Te lo recetaron? —Me siento como un orientador escolar.

—Lo encontré —responde con cautela mientras arranca otro trocito de la etiqueta—. Lo encontré por ahí tirado.

Vale, es obvio que eso no es verdad, pero no voy a presionarla.

—¿Y te lo tomaste?

—Creí que me calmaría los nervios —responde—. Es un ansiolítico, ¿no? Y estaba muy ansiosa antes de la fiesta por tener que cocinar, por Jonah, ya sabes, porque le pedí que me acompañara y me dijo que no, y también por Ethan.

—Claro, Ethan.

—Mi terapeuta tiene la impresión de que sería una persona muy positiva para mí —explica, algo a la defensiva.

—¿Vas a terapia?

—Sí. Esto... me la ofrecieron y dije que sí —explica en voz muy baja.

—¿Quieres hablar de ello?

—No.

—¿Estás segura? —De mi boca sale el consejo que Vic me dio la noche que volví a Rookhaven—: Es mucho más fácil deshacerte de los problemas cuando los compartes con la gente a la que quieres.

Coco me mira; los ojos se le llenan de lágrimas y apoya la cara en las manos. Como me ocurre siempre que estoy delante de una amiga que llora, no estoy segura de qué hacer, y aún menos en un bar atestado del centro de Manhattan. Cojo un fajo de servilletas del barman, que no parece afectado por el hecho de tener a una chica llorando como una histérica en su bar, y luego le acaricio el brazo a Coco en lo que confío que sea un gesto reconfortante. Unos minutos después, ella se enjuga los ojos.

—Perdona —dice—. Perdona, Angie. Debes de pensar que soy una perdedora de mierda.

—Confía en mí, no pienso eso.

Un tipo trajeado e impecable se cierne prácticamente sobre nosotras de repente.

—¡Señoritas! No lloréis, ya estoy aquí.

Lo miro fijamente con la esperanza de que sea capaz de captar el mensaje: «Que te den».

Al parecer, no es capaz.

—Estaba pensando que...

—No.

Su sonrisa se desvanece.

—Ni siquiera has oído lo que...

—No.

—¿Qué problema tienes?

—Mi problema es que mi amiga y yo no estamos disponibles esta noche para una cita con violación incluida, gracias.

—¿Qué coño...? ¿Te va a venir la puta regla o qué? Yo...

—Ya basta, colega —interviene el barman—. Deja a las señoritas en paz.

El tipo se escabulle, y yo le guiño un ojo a Coco. A ella se le escapa la risa.

—No puedo creer que acabes de decir eso.

—Ya —contesto—. A veces abro la boca y me salen chorradas como esa. ¿Estás bien?

—Sí... No... Quiero decir..., sí, ahora mismo sí, pero cuando me quedo sola empiezo a sentirme mal... Y he tenido problemas de sueño, y es muy difícil estar alegre cuando estás cansada todo el tiempo, y sé que es un proceso, es un

proceso, mi terapeuta no deja de decirme que es un proceso, pero, ¿sabes?, no... consigo imaginar... que vuelva a sentirme normal.

—¡Por supuesto que volverás a sentirte normal!

—He estado pensando en tomar antidepresivos. ¿Qué opinas? —Antes de que pueda decir nada, se apresura a continuar—: Los tomé cuando murió mi madre, pero me hicieron engordar y me provocaron unos sueños de locos, lo que en cierto modo me deprimió aún más, aunque supongo que podría probar con otro tipo, ya sabes.

—Hum... ¿Y seguir probando hasta que encuentres unos que te vayan bien, en plan *Ricitos de Oro y los tres osos medicados*?

Pero Coco no me está escuchando.

—Mi padre dice que todo el mundo necesita sentirse triste a veces, que es parte de la esencia humana, ¿sabes? Dice que el arte y la literatura de más calidad los crean personas que sienten las cosas de una manera muy profunda, que experimentan el amor, el odio, el desengaño amoroso, los celos, la soledad y, bueno, todo, y que la gente que toma antidepresivos se aísla de las emociones humanas. Se vuelven... no humanos. Por eso iba al MoMa esta tarde, pensé que quizá el arte me haría sentir mejor.

—¿Y lo ha hecho?

—Un poco, pero después pienso en el futuro, en volver a casa para pasar otra noche en vela, en levantarme mañana para ir a trabajar rodeada de niños, sin mantener conversaciones de adulto, y vuelvo a sentirme sola y agotada. —Coco inspira hondo—. No quiero seguir sintiéndome así. Quiero sentirme mejor.

Me muerdo el labio, dubitativa. A la mierda.

—Yo lo hice una vez, ¿sabes? Abortar.

—¿En serio? ¿Por qué no me lo habías contado?

—No sé por qué no te lo he contado antes. Supongo que... hum... no sé. —Hago una pausa, no quiero decirle la verdad: que compartir secretos, problemas o asuntos personales siempre me ha hecho sentir débil—. Fue el primer tío con el que me acosté. Un camarero, cuando estaba de vacaciones con

Pia y sus padres. No tenía previsto acostarme con él. Estaba muy borracha y me sentía como loca. Ni siquiera lo recuerdo bien.

—¿Por qué te sentías como loca?

—Había ido a ver a mis padres a principios de verano y mi padre se había ido de casa. Annabel, mi madre, no paraba de decir que estaba fuera por trabajo, pero yo no la creí, y él no me contestaba las llamadas. —Dejo la mirada perdida, recordando—. Y después me envió de vacaciones con Pia y su familia sin preguntarme. Me sentía... no sé. Loca. Quería perder el control por completo porque no lo tenía sobre ningún aspecto de mi vida, ¿sabes?

—Pero tus padres siguieron juntos.

—Mi padre fue a verme a la escuela el siguiente semestre y me dijo que todo estaba bien, y en las vacaciones siguientes él volvía a estar en casa.

—Y tú abortaste...

—En una ciudad cerca del internado —le explico—. Tenía un carnet de identidad falso, así que creyeron que tenía veintiún años. No fue difícil.

—Eso me hace sentir mucho mejor. ¿No es extraño? ¿Te sentiste mal después?

—Me sentí triste, pero era la mejor opción para mí —contesto—. Sobre todo me sentí aliviada.

—Yo leí algo en internet y me quedé muy preocupada...

—Nunca leas nada en internet sobre un tema delicado, Coco —le digo—. Es como el patio de recreo de todos los bichos raros. Se trata de tu cuerpo, de tu decisión. Si dedicaran a ayudar a la gente necesitada la mitad de la energía que dedican a condenarla, el mundo sería un lugar mejor.

Coco asiente, pero no parece convencida.

—La abstinencia es el único método anticonceptivo que funciona —asegura, sin duda repitiendo algo que ha leído.

—La abstinencia es un mito —replico—. Los humanos follamos, Coco. Así

es como funciona el mundo. Siempre lo hemos hecho y siempre lo haremos. Y las mujeres siempre han intentado prevenir embarazos... Las egipcias en la Antigüedad, las romanas, las griegas, en la Edad Media, en la época de Shakespeare; todas han tenido métodos anticonceptivos, y cuando fallaban, abortaban, aunque era extremadamente peligroso y muchas morían. —Me llevo un cigarrillo a la comisura de la boca—. Forma parte de la naturaleza humana. Follamos.

—Oh —dice Coco con un hilo de voz. Parece algo conmocionada.

Tengo que bajar el tono de las groserías.

—Lo siento, cariño. Lo único que quiero decir es que... el sexo es sexo. El impulso de practicarlo ha mantenido con vida a la especie humana durante millones de años, pero ahora tenemos el derecho y la capacidad de escoger cuándo y dónde tener hijos. No somos animales.

Coco asiente.

—Tiene sentido. Supongo.

Entonces recuerdo otra cosa que me dijo Vic.

—Tienes que deshacerte de lamentos y preocupaciones, cielo. Si no lo haces te pasarás la vida pensando en ellos.

—Pero ¿cómo me deshago de ellos? —Coco me mira fijamente, ansiando una respuesta—. ¿Cómo?

No quiero decepcionarla, pero tampoco quiero mentir, así que me encojo de hombros.

Coco suspira y coge su cerveza. Brindamos en silencio.

—Bueno, entonces ¿vas a volver a ver a Ethan el Quesero... quiero decir, a Ethan?

—¡Eso espero! —Sonríe—. ¡Es tan guapo y tan encantador! Y mi terapeuta dice que tengo... hum... algún problemilla de autoestima, y que por eso me iría genial.

—Todas tenemos algún problemilla de autoestima —digo—. Vienen con las tetas.

—Tú no. Tú eres preciosa. Todos los hombres te miran. Ahora mismo estoy viendo como a siete tíos mirándote.

Sam irrumpe en mis pensamientos. Sam ha invitado a salir a Julia. Es raro.

Me obligo a volver al presente y niego con la cabeza.

—No les gusto. Solo les gusta... mi apariencia. Les gusta mi caparazón.

—¿Cuántas veces te has enamorado?

—Oh, Coconut. No lo sé. Una docena de veces... y ninguna a la vez.

Coco me mira fijamente.

—No entiendo qué quieres decir.

Tomo un sorbo de cerveza, pensando.

—Quiero decir que... siempre creo que estoy enamorada. Pero si estás enamorada deberías ser feliz, ¿no? Pues yo no lo era. Siempre intentaba complacer a tíos que nunca estaban complacidos. Siempre estaba estresada, siempre los priorizaba a ellos y hacía lo imposible por que no me dejaran, pero actuando al mismo tiempo como si no pasara nada. Era agotador. Eso no puede ser amor. A veces incluso me sentía... un poco psicópata. Y ni siquiera sé si de verdad yo era yo estando con ellos, no del todo. No creo que ninguno de ellos me conociera en realidad.

Coco asiente con aire reflexivo.

—Yo tampoco creo que Eric me conociera. Ni Jonah... Quizá Ethan sí, o lo hará... Creo que hay que ser amigos al principio, ¡como Julia y Sam! —añade—. Espero que se enamoren. Julia está deseando tener una relación.

—Sí, es verdad. Yo también lo espero —contesto con la mirada clavada en la cerveza.

Julia y Sam. Sam y Julia.

—Me alegro mucho de que Julia y tú os hayáis conocido mejor —dice Coco—. Las dos sois geniales. Sois las líderes del grupo, ¿lo sabías?

Me río a carcajadas.

—¡Yo no soy líder de nada!

—Sí, sí que lo eres —insiste ella—. Pia ya no está nunca. Pero Jules y tú sois las que hacéis reír a todo el mundo. Además, tú eres la guay.

Sonrío. Solo Coco puede ver el mundo en términos de guay y no guay.

—Y le vas muy bien a Julia; ya sabes, por lo del cambio de imagen y por haberle presentado a Sam. Eres una buena amiga.

—¿De verdad?

—De verdad.

La sencilla aprobación de Coco y la idea de ser una buena amiga hacen que me sienta más contenta de lo que he estado en mucho, mucho tiempo.

—Vamos a casa —digo.

—¡Vale! —Coco salta del taburete obedientemente—. Gracias, Angie. Siempre me haces sentir mejor respecto a todo.

—Un placer, zorrита.

En el metro, camino de casa, pienso en lo de haber estado enamorada alguna vez. No creo que nunca haya estado verdadera, loca y profundamente enamorada. Ni que haya mantenido una relación auténtica, una que significara realmente algo, que me hiciera realmente feliz. Quizá no soy capaz y punto. Lo cual hace que dé gracias a Dios otra vez por haber decidido estar soltera ahora.

Así que me alegro mucho de que Sam vaya a salir con Julia.

Espero que sean muy felices juntos.

—Nunca. —Madeleine mira sus cartas con calma—. Me entra miedo escénico cuando sé que hay conocidos mirándome.

—Tal vez deberíamos vendarte los ojos.

—Tal vez deberíamos amordazarte a ti.

Julia toma un trago de vino.

—Angie, ¿seguro que estoy bien?

La miro.

—Estás perfecta.

Es sábado por la noche, y nos encontramos todas en la cocina de Rookhaven, bebiendo vino y jugando al póquer antes de nuestra Noche De Celebración De La Soltería De Pía (subtitulada: Que Deje De Llorar Aunque Solo Sea Unas Malditas Horas, Por El Amor De Dios).

Bueno, casi todas.

Julia va a salir con Sam.

—No estoy nerviosa. —Julia se aparta el pelo perfectamente alisado por Coco de los ojos.

Madeleine sonrío, maliciosa.

—¿Por eso has hecho pasar a Angie cuatro horas de compras en el Soho contigo en busca del modelo adecuado?

—He disfrutado —replico yo. Lo que en gran medida es verdad.

La parte de las compras ha estado bien. Y Jules me ha invitado a almorzar en el Café Habana para agradecermelo. Pero luego ha empezado a hacerme preguntas sobre Sam. Y, la verdad, lo único que sé es que es de Ohio, que dejó la universidad, que aprendió a navegar trabajando, que actualmente comparte piso

con un colega, que es mi amigo y que he estado evitando sus llamadas desde que invitó a salir a Julia. Pero ¡no me pertenece! Puede hacer lo que quiera. ¿Verdad?

El resto del día me lo he pasado cosiendo e intentando no pensar en él. He modificado el vestido en Drakey, el que le gustaba a Sam, y lo llevo puesto esta noche. Me he sentido muy bien volviendo a hacer algo, creando cosas, dejando de darle vueltas a la cabeza... El único momento en muchos días en que me he sentido en paz ha sido mientras cosía. Justo como me dijo Vic.

—Estoy... —Julia inspira hondo, esperando a que todas volvamos a prestarle atención—. Estoy segura, en lo más profundo de mi ser, de que va a ir bien. Podría ser una señal, ¿no? Dicen que cuando lo sabes, lo sabes.

Al oír esto, Pia, que apenas ha hablado en todo el día, traga saliva sonoramente, y se le llenan los ojos de lágrimas. Cualquier mención a relaciones sentimentales, hombres o rupturas, y pierde los papeles. En serio, es como todos los culebrones que hayas visto concentrados en una sola mujer. A las cuatro de la madrugada ha venido a mi habitación, llorando y diciendo que no podía dormir sola, que el universo conspiraba contra ella, que nunca volvería a amar. En seis segundos estaba dormida y roncaba. Sam no ronca... ¡Arg! No pienses en Sam.

—¡Oh, Dios! El maquillaje... —Pia echa la cabeza atrás para evitar que las lágrimas le emborronen el lápiz de ojos—. Maldito seas, Aidan, por romperme el corazón. Maldito seas. ¡Vete al infierno!

—¿Has hablado con él hoy? —pregunta Madeleine.

—Sigue llamándome. Y yo sigo sin cogerle el teléfono. —Pia da una palmada en la mesa—. ¡Que le jodan! Esta noche pienso ejercer mi ególatra y legítimo derecho a beber alcohol y disfrutar de la reconstituyente mirada de los hombres.

—Eh, chicas, mirad esto. —Julia tira de sus medias negras, que al soltarlas desprenden una nube de polvo o de células de piel.

Madeleine da la impresión de estar a punto de vomitar.

—¡Julia! ¡Eso es asqueroso!

—¡Lo sé! —Julia parece fascinada y vuelve a hacerlo—. Es como una costra que no dejo de arrancarme.

—¿Te arrancas las costras?

—Todo el mundo se arranca las costras. —Julia hace un gesto de desdén con las manos—. Quien diga lo contrario miente. En eso se resume mi filosofía de vida.

—Yo no tengo costras —interviene Pia, que ha conseguido aparcar su amargura provocada por Aidan—. ¿Yo también estoy bien, zorrita? ¿Algún error de elegancia posruptura?

—Tú también estás perfecta —contesto.

Lleva unos vaqueros superajustados y un top de seda muy sofisticado.

¿Yo? Yo me he puesto el vestido de tirantes recién modificado con la chaqueta de cuero de Zara y botas que me dan aire de mala. Es abril y aún hace frío, pero de todos modos llevo las piernas al aire. Es asombroso lo subversiva que puede resultar la piel desnuda después de meses de crudo invierno. En conjunto, tengo aspecto de que nadie deba andar jodiéndome. Lo cual se acerca bastante a como me siento ahora mismo.

Aún no he sabido nada de Annabel. Ni de mi padre. Quizá me llame por mi cumpleaños, dentro de unos días. Nadie se olvida del cumpleaños de su única hija, como en una maldita película de John Hughes, ¿no?

Pia se vuelve hacia Julia.

—Por cierto, ¿dónde has quedado con Sam?

—En un local mexicano de Fort Greene. —Julia abre el bolso y nos muestra un cepillo de dientes, pasta dentífrica, hilo dental y perfume—. Pero no oleré ni sabré a quesadillas. —Se mira el reloj—. ¡Oh, Dios! ¡Me voy volando! ¡He quedado con él dentro de veinte minutos! ¡Deseadme suerte!

—Ah, el amor joven... —dice Pia con un suspiro cansado cuando la puerta se cierra—. Tan lleno de esperanzas y sueños... Pero nunca dura. —Toma otro dramático trago de vino—. Nunca. El amor se pudre y muere. Como un perro. En una cuneta.

Dos horas después las cuatro estamos en Pijiu, un bar de Williamsburg. Es uno de esos locales que de día parece insulso, con la pintura desconchada, pero

que rebosa personalidad de noche. Una larga barra de madera ocupa toda una pared y al fondo centenares de farolillos chinos iluminan un escenario. El resto del espacio está salpicado de sofás marrones y viejos tapizados con plástico de estilo setentero, y un puñado de mesas que emulan tableros de mah-jong con sillas desparejadas. Una especie de granja-disco de Pekín.

Más tarde hay música en directo, una prometedora banda de Brooklyn llamada Spector a la que Madeleine quiere ver. Pero de momento una gramola antigua, de los cincuenta, reproduce música de los Guns N' Roses, y la clientela está formada por la habitual mezcla de hipsters, yupsters y gente normal (es decir, nosotras).

Dado que nos falta Julia, que, al margen de lo que opine Coco, es el verdadero motor de Rookhaven, y dado que todos los temas personales están prohibidos debido a la propensión de Pia a la histeria posruptura, hemos recurrido a un tema que los grupos no exactamente perfectos utilizan para iniciar conversaciones en todo el mundo. Sí. Estamos hablando de mamadas.

—Tienes que coger las pelotas con la mano —dice Pia—. Las pelotas son la clave.

—A mí también me gusta usar la mano para jugar con esa parte... —digo siguiéndole la corriente.

—¡Basta! ¡Basta! —Madeleine está escandalizada.

Coco, sorprendentemente, está fascinada.

—¿A qué te refieres? ¿A la parte con forma de casco?

—No, la parte con forma de casco está en tu... Hum, vale. Verás... —Empiezo a dibujar en una servilleta—. Mira, esto es esa parte y esto es el asta. Esto es una vena, por cierto...

—¡No! ¡Nada de dibujos de pollas! ¡Jesús! —Madeleine me arrebató la servilleta y la rompió en mil pedazos, y Pia, Coco y yo estallamos en carcajadas.

—Esto es justo lo que necesitaba —dice Pia cuando nos calmamos—. Llevo días llorando, ¡llorando!, por Aidan, y el cabrón probablemente esté acostándose ahora mismo con alguna tía buena descerebrada de California.

—Pues claro que no, zorrита —contesto, y coloco una mano en su brazo para calmarla—. En California son tres horas menos. No se follaría a una tía buena descerebrada a media tarde. Seguramente ahora mismo solo se esté masturbando.

Coco vuelve a estallar en carcajadas.

Pia pone los ojos en blanco.

—Te has pasado, Angie. Te juro que a veces pareces un tío.

—Un tío con una tranca enorme, querrás decir.

En realidad me siento muy rara. El alcohol, en lugar de relajarme, me está excitando. Y adoptar una actitud burda y dibujar pollas me ayuda a fingir que estoy bien. La verdad es que me preocupa mi cumpleaños, me preocupa que mis padres se pongan en contacto conmigo y me preocupa aún más que no lo hagan, me preocupa qué hará Stef después de nuestro encuentro del otro día en Gap, me preocupan mi trabajo y mi futuro. Y, sobre todo, me preocupa la cita de Sam y Julia y si irá bien. Aunque sé que no es asunto mío.

Suspiro.

Tengo dinero para otras dos rondas, después me iré a casa. (He calculado que es todo lo que puedo permitirme con el salario de Gap después de descontar lo que necesito para el alquiler y el fondo común, hasta que vuelvan a pagarme el lunes. Lo sé, qué responsable soy, joder. En serio. Me merezco un premio.) Vuelvo a sintonizar con la conversación.

—Pues claro que deberías enviarle un mensaje —está diciendo Pia—. Si quieres. Pero ¿estás segura de que ese tío es para ti, cielo?

—Sí —contesta Coco—. Lo único que quiero ahora mismo es a alguien agradable, equilibrado y listo.

—Haces que parezca un caballo por el que estás apostando —opina Madeleine.

—¡Es que es una apuesta! —dice Coco—. Puse todo mi corazón en la historia con Eric y me salió el tiro por la culata. Así que esta vez pondré la cabeza.

Me da que ese sabelotodo y aburrido de Ethan el Quesero no es la elección correcta ni para su corazón ni para su cabeza, pero ninguna de nosotras piensa decirlo, claro.

Madeleine se levanta y llama a alguien que está en la barra.

—¡Heff! ¡Aquí!

Es su cita de la fiesta, el músico permanentemente colocado. Heff se acerca a paso lento, todo ropa desgastada y cejas pobladas.

—Estoy viviendo una puta pesadilla, tía. —Vaya, Heff está insólitamente lúcido esta noche—. Voy a ponerme al bajo para la banda de mi amiga Amy, pero la cantante está hecha polvo.

Me vuelvo para mirar a la banda. Están preparándose para el concierto, y una chica alta de pelo rosa grita a su móvil. Parece muy tensa. Para alguien con el pelo rosa.

—Amy está de los nervios. Es la primera vez que Spector toca aquí. No volverán a contratarlos.

Madeleine mira a la chica.

—Vale. Yo lo haré.

—¿En serio? ¡Joder! ¡Me daba miedo pedirte! ¡Es cojonudo, tía!

—¿Me tienes miedo? —Madeleine está perpleja.

—Todo el mundo te tiene miedo. —Heff le pasa un brazo por el hombro mientras se alejan—. Todo el mundo.

Las tres nos giramos para ver cómo Heff se la presenta a Amy, la del pelo blanco y rosa.

—Madeleine me asusta un poco —dice Coco.

—A mí a veces también —reconoce Pia.

—A mí no —replico yo.

Coco suspira.

—Ya, pero es que a ti no te asusta nada.

Resoplo. Vale. No me asusta nada. Salvo el pasado y el futuro.

—Invito a una ronda —digo para cambiar de tema—. ¿Lo mismo?

—¡El mío doble! —pide Pia mientras hace una foto del escenario guiñando un ojo para enfocar mejor—. Voy a colgarla en Facebook para que Aidan vea la fascinante vida que llevo sin él.

La barra está a rebosar de jóvenes hipsters de Billyburg, todos bebiendo Yuengling o PBR y hablando con pasión de su empresa de diseño de monopatinés socialmente comprometida o de su cooperativa urbana o de poesía escénica kármica o de lo que sea. No es lo mío, ¿sabes? Valoro tanto como cualquiera un poco de iniciativa alternativa, pero ¡venga, hombre!

—¿Qué te pongo? —pregunta la camarera, una de esas aficionadas a la henna con un montón de tatuajes.

—Eh... cuatro gin-tonics.

Los planta en la barra y pago, instantes antes de que el hipster borracho que tengo al lado se levante y tire una de mis copas.

—Uuups —dice, con migas de gofre en la barba, y se va.

—¡Perdona! —Su amigo se pone en pie. Es un tipo alto con una mata de pelo que desafía la gravedad y cierto aire de confianza farmacéutica—. Te pago otro.

Quiero decirle que no importa, pero pagarlo yo sería un desperdicio de mis limitados recursos. Así que, en lugar de decirle eso, sonrío. ¿Hay algo peor que preocuparse por el dinero?

—Gracias. Era un gin- tonic.

—¿Alguna ginebra en particular?

—No, cualquiera. Ya sabes, la vieja, vulgar y tediosa variedad hortícola de ginebra fabricada en una bañera.

—Ginebra mediocre, hecho. Algo... corriente. Justo mi estilo.

Bonita respuesta. Observo sus manos: dedos largos, uñas cuadradas, muchas pulseras finas de cuero y tela. Las manos de Sam son como unos guantes de jardinería viejos, ajadas y curtidas de tanto navegar.

¡Arg! No pienses en Sam.

—Aquí tienes —dice Uñas Cuadradas al tiempo que me tiende la copa—. No he echado nada dentro, lo juro.

—En realidad, últimamente no le hago ascos a las drogas de la violación, ahorran tiempo —contesto.

No se ríe. Debe de ser uno de esos tíos arrogantes y de trato presuntamente fácil que no espera que una mujer sea graciosa. En lugar de reírse da palmadas en el taburete vacío que tiene al lado, pidiéndome que me siente. No lo hago. Él se pone a hablar de todos modos.

—Deja que te haga una pregunta. Mi amigo y yo estamos montando un servicio matutino de café a domicilio en Williamsburg y Brooklyn Heights. Será como un camión de comida, pero a la carta. Tu taza de lo que sea, como la quieras, a la hora que la quieras, y la encargas por internet la noche anterior. — Durante su monólogo, saco un cigarrillo del bolso, me lo llevo a la boca y miro fijamente al tipo—. Por supuesto serviremos café orgánico de comercio justo cultivado de manera artesanal por campesinos de Colombia a los que conocemos personalmente. Y también se podrá elegir entre leche orgánica de la granja que tiene un amigo en el norte del estado y leche de almendra o soja no modificada genéticamente y sin azúcares añadidos. Se llamará MyJoe.

—¿Y cuál es la pregunta que querías hacerme?

—¿Lo utilizarías?

—Yo suelo tomar el café camino del trabajo.

—¿Ah, sí? ¿Dónde trabajas?

Me retiro el cigarrillo de los labios.

—En Gap.

Se le descuelga la mandíbula. Creo que estaría menos horrorizado si le hubiera dicho que me dedico al porno duro.

—Gracias por la copa, hombretón. Nos vemos luego.

Me marchó, dejó el gin-tonic de Madeleine en el escenario —donde está repasando la lista de canciones con Amy y Heff; parece muy estresada— y vuelvo con Coco y Pia.

Pia está en modo «llevo cinco copas y esto es lo que opino de todo joder».

—¡Que se joda Aidan! ¡Y que se joda California! Voy a empezar a follarme a otros tíos en cuanto pueda, joder. Voy a arrancarme esta jodida tiritita y volver a montarme en ese jodido carrusel.

—Eso es mucho joder... —comenta Coco.

Levanto una mano para hacer una pregunta.

—Por «carrusel» te refieres a «pene», ¿verdad?

Coco suelta una carcajada y escupe la bebida en todas direcciones.

—Estas son mis nuevas normas para salir con alguien. —Pia pasa de nosotras—. Si son bordes con la camarera, me largo; si piden antes que yo, me largo; si dejan el móvil encima de la mesa mientras cenamos, me largo; si preferirían vivir en California a hacerlo en Nueva York, me largo echando leches.

—Uau, eso dejaría fuera a... casi todos los tíos que he conocido —digo, y Coco vuelve a desternillarse y da una palmada en la mesa.

Está bastante achispada. Le vibra el teléfono, lo coge y cierra un ojo para leer un mensaje. Luego esboza una sonrisa discreta.

—¿Es Ethan? —pregunto—. ¿Quieres compartirlo con el resto de la clase,

Coco?

Ella sonríe con suficiencia y pasa de contestarme, y Pia sigue despotricando sobre Aidan.

—A la mierda el amor,  sab is?  A la mierda!  A la mierda los hombres! Son todos unos putos faloc tricos. Desde ahora solo pienso utilizarlos y tirarlos. Abusofilia. —Intenta, sin éxito, disimular un eructo diminuto—.  Y t  que, zorrita?

—Yo no voy a usar ni a tirar a nadie —contesto.

— C mo es tu hombre ideal? —pregunta Coco.

La miro con la mente en blanco.  Mi hombre ideal?  Acaso existe eso?

—No lo s . Todos los tíos que me atraen han acabado siendo un saco de mierda, mentiras y engaños para conseguir lo que quieren.

Se hace el silencio.

—Vaya.  Quieres un poco de limón para aderezar tanta amargura? —pregunta Pia—. Creía que yo estaba jodida, pero, tía, en serio...

Me encojo de hombros.

—Lo digo como lo veo.

—Eh, chicas, Ethan y yo ni siquiera nos hemos besado —dice Coco, preocupada—.  Cre is que debo dar yo el primer paso?  Oh, chiss, no contest is!  Acaba de entrar! Le he invitado.  Os parece bien?

Pia y yo intercambiamos una mirada. Aunque no he hablado con ella de Ethan el Quesero, s  que opinamos lo mismo: es un cretino. Y en ese momento, al ver su cara sudorosa, casi me estremezco de asco. No puedo evitarlo. Pero eso no est  bien,  verdad? Es decisión de Coco, no mía.

— Ethan! —exclama Coco—.  Hola! —Se inclina para darle un largo abrazo.

— Tengo que contarte una cosa! —dice Ethan—. Prepárate para oír un

giro de la historia que te va a dejar pasmada. Verás...

Oh, Dios. Ethan no conversa, da conferencias. Gracias al cielo que Coco lo acompaña a la barra. Me vuelvo hacia Pia.

—Parece que estamos solas, zorrита.

Pero no estamos solas.

Porque en ese preciso instante Pia se queda boquiabierta, se le llenan los ojos de lágrimas y se levanta agarrándose al respaldo de la silla para mantener el equilibrio, con la mirada fija en la barra.

Me vuelvo para ver adónde mira.

Aidan.

¡Mierda! ¿Es que la vida amorosa de todas va a presentarse esta noche en este bar o qué?

Aidan se encamina hacia nuestra mesa con una bolsa de lona enorme, como si viniera directamente del aeropuerto, mirándonos fijamente a Pia y a mí como un poseso.

—Pia, te quiero. No puedo vivir sin ti.

—¡Oh, Aidan, yo tampoco puedo vivir sin ti!

Malditas reinas del drama.

Y, pam, empiezan a besarse, apretujando mi cabeza entre ellos. Tengo que agacharme y gatear bajo la mesa para irme. Me detengo un momento aquí, debajo de la mesa. Hay tanto silencio y tanta calma... Solo quiero esconderme. Para siempre.

Pero no lo hago, claro. Me levanto y busco otra silla, como una persona normal.

Y entonces, mientras Pia y Aidan siguen besándose apasionada y lacrimosamente, como en la última escena de una comedia romántica, y Coco escucha embelesada a Ethan en la barra, Madeleine se acerca al micrófono y uno de los barmans de cara peluda presenta a la banda.

—Damas y caballeros, permítanme presentarles a... ¡Spector!

La música arranca y, con solo unos acordes, caigo en la cuenta de que se trata de una versión metal-pop de una canción de los sesenta de The Ronettes, «Be My Baby». La tocan con un estilo duro y sofocante, con mucha guitarra furiosa. Heff está al bajo, Amy la del pelo rosa se encarga de la primera guitarra y hay un tipo de barba rizada sentado a la batería.

Entonces Madeleine empieza a cantar. Dios, había olvidado lo bien canta.

—The night we met, I knew I... needed you so...

De algún modo su voz es susurrante y ronca a la vez, y todas las palabras suenan tristes, pero también un poco sexis. Como si te estuviera prometiendo algo.

—And if I had the chance, I'd... never let you go...

Pia y Aidan se besan con tal furor que cabe la posibilidad de que uno de los dos se desmaye por falta de oxígeno.

—¡Eh, vosotros dos, buscaos un hotel! —dice Ethan el Quesero, que se acerca desde la barra con una copa de vino tinto. No se ha molestado en traerle una bebida a nadie más.

Coco deja escapar una risita dando saltitos detrás de él.

—¡Sí! ¡Oooh! ¡Aidan! ¡Hola! ¡Madeleine está cantando! ¡Sííí!

Pia y Aidan dejan de besarse, y él le susurra algo al oído. Ella asiente, se

vuelve apresuradamente hacia nuestra mesa, coge su bolso y me sonrío, con la cara radiante de felicidad.

—Volvió anoche. Lleva todo el día intentando encontrarme, pero no le he contestado las llamadas. Luego ha visto mi página de Facebook y se ha enterado de que estaba aquí. Dile a Maddy que la compensaré. Te quiero, zorrita.

Y, pam, así, sin más, me quedo sola con Coco y Ethan el Quesero.

Ethan se aclara la garganta sonoramente.

—Angie, háblame de tu familia. Tu madre es británica, ¿verdad? Bueno, el sistema sanitario británico es fascinante; tiene algunos fallos graves, pero podría decirse que es mejor que el nuestro. Hoy en día...

Y sigue. Podría escapar de la situación pasando de él y mirando el escenario. «Be My Baby» acaba y la banda empieza a tocar «The Wanderer», de Dion.

—Well, I'm the type of guy who'll never settle down...

Madeleine tiene una voz preciosa, pero le falta seguridad en el escenario. Tiene los ojos casi cerrados; prácticamente está cantando para el suelo. Y el resto de la banda piensa lo mismo: Heff intercambia miradas con Amy, y el de los rizos golpea con furia la batería en un intento, creo, de hacer que Madeleine dé a la canción un poco más de energía.

—¡Tengo que ir al servicio! ¡Disculpadme! —susurra Coco, y se aleja a toda prisa con la cabeza gacha, como si estuviéramos en el cine.

No quiero hablar con Ethan el Quesero, así que finjo estar embelesada con la banda. En realidad no tengo que fingir: son muy buenos. Si Madeleine pusiera un poco más de brío... Si sonriera... Ver cantar a alguien sin disfrutar es insufrible.

Un minuto después noto una mano caliente y viscosa en mi rodilla desnuda.

¡Ethan!

¡Me está tocando!

—Angie... —dice en voz baja y rasposa.

Aparto la rodilla instintivamente, le miro a los pequeños ojos y solo tengo tiempo de sisear «No me toques» antes de que Coco vuelva del lavabo, alegre y sonriente.

—¡Los aperitivos de este bar tienen una pinta increíble! ¿Pedimos la carta?
—Se sienta, ajena a la tensión que reina en la mesa.

Oh, Dios, ¿por qué le gusta tanto Ethan el Quesero (de aquí en adelante conocido como Ethan el Baboso)? En su actual estado de vulnerabilidad, a Coco no le conviene colgarse de un idiota que sin duda la defraudará. Por otro lado, él parece hacerla feliz ahora, y quizá eso sea lo más importante. Por otro lado (hum, ¿cuántos lados habrá?), se me acaba de insinuar.

Los ignoro y miro el escenario, donde Spector está tocando una versión alucinante de «Peggy Sue», de Buddy Holly.

El batería de los rizos está disfrutando de lo lindo con sus solos en esta canción, pero Madeleine sigue pareciendo tremendamente nerviosa e incómoda. Si ella no estuviera en el escenario y yo no tuviera la sensación de que necesita mi apoyo, me marcharía. Huiría de esta turbia historia de Coco y Ethan, de los hipsters repelentes y sabelotodos. Pero sé que ese impulso, ese deseo abrumador de escapar que siempre me entra, no es la respuesta.

Así que me pongo en la piel de Madeleine: un bar lleno de desconocidos, canciones de las que no está segura y que quizá ni siquiera conoce bien, nadie sonriendo, nadie aplaudiendo, ni siquiera nadie bailando...

Un momento... ¿Por qué nadie baila ya en los bares? Deberían hacerlo, ¿no? ¿Por qué demonios es esta gente demasiado guay para bailar?

Sin pensarlo siquiera, me levanto y me acerco a la barra, donde el hipster Uñas Cuadradas, el del negocio de café, sigue sentado.

—¿Quieres bailar?

—¿Perdón?

Lo miro fijamente.

—Ya me has oído. Vamos.

Uñas Cuadradas me escruta durante un segundo antes de ponerse en pie.

—Vale.

Le tiendo una mano y tiro de él hacia el espacio que queda delante de la banda, consciente de pronto de que todo el bar nos está mirando.

Empezamos a bailar, haciendo esos movimientos tipo twist-n-shout que haces cuando estás demasiado cohibida y no lo bastante borracha (prácticamente lo mismo en mi caso). Bailar no es lo que mejor se me ha dado en la vida (ni siquiera en mis tiempos aderezados con vodka) —asiento despreocupadamente con la cabeza muchas veces, muevo los hombros en todas direcciones—, pero ahora mismo, en esta pista, doy todo lo que tengo.

—Bailas muy bien —dice Uñas Cuadradas.

—Gracias. Lo hice profesionalmente cuando era más joven, pero tuve que dejarlo. Ya sabes, los esteroides...

Uñas Cuadradas me observa unos segundos, desconcertado. Suspiro. Mi reino por un tío que me encuentre graciosa. (Pues sí, claro que tengo un reino.)

La banda encadena el final de la canción con «Then He Kissed Me», de The Crystals.

Miro a Madeleine y le guiño un ojo, y ella me devuelve la sonrisa más grande y radiante que he visto nunca. Y entonces ocurre algo mágico: su voz se vuelve más alta, y sus palabras, más claras. Madeleine brilla.

Se nos une más gente en la pista, y en treinta segundos somos una vibrante masa de parejas girando entre pasos de twist y de jive. A media canción dirijo la mirada hacia la mesa a la que están sentados Coco y Ethan el Baboso, y de pronto, detrás de ellos, veo a Julia y a Sam entrando justo cuando Uñas Cuadradas me coge de la mano y me hace girar en la dirección opuesta.

—¡Por debajo de mis piernas! —exclama, y yo suelto el involuntario «¡Uauuu!» que siempre hago en ese paso. Soy un completo cliché.

Luego me hace girar otra vez.

En mitad de la vuelta miro de nuevo hacia la mesa y, entre la muchedumbre, veo a Julia y a Sam.

Besándose.

Una décima de segundo después mi pareja me hace girar hacia él, pero apenas soy capaz de ver adónde voy y acabo chocando contra su cuerpo.

Julia y Sam se están besando.

Julia está besando a mi Sam. Quiero decir, a mi amigo Sam. Resulta extraño. Pero ¿por qué resulta tan extraño? ¡Es normal! ¡Tenían una cita! Rápidamente intento adoptar una expresión facial alegre, serena y sonriente mientras Uñas Cuadradas me guía por la pista. Está ganando bastante confianza con cada paso.

Pero mi mente trabaja a toda velocidad. Julia y Sam. Julia... y Sam. Lo único que puedo ver es esa imagen de ellos besándose, como una instantánea grabada a fuego en la parte interna de mis párpados. Me siento rara, como si me hubieran dado un puñetazo o me hubieran zarandeado, igual que cuando de pequeña te caes de la estructura para trepar de los columpios y aterrizas de culo. Sí, así es como me siento. Como si me hubiera quedado sin aliento después de un golpe.

Julia y Sam se estaban besando.

Para cuando acaba la canción, ya he conseguido recobrar la compostura. Es perfectamente normal sentirte rara cuando tus amigos se besan, ¿verdad? Verdad. Pero solo es importante si yo le doy importancia. ¡No hay ningún problema en que mis amigos se gusten! ¡Tenían una cita! ¿Qué esperaba? No quiero ser una de esas personas que no comparten a sus amigos, o que se ponen celosas cuando sus amigos empiezan una nueva relación. Está bien. Está todo perfecto.

Vuelvo a nuestra mesa, con la sonrisa más espléndida que soy capaz de esbozar y la mente en blanco.

—¡Eh! —saludo intentando parecer de lo más normal y alegre—. ¿Cómo estáis? ¿Qué tal la cena? ¿Ha ido bien? ¡Qué bien!

—Eh, tú, desconocida —dice Sam—, ¿has perdido el móvil o qué?

No le he devuelto las llamadas desde que invitó a salir a Julia. No es nada grave; es solo que... no tenía nada que decirle.

—No, solo he estado muy ocupada, ya sabes, trabajando... —Ni siquiera soy capaz de mirarlo a los ojos; en lugar de hacerlo, finjo estar muy interesada en la pista de baile.

—¡Eh, te has puesto el vestido! —exclama Sam—. El vestido de Drakey. ¡Te queda genial!

Me doy la vuelta para no tener que contestar y veo que Uñas Cuadradas me ha seguido hasta nuestra mesa. Me sitúo frente a él.

—Gracias por el baile. Ya puedes irte.

Con gesto conmocionado, se aleja.

Julia y Sam ríen.

—¡Tienes razón! ¡Es durísima! —comenta Sam.

—Te lo dije —replica Julia—. Dilapida a los hombres.

—Esa frase no tiene ningún sentido —digo yo. ¿Desde cuándo hablan de mí Julia y Sam?

—Nos preguntábamos dónde estaríais, así que le he enviado un mensaje a Maddy y ella me ha dicho lo de su concierto sorpresa —explica Julia—. ¡Es increíble!

—Sí. —No sé dónde mirar. Si miro al rostro sonriente de Julia me siento enfadada y culpable por sentirme enfadada, y a Sam no puedo ni mirarlo.

Creo que podría llorar al ver lo feliz que es con Julia.

Supongo que es solo que ya no será mi amigo. Ahora que sale con Julia. Quiero decir que no es que vayamos a ser enemigos ni nada... pero no será lo mismo.

Y eso hace que me entren aún más ganas de llorar.

Gracias a Dios está la banda. Me vuelvo para ponerme frente a ellos, intentando parecer serena, dura y normal, y ocultar el caos que reina en mi interior, cuando empiezan a tocar «Do You Wanna Dance?», de Bobby Freeman.

—¡Uauuu! ¡Madeleine, eres la bomba! —grita Julia.

—¡Vamos a bailar! —propone Coco—. ¡Ethan y yo, y Sam y tú!

—¡Sí! —contesta Julia.

—Oh, no... —dice Sam—. Angie, socorro...

Pero no le hago caso. Julia lo coge de la mano y tira de él como si fuera un niño recalcitrante, y Coco y Ethan los siguen. Al instante se ven engullidos por la vibrante masa de parejas de la pista de baile.

Y aquí estoy yo. Sola. Vuelvo a plantearme esconderme debajo de la mesa.

Esa es la razón por la que la gente no baila en los bares. Porque ser la única persona que no está en la pista te hace sentir una maldita perdedora.

Me largo.

Cojo el bolso y me dirijo a la salida sin mirar atrás. Sam ni siquiera ha pensado en el hecho de que me quedaría sola en la mesa cuando se ha ido a bailar con Julia, Coco y Ethan el Baboso. Aunque Sam y yo hayamos sido prácticamente inseparables durante semanas. ¿Qué fue de aquello de «los colegas antes que las tías»? Bueno, ya sé que yo también soy una tía, pero ya sabes a qué me refiero... ¿Es que todo el mundo deja tirados a sus amigos cuando se enamora o qué? ¡Joder!

Una vez fuera, me enciendo un cigarrillo con furia y saco el móvil. Debe de haber alguien a quien pueda llamar; no, Stef no, nadie parecido, pero sí alguien que me distraiga de todo...

Gabriel.

El tío amable de las islas Turcas. El del avión.

Hecho.

Tecleo rápidamente un whatsapp.

«Creo que te debo una cena por el viaje en avión. ¿Te apetece un perrito caliente y una cerveza?»

De vuelta en el trabajo. Gap.

Gap Gap Gap Gap Gap Gap Gap Gap.

Cuesta imaginarlo, en una ciudad del tamaño de Nueva York, pero la tienda entera lleva literalmente vacía desde que he llegado. El centro de Manhattan no parece precisamente un centro comercial una mañana lluviosa de lunes. Así que he estado contando los segundos mientras ordenaba, doblaba e intentaba parecer ocupada en general cada vez que aparecía algún encargado.

He estado contando los segundos literalmente, no es una manera de hablar. Cuento hasta sesenta y estiro un dedo a mi espalda. Después vuelvo a contar hasta sesenta y estiro otro dedo. Cada vez que tengo todos los dedos estirados, cambio de sitio e intento parecer ocupada de nuevo.

Tengo la sensación de que ha pasado mucho tiempo desde que salí del Pijiu el sábado por la noche, aunque no ha ocurrido nada. El domingo por la mañana me levanté muy temprano —a las seis—, salí de casa y desayuné despacio, en silencio y sola en el New Apollo Diner. Tortitas fantásticas, café malo.

Intenté leer la sección de estilo de *The New York Times*, pero las palabras bailaban delante de mis ojos. Así que dejé la mirada perdida y me pregunté si Sam se habría quedado a dormir y si me molestaba más imaginarlos haciendo el amor o simplemente besándose, susurrándose y riéndose juntos en la cama, y después me enfadé conmigo misma por el hecho de que me importe cuando no es asunto mío, y luego di las gracias al cielo por no haber estado en casa para encontrármelo saliendo de la habitación de Julia. Porque habría sido raro. ¿Por qué? Porque sí, por eso. Mis pensamientos daban vueltas y vueltas y más vueltas. Intentaba ignorarlos, pero me perseguían.

Luego cogí el metro para ir a trabajar, volví a dejar la mirada perdida, noté palpar las ampollas e intenté no pensar en nada.

¡Soy tan tonta! Sam y yo siempre hemos sido solo amigos. Lo sé. Y supongo que nunca había tenido un amigo platónico, así que no sé sobrellevarlo. Pues claro que tiene citas. Y le gusta a Julia desde hace una eternidad. Necesito

relajarme. Y no pensar en mi vigésimo tercer cumpleaños, mañana. *Bonjour*, edad adulta.

No he visto a ninguna de las chicas desde el sábado por la noche, lo que debe de ser un récord. Pia me ha enviado un mensaje esta mañana diciéndome que Aidan y ella iniciaron una especie de maratón sexual después de que él apareciera en el bar, y que los dos se han tomado hoy el día libre en el trabajo por «asuntos personales» para «intentar encontrar una solución» (es decir, más sexo). Y nadie más se ha puesto en contacto conmigo. Supongo que Coco ha estado con Ethan, y Madeleine con Heff. Y Julia obviamente ha estado con Sam.

Da igual. De todos modos, tampoco me siento muy sociable. Esta noche voy a quedar con Gabriel para tomar un perrito caliente, me acostaré pronto, me levantaré mañana, evitaré a todo el mundo y fingiré que no es mi cumpleaños. Y trabajaré en Gap.

Arg.

—¡Disculpa, rubita! —dice una voz, y me doy la vuelta.

Es un tipo guapísimo con el pelo de punta y unos vaqueros tan ajustados que tiene que ser gay.

—¿En qué puedo ayudarle, señor?

—Necesito consejo con las tallas. Quiero comprarle a mi novio, Adrian, unos vaqueros blancos para una fiesta en plan europeo salvaje, ¡y su presupuesto nos obliga a venir aquí! ¡Sin ánimo de ofender!

—No se preocupe. Y bien, ¿qué talla usa Adrian?

—¡Una treinta y ocho! —contesta otra voz.

Me vuelvo. ¡Es el pequeño camarero hipster del Rock Dog, el que me tiró encima el zumo de arándanos!

—¿No nos conocemos? —Adrian frunce el ceño y ladea la cabeza.

—¡El Rock Dog! —exclamo—. ¡Zumo de arándanos!

—¡Oh, Dios mío! —Adrian da la impresión de sentirse más feliz que

nunca, y se apresura a presentarme a su novio, Edward—. ¡Esta es la chica! ¡La chica que me dio aquella propina increíble mi primer día! Por cierto, cielo, no deberías ir dando propinas así si trabajas aquí.

—Digamos que después de aquello entré en una mala época.

—Uf, la venta al público es un horror —dice Edward, compasivo—. Yo trabajé en Urban Outfitters cuando llegué a Nueva York, y fueron los tres meses más largos de mi vida. Incluso me puse casi gordo porque la única alegría que tenía en la vida era el Dunkin' Donuts. Y no bromeo.

—Vale, ¿qué tal estos? —pregunta Adrian sosteniendo en alto unos vaqueros blancos que deben de ser seis tallas más grandes que la suya.

Los miro.

—Son buenos, pero también te recomiendo esos y esos. Tienes que probártelos para saber si se adaptan bien a ti, ¿sabes?

—Ese es exactamente mi lema en la vida —suelta Edward, y Adrian se troncha.

—Vale, chicos. Venid conmigo...

Media hora después los dos están exultantes. Adrian ha encontrado cuatro pares de vaqueros que le sientan de maravilla, y Edward, que ha sentido envidia y también se ha puesto a comprar, se ha quedado dos pantalones y tres blazers.

—Ha sido muy divertido ayudaros, chicos —digo.

—¡Nunca pensé que me gustaría tanto este sitio! —contesta Edward, encantado—. ¡La ropa queda superbién!

—Aunque habíamos venido a Gap para ahorrar... —dice Adrian mirando preocupado las etiquetas con los precios.

—Oíd —digo bajando la voz—, puedo conseguir que os hagan un cincuenta por ciento de descuento si os quedáis veinte minutos por aquí. A la hora del almuerzo compraré esto con mi descuento de empleada y os lo llevaré al deli de la esquina. ¿Os parece bien?

—Oh, cielo, ¿está permitido eso? —Adrian pone una expresión angustiada.

—¡Es tan inocente! Pues claro que sí —susurra Edward—. ¡En Urban Outfitters lo hacíamos a todas horas!

—No me parece muy correcto... —insiste Adrian.

—¡Tranquilo! ¡Es perfecto! Angie, encanto, te vemos en el deli de la esquina dentro de media hora, ¿vale?

Se marchan y yo intento parecer ocupada hasta el descanso. Luego cojo su ropa, me dirijo a la caja y muestro mi tarjeta de empleada.

El caraculo de Derek está al otro lado del mostrador.

—¿Es para ti?

—Afirmativo —contesto.

—Prendas de hombre.

—Sí, voy a desmontarlas para hacerme una fantástica falda larga de patchwork. En plan mezcla de mormona con amish. Una especie de híbrido Utah-Pennsylvania. —Le dedico mi sonrisa más melosa.

Él sigue impasible.

—No te creo. Me parece que estás comprando esto con tu descuento de empleada para revendérselo luego a esos dos hombres que han venido antes y quedarte con una parte. —Hace una pausa dramática—. Estás robando a Gap.

—¿Qué? ¡No! —Estoy impactada de verdad. Quiero decir, sí, estoy comprando esto para otras personas utilizando mi descuento de empleada, pero nunca se me ocurriría cobrarles y sacar dinero de ello. ¡Solo les estoy haciendo un favor! ¡No estoy rompiendo las normas, solo las estoy... retorciendo un poco!—. ¡No estoy robando! ¡Lo juro por Dios!

Derek Caraculo sonrío dejando a la vista los dientes, muy amarillos.

—Yo creo que sí. He llamado a Shania.

Un momento después Shania, mi encargada, llega flanqueada por dos guardias de seguridad.

Decido que la mejor forma de defenderme es mostrarme insultada.

—¡Esto es indignante! ¿Cómo os atrevéis a sugerir que tengo intención de vender esto para obtener un beneficio personal? ¡Nunca lo haría! ¿Cómo podéis acusarme de eso?

Ella entorna los ojos.

—Varios clientes se han quejado de ti, de modo que los de seguridad han estado vigilándote. El otro día decidimos pasar por alto una situación parecida, con tu amiga, una rubia, pero es evidente que hoy estabas tonteando con esos dos.

Debe de referirse a Coco. Y las quejas solo han podido llegar de Stef. O de la zorra de su novia, Blythe.

Pero ¿«tonteando»? ¡Por Dios!

—Shania, te lo prometo —digo mirándola a los ojos—. Juro que no iba a vender esto para aprovecharme. Solo intentaba... intentaba ayudarles...

—Abusando de tus privilegios como empleada —me interrumpe con una media sonrisa maliciosa—. Angie, voy a tener que dejar que te vayas. El abuso del descuento del empleado es ilegal. Es robo. Eres una ladrona. Podría hacer que te detuvieran.

—¡No lo soy! —contesto furiosa, y todos se limitan a mirarme. A juzgarme. Dispuestos a (no, deseando) pensar lo peor.

Y ese es el momento en el que estallo.

—¡No he hecho nada malo! ¡Nada! ¡Lo juro! ¡Joder! ¡No estaba robando! ¿Qué coño pasa con el universo? ¿Cuándo coño voy a tener un respiro? ¡ESTO ES UNA MIERDA!

Al cabo de unos minutos me escoltan hasta la salida.

Voy directa al deli para encontrarme con los chicos, intentando no llorar por la impresión y la vergüenza. Contengo las lágrimas y estas me forman un nudo en la garganta. Ah, lágrimas no derramadas, ojalá supiese cómo librarme de vosotras. Y, por supuesto, llueve, hace viento y un frío de mil demonios, lo cual solo acrecienta mi desdicha. Los medios de comunicación llevan toda la semana hablando de una megatormenta, pero desde el huracán Sandy les gusta asustar a la gente con el tiempo. Una llovizna no es lo mismo que un jodido huracán, ¿sabéis?

Edward y Adrian están esperándome.

—Esos cabrones —dice Edward—. Pues pienso boicotearlos. Y odio sus anuncios.

—Lo siento —repite Adrian una y otra vez—. Es culpa mía. Soy... como tu amuleto de la mala suerte.

—No, no, en absoluto —contesto con un tono anormalmente alto; me duele la garganta a causa del nudo—. De todos modos, no soportaba trabajar allí. De verdad. Pero es que... necesito dinero. —Intento mostrar una dureza que no siento; saco un cigarrillo de la cajetilla y me lo llevo a la boca. El accesorio perfecto para el mal humor—. Estoy jodida.

—¡Angie! —Adrian da unas palmadas para atraer mi atención—. Primero: ven a trabajar conmigo en el Rock Dog. ¡Que se joda Gap! El Rock Dog es superdivertido, se puede comer todo el día gratis y te permitirá seguir buscando otro trabajo relacionado con la moda. A mí siempre me dan permisos para ir a audiciones.

—¿Eres actor?

—¿Crees que desperdiciaría esta bonita cara en otra cosa? Y segundo: estoy seguro de que Edward puede ayudarte a hacer contactos. ¡Trabaja como diseñador floral de eventos para las marcas de moda más importantes! ¿Conoces a Donna Karan? ¿Diane von Furstenberg? ¿Candie Stokes?

Alzo la vista.

—¿Esa zorra?

Edward suelta una risotada.

—¡Sí, menuda zorra! Pero lo que se gasta en flores es casi un pecado. Ahora soy... como amigo del alma de todos sus ayudantes. La odian a muerte.

—Conmigo se portó fatal. —Les cuento lo del día en que hablé con ella en el Starbucks y comprendí que para ella no era nada, nadie.

El nudo de la garganta vuelve a disolverse en lágrimas. Parece que ha pasado mucho tiempo desde aquello, y sigo sin tener trabajo. Nunca encontraré trabajo. En serio. Bajo la vista y parpadeo con fuerza para contener el llanto.

—Bueno, ¡hiciste muy bien intentándolo, chica! —dice Adrian—. Ahora te daré un consejo. —Inspira profundamente—. Nunca llores por nada que no lloraría por ti.

Sonríó al recordar aquel día, la bomba que dejó caer Annabel, todo lo que ocurrió después... Dios, parece que ha pasado tanto tiempo... Ese fue el momento en que mi vida empezó a dar vueltas sin control.

Bueno, admitámoslo: nunca ha estado bajo control.

—Lo sé —contesto al fin—. Es solo que estoy cansada de intentarlo y fracasar. Nunca conseguiré un trabajo en el mundo de la moda. Nunca. No... no soy nada.

—¡Nunca se es nada! —Adrian me toma las dos manos—. ¡Jamás, jamás digas eso! Mira, tengo grandes dotes de adivino, y sé que eres amable, sincera, leal y talentosa. Tu futuro es brillante, ¿de acuerdo? Solo necesitas aguantar. Tan solo aguanta, sigue intentándolo y todo irá bien.

Al oír esto rompo a llorar, pero me recompongo rápidamente. ¡Dios!, apenas conozco a estos tipos, pero no puedo evitarlo. Tengo la sensación de llevar días a punto de llorar, como si fuera un vaso lleno de lágrimas y esto hubiera sido la gotita que faltaba para colmarlo...

—Lo siento. —Me seco la cara—. Soy una perdedora. No soy capaz de

hacer nada bien.

—No lo eres. Un respiro, eso es lo único que necesitas —añade Edward.

—¡Llevo así desde el verano! —exclamo—. Y no quiero que mi vida siga igual. He cometido tantos errores aquí... Quiero volver a empezar.

Ellos se miran y suspiran.

—Nunca se puede volver a empezar —dice Edward.

—Nunca —conviene Adrian—. Vayas a donde vayas, tus problemas te siguen, así que es mejor plantarles cara. Te lo dice un hombre que se pasó de los veinte a los veinticinco yendo de ciudad en ciudad, buscando el significado de la vida en polvos vacíos. Uf, creo que fui un poco putón.

—*Plus ça change* —añade Edward alzando la mirada al techo.

—¿Mi consejo? Recurre a tus amigos —añade Adrian con tono dramático—. Lo único que dará sentido a tu vida será la gente que te rodee. Crea un círculo de apoyo que te mantenga a flote cuando pienses que podrías ahogarte. Un bote salvavidas.

—Y recuerda: es posible que tengas la impresión de que ahora mismo nadie va a darte una oportunidad, pero el trabajo de tus sueños está ahí fuera, así que sigue intentándolo —insiste Edward—. Cuando tu trabajo te estimula intelectual y creativamente, el mundo es un lugar distinto. Te sientes valorado. Y valioso. No solo por el dinero, sino por lo que estás aportando al universo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Discurso de Oscar! ¡Piel de gallina! —exclama Adrian.

Asiento despacio. Todo lo que dice tiene lógica. Pero no sé si puedo seguir intentándolo.

De algún modo, Adrian y Edward saben que no quiero seguir hablando de esto y empiezan a parlotear sobre accesorios para la fiesta salvaje. (Mocasines con bridones y bronceados falsos.) Me siento atontada mientras escucho su conversación como quien oye llover.

Acaban de despedirme.

De Gap.

El día antes de cumplir veintitrés años.

La realidad sí muerde.

Caves como caves, siempre acabas dando con piedra. Cuando nos terminamos el café, intercambiamos números de teléfono, nos lanzamos besos al aire y yo me dirijo al metro.

Por el camino saco automáticamente el móvil para llamar a Sam. Extraño, ¿no? En solo varias semanas ha pasado de ser un mozo de barco irritante a la persona a quien necesito llamar después de que me despidan... Pero no quiero saber cómo fue la cita con Julia o cuánto le gusta. Yo... no quiero saberlo y punto. No debería fastidiarme, pero me fastidia.

Entonces, sentada en el metro de vuelta a Brooklyn, caigo en la cuenta.

No voy a prosperar en esta ciudad. Me masticarán y me escupirán como a cualquier otro perdedor que intenta ganarse la vida aquí y que no tiene lo que se necesita. Es evidente. Es tan evidente que no puedo creer que no lo haya visto antes.

Así que ¿para qué perder más tiempo?

Cuando quiera darme cuenta tendré veintimuchos y después treinta jodidos años. ¡Treinta!

No sé qué más hay ahí fuera, en el mundo, pero sé que tiene que ser mejor que te despidan de Gap y vivir en Brooklyn, donde toda la gente a la que conozco es feliz, está enamorada y tiene la vida encarrilada.

Esta noche veré a Gabriel, así podré salir de Rookhaven y evitar a todo el mundo una noche más.

Y mañana, para celebrar mi cumpleaños, reservaré una plaza en un vuelo a Los Ángeles. Allí conozco a gente, compañeros de universidad; podré quedarme con ellos hasta que encuentre trabajo. Gap tiene tiendas allí, ¿no? (Es broma.) (Más o menos.)

Y sé lo que estás pensando. Pero no estoy huyendo.

Estoy pasando página.

—¿Lo ves?, los mejores perritos calientes de la ciudad —digo—. Es un clásico de Nueva York.

Gabriel da un pequeño mordisco a su perrito y lo mastica como si pudiera contener espinas.

—No está bueno. —Mira alrededor en busca de una servilleta y escupe en ella el bocado a medio masticar—. No. Está. Bueno.

Hemos ido al Gray's Papaya, un local de perritos calientes legendario, en la esquina de la Sexta Avenida con la Octava, en Manhattan. No tiene donde sentarse, lo que significa que cuando nos acabemos el perrito en unos cinco bocados esta habrá sido la cita más corta de la historia de las citas. No importa. Gabriel no es exactamente como lo recordaba, y es posible que esta noche no vaya a ser la distracción que necesitaba para matar el tiempo. Gabriel se está mostrando muy afectado. Apenas ha sido capaz de ocultar su horror cuando ha visto dónde íbamos a cenar, y no deja de coger servilletas para limpiar todo lo que toca. Por favor... échale un par.

¿Lo peor? Fuera diluvia. No el típico chaparrón de abril, sino una lluvia tipo tío-dónde-está-mi-arca. La clase de lluvia que te insufla ganas de esconderte en un bar oscuro, beber vino y comer queso, y después tener sueños disparatados toda la noche. Pero mi presupuesto no es de vino-tinto-y-queso. Mi presupuesto es de perrito-caliente-y-zumo-de-papaya. Así que aquí estamos.

Y solo estoy aquí por la comida. Le dejé claro a Gabriel que esto no sería el comienzo de algo sentimental, sexual o lo que sea; además, llevo zapato plano, por lo que está claro que no es una cita-cita. Es evidente que soy incapaz de tener una relación, igual que soy incapaz de tener una carrera profesional. Mierda. ¿Qué voy a hacer con mi vida?

—¿Y lo del zumo de papaya? —pregunta Gabriel. Lo pronuncia con cierto desdén: «Papayah».

—PapaYA —lo corrijo—. Es una tradición tomarlo para acompañar el perrito caliente. No sé por qué. —Doy otro mordisco. Dios, me encantan los perritos calientes—. No te has puesto mostaza. Ese es tu problema.

—La mostaza no es mi problema —replica Gabriel—. El perrito caliente es mi problema. —Lo dice tan serio que me entra la risa.

Gabriel espera a que se me pase, con un ligero mohín. No tiene mucho sentido del humor.

—Lo siento —digo al fin—. Lo siento. Lo sé. La mostaza no es tu problema.

—Vale, se acabó —repone Gabriel al tiempo que tira la servilleta llena de perrito caliente—. Ahora elijo yo. Vamos a ir a la Minetta Tavern.

—¿No te gusta el perrito?

—No me gusta el perrito. —Cómo cabrear a un tío europeo: no te tomes la cena en serio—. Quiero vino, un filete y una silla en la que sentarme. ¿Sí?

—Sí, señor.

—Quédate aquí.

Gabriel saca un paraguas gigantesco y sale a parar un taxi mientras yo espero dentro. Me parece que puede que sea uno de esos obsesos del control. Antes se ha puesto una servilleta al cuello para no mancharse de ketchup la camisa, y luego ha intentado convencerme para que hiciera lo mismo. Hum, no. Se me da bastante bien no mancharme la ropa desde que dejé de poder permitirme el lavado en seco.

—¡Angie! —grita Gabriel—. ¡Tengo uno!

Corre de vuelta con el paraguas para protegerme de la lluvia hasta el coche.

—¡Madre mía, esto es una locura! —exclamo al ver la calle.

El agua rebosa de las alcantarillas e inunda las aceras, y cae con tanta fuerza que apenas se ve nada por el parabrisas delantero.

—Un temporal de mil demonios —dice el taxista—. Está afectando a toda la costa Este. Anuncian inundaciones graves en toda la ciudad. Han caído ocho litros de agua por metro cuadrado en las últimas dos horas.

Suena el móvil de Gabriel.

—Mi hermana —explica con tono de disculpa—. ¿Lucía? ¿Qué pasa?

Ojalá hubiera prestado más atención en las clases de español de la escuela. Bueno, en francés tengo bastante buen nivel. Para matar el tiempo, consulto mi teléfono. He enviado mensajes a varios amigos de Los Ángeles, con la esperanza de que alguno de ellos tenga un sitio donde pueda quedarme hasta que me espabile.

Pero lo que encuentro es un whatsapp de Sam. Es la primera vez que tengo noticias tuyas desde el sábado por la noche.

«Bueno, ¿todavía nos hablamos o qué?», dice el mensaje.

¿Qué demonios se supone que significa eso? «¿Por qué no íbamos a hablarnos?», contesto.

«¿No estás enfadada conmigo por lo de Julia?», pregunta él.

Uau, qué directo. ¿Cómo puede saber cómo me siento? «Tío, fui yo quien lo arregló. Estoy encantada de que fuera tan bien», respondo yo.

«Esto... ¿has hablado con Julia?», pregunta él.

«He estado trabajando», contesto yo.

«La noche fue un completo desastre», explica él.

«Os vi besándoos en la barra del bar. No parecía un desastre», replico yo.

«Baja la pipa de crack. Eso no pasó», asegura él.

¿Por qué mierdas me miente? «Sam, no tienes por qué mentir. Lo vi», contesto yo.

«Angie, no nos besamos. Hubo un momento en que me susurró algo al oído. Me dijo que ese tío, Ethan, es un cretino. Pero no nos besamos. Te lo juro», contesta él.

Arrugo el entrecejo. ¿Por qué iba a mentirme sobre algo como eso? Pero

no me lo imaginé. ¿O sí?

Me envía otro mensaje. «Habla con Julia. Fiasco total. No tenemos nada en común. Creía que no me hablabas porque ella estaba enfadada por lo mal que se lo pasó.»

Me invade la más extraña y dulce de las sensaciones de alivio, y miro la tormenta a través de la ventanilla, sonriendo tanto que creo que se me va a agrietar la cara.

A Sam no le gusta Julia. No me ha dejado tirada. Todavía puede ser mi amigo exclusivamente. Muy inmadura, lo sé, pero, eh, esa soy yo.

—Angie, hemos llegado. —Gabriel me da un golpe suave con el codo para devolverme a la realidad.

¡Sí! ¡La cena! ¡Genial!

Muevo la cabeza para aclarar mis pensamientos y guardo el móvil en el bolso mientras nos detenemos en una esquina de MacDougal Street.

Gabriel sale y rodea el taxi para protegerme de la lluvia con el paraguas, aunque de todos modos la combinación de lluvia y viento hace que en cuestión de segundos esté cubierta de un rocío helado.

Luego abre una pesada puerta, y yo cruzo una cortina para entrar en la Minetta Tavern.

—Bueno, esto sí que es un clásico de Nueva York — dice Gabriel.

Es verdad. La Minetta Tavern es como Hollywood imaginaria la clásica decoración neoyorquina: una barra larga, suelo estilo tablero de ajedrez, con baldosas blancas y negras, reservados de cuero rojo oscuro, cientos de cuadros en la pared e iluminación sepia para que toda la gente guapa resplandezca y parezca aún más guapa. Es uno de los locales favoritos de mi padre cuando viene a Nueva York. Me trajo aquí en enero.

Y no me ha llamado desde entonces.

Da igual.

Aunque aún no son las siete de la tarde, la Minetta Tavern está repleta de clientes que charlan, comen y beben, todo con el entusiasmo que solo se ve en personas con vidas exitosas. El lugar palpita de satisfacción. Yo no encajo aquí.

«Pero quiero tener éxito. Quiero encontrar trabajo. Quiero quedarme en Nueva York. Y quiero a Sam...»

¡Un momento! ¿De dónde ha salido esa vocecilla? No. Quiero marcharme. Quiero empezar de cero en California. Quiero encontrar trabajo en un lugar donde no mastiquen y escupan a los jóvenes. Quiero ir a algún sitio donde no me sienta completamente inútil, inválida y ansiosa. Donde mi vida no se reduzca a mí misma, siempre sola, rebotando de un lado a otro como la bola de un pinball intentando acertar en el blanco. Y Sam no tiene nada que ver con nada.

—¡Angie! —Una voz me llama desde la barra mientras seguimos al maître a nuestra mesa—. ¡Yujuuu!

Solo conozco a una persona que diga «yuju»... Me vuelvo y veo a Cornelia, mi antigua jefa, más o menos, en la barra con una copa de champán en la mano.

—¡Cornie! —Adopto de inmediato mi perfecta cara falsa del Upper East Side.

Nos besamos sin rozarnos tres veces, mua, mua, mua, para demostrar lo

européas que somos. Cornie es un trasplante en el Soho del Upper East Side: flaca, rubia, pálida hasta el punto de resultar translúcida y exageradamente acicalada. Intenta copiar a Gwyneth Paltrow, aunque no lo admitirá nunca.

—¡La famosa Angie! —exclama ladeando un poco la cabeza y dejando a la vista sus pequeños dientes blancos con una leve sonrisa—. ¿Enfrascada en nada bueno, como de costumbre?

—*Moi?* Por el buen camino, querida —contesto.

El hombre que la acompaña, un caballero de pelo canoso mucho mayor que ella, me sonrío. Tiene los ojos grises y fríos, y los dientes perfectamente enfundados.

—Me llamo Roger Rutherford —dice—. Es evidente que Cornie no tiene intención de presentarnos. Es de las que se ponen celosas de antemano.

Le brindo mi mejor sonrisa tipo «Qué encantador» y me apresuro a presentarles a Gabriel.

—¿No nos hemos visto antes? —pregunta Cornelia entornando los ojos—. ¿En aquel acto benéfico en el Boathouse, el año pasado?

—Ah, sí —contesta Gabriel con cortesía—. Sí. Voy todos los años.

Cornelia, Gabriel y Roger conversan un rato sobre el acto benéfico mientras yo rememoro mentalmente el saludo de Cornelia. «¿Enfrascada en nada bueno?» ¿Qué se supone que significa eso? Nunca llegué tarde cuando trabajaba para ella. Era la ayudante personal modélica. ¡Y dijo que me llamaría cuando volviera de esquiar!

—Me alegro mucho de volver a verte, cielo —dice Cornelia. Se inclina para besarme en la mejilla y susurra—: ¡Bien hecho! ¡Menudo pez gordo has pescado! ¡Muy astuta!

Sonrío, digo todo lo que se espera que diga y luego sigo a Gabriel hasta nuestra mesa. «¡Bien hecho! ¡Menudo pez gordo has pescado! ¡Muy astuta!» ¿Soy astuta por quedar con un chico rico? Si de verdad fuera astuta, ¿no estaría ganando mi propio dinero?

Nos sentamos a la mesa y miro la carta. De pronto me siento una

impostora. Nunca habría venido a la Minetta Tavern si tuviera que pagar yo. No puedo permitírmelo.

—En realidad no tengo hambre —digo.

—Creía que siempre tenías hambre —contesta Gabriel—. Tienes que pedir algo.

Dios, no soporto que me digan lo que tengo que hacer. Pero no quiero montar una escena, no con Cornie cerca.

—Médula —digo—. Seguida de la hamburguesa. No la Etiqueta Negra, la normal.

Pedí la hamburguesa en enero, con mi padre. Quizá le llame cuando llegue a California. Es evidente que él está demasiado avergonzado para ponerse en contacto conmigo. Y quizá también llame a Annabel. Ha estado llamándome al menos tres veces por semana. Sé que tengo que hacer algo con la relación con mis padres... pero no sé en qué consiste ese algo.

Gabriel parece estar de un humor fantástico ahora que se ha salido con la suya. Empieza a ponerse nostálgico sobre la primera vez que vino a Nueva York, con lo que opina de la escena norteamericana en lo referente a restauración, sobre el restaurante que tiene su primo en Madrid, sobre sus hoteles favoritos del mundo.

Le encanta soltar nombres, aunque no en plan capullo. Suelta nombres de restaurantes y hoteles que conoce como si estuviera compitiendo en el Campeonato de Experiencias de Chicos Ricos: Per Se, Babbo, Cipriani Downtown, Daniel, Mr. Chow, el hotel Arts de Barcelona, el Ushuaia de Ibiza, el Capri Palace de Capri, el Hôtel de Crillon de París, el Hôtel du Cap de la Riviera francesa, Le Club 55 de Saint Tropez. ¿Disfruta de verdad de algo o solo hace ciertas cosas porque es lo que hay que hacer? ¿Es un modo de demostrarle al mundo que lo ha conseguido?

¿Sabes?, ahora que lo pienso, este aspecto de su personalidad era evidente desde el principio. Echó de menos la ensalada de su hotel predilecto de St. Barts, tenía un avión privado, un apartamento con vistas a Central Park... Solo pasé por alto las señales. O no les hice caso. Otro rico egocéntrico. Bien hecho, Angie.

Miro con disimulo su reloj. Se trata de un Patek Philippe, es decir, cuesta

más de lo que la mayoría de la gente gana en toda una vida. Lleva un sello de oro en el meñique en el que no recuerdo haberme fijado en el avión, y su ropa — chaqueta de estilo marinero, camisa blanca, vaqueros rectos de color crema— desprende una perfección forzada de aire europeo, rematada por un cinturón Hermès. Tiene las cutículas pulcramente impecables, lleva el pelo peinado hacia atrás con estudiada despreocupación, su piel es sospechosamente tersa, incluso sus cejas están recién arregladas.

Dinero, dinero, dinero.

La verdadera cuestión es: ¿por qué está Gabriel conmigo aquí? Nunca me pregunta nada sobre mí, no sabe lo que quiero hacer con mi vida. Nunca he sido graciosa ni interesante ni, joder, nada con él. No me conoce. Así que ¿por qué iba a gustarle?

No le gusto, esa es la respuesta. Solo le gusta mi fachada. Una chica rubia de casi veintitrés años con un vestido que, con suerte, no se nota que he hecho yo misma, y una cara que no está mal cuando me he embadurnado la mitad con perfilador de ojos.

No puedo creer que vuelva a encontrarme en esta situación.

¿Por qué creí que él era diferente de todos los demás tíos con los que he salido? ¿Porque era amable con sus hermanas?

No quiero estar aquí.

Pero tampoco quiero montar una escena.

Entonces ¿qué hago?

Llega mi cóctel —martini vodka con cuatro aceitunas—, y doy un trago larguísimo.

—Despacio, tigresa. —Gabriel se ríe como si acabara de contar el chiste más gracioso del mundo.

Me vuelve a pitar el móvil. Lo miro enseguida: es Pia.

«Tenemos que hablar. Me mudo a San Francisco.»

Miro a Gabriel.

—¿Me disculpas?

Cruzo el restaurante en dirección al diminuto aseo de mujeres, situado al fondo del local, y llamo a Pia. No contesta: o me rehúye porque cree que debo de estar demasiado cabreada para hablar conmigo ahora mismo o está practicando sexo (uf) o —lo más probable— le ha enviado el mismo mensaje a Julia y ella la ha llamado antes que yo.

Le dejo un mensaje de voz: «Zorrita, llámame. Creo..., quiero decir, yo... yo también me marchó. Me voy de Nueva York. Supongo que esto es el final de Rookhaven... —Siento una punzada de tristeza. ¿Se acabó Rookhaven? ¿Ya no habrá más «nosotras»? Me aclaro la garganta y me obligo a seguir hablando—. Hum, ¿te veo luego? ¿Quizá?».

Y entonces recibo otro whatsapp, de Sam. «A Sam le pone triste que lo ignoren.»

Me apresuro en contestar. «No te ignoro, te lo juro. He quedado con un tío que creo que podría ser un capullo pomposo.»

Sam contesta de inmediato.

«¿Nombre? ¿Estadísticas vitales?»

En ese momento entra Cornelia en el servicio.

—¡Angie, qué sorpresa! —exclama con aire malicioso, y echa un vistazo rápido alrededor para asegurarse de que estamos solas—. ¿Llevas algo? Seamos malas.

—Yo... ¿Qué? No, lo siento —contesto al caer en la cuenta de que se refiere a la cocaína.

—No te preocupes. El tío que me la pasa está en camino. La necesito para sobrevivir a una noche con Rog.

—Parece majó —digo. Teniendo en cuenta que por lo menos te saca treinta años.

—No está mal. Está divorciado, conoce a todo el mundo y es más rico que Dios, así que todas esas zorras de Spence se quedarán de piedra. —Cornelia se encoge de hombros. Su mirada baja hasta mi bolsito dorado sin asas. Es ese suave, magnífico, que encaja a la perfección en la mano que hice hace semanas con los pañuelos de segunda mano Art Déco—. Me encanta, me encanta, me encanta el bolso. ¿De quién es?

—Es... hum... es mío —contesto—. Lo he hecho yo.

—Anda ya.

—En serio. Mira, no tiene etiqueta. Tengo que volver con mi amigo.

—¡Por supuesto! ¡El deber llama!

Vuelve la cabeza. Estoy despedida de nuevo.

Regreso a nuestra mesa, donde me esperan grandes trozos de médula. Todo son huesos, veo, un poco demasiado tarde. Supongo que había creído que sacarían la médula y la implantarían con gusto. Al parecer no. Tengo que hacerlo yo.

—Ah, Angie, has vuelto —dice Gabriel, que ha pedido una aburridísima ensalada de queso de cabra—. *Bon appétit*.

Le sonrío, cojo el tenedor y miro los grandes y amarillentos huesos que se extienden ante mí en mi plato. ¿De qué animal serán?

No quiero comérmelo, pero tampoco dar la impresión de que no sabía en qué me estaba metiendo. Lo he pedido, así que me voy a comer hasta el último maldito bocado.

Después voy a largarme de aquí, volver a Rookhaven y empezar a hacer las maletas.

Así que escarbo la médula con el tenedor, la esparzo sobre el pan untado con mantequilla, la adrezo con un poco de sal y la engullo. Es un sabor raro, de carne fuerte. Entre sabroso y grasiento. Tomo un sorbo de martini para limpiarme el paladar.

—Prueba el vino. —Gabriel es demasiado mandón. Pero ¿a quién le

importa? Acábate el plato y vete a casa.

Pruebo el vino. Es delicioso, un Châteauneuf-du-Pape tradicional.

Mi padre sabe mucho de vinos franceses y, de algún modo, lo he heredado. Caigo en la cuenta de que prácticamente todo lo que sé me viene de mi padre. Excepto la costura.

—Es fantástico —reconozco.

—¿Aprecias el sabor a tierra? ¿Las bayas? Esta añada en particular tiene cierto regusto achocolatado, me pregunto por qué, y siempre que vengo aquí lo pido... Sigo estudiando el vino, y me encanta, pero nunca acabaré de entenderlo del todo.

Oh, por el amor de Dios. ¿Quién coño dice ya chorradas como esa?

En ese instante Gabriel alarga una mano sobre la mesa y la posa sobre la mía. Yo la miro, dudando entre apartarla o dejar los dedos laxos con la esperanza de que él capte el mensaje.

Entonces empieza a hablar.

—Angie, sé que dijiste que nada sentimental, nada serio, pero tengo que decirte... He estado pensando en ti desde que nos conocimos.

—No me digas. —Yo no he pensado en él. Ni una sola vez. No hasta que necesité distracción. Una vía de escape de la realidad.

—Mi última novia era muy... desafiante —prosigue—. Era española. Apasionada, guapa...

Gabriel sigue hablando de lo fabulosa que era su ex durante unos minutos realmente largos mientras el camarero nos retira los platos.

—Bueno, Angie. Háblame de ti —dice al fin.

Parpadeo. ¿De verdad acaba de preguntarme por mí? Es la primera vez que lo hace esta noche.

—Hum... Verás... Yo soy... yo. Estoy intentando encontrar trabajo en el

sector de la moda; trabajo en... eh... la venta al detalle; vivo en Brooklyn... — Qué típico que en el momento en que alguien me pregunte sobre mí no tenga nada que decir—. La veinteañera del montón luchando por ganarse la vida que podrías conocer en Nueva York.

—¿Necesitas dinero? —pregunta.

—Todo el mundo necesita dinero —contesto, y tomo otro trago de vino—. Es imposible sobrevivir sin dinero en esta bonita ciudad.

—¿Dónde trabajas?

—En Gap. Bueno, trabajaba. Me despidieron ayer. —Lo miro a los ojos, retándolo a juzgarme.

—Ahí no pagaban muy bien.

—No.

Llegan los segundos, y me concentro en sazonar las patatas fritas y arreglar mi hamburguesa.

Me noto un poco achispada por el vino. El vino tinto siempre me produce cierta sensación de euforia. Los fuertes me dan sueño. Algo relacionado con las histaminas. Y anoche tuve insomnio de verdad. No paraba de pensar en Julia y en Sam. ¡Qué tonta he sido por sentirme tan celosa! Pues claro que sigue siendo mi amigo. Solo compartieron una cena cordial, eso es todo. No es para tanto.

Gabriel se aclara la garganta.

—Angie, ¿qué estás haciendo?

—Arreglo mi hamburguesa para que el primer bocado sea perfecto —le explico mirándolo—. Es muy importante. El primer bocado es como el primer beso, ¿sabes? Es como será el resto de la comida.

Gabriel me sonrío.

—Eres una romántica.

—Sí.

—Yo soy un pragmático.

—No me digas...

Le doy un gran bocado a la hamburguesa justo cuando Gabriel se lleva la mano al bolsillo, saca una tarjeta y la deja al lado de mi copa de vino.

—Este es mi gestor financiero. El lunes tendrá preparados diez mil dólares para transferirlos a tu cuenta.

—¿Qué? —Tengo la boca llena de hamburguesa, pero de pronto se me ha olvidado cómo se mastica.

—No deberías tener que sufrir por el dinero. La vida en Nueva York ya es lo bastante dura. Es un regalo. Un regalo que te hago.

Trago la comida y me quedo mirando a Gabriel.

Diez mil dólares. Con ellos no tendría que dejar Rookhaven. No tendría que aceptar otro maldito trabajo como dependienta. Con diez mil dólares podría intentar hacer prácticas en el sector de la moda sin preocuparme por el alquiler y el dinero, podría hacer un curso de diseño de moda, podría sobrevivir meses, podría... podría...

Pero no puedo. No puedo hacerlo. No puedo aceptar dinero de un tío a cambio de... lo que sea que haya detrás de esto. No puedo meterme conscientemente en una vida que transcurre en la delgada línea que separa a una novia con dinero para gastar de una novia de alquiler.

Miro a Gabriel mientras él come un bocado de trucha, totalmente despreocupado. Como si no acabara de intentar comprarme. Alza la vista.

—A mis hermanas les encantaría verte, por cierto. ¿Te gustaría venir este fin de semana a nuestra casa de campo, en el norte del estado?

Respiro hondo.

—No.

—¿Tienes planes? Podrías cambiarlos. Es el cumpleaños de Lucía, vamos a celebrarlo en familia...

—No.

Aparto la silla, me levanto, me acabo la copa de vino, cojo el bolso y el abrigo y le devuelvo la tarjeta de su gestor financiero.

—Gracias por la cena. No quiero tu dinero. Adiós.

Y dicho esto me encamino a la salida del restaurante a grandes zancadas; paso por delante de Cornelia y su vetusto pretendiente; paso por delante de toda la gente guapa congregada en la barra con una sensación de euforia morbosa.

Me estoy alejando de diez mil dólares.

Podría haber resuelto todos mis problemas, podría haber hecho que mi vida fuera fácil. Pero no lo he hecho.

He hecho lo correcto.

Y entonces, justo cuando la puerta del restaurante se cierra tras de mí, choco contra una pareja que se cobija de la tormenta.

Oh. Dios. Mío.

Mi padre.

Y una mujer a la que nunca había visto. Treinta y tantos, morena, delgada.

Se están besando.

—¿Qué coño es esto? —digo.

La cara de mi padre se ilumina.

—¿Angelique? ¡Cielo! Yo no...

—¿No sabías que ahora vivo en Nueva York? ¿No sabías que algún día íbamos a encontrarnos? ¿No sabías que quizá deberías llamar a tu hija para decirle que te vas a divorciar?

De pronto estoy furiosa, total y absolutamente muerta de rabia por que mi padre sea capaz de besar con pasión a una extraña en la puerta de un restaurante de Nueva York, a resguardo de la lluvia como en una escena salida de *Desayuno con putos diamantes*.

—¿Y quién es esta? ¿Alguna guarra a la que has conocido en un bar? ¿O trabaja para ti, como todas las demás?

La mujer retrocede como si acabara de darle una bofetada. Va vestida al estilo elegante del centro, ya sabes, no lo bastante impecable para la zona alta, en absoluto lo bastante atrevida para la baja.

Mi padre me mira estupefacto.

—Eh, espera un momento...

—Annabel me dijo hace muchas, muchas semanas que ibais a divorciaros —lo interrumpo—. Y no he sabido nada de ti. Ni una palabra. Después de todo lo que he hecho por ti, después de guardar todos tus malditos secretos durante tantos años...

—Tu madre me dijo que querías que te dejara en paz...

—¡Y una mierda! —espeto—. Ya no me necesitabas, así que no te molestaste en llamarme. ¿Te acordabas siquiera de que hoy es mi cumpleaños?

—¡Oh, cielos! —Mi padre parece consternado—. Cariño, te juro que...

—¡Deja de mentir! —grito tan alto como puedo, y a nuestro alrededor todo se queda inmóvil y en silencio.

Mi padre me mira fijamente, boquiabierto, incapaz de decir nada. Cuando era pequeña creía que se parecía a George Clooney. Ya no. Creo que se parece a un jodido artista de circo.

—Es verdad, tu madre le dijo que no querías saber nada de él —interviene la guarra—. Yo estuve allí cuando nos reunimos para discutir los detalles.

—¿Y quién coño eres tú?

—Soy... soy Veronica —contesta con una mirada súbitamente cautelosa—. Creía que sabías...

—¿Saber qué?

Mi padre la rodea con un brazo y sonrío orgulloso.

—Veronica está embarazada. Vamos a casarnos.

No sé muy bien qué ocurre a continuación.

Creo que grito, porque me pitan los oídos y noto la garganta rasposa y no puedo respirar y echo a correr para alejarme de ellos, aunque de todos modos ellos no me siguen, pero yo corro y corro adentrándome en la negrura. No hay taxis y no sé dónde estoy, pero continúo corriendo en medio de la tormenta, en medio de la lluvia y el viento, que da la impresión de estar a punto de arrastrarme consigo. Mi cerebro es incapaz de centrarse en ningún pensamiento, y creo que estoy histérica, pero no lo sé, porque tengo la sensación, sinceramente tengo la sensación, de estar perdiendo la cabeza, como si quisiera huir, huir de mí misma, de mi vida.

Me pregunto si mi madre lo sabe y cómo se siente, y si está disgustada, y pienso en todas esas Navidades en las que los tres abríamos mi calcetín en la cama, con tostadas con pasas y mantequilla y abrazos, y todo era cálido y bueno y sencillo.

Echo de menos la sencillez.

Me caigo en un charco gigantesco e inmundo de agua de alcantarilla y me

obligo a levantarme y caminar y caminar hasta que no sé dónde estoy. La lluvia cae con tanta fuerza que apenas alcanzo a ver la otra acera. Los toldos se sacuden a merced del viento, las alcantarillas son ríos caudalosos y furibundos, no hay una sola persona más en la calle, y todo es tan oscuro y demencial que parece el fin del mundo.

Me duele la cabeza y el estómago y siento estos extraños dolores sordos en el pecho... Oh, Dios, ¿dónde estoy?

Al final me siento demasiado agotada y empapada para seguir andando. Me apoyo en una pequeña estructura para trepar en un parque de juegos, en la penumbra gélida y bajo la lluvia torrencial, temblando de frío y llorando porque mi vida está jodida. Estoy perdida y helada, y no tengo trabajo ni dinero ni futuro ni familia.

No tengo nada. Nada.

En ese momento suena el teléfono. Es Sam.

—¡Hola! ¿Cómo va la cita?

—Sam... Sam... —Apenas puedo hablar.

Su voz cambia al instante.

—¿Dónde estás? ¿Qué ha pasado? Angie, deja de llorar. Dime dónde estás y voy a buscarte. No deberías estar en la calle con esta tormenta...

Miro alrededor, intentando ver algún letrero.

—En la esquina de Spring con Mulberry, en los columpios. Estoy bien, estoy bien, es solo que mi padre... va a casarse otra vez, va a tener otro hijo. Lo sé, soy una maldita idiota por llorar, pero no puedo...

—Quédate ahí. Ahora mismo voy.

No sé qué hacer, así que me quedo aquí, en los columpios, notando hasta el último ápice de mi cuerpo empapado. En este momento Nueva York parece vacía, totalmente vacía, y yo estoy completamente sola.

Diez minutos —u horas— después aparece Sam. Le veo saltar de una

limusina negra, y yo me levanto y miro al otro lado del parque de juegos.

Nuestras miradas se encuentran, la lluvia sigue precipitándose como un millón de estrellas fugaces diminutas iluminadas por las farolas.

Y en esa fracción de segundo todo se vuelve claro.

Quiero a Sam.

Lo he querido desde que lo vi en el muelle de las islas Turcas y Caicos. Lo quise cuando me siguió hasta la playa, lo quise cuando me devolvió mis cosas, lo quise cuando le salvó la vida a Coco en la fiesta sorpresa, lo quise cuando me ayudó a repartir cafés con leche y currículos, lo quise cuando me consoló tras mi debacle de *Kramer contra Kramer*, lo quise cuando me desperté en sus brazos, y lo quise cuando entró en el bar después de cenar con Julia. Quiero todo lo que hace y todo lo que es. Es sincero, real y auténtico. Es todo lo que quiero ser.

Durante unos largos segundos nos miramos a través de la lluvia.

Luego corro hacia él, hacia mi Sam, hacia mi fabuloso Sam, con su ceño perfecto. Hacia todo lo que es y que conozco tan bien. Hacia todo lo que quiero. Y sé, sé, que él también me quiere.

—Sam...

Inclino la cabeza hacia la suya. Nuestros labios casi se rozan, tan próximos que ni siquiera la lluvia se cuela entre nosotros. Por un segundo da la impresión de que el temporal arrecia a nuestro alrededor, de que el viento nos zarandea y nos acerca, como si fuéramos las únicas personas en el universo.

—Angie...

Niego con la cabeza.

—Cállate. Solo... solo cállate.

Él sonrío, y seguimos mirándonos.

Es el prebeso.

Es el momento que siempre he deseado que pudiera durar para siempre.

Y durante unos largos segundos creo que lo hará.

Pero quiero saber qué ocurre a continuación, así que le rodeo el cuello con los brazos, tiro de él hacia mí y nuestros labios al fin se tocan.

Y, pam, mi mente está en blanco, pero me siento como a punto de explotar, y todo lo malo que me ha pasado, todo lo malo que he hecho, todo lo que siempre me tiene preocupada, desaparece como si nada. Como por arte de magia.

Nos besamos y nos besamos y nos besamos. Entonces me retiro y cubro su cara de besos desesperados, como si estuviera intentando secar la lluvia con mis labios, hasta que Sam me sujeta y vuelve a besarme como es debido. Oh, Dios, nuestras bocas están hechas la una para la otra, y casi nos reímos sin despegarnos, nos reímos y temblamos, y sus labios están calientes, y sus mejillas están frías, y huele sencillamente bien. A lluvia y a jabón y a azúcar y a café y a todo lo que más me gusta en el mundo.

Me aparto, lo miro un segundo y, como salido de la nada, lo digo: —Te quiero.

—¿Sí?

Me detengo un instante, sorprendida. Lo he dicho en voz alta. Pero lo sé. Sé que es verdad. Nunca había estado tan segura de nada. Nunca he querido a nadie, nunca, como quiero a Sam. Tenía que decírselo.

—Sí, te quiero.

—Yo también te quiero.

—¿Sí?

—Lo prometo. Con la mano en el corazón.

Sam me sonrío con una clase de sonrisa que nunca, nunca había visto en él. Y experimento una sensación extraña en el pecho. Quiero a Sam, Sam me quiere. El mundo tiene sentido.

Tira de mí y volvemos a besarnos y besarnos y besarnos, hasta que los labios me tiemblan con tanta fuerza que ya no es posible seguir.

—Estás helada. Vámonos de aquí.

—A tu casa —digo—. No a Rookhaven. —Esta noche quiero estar a solas con él. Lejos del ruido y el drama de Rookhaven. Pia se marcha, yo me marchó, la casa entera está implosionando... Pero ya me enfrentaré a eso mañana.

Sam me precede hasta la calle, donde nos espera el coche.

Qué sensación tan extraña: voy de la mano de Sam. Sin embargo, todo parece correcto. Emocionante, seguro y encantador. Como la mañana de Navidad.

Abre la puerta para mí. Es una limusina sofisticada y cara; en la parte trasera hay botellines de Evian, pañuelos de papel, revistas, de todo.

—¿Cómo puedes permitirte esto?

Él se encoge de hombros.

—Mi compañero de piso, Pete, es cliente. No te preocupes, está fuera.

—Qué considerado por su parte.

Antes de subir al coche, Sam vuelve la mirada rápidamente hacia el porque y ve algo.

—Un momento —dice.

Corre hasta la estructura de metal, coge algo y regresa al coche a toda prisa. Es mi bolso dorado. Ha debido de caérseme. Está empapado, pero en buen estado.

—¡Mi bolso! ¡Gracias!

Sam cierra la puerta.

—De vuelta a Fort Green, por favor —le pide al chófer.

Luego se vuelve hacia mí, y pienso, por enésima vez en el último minuto: «Te quiero».

Me inclino hacia él y volvemos a besarnos, pero estoy temblando de frío y me pesa la ropa mojada, así que Sam me ayuda a quitarme el abrigo. Luego se quita el forro polar empapado y, mientras se lo saca por la cabeza, atisbo su torso moreno y musculoso, y se me encoge el estómago de lujuria. ¡Joder!, es sexy. Lo agarro y nos besamos mientras el coche circula bajo la tormenta; tiemblo de frío y emoción y deseo; la lluvia y el viento azotan el techo; nos besamos todo el trayecto, hasta que finalmente el coche se detiene frente a un discreto edificio de diez plantas. Es la clase de edificio que no mirarías dos veces desde fuera.

Cuando entramos, la cosa cambia: todo tiene un aspecto brillante y caro, y hay un ascensor con cerradura.

Sam inserta una llave y pulsa el botón de la última planta.

El ascensor se pone en marcha, y yo me vuelvo hacia él con la frente arrugada.

—¿Tu amigo vive en el penthouse?

Él respira hondo y asiente.

—Entra.

—¿Al penthouse? —repito—. ¿En serio?

Sam se encoge de hombros y sonrío.

El ascensor se abre directamente en el apartamento y se me desencaja la mandíbula. Es un espacio enorme, un loft, con ventanas de pared a pared con vistas a Brooklyn, Manhattan y la tormenta descomunal.

Y está decorado con esos toques sobrios que no ponen en entredicho la masculinidad del propietario y que solo un diseñador de interiores profesional sabe aportar. Es un lugar fantástico para dormir en el suelo mientras intentas encontrar trabajo. ¿Por qué se ha empeñado Sam en pasar tanto tiempo conmigo en la horrible y destartalada Rookhaven cuando podría haberse quedado aquí?

—Joder. ¿A qué se dedica tu amigo? ¿Es un industrial multimillonario?

Levanto la vista para mirar a Sam y ver si ríe, pero de repente frunce el ceño en un gesto tan intenso que me da un vuelco el corazón, se me acelera el ritmo cardíaco y, oh, Dios, todos los tópicos que he leído en cualquier novela romántica, a lo largo de mi vida, y es tan guapo y esto está sucediendo de verdad, me quiere, sí, también me quiere, sí... Siento deseos de besarlo de nuevo, pero me paraliza, no lo sé, la timidez, el miedo o algo.

Entonces Sam me abraza y me besa de nuevo.

Y nos besamos. Nos besamos, de pie, contra la puerta cerrada del ascensor. Damos un paso hacia el sofá, nos paramos, nos besamos más, y luego otro paso más. Estoy calada hasta los huesos y me estoy congelando, pero lo único que siento son los cálidos labios de Sam en los míos, y sus brazos a mi alrededor, lo único que oigo es nuestra respiración y la tormenta de fuera. Esto es perfecto.

Cuando por fin llegamos al sofá, estalla un trueno tan fuerte que ambos nos sobresaltamos, y paramos para mirar la tormenta deliciosamente violenta que azota la ciudad. Los truenos hacen temblar el edificio entero cada pocos minutos, y la lluvia cae con fuerza, las furiosas ráfagas embisten las ventanas con un estruendoso crac, crac, crac, crac. Lo más extraño de todo es que las nubes que

cubren Nueva York son púrpura y gris, de un aspecto feroz, y cada pocos minutos refulgen con el resplandor de los relámpagos. Casi parece una imagen generada por ordenador.

—Es una locura... —murmuro—. Estas deben de ser las mejores vistas de la ciudad.

—Lo son —contesta Sam. Levanto la cabeza y veo que me está mirando a mí.

—Qué cursi —repongo.

—Sí, lo admito, ha sonado bastante cursi. —Me besa de nuevo.

—Es como aquel huracán —digo—. El Sandy. Duró toda la noche y dejó la mitad de Nueva York a oscuras durante varios días.

—En realidad, esto es un derecho, más que un huracán —contesta Sam—. Un derecho es una serie de tormentas. Y es lo que está azotando toda la ciudad.

—Cuéntame algo más del tiempo —replico—. Eres muy interesante.

—Y tú una listilla.

Me coge y doy un respingo involuntario. Nos comemos a besos de nuevo hasta que otro trueno hace que volvamos a dirigir la atención a la tormenta. Ahora mismo hay una docena de tormentas de relámpagos que abarcan distintas zonas de la ciudad, como si pequeños dioses de la lluvia estuvieran librando una guerra en las nubes.

—¿Por qué invitaste a salir a Julia? —suelto, de sopetón—. Lo pregunto en serio. Me sorprendió bastante.

—No la invité. —Sam parece sorprendido—. Creía que lo sabías. Fue ella. Estábamos hablando sobre un restaurante mexicano y dije: «Deberíamos ir alguna vez». Me refería a todas tus compañeras de piso, en especial a ti... —Se inclina hacia delante y me besa de nuevo—. Cuando me di cuenta, ya había empezado a enviarme mensajes para decirme cuándo podíamos quedar, que tenía que pasar a recogerla, que estaba nerviosa porque era nuestra primera cita y todas esas cosas, y yo... Ya no sabía qué hacer.

—Ah... —digo.

—Intenté llamarte para contártelo, pero no cogías el teléfono. Así que al final fui a la cena, pero no fue para nada romántica. En cuanto acabamos los burritos, nos fuimos a buscaros. Créeme, Julia no siente nada especial por mí. Solo somos amigos.

Sam pone gesto serio, tan sincero y tan atractivo que, joder, solo puedo pensar en que me muero de ganas de besarlo. Y entonces nos besamos unos minutos más, hasta que el estruendo de un trueno, que resuena como el de una pistola, nos interrumpe y ambos nos estremecemos.

—Qué fuerte ha sido —digo.

—¿Sabías que puedes saber a qué distancia se encuentra la tormenta si cuentas los segundos que pasan entre el relámpago y el trueno? —pregunta Sam.

—¿De verdad? Creía que era una de esas historias que se inventa la gente. Como Papá Noel. Y el Ratoncito Pérez.

—Sí, claro, como si el Ratoncito Pérez no existiera de verdad.

En ese momento, un relámpago tiñe el cielo de blanco y nos miramos fijamente a los ojos mientras contamos en silencio. Al cabo de once segundos, el estruendo ensordecedor de los truenos me sobresalta, a pesar de que sabía que iba a suceder.

—Once kilómetros —dice Sam.

—Parece como si fuera a llegar el Armagedón —contesto—. Pero no el de Bruce Willis, sino el bíblico. Eh, Sam.

—¿Sí?

—Bésame otra vez.

Nos besamos de nuevo y no paramos hasta que empiezo a temblar tanto por culpa de la ropa mojada que ya no puedo besarlo más.

Sam me da una camiseta con la palabra «Rutherford» en la parte delantera y unos pantalones verdes de chándal de Darmouth. Voy al baño a cambiarme,

pero tengo tanto frío y estoy tan empapada que tiemblo demasiado para vestirme, por lo que decido darme una ducha rápida con agua caliente. Me lavo el pelo con el champú y el acondicionador de su compañero de piso (Aveda, qué bien) y me quito los últimos restos de rímel y lápiz de ojos con saliva y papel higiénico.

Entonces me miro en el espejo. Tengo los labios agrietados e hinchados, el mentón rojo e irritado por el roce de su barba, el pelo empapado y lleno de enredos, voy sin maquillar y me he puesto ropa de chico. Soy un desastre andante y me da igual. Me da igual porque Sam sabe quién soy sin importarle cuál sea mi aspecto. Y me quiere.

Soy tremendamente feliz.

Bajo la vista y veo un neceser abierto. Por un lado asoma la figura de un panda, viejo y algo maltrecho. El Panda de Sam. Sonrío y pienso en la noche en que me habló de Panda, en el paseo que dimos desde el hospital, después de la cena. Parece que sucedió hace una eternidad.

Cojo a Panda, regreso al sofá y me detengo para mirar a Sam. Se ha cambiado, se ha puesto unos vaqueros, una camiseta de manga larga y está estirado en el largo sofá de cuero, con los ojos cerrados, los brazos cruzados detrás de la cabeza, con una mueca de felicidad en la cara. Dios, qué guapo es. (¿Y puedo decir que tiene unos bíceps enormes?) Los relámpagos iluminan el cielo nocturno y cuento mentalmente. Uno... dos... tres... cuatro... cinco...

—Cinco kilómetros —dice Sam, que abre los ojos.

Nos miramos fijamente durante unos segundos eternos, en silencio.

—¿Hay sitio para dos más? —pregunto, y le muestro el muñeco.

—¡Panda! Oh, Dios mío, se moría de ganas de conocerte.

Salto al sofá y lo ataco con un torrente de besos. Me siento como si anhelara físicamente estar con él, tengo ganas de devorarlo a mordiscos, a lametones y de deleitarme con sus labios durante horas, y ni así me sentiré saciada. Cuando beso de nuevo a Sam, al cabo de tan solo unos minutos, me siento como si hubiera regresado a casa. Como si hasta el último rincón de su rostro, sus labios, su cuello y su mandíbula me pertenecieran.

—Deberíamos apartar a Panda. Es demasiado pequeño para ver este tipo de cosas —murmura Sam.

Sonrío y dejo a Panda en la mesita, de espaldas a nosotros.

—Es que nos besamos tremendamente bien —susurro.

—Lo sé. Gracias a Dios. Imagina que hubieras soltado todo ese discurso de «te quiero» bajo la lluvia y luego hubiera descubierto que tenías la lengua demasiado grande o algo así.

Esto no se parece a ningún otro rollo que haya tenido, y creo que sé por qué. No tengo la sensación de que me esté acosando con su erección. Ni intenta quitarme la camiseta desesperadamente, ni me magrea el culo. Sé que está excitado, y yo también, ya lo creo. Pero a diferencia de todos los chicos con los que he estado hasta ahora, no tengo la sensación de que Sam esté librando una carrera contrarreloj en la interminable batalla por echar un polvo.

—¿Por qué no me magreas como un animal en celo? —pregunto en un momento dado.

—Eh... ¿Quieres que te magree como un animal en celo? ¿Y cómo se supone que debería magrearte un animal en celo?

Me río y medito la respuesta unos segundos.

—Supongo que no. Estoy disfrutando de los besos.

—Yo también. —Sam frunce el ceño unos segundos, como si estuviera decidiendo si decir algo—. No me malinterpretes, me gustaría... hacerte de todo. Y lo haré. Pero siempre me decía a mí mismo que si alguna vez tenía la suerte de poder besarte, disfrutaría del momento tanto como pudiera. Antes del sexo. Antes de cualquier otra cosa.

—¿Has pensado en besarme? ¿Desde cuándo?

—Oh, Angie. —Sam me mira y sonrío—. Desde siempre. Desde que apagaste el cigarrillo, me llamaste miembro de las Juventudes Hitlerianas marítimas y te contoneaste hasta la lancha motora.

Sonrío.

—Eso es tan...

—¿Romántico?

—Más bien triste. Da mucha pena. ¿Qué es esto, una novela para adolescentes?

Sam entorna los ojos fingiendo enfado.

—Vas a pagar por eso.

Y volvemos a besarnos, pero esta vez intenta torturarme. Me besa el cuello lentamente, tan despacio que me estremezco y pierdo el control, me rasca la clavícula con la barba. Desliza la punta de la lengua por detrás del lóbulo de mi oreja. Me besa solo el labio superior, luego el inferior, me mordisquea el mentón...

Es lo más sexy y atrocamente delicioso que he experimentado jamás, y de repente jadeo, como si de verdad me faltara el aire. Luego gimo, deslizo los dedos por su pelo hasta que me doy cuenta de que parezco uno de los personajes de mis malditas novelas románticas, y me callo.

—No hay nada de ti que no me guste —murmura Sam poco después—. Eres perfecta.

—Estaba pensando justo lo mismo de ti.

—La noche que estábamos en tu cama me moría de ganas de besarte... Dios, no pegué ojo. Me pasé la noche en vela, escuchando tus gruñidos, como si fueras una cría de hipopótamo.

—¡Yo no gruño cuando duermo! ¡Y estuviste a punto de besarme! A la mañana siguiente... Estábamos acurrucados uno junto al otro.

—¿Acurrucados? Dios, ¿y yo dormido? No me lo perdonaré jamás. —Sam me besa de nuevo—. Me encanta tu labio inferior. Es carnoso y sensual, ¿lo sabías? Tengo la sensación de que no quiere perderse nada. Y luego, ah, el labio superior, es tan inocente y tentador... Me resulta muy difícil decidir cuál es mi favorito.

—No deberías hablar de favoritos. No es justo.

—Lo sé. Y Dios sabe qué haré cuando llegue a tus pechos perfectos, será una versión sexual de *La decisión de Sophie*. Vale, ¿tienes hambre? Espera, pero ¿qué te estoy preguntando? Claro que tienes hambre. Venga, vamos a comer.

Vamos a la cocina cogidos de la mano. Creo que nunca me había sentido tan feliz. Siento que tengo que estar tan radiante como el sol.

Mientras Sam busca algo de comer en la gran nevera de acero, yo observo la tormenta que arrecia fuera y azota el apartamento de nuevo. No se parece en nada a lo que esperaba del piso de un par de veinteañeros en Fort Greene. Estaba convencida de que sería una especie de estudio-vertedero, con sofás de Ikea llenos de chinches y bolas de pelusa. Lo típico, revistas guarras y rollos de papel higiénico acabados en el baño y una botella mohosa de ketchup en la nevera. Sin embargo, es un lugar sereno, con estilo y muy limpio.

—Este apartamento es increíble —digo—. ¿Tu amigo Pete es gay?

—No, para nada, solo le gusta hacer bien las cosas —responde Sam. Me mira y sonrío—. ¿Te apetece un sándwich de queso?

—Me apetece muchísimo.

Sam coge unas cuantas rebanadas de pan de masa fermentada, un poco de cheddar y una barra enorme de mantequilla. Luego saca una gran sartén de un cajón y enciende los fogones.

—Vas a flipar con esto —dice, con tanta pasión que suelto una carcajada—. Tú riéte, cariño, pero espera y verás. El otro día le enseñé a Vic cómo se hacía y me dijo que era el mejor sándwich de queso que había comido jamás, y eso que los lleva comiendo desde antes de que se inventara la televisión. Primero doramos la mantequilla.

—¿Es que quieres quemarla?

—Dorarla. A fuego bajo. Cuánta ignorancia culinaria... —Sam se inclina hacia delante y me besa—. Lo retiro. No eres una ignorante de la cocina. —Entonces mira la sartén, en la que se han formado tres burbujas gigantes de mantequilla—. Tienes que removerla hasta que empiece a tostarse ligeramente y puedas notar el olor... Ah. Perfecto. Ahora el pan. —Pone cuatro rebanadas en la sartén—. Dejamos que se calienten un poco. Ven aquí.

Sonrío y me acerco a él. Dios, creo que nunca me cansaré de besarlo.

Al cabo de unos minutos, Sam se da la vuelta y mira la sartén.

—Ahora añadimos la sal, marina, por supuesto, ya conozco tu experiencia con la sal marina. Ponemos dos lonchas gruesas de queso en dos rebanadas, las cubrimos con las otras dos y tapamos la sartén para que se funda el queso.

—¿Y cuándo nos besamos otra vez?

—Nos besamos... Otra vez... Ahora.

Estar con Sam es excitante, no paro de reír y todo resulta muy sencillo. Me siento como siempre había creído que me sentiría cuando de pequeña me imaginaba este tipo de situaciones. Es algo del todo natural, un momento muy íntimo y romántico. Es perfecto.

Hay un relámpago y al cabo de tres segundos oímos un trueno fortísimo, como un disparo que resuena en el apartamento. Me sobresalto y Sam me abraza con más fuerza.

—Se acerca la tormenta —murmuro sin apartar mis labios de los suyos.

—¿Tienes miedo? —pregunta con un susurro.

—Ahora mismo no me da miedo nada.

Sam cambia de postura para que note todo el peso de su cuerpo contra la encimera de la cocina y algo cambia. Es tan alto que apenas puedo abrazarlo por los hombros. ¿No es raro que los chicos siempre sean más altos de lo que esperabas? O quizá lo que sucede es que me considero más alta de lo que en realidad soy. No lo sé... Oh, Dios, sus besos me vuelven loca.

Al cabo de unos minutos empiezo a tener tortícolis, algo inevitable, de modo que me siento en la encimera para estar a la misma altura. Estrecho mi cuerpo contra el suyo, le rodeo la cintura con las piernas y me impregno del olor de su cuello hasta que noto que le tiembla la respiración. Me estremezco de alegría al darme cuenta de que soy yo quien le provoca tanta excitación.

Al final no aguanta más, me atrae con fuerza hacia sí con un leve gruñido y me besa con más pasión todavía. Los besos ahora son distintos, con toda la

intención del mundo, muy efusivos, tiene muy claro cuál es su objetivo. Yo también sé adónde quiere llegar y lo deseo tanto como él, pero tengo miedo, aunque no sé por qué, y deslizo las manos por debajo de su camiseta y lo estrecho con más fuerza con las piernas e imagino lo que sentiría al estar desnuda con él, lo que sentiría si estuviéramos en la cama, lo que sentiría...

Entonces Sam se aparta y me mira a los ojos.

—Te quiero de verdad, Angie James.

—Yo también te quiero, Sam Carter.

—Ahora comamos.

De algún modo logramos despegarnos el uno del otro, cogemos los sándwiches de queso y regresamos al sofá. Entonces cenamos, sentados de lado y con las piernas entrelazadas, como dos sujetalibros uno frente al otro. Estoy convencida de que siente el mismo deseo y excitación que yo. Querer tanto a alguien es la tortura más deliciosa del mundo.

Lo único que puedo pensar es: «Dios, eres guapísimo. Eres absolutamente perfecto y te quiero, te conozco y confío plenamente en ti».

Lo miro a los ojos y sé que piensa lo mismo que yo.

Sonríó y le doy un mordisco al sándwich cuando un trueno sacude todo el edificio.

—Es el mejor sándwich que he comido jamás.

—Sí, te lo he dicho.

De pronto me viene un recuerdo a la mente y pienso en los sándwiches de queso que comía de pequeña con una canguro. Una noche mis padres volvieron temprano de una fiesta, discutiendo, y oí que mi madre decía: «¡Angelique no tiene por qué saberlo!». Y mi padre replicó: «¡Estás exagerando! ¡Es más fuerte de lo que crees!». Y mi madre gritó: «¡No! ¡Hablo en serio!». Al día siguiente ella me habló del internado, por lo que supuse que la discusión era sobre ello.

Pero tal vez no. Tal vez mi madre descubrió que yo sabía que mi padre tenía una aventura con su secretaria. Y no quería que él me obligara a seguir

guardándole el secreto.

Cuando hace unas semanas me dijo que iban a divorciarse, añadió que no debía sorprenderme «teniendo en cuenta lo que lleva años haciendo». Imaginé que por fin le había confesado sus aventuras, o que lo había pillado. Aunque también cabía la posibilidad de que mi madre lo supiera desde siempre y hubiera intentado protegerme de todo ello. Porque una hija jamás debería verse obligada a guardarle secretos a sus padres.

El internado fue la primera vez que hui de mis problemas. Aunque de manera involuntaria, desató una reacción en cadena de huidas que no ha parado nunca. Cuando algo va mal, cuando algo no funciona, me voy. Me largo. Huyo. Salgo corriendo. Siempre.

Y ahora voy a huir de Brooklyn.

¿Es lo correcto? ¿O la reacción instintiva que me he impuesto a mí misma para abandonar cualquier situación? ¿De verdad quiero irme ahora que me he dado cuenta de lo que siento por Sam? ¿Y qué quiere él? Desde que nos conocimos no ha parado de hablar de las ganas que tenía de largarse de aquí, de subirse a un barco y hacerse a la mar. Entonces ¿qué va a pasar ahora? ¿Somos pareja? Quiero decir, lo somos, ¿no? Pero no puedo preguntárselo. Acabamos de confesarnos nuestro amor, sin embargo, no hace ni una hora que nos hemos dado el primer beso. No quiero parecer desesperada, o una loca, y sobre todo no quiero romper el extraño hechizo bajo el que parecemos haber caído esta noche. El hechizo que nos hace pensar que somos los únicos habitantes del universo.

Miro a Sam y veo que me está mirando fijamente, con ese ceño fruncido tan familiar.

—¿En qué piensas? —pregunto.

—En... lo feliz que soy de que por fin podamos ser tan abiertos el uno con el otro —dice—. Siento que tenemos mucho de lo que hablar. Tengo que contarte algunas cosas.

—Suena genial. Vale, voy a echar una meadita.

—Oh, vaya, sin duda eres una dama con clase.

Le enseño el dedo y entonces tira con fuerza de mí para arrastrarme hacia

sí y me besa, hasta que estalla otro trueno.

—Hablabas en serio, cuando me entran ganas no puedo aguantarme —le digo.

—¿Es de *Annie*?

—Me encanta que lo sepas —contesto, y lo beso de nuevo antes de bajar del sofá, cuando el apartamento se ilumina de blanco y las paredes casi retumban por culpa del trueno. Debemos de tener la tormenta encima de nosotros. Gracias a Dios estamos a salvo dentro.

Cuando vuelvo del baño, me doy cuenta de que tengo los pies helados, de modo que me meto en la habitación en la que ha entrado antes Sam para cogerme la camiseta y los pantalones. Es un dormitorio grande con un escritorio en un rincón y una pila de ropa limpia perfectamente doblada en una cesta que hay encima de la cama. Cojo un par de calcetines del montón y me siento en la cama para ponérmelos.

Cuando voy a ponerme el segundo, se me cae al suelo y al agacharme para recogerlo veo el marco de una fotografía que asoma por debajo de la cama. Debe de ser una foto de Katie, su ex novia, pienso para mí con una punzada de celos.

Tiro del marco para poder mirarla bien, en el preciso momento en que el relámpago y el trueno por fin coinciden, y el edificio se estremece con su fuerza.

Hay que admitir que la madre naturaleza tiene el don de la oportunidad.

Porque no es Katie la que aparece en la foto.

Es una imagen de la ceremonia de graduación de Sam en la universidad.

Aparece junto a una pareja mayor que deben de ser sus padres. Sam parece más joven y, sin embargo, se le ve cansado e infeliz. Su madre luce una expresión amable, pero al mismo tiempo triste, muy bronceada y con una melena muy rubia, casi blanca. Su padre tiene los mismos ojos grises que Sam, con el pelo muy canoso, y...

Espera un segundo.

Sam me dijo que no había llegado a graduarse, que su padre había muerto. Pero salta a la vista que ese es su padre; el parecido es innegable.

De repente me doy cuenta de que conozco a ese tipo. Es el hombre mayor y rico con el que estaba Cornelia en la Minetta Tavern hace tan solo unas horas. Roger Rutherford.

¿Qué demonios...?

Entonces echo un vistazo a la camiseta que me ha dado Sam. Dice «Rutherford». Es la camiseta de su equipo. El apellido de Sam es Rutherford. Su padre no está muerto ni enterrado en Ohio; Cornelia ha dicho que es uno de los hombres más ricos de Nueva York. Estoy en el penthouse de Sam, que no comparte con ningún amigo, y Sam no abandonó los estudios en Ohio para trabajar a bordo de un barco, no le pide ropa prestada a su compañero de piso y no está buscando ninguna forma barata de viajar a Europa. No es más que otro puto niño malcriado de Nueva York, incapaz de distinguir entre el bien y el mal.

Y no ha parado de mentirme. Desde el momento en que nos conocimos.

Salgo del dormitorio con la fotografía todavía en las manos, que me tiemblan. El corazón me late desbocado y noto una punzada de dolor en el pecho que sé que no ha hecho más que empezar.

—Sam Rutherford —digo con una voz sorprendentemente fuerte y calma.

Sam se vuelve hacia mí y le muestro la fotografía, cuando el edificio entero vuelve a estremecerse. Fuera, el viento aúlla y la lluvia azota con fuerza la ventana. Pero yo solo veo a Sam.

Nuestras miradas se cruzan.

Y sé que todo es cierto.

Me ha mentido. Me ha mentido sobre quién es y de dónde era. Me ha mentido en todo.

Después de todo lo que me ha pasado sería lógico que pensaras que había aprendido que lo que ves casi nunca es lo que hay. Que en lo que se refiere a instintos, el mío no es de fiar. Que siempre, siempre me equivoco.

Pero no he aprendido la lección. Y al darme cuenta de ello, me desmorono.

—¡MENTIROSO!

Lanzo el marco con todas mis fuerzas para que se rompa, y el cristal se hace añicos en el suelo.

Sam se levanta del sofá de un salto.

—No, Angie...

Tengo que salir de aquí. Por una vez, lo mejor que puedo hacer es huir.

Las lágrimas me resbalan por la cara, cojo el bolso, me pongo mi chaqueta, el abrigo y los zapatos con los pantalones del chándal y la camiseta, y meto el vestido y el fular en los bolsillos del abrigo. Tengo mucho calor y me mareo. Creo

que voy a perder el conocimiento. Sam se encuentra frente a mí, intentando explicarse con desesperación.

—¡Angie, espera, no te he mentado! Escucha, estás exagerando, mírame, por favor, no quería hablar de esas cosas, de mi familia...

—¡Que te jodan! —Lo aparto de un empujón—. Te he contado cosas que nunca le he contado a nadie. Jamás. ¡He sido totalmente sincera contigo! Y tú... ¡No has hecho más que mentirme una y otra, y otra, y otra vez! —Se me quiebra la voz.

—Pero es que no te he mentado, Angie. Mis padres están divorciados, mi madre vive en Nuevo México...

—¿Y tu padre? Está muerto, ¿verdad? ¿Y qué sentiste al dejar la universidad? —pregunto mientras aporreo el botón del ascensor—. ¡Sam Carter! ¡Me has mentado hasta sobre tu nombre!

—No, Angie, es mi segundo nombre...

—Y has fingido que no conocías Nueva York. Pero ¡si te criaste aquí! ¡Seguramente la conoces mejor que nadie! No duermes en el suelo de la habitación de tu amigo; ¡este es tu apartamento! ¡Y el cliente de la limusina eras tú! Y todo el tiempo que hemos pasado contando hasta el último centavo, hablando de lo arruinados que estábamos, de lo que compraríamos si pudiéramos conseguir un trabajo, ¿para qué? ¿Para conseguir que me acostara contigo? ¿Para engañarme y llevarme a la cama? ¿O es que simplemente te gusta tomarle el pelo a la gente?

—¡No! No es eso, Angie...

—¡Una mierda! —Vuelvo a pulsar el botón del ascensor con violencia—. ¡Y otra mierda!

—Este es el apartamento de mi hermano, de verdad que lo es, te lo juro, aunque sí, ahora vivo aquí, más o menos, pero hacía mucho que no vivía en la ciudad y hace años que mi padre y yo no nos hablamos, yo nunca...

—¡Cállate de una puta vez! —grito, y me tapo las orejas con las manos—. ¡Confíaba en ti! ¡Estoy harta de que la gente me mienta, me tome el pelo y me utilice solo para conseguir lo que quiere!

Sam parece a punto de romper a llorar.

—No, cariño, no...

Por fin llega el ascensor. Entro sin hacer caso de las súplicas de Sam y pulso el botón de la planta baja sin parar. Él intenta entrar en el ascensor, pero le empujo con todas mis fuerzas.

—¡Vete a la mierda! ¡Vete a la mierda y déjame en paz! No quiero volver a verte jamás.

Mientras se cierran las puertas del ascensor, veo el rostro afligido de Sam. Pero no me importa. Lo digo en serio.

No volveré a verlo nunca.

Entonces me apoyo en la pared del ascensor, entre sollozos. Me siento, literalmente, como si me hubiera partido el corazón: el dolor que noto es real y físico. Algo en mi interior se ha roto y no se curará jamás. Me duele no solo el corazón, sino todo el cuerpo.

Por fin llego al vestíbulo y miro a través de las puertas de cristal. La tormenta azota la ciudad de forma salvaje, el viento aúlla, la lluvia cae con tal fuerza que apenas veo al otro lado de las puertas, y menos aún la calle. Nunca había visto una tormenta como esta.

Pero tengo que irme a casa.

De modo que respiro hondo y abro las puertas.

En cuanto salgo del edificio, la lluvia, fría como el hielo, me golpea como si fuera un muro de agua.

El viento zarandea los árboles, que prácticamente tocan el suelo, y por encima de los gemidos y aullidos de la tormenta, oigo sirenas y extraños crujidos. La mitad de las farolas están apagadas, lo que confiere un aspecto espeluznante a la calle, y el cielo nocturno ha pasado del gris púrpura a un gris verdoso. No hay taxis, no se ve ni un alma...

Oh, Dios, no es seguro salir a la calle, pero tengo que llegar a casa, a Rookhaven.

Necesito a mis amigas.

Echo a correr. El viento me empuja, como si me agarraran unas manos invisibles, y el muro de lluvia cae con tal fuerza que me hace daño.

En la esquina, oigo un crujido, me vuelvo y miro atrás. En una fracción de segundo ocurre algo tan increíble que me parece que estoy soñando: veo un árbol enorme que cae, con un estruendo agónico, corta la calle y aplasta un coche. Joder.

El miedo y la adrenalina hacen que el corazón me lata desbocado. Sigo avanzando, sin hacer caso del instinto que me dice que busque un jodido refugio, solo escucho la voz desquiciada que me grita: «Huye, huye...».

Entonces empieza a granizar. Caen bolas de hielo al suelo, pero también me golpean en los costados, salen disparadas en todas las direcciones, como si estuviera en una licuadora llena de piedras, rebotan en los coches con un crujido muy fuerte. ¿Qué demonios...?

El cielo se tiñe de amarillo y gris, los escombros se arremolinan, el viento aúlla a mi alrededor...

Oh, Dios mío. Estoy en un tornado.

Una vez vi un documental sobre tornados en grandes ciudades. Todo el mundo cree que solo tienen lugar en el Medio Oeste, donde granjas viejas se ven arrancadas de cuajo y aplastan a las brujas, y las vacas empiezan a girar sin apenas inmutarse y ese tipo de cosas. Pero pueden suceder en cualquier lugar. Y los tornados en una ciudad como Nueva York son, en cierto modo, los más peligrosos. Porque todo —todo— se convierte en un arma de destrucción. Los letreros con los nombres de las calles, las papeleras, los árboles, los coches... Piensa en cualquier cosa y el tornado la utilizará para matarte.

De modo que hago lo único que se me ocurre: regreso corriendo al edificio donde vive Sam, doblo la esquina y bajo por la rampa cubierta de agua que lleva al garaje subterráneo. Ya hay dos centímetros de agua, gélida y negra, pero es el lugar más seguro que se me ocurre.

Me subo a lo alto de un Hummer —por gracioso que parezca, no es la primera vez que lo hago— y me quedo sentada, temblando de frío, escuchando la tormenta que arrasa la calle.

No tengo cobertura, por lo que me quedaré aquí hasta que pase todo. Me tumbo y miro el techo de hormigón mientras las lágrimas me resbalan por las mejillas. No he parado de llorar desde que he salido del apartamento. Sam me ha mentido.

Oigo un estruendo, crujidos, chirridos y golpes sordos. Mi imaginación reproduce una imagen de Manhattan y Brooklyn completamente arrasados, con todos los edificios en ruinas, todos los árboles arrancados de cuajo, como si fuera una película, algo que representa a la perfección cómo me siento por dentro. «Sam me ha mentido. Me ha mentido, una y otra y otra y otra vez...»

Pienso en todas las conversaciones que hemos mantenido, en todas las oportunidades de que ha dispuesto para decirme que era un niño rico como los de la pandilla de Stef. Pero en lugar de eso me dijo que era de Ohio, que había dejado la universidad, que su padre había muerto... ¿Por qué? ¿Por qué?

Entonces, de repente, se hace el silencio. La tormenta ha pasado. Ha parado de llover. Pero la rampa del garaje se ha convertido en un río de agua, hojas y basura y...

¡Joder! Me estoy moviendo. El Hummer está flotando por el garaje. Miro a mi alrededor con los ojos desorbitados. ¡El garaje se está inundando! Claro que se está inundando. Está por debajo del nivel de la calle, joder. Es lo primero que se inunda. Por suerte mi habitación está en el tercer...

Oh, no.

Vic.

En cuanto me doy cuenta de que Vic podría estar en peligro, bajo del coche, intento abrirme camino entre las aguas de la tormenta, subo la rampa que conduce a la calle y echo a correr con todas mis fuerzas hacia Union Street.

Brooklyn ha quedado arrasado. Los árboles aparecen pelados, sin una triste hoja, algunos han sido arrancados de cuajo y están tirados en la acera o sobre los coches; hay restos de tragaluces, de tejados, de verjas de hierro, dobladas y retorcidas, en medio de la calle; ventanillas de coche rotas por el granizo... Parece una zona de guerra.

Tardo una eternidad en llegar a Carroll Gardens, pero no me doy cuenta de que tengo los pantalones de chándal empapados, y las manos entumecidas por el frío, ni de las escenas de caos que atravieso. No pienso en Sam, ni en mi vida, ni en mis problemas.

Solo pienso en Vic.

Está solo. ¿Y si se ha caído? ¿Y si ha quedado atrapado en el interior? Hay mucha gente que muere ahogada en inundaciones súbitas como esta. Es mayor, seguro que es más frágil de lo que aparenta.

Al final llego a Union Street.

—¿Están inundados los sótanos? —le pregunto a una mujer que sale de su edificio de piedra rojiza, muy cerca ya de Rookhaven.

Me mira fijamente con los ojos desorbitados por el pánico.

—¡Boerum Hill se está inundando! Las alcantarillas se han desbordado, ¡hay casi un metro de agua! Mi hermana vive allí y...

—¿Y nuestra calle? —La corto—. ¿Y nuestros sótanos?

Se vuelve hacia su edificio.

—Oh... Mierda.

La mujer se vuelve de inmediato y echa a correr hacia su sótano. Presa del pánico, recorro a toda prisa los últimos tres metros hasta Rookhaven y voy directa a la puerta que hay bajo nuestro porche.

—¿Vic? ¡Vic! ¡Vic! —Aporreo la puerta, la golpeo tan fuerte que me duelen las manos.

No oigo ninguna respuesta. Pego la oreja a la puerta: no oigo nada, pero de repente estoy convencida, totalmente segura de que está ahí.

—¡Vic! —grito con todas mis fuerzas, y aguzo el oído... Me parece oír un golpe, pero no estoy segura.

Me doy la vuelta y subo los escalones de dos en dos hasta el porche, cojo las llaves como buenamente puedo y entro en Rookhaven.

—¿Hay alguien en casa? —grito.

No hay respuesta.

Voy corriendo hasta la cocina y salgo a la terraza de atrás, que está llena de ramas y bolas de granizo. Desde la barandilla, veo el jardín trasero de Vic: una balsa de agua marrón, iluminada por la luz de nuestra cocina. Y avanza hacia su apartamento.

Mierda.

Rookhaven se está inundando.

Sin pararme a pensar en ello, me quito el abrigo empapado, bajo por la escalera de incendios, me quedo colgada durante unos segundos aterradores y aterrizo con un fuerte ruido. El agua oscura y fría me llega casi hasta las rodillas, está helada y sube con rapidez. Avanzo con dificultades y llego a la puerta de la cocina de Vic. Veo que la presión del agua cambia a medida que me acerco a la casa y noto su fuerza de arrastre en las piernas: se arremolina y se filtra por debajo de la puerta de cristal, pero sigue subiendo...

Acerco las manos a la puerta de cristal a modo de visera e intento atisbar en el interior: solo hay oscuridad, pero vuelvo a sentirme abrumada por la intensa sensación de que Vic está ahí dentro. Llamo varias veces y grito:

—¿Vic? ¿Estás ahí? ¡Vic! ¡Soy yo, Angie! ¡Voy a entrar!

Intento abrir la puerta, pero está cerrada, claro. Busco algo para romper el cristal y veo una vieja maceta junto al alféizar de la ventana. La tormenta ha destrozado las flores, por lo que cojo el tiesto y lo lanzo contra la puerta.

La maceta se hace añicos. El cristal sigue intacto. Esto tiene que ser una broma.

Miro a mi alrededor y veo un pequeño taburete de madera y metal, en el que Vic se sienta a veces, flotando en el agua oscura. Lo cojo y lo lanzo con todas mis fuerzas contra el cristal de la puerta. La atraviesa. Entonces me quito el jersey y lo utilizo para retirar los restos de cristal hasta que queda un hueco lo bastante grande para introducir la mano y abrir la puerta por dentro.

Cuando la abro, me veo arrastrada al interior negro del apartamento tan rápido que caigo de cara en el agua asquerosa. Oh, Dios, espero que no se haya reventado ninguna cañería; apesta, el agua apesta. Luchando contra el pánico, me apoyo en la pared para levantarme.

—¿Vic? —grito—. ¿Vic?

Nada. Es la primera vez que entro en el apartamento de Vic, por lo que no sé por dónde voy. Tendré que avanzar a tientas, centímetro a centímetro, y encontrar un interruptor.

—¿Vic? ¿Estás aquí? ¡Soy Angie! ¡Voy!

Rookhaven es una casa bastante ancha para un edificio de piedra caliza, pero también es larga, y desde la parte de atrás de la casa hasta la fachada hay una buena distancia. Sobre todo a oscuras. Y sobre todo cuando intentas avanzar en un agua helada que te llega hasta las rodillas.

No dejo de llamar a Vic, llego a la cocina y agito las manos frenéticamente en la oscuridad. Noto el borde de la encimera, una nevera, un fregadero y luego una puerta. El agua se arremolina a mi alrededor, tira de mí y me empuja, aumenta de nivel cada segundo que pasa.

Cruzo la puerta y recorro un pasillo. Hay una habitación a mi izquierda y grito el nombre de Vic de nuevo. El eco vacío me confirma que estoy en el baño, el que Sam ha ayudado a reformar a Vic, pero él no está. Sam. Noto una punzada de dolor en el corazón. Pero tengo que encontrar a Vic. Lo único que importa ahora es salvar a Vic.

Sigo avanzando lentamente por el pasillo, recorriendo las paredes con las manos en busca de un interruptor. ¡Nada! ¿Dónde están los interruptores en esta maldita casa?

Entonces se abre un espacio ante mí. Gracias a la luz que entra por las ventanas de la pared más alejada, advierto que me encuentro en la sala de estar y distingo vagamente una puerta al final de la pared que hay a la derecha. El dormitorio. Debe de estar ahí.

—¿Vic? ¡Vic!

Tengo la sensación de que transcurre una eternidad, pero intento llegar a la puerta y oigo un extraño zumbido que empieza, para, y empieza y para de nuevo. Bzzz. Bzzz. Bzzz...

Miro a mi alrededor con los ojos entrecerrados, intentando distinguir las formas de la habitación. Me parece ver una cama, y a alguien tumbado en ella.

De pronto oigo un gruñido.

—¿Vic? —pregunto—. Vic, ¿eres tú? ¿Estás bien?

Está claro que hay alguien. El zumbido ha parado y palpo la pared para encontrar el interruptor.

Al final doy con él.

Cuando estoy a punto de encender la luz, empieza de nuevo el zumbido, y al mismo tiempo veo un pequeño chispazo. Durante un instante se encienden las luces del dormitorio y veo una cama y a Vic tumbado en ella. La chispa ha salido de la base de una vieja lámpara que se encuentra en una mesita de noche que está casi cubierta por las turbias aguas que ha dejado la lluvia torrencial.

Oh, Dios mío.

Aparto la mano del interruptor bruscamente. Estoy en una habitación inundada con un metro de agua que sube rápidamente y que está a punto de provocar un cortocircuito.

Podría morir en cualquier momento.

Hago lo único que se me ocurre.

Me acerco al mueble más cercano, un tocador alto, y me subo a él. Tengo la ropa empapada y me pesa, pero la adrenalina fluye por mis venas y ni siquiera reparo en ello.

—¿Vic? Vic, soy Angie. ¿Estás bien?

—¿Niña? —Oigo la voz débil y trabajosa de Vic—. Estaba arreglando la lámpara. Estaba...

—¿Has sufrido una descarga eléctrica?

Intenta responder, creo, pero solo puede emitir un gemido. ¡Joder! ¿Tiene asma? El agua también está a punto de cubrir la cama. Si lo hace, morirá.

Tengo la mente acelerada. ¿Una descarga eléctrica podría provocarle un infarto? ¿Lleva un marcapasos que podría haberse cortocircuitado? No lo sé. Tiene unos ochenta años; una descarga eléctrica no es lo mejor que podría pasarle, sean cuales sean sus otros problemas de salud.

—¿Dónde puedo cortar la luz, Vic? ¿Dónde está la caja de fusibles?

—En la cocina —dice entre jadeos—. Encima del congelador.

Bajo del tocador y entro en el agua haciendo mucho ruido. Ya es medianoche; dentro de un minuto o dos su cama quedará sumergida!

Avanzando a un paso lento y exasperante, recorro el pasillo hasta la cocina, oscura como boca de lobo. Una vez ahí, encuentro la nevera y la caja de los fusibles encima. Abro la puerta y palpo los pequeños interruptores. ¿Qué estoy haciendo? No recuerdo haberlo hecho antes jamás, ni una sola vez en mi maldita vida... Pero recuerdo habérselo visto hacer a mi padre, cuando las luces del árbol de Navidad hicieron saltar la instalación eléctrica del comedor de la casa de mi abuela. Mi padre se limitó a pulsar el único interruptor que estaba en una posición distinta de los demás.

De modo que si todos los fusibles están conectados, y todos los

interruptores están en la misma posición, lo único que tengo que hacer es pulsarlos para desactivarlos. ¿Verdad? Verdad.

Rápidamente los desactivo uno a uno y oigo el clic. Cuando he acabado, no sucede nada, claro.

Pero ahora hay menos probabilidades de que me electrocute. Así que no está mal.

Regreso al dormitorio de Vic con el corazón latiéndome con fuerza debido a la adrenalina y al miedo.

Vic aún respira, pero ahora parece inconsciente.

—¡Vic! ¡Despierta, por favor! —Lo sacudo por los hombros y vuelvo a llamarlo con una voz aguda y aterrorizada—. ¡Vic! ¡Por favor!

Intento levantarlo, pero no puedo ni moverlo. Es unos treinta centímetros más alto que yo y, si bien está delgado, pesa mucho. Aunque lograra sacarlo de la cama, jamás conseguiría aguantarlo, se hundiría en el agua y caería al suelo. Seguramente se ahogaría. Pero tampoco puedo dejarlo aquí. Necesita atención médica. ¡Dios! ¿Qué voy a hacer?

Ni siquiera se mueve. Acercó la oreja a su boca, tal y como hizo Sam con Coco cuando sufrió la sobredosis, para comprobar si aún respira. Pero tiemblo tanto por culpa del frío que no noto nada.

Mierda. No sé qué hacer. Es que... No sé qué hacer.

En ese momento oigo una voz en la puerta.

—¿Vic? ¡Vic! Soy Julia, ¿estás bien?

—¡Julia! ¡Ayúdame!

Otra voz.

—¿Vic? ¡Soy yo, Sam!

¿Qué coño hace él aquí?

—¿Angie? —Oigo la voz aguda, angustiada y aterrada de Julia—. ¿Dónde estás? ¿Dónde está Vic?

—¡Aquí, en el dormitorio! —respondo—. Está inconsciente. ¡Creo que se ha electrocutado o algo así!

—¿Cómo has entrado?

—He forzado la puerta trasera cuando he visto que empezaba a inundarse, pero, escucha, tienes que llamar a una ambulancia. Vic no se encuentra bien y el nivel del agua sigue subiendo.

—¡Voy a llamar a emergencias! —grita Julia.

Entonces oigo la voz de Sam, pero más fuerte, y veo el haz tembloroso de una linterna en la sala de estar.

—¿Angie? ¿Dónde estás?

Al cabo de unos segundos, Sam entra en el dormitorio. La luz de la linterna es tan intensa que me tapo los ojos.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Estás bien?

—No lo sé, ¿unos cuantos minutos? Cuando he llegado Vic estaba consciente. Me ha dicho que había intentado reparar la lámpara. Creo que un rayo ha provocado una subida de intensidad o algo así. —No hago caso de la segunda pregunta de Sam.

—Angie, tenemos que hablar...

—Ahora no es el mejor momento, joder —le espeto—. Tenemos que ayudar a Vic.

—Estaba tan preocupado por ti, por que estuvieras ahí fuera con la tormenta, que no he parado de buscarte por las calles, joder...

—¡Ahora no! ¡Ayúdame a sacar de aquí a Vic!

En silencio, trasladamos a Vic hasta la puerta delantera, donde hay dos escalones que conducen a la calle. Gracias a Dios que Sam está aquí: Julia y yo no

habríamos podido cargar solas con Vic. Una vez fuera, compruebo que aquí el agua no ha llegado ni a las escaleras. Rookhaven, nuestra parte de Rookhaven, está a salvo.

Dejamos a Vic en la acera con cuidado, tumbado, con la cabeza apoyada en el abrigo de Sam. Me arrodillo junto a él y le cojo la mano.

Sam le comprueba el pulso y la respiración, tal y como he hecho yo antes.

—Ya lo he hecho yo —le digo—, pero creo que está cada vez más débil.

Sam le mira las manos.

—¿Tiene alguna herida? Las descargas eléctricas pueden producir quemaduras en la piel. ¿Hueles algo? Si ha sufrido una herida de ese tipo deberías poder olerla.

—No —respondo. ¿Una descarga eléctrica puede «freír» a alguien?

Julia aparece de nuevo por la puerta, corriendo.

—Oh, Sam, eres el mejor, gracias.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí. Cuando he llegado del trabajo me he encontrado a Sam, que venía a ver si Vic estaba bien, y resulta que hace tiempo Vic me dio un juego de llaves por si se producía alguna emergencia... Me he pasado toda la tarde atrapada en la oficina por culpa de la tormenta. ¡Ha sido una locura! ¡Nunca había visto algo así! ¿Tú dónde estabas?

Noto que Sam me mira y no levanto la mirada ni respondo a propósito. En lugar de ello, sigo acariciando la mano a Vic, que se mueve y entreabre los ojos.

—Vic, soy yo, Angie, estoy aquí con Julia...

—¡Tío Vic! —Julia se arrodilla y le coge la otra mano.

—¿La pequeña Julia? ¿Y Sammy?

—Estoy aquí, jefe —contesta Sam—. Hay una ambulancia en camino.

—Buenas noticias. —Vic esboza una débil sonrisa—. Maldita electricidad.

Cierra los ojos y lanza un profundo suspiro, entre jadeos temblorosos.

—¿Cómo sabías que Vic estaba en peligro, Sam? —pregunta Julia—. O sea, me alegro de verte, claro, pero es que...

—Llevo varias semanas trabajando para Vic, ¿recuerdas? —dice Sam—. Cuando he visto que empezaba a subir el nivel del agua, vine a comprobar que se encontraba bien.

—¡Es una suerte que hayas pensado en ello!

Una voz interrumpe la conversación.

—¿Estáis bien? Oh, Dios mío, ¿Vic? —Levanto la vista y ahí está Pia, con Coco y Madeleine.

—Está bien, creo, no lo sabemos... —digo—. ¿Dónde estabais?

—Acabamos de llegar —contesta Pia—. Estábamos atrapadas en Manhattan.

—Yo estaba con Ethan —añade Coco, al borde de las lágrimas—. Oh, Dios, pobre Vic.

Las chicas se arrodillan junto a Vic y empiezan a susurrarle al oído, pero yo no puedo dejar de mirar a Julia y a Sam. Aquí hay algo que no encaja.

—Bueno, Sam —dice Julia—, ¿ha sufrido daños el piso de tu amigo? Está en Fort Greene, ¿no?

—Está bien —responde Sam, que echa un vistazo al móvil—. ¿Habéis comprobado cómo está el resto de Rookhaven?

—Hay unas cuantas ventanas rotas, pero eso es todo. Así que aparte de este diluvio universal, ¿habéis tenido un buen día? ¿Qué habéis hecho?

Me doy la vuelta. No puedo mirar a Sam, ese mentiroso repugnante, y no soporto que Julia lo trate como si fuera un amigo, como si le gustara...

Un momento.

Yo creía que su cita del sábado había sido un completo desastre. Entonces ¿por qué parece Julia tan emocionada al hablar con él? ¿Siente algo por Sam a pesar de que él ha dicho que había sido un desastre absoluto? Tengo que poner fin a esto.

—No es quien crees que es —le espeto mirándola a la cara—. No es Sam Carter. Es un mentiroso.

Julia me mira, confundida.

—¿A qué te...?

—Es de Nueva York, no de Ohio. No es un chico pobre que dejó la universidad, sino que se licenció en Dartmouth y su familia está forrada. Y en realidad se llama Sam Rutherford.

Julia nos mira a Sam y a mí varias veces.

—No...

—He intentado explicártelo —replica Sam—. Carter es el apellido de soltera de mi madre y...

—Oh, Dios mío —dice Julia, que se tapa la boca con la mano y se aleja de Vic y de Sam.

«Rutherford.» Me mira fijamente. La ropa que llevo. La camiseta de Rutherford que me queda muy grande. Y me conoce lo bastante bien para saber que nunca me he puesto pantalones de chándal.

Julia retrocede. La sigo, incapaz de decir nada, y se apodera de mí una sensación de pánico y vergüenza.

—Has estado con él... ¿Cómo has podido...? Sabías lo que sentía... —dice con un hilo de voz. Me mira, conmocionada. No nos oye nadie más.

—No, no, no es lo que parece, o sea, por favor, Jules, ¡escúchame! —le pido con un deje de desesperación que nunca había oído. Entonces pronuncio las dos palabras que siempre dicen los amigos más traidores—. Puedo explicártelo...

En ese momento llega la ambulancia y nos distrae el personal médico que atiende a Vic. Intentamos tranquilizarlo mientras lo colocan en la camilla.

—Todo irá bien, Vic, todo irá bien —digo, y le cojo la mano con las mías.

—Ha sido una catástrofe —murmura Vic mientras le ponen una máscara de oxígeno.

—Lo acompaño. —Sam sube a la ambulancia, ajeno al drama que se ha desatado entre Julia y yo—. De camino al hospital llamaré a su familia.

Al cabo de unos segundos, se van.

Julia se vuelve de nuevo hacia mí, con el rostro inexpresivo y pálido. Pronuncia las palabras lentamente, como si cada pensamiento le produjera una punzada de dolor.

—Sabías lo que sentía por Sam. Lo sabías. Pero has pasado con él los últimos tres días. Por eso no has estado en casa. Por eso no he sabido nada de él... Oh, Dios mío, seguro que ya os visteis el sábado por la noche. Se fue del bar después que tú. Debiste de enviarle un mensaje.

—No, Julia, eso no es lo que ocurrió...

Pero no me escucha.

—Sabías que era el primer chico que me ha gustado desde hace mucho tiempo, y te lo has cargado todo. Solo para fastidiarme. De todas las malas jugadas que podías hacerme, de todas las perrerías...

—No, eso no es verdad, Jules, ¡te lo prometo! Es que, oh, Dios, ha sucedido esta noche, yo creía que sentía algo por él, pero ya no, es un mentiroso, y me ha dicho que vuestra cita fue un completo desastre, me ha dicho que no había nada entre vosotros, yo creía que ya no te gustaba y...

—¿Y ni se te ha pasado por la cabeza decírmelo? ¡Creía que eras mi amiga!
—Se le saltan las lágrimas, se da la vuelta y entra corriendo en casa.

Me vuelvo hacia Pia y Coco e intento no parecer una histérica.

—Pero ¿qué coño...? Sam me ha dicho que no había pasado nada entre

ellos. ¿Es que también me ha mentido en eso?

—No se besaron —dice Pia con cautela—. Pero...

—Sam le gusta mucho. —Coco está consternada—. Hace varias semanas que le gusta. ¿Cómo has podido hacerle algo así?

Entonces se va y sube las escaleras de casa. La sigo con la mirada.

Rookhaven se cierra de un portazo.

Hoy me han despedido de Gap, un multimillonario me ha hecho una proposición indecente, he descubierto que mi padre va a volver a casarse y a formar una nueva familia, he recorrido las calles de Nueva York bajo un aguacero, me he enamorado del chico que creía que era mi mejor amigo, he descubierto que era un mentiroso, me han partido el corazón, he sobrevivido a un tornado, le he salvado la vida a un hombre y he traicionado sin querer a una de mis mejores amigas.

Sin embargo, es la expresión de decepción de Coco, la persona más dulce que conozco, lo que me remata. Quiero desplomarme aquí mismo, hacerme un ovillo y no volver a levantarme jamás.

Soy una mala persona.

Me siento en las escaleras. Me tiemblan las manos del frío y de la vergüenza. Todavía tengo la respiración entrecortada. Me siento demasiado abrumada para llorar siquiera. Pia se sienta junto a mí, lanza un suspiro y me pasa un brazo sobre los hombros. Su lealtad tácita, a pesar de que hace varias semanas que no nos vemos, es lo único bueno de mi vida. Apoyo la cabeza en su hombro y me besa la frente, un gesto maternal que es tan tierno y cariñoso que hace que me sienta aún peor. No lo merezco.

Lo he jodido todo.

Entonces lo recuerdo.

—¿Qué hora es? —le pregunto a Pia.

Consulta su móvil.

—Poco más de medianoche.

—Feliz cumpleaños.

—Feliz cumpleaños.

—Entonces ¿te vas de verdad? —le pregunto el día siguiente a Pia, a las siete de la mañana.

Asiente.

—Creo que sí. O sea... Seguro. Quiero estar con Aidan. Hoy voy a hablar con mi jefa, a ver si puedo trabajar desde San Francisco; tenemos una oficina allí. Pero aún no he hablado con las chicas, así que no les digas nada, ¿vale?

Pia y yo estamos en la cocina, bañada por el sol, tomando café. Una taza tras otra. Esta noche no he pegado ojo. No por Sam, ni por mi padre, ni por el gran agujero negro que se ha abierto en mi vida, sino porque cuando cierro los ojos solo veo a Julia, que me mira como si acabara de clavarle un puñal en el corazón.

Oh, Dios, qué mal me siento.

El sentimiento de culpa es distinto a lo que experimentas cuando te parten el corazón. En ambos casos, no puedes eludir la sensación, que parece inextinguible y se apodera de todos tus pensamientos. Pero mientras que cuando te parten el corazón solo tienes ganas de llorar, el sentimiento de culpa hace que la vergüenza y el arrepentimiento te corroan por dentro. Y tienes la impresión de que nunca se te pasará.

—Yo también me voy —digo—. A Los Ángeles. Todo lo que ha pasado con Julia y con Sam es un motivo más para irme. Lo he jodido todo. Y creo que debería empezar de cero. Hoy cumpla veintitrés años y ha llegado el momento de que madure.

Pia asiente de nuevo.

—Lo entiendo. Los Ángeles no está muy lejos de San Francisco. Podemos vernos los fines de semana y esas cosas.

—Venga ya. ¿Es que Aidan y tú no vais a vivir en un mundo de ensueño solo apto para parejas? ¿Iréis a pasar los fines de semana a Napa, o al maldito lago Tahoe a hacer esquí acuático? ¿No haréis senderismo? Estoy segura de que cuando vives en California el senderismo es obligatorio.

Pia sonrío y me coge la mano.

—Te lo prometo, zorríta. Jamás haré senderismo.

—¿No te da miedo? Dejar todo lo que conoces para irte a vivir con un tío...

—¿Miedo? No... Quiero a Aidan. El amor no da miedo.

Sí que da miedo, pienso, pero no se lo digo. Mi voz se convierte en un leve murmullo.

—Pero ¿y si cambia de opinión?

—¿Crees que Aidan cambiará de opinión?

—No, no... Me refiero a... ya sabes. Hablaba desde un punto de vista teórico. Todo esto del amor... Estas cosas pasan cuando menos te lo esperas. En un momento dado te sientes a salvo y feliz, y al cabo de un segundo todo se ha acabado y resulta que confiabas en alguien en quien no deberías haber confiado.

Pia me observa fijamente, pero soy incapaz de mirarla a los ojos. Siento una fría tranquilidad en mi interior.

—No puedes tener miedo de eso —repite Pia en voz queda—. Solo puedes tener... esperanza.

La esperanza es para inocentes y para perdedores. Pienso en mi madre, que siempre esperaba que la situación con mi padre mejorara, que siempre esperaba que él dejara de mentirle y volviese a casa... ¿Cómo se puede ser tan ingenuo? Pero luego pienso en Pia, que el año pasado asumió un gran riesgo, que nunca perdió la esperanza de que la combinación perfecta de optimismo, esfuerzo y suerte la ayudaría a alcanzar su objetivo. Y así fue.

Oh, Dios. No lo sé. Si intento comprender el mundo observando a la gente que forma parte de mi vida, me siento aún más confundida.

Tomo otro sorbo de café y miro a Pia.

—Voy a echarte mucho de menos, zorríta.

—¿Ah, sí?

—Claro que sí —le digo—. Me alegro de que seas feliz, claro, y de que Aidan sea genial y todo eso, pero... es que ya te he echado mucho de menos los últimos meses, cuando pasabas tanto tiempo con él. Imagina lo mucho que voy a extrañarte cuando vivas en otra ciudad.

—¿Hablas en serio?

—¿Te sorprende?

—Es que... Nunca te comportas como si me necesitaras. Nunca te comportas como si necesitaras a alguien.

Me quedo pasmada.

—Me salvaste la vida cuando bajé de un taxi en el puente de Brooklyn. Me salvaste la vida cada vez que me invitaste a pasar las vacaciones con tus padres, porque los míos eran unos capullos y con vosotros me sentía a salvo. —Respiro hondo—. Y me salvaste la vida cuando me trajiste a Rookhaven. Siempre me salvas. Eres mi... mi ángel de la guarda.

Pia estira los brazos y me da un fuerte abrazo.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

—Damos mucha pena —añade, con los ojos arrasados en lágrimas.

—Lo sé —admito, y noto ese nudo en la garganta que me resulta tan familiar y tan doloroso. Seguramente no volveré a vivir con Pia. Y no disfruté al máximo de su compañía mientras podía. Me limitaba a emborracharme, a hacer lo que me daba la gana y a comportarme como si no me importara nada ni nadie.

Soy una idiota.

Pia parece absorta en sus pensamientos.

—Vaya, no sé. Debería estar radiante de felicidad porque voy a pasar todo el tiempo con Aidan cuando me traslade... Entonces ¿por qué me siento tan

deprimida?

—Es la depre del cumpleaños.

—Sí. No los soporto.

Resulta extraño cumplir años el mismo día que tu mejor amiga. Pia y yo nos parecemos mucho. Ambas actuamos antes de pensar, tenemos un largo historial de malas decisiones en lo que respecta a los hombres, el mismo sentido del humor estúpido. Pero al mismo tiempo somos muy distintas. Ella tiene don de gentes, es melodramática y encantadora a la vez, alguien capaz de enfrentarse a lo que le echen, una amiga comprensiva, escandalosa y fiel. Yo soy individualista, más dura, más tozuda, lo interiorizo todo, soy soñadora y no levanto la voz.

Y salta a la vista que no soy una amiga fiel.

Es lo que menos me gusta de mí.

Esta mañana no he visto a Julia. Creo que se ha ido a trabajar antes de que me levantara. Coco ha entrado en la cocina para prepararse el desayuno, pero ni siquiera me ha mirado, y Madeleine se ha ido a correr hace media hora sin dirigirme la palabra.

Supongo que me lo merezco.

Cuando pienso en que anoche, durante tan solo unos minutos, mi vida parecía perfecta, en que no tenía ninguna duda, y en lo equivocada que estaba otra vez, en que todo lo relacionado con Sam —¡el chico al que creí que quería!— era una gran mentira, siento una tristeza insondable. Mi amistad con Sam nunca existió de verdad. Siento un dolor tan grande que creo que no me imagino recuperándome.

Entonces pienso en la mirada que me lanzó Julia cuando descubrió que había estado con él, y en la reacción de Coco, y me siento arrollada por un inmenso sentimiento de culpa y de arrepentimiento. He traicionado a mi amiga.

Y ese sentimiento es mucho peor que cualquier pena de amor.

—Tengo que hacer las paces con Julia —le digo a Pia—. Tengo que demostrarle cuánto lo siento.

Pia suspira.

—Mira, zorrита, acaba de ocurrir. Ya se le pasará. Dale tiempo.

—Pero ¡me voy a Los Ángeles! ¡No tengo tiempo!

—Tienes que pagar por tus pecados —dice una voz. Madeleine vuelve de correr, rebosante de salud, roja de tanto sudar, después de hacer ejercicio... Todas esas cosas que nunca me importarán.

—Gracias por tu apoyo —le espeto—. No sabía que Sam le gustara tanto. Él me dijo que no pasó nada. Y no lo sabía.

Se me quiebra la voz y me tapo la cara con las manos. Dios, por favor, no quiero llorar delante de las chicas.

—Oh, buaaah —exclama Madeleine mientras hace estiramientos apoyada en la encimera.

—Basta ya, Maddy —dice Pia—. No tiene gracia.

—Lo siento —contesta, y se sienta a la mesa—. No llores, Angie, ¿vale? Lo siento.

—Siempre tienes que ser tan bruja —contesto intentando reprimir las malditas lágrimas.

—Solo intentaba ser ingeniosa —dice—. Tú siempre haces comentarios hirientes como ese.

Levanto la cabeza.

—¿De verdad? Pues no lo hago a propósito. La mayoría de las veces no pienso en lo que digo de los demás. No sé, es como si viviera en mi propio mundo.

—Yo también —responde Madeleine—. Es un infierno.

Esa afirmación es tan melodramática y tiene tan poco que ver con los modales comedidos habituales de Madeleine que Pia se echa a reír. Yo intento sonreír, pero me siento como si tuviera la cara de hormigón. Pesada y gris.

—¿Cómo está Vic? —pregunta Madeleine.

—Bien —responde Pia—. Julia me ha enviado un mensaje. Seguirá ingresado unos días más.

—¡Ah, eeh! ¡Feliz cumpleaños! —exclama Madeleine. Pia y yo hacemos un gesto con la cabeza, como dando a entender que preferimos no hablar del tema—. Jesús, vale. —Entonces se vuelve hacia mí y carraspea—. Angie, esto... No te he dado las gracias por lo que hiciste en el bar el sábado por la noche. Por empezar a bailar cuando estaba cantando. Estaba nerviosísima, tenía mucha vergüenza, pero cuando te vi bailar fue como si... Como si de repente hubiera recordado cómo disfrutar de las cosas.

—Cantas muy bien —le digo—. De verdad. Tienes mucho talento. Además, ya sabes, quería presumir de mis grandes dotes para el baile.

—En realidad, bailas bastante mal. —Madeleine esboza una sonrisa—. Pero eres una buena persona.

Y ya está, empiezan a resbalarme las lágrimas por las mejillas de nuevo.

—No es verdad... No soy una buena persona. —Me tiembla la voz—. Siempre me equivoco en todo lo que hago. Soy mala, siempre tomo la decisión equivocada, soy una mala amiga, la peor del mundo...

Me tapo la cara con las manos para intentar contener las lágrimas, el arrepentimiento y la tristeza. Pia me rodea con el brazo, pero esta vez me aparto. No puedo apoyarme en ella. No me lo merezco.

—Basta de autocompasión —dice Madeleine con firmeza—. Intenta arreglar la situación. Está en tus manos hacerlo. Discúlpate.

—Pero ¿qué le digo? —Tengo la voz ronca de la tristeza—. ¿«Siento haber besado al tío que te gusta»? Julia está muy dolida, le ha afectado mucho. Y lo sabes. Esto confirma todo lo que siempre ha pensado de mí.

—Tú abre la boca y di cómo te sientes —me indica Pia.

Me quedo mirando la mesa de la cocina tan fijamente y durante tanto tiempo que empieza a balancearse ante mí.

—Me da la sensación de que tengo que hacer algo espectacular —digo—. No sé, como si tuviera que presentarme en el trabajo de Julia con un globo que diga «Lo siento».

—Dios, no, no hagas eso —replica Madeleine—. Trabaja en un banco de inversiones, como hagas algo así la matan... Oh, Dios mío, ¿es tan tarde? ¡Tengo que irme a trabajar!

—Yo también —contesta Pia—, pero antes quiero pasar por el hospital a ver cómo está Vic. —Se vuelve hacia mí—. ¿Nos vemos en casa esta noche, zorrита? ¡Tal vez te vendría bien una puesta en común de ideas para lograr que Julia te perdone!

—Puesta en común de ideas... Joder, menuda jerga, hablas como una mujer de negocios —le digo.

Pia me guiña un ojo y me enseña el dedo.

—Hasta luego, zorrита.

Cuando las chicas se han ido, intento hacer justamente eso. Me siento a la mesa y trato de hacer una lista de posibles estrategias para decirle a Julia que no la he traicionado, que aprecio tanto su amistad que lamento muchísimo haberle hecho daño.

Pero no se me ocurre nada.

En lugar de ello, hago una lista de cosas que me gustaría cambiar de mi vida. Sin ningún orden en concreto:

No hablarme con mi madre
La boda y el bebé de mi padre
No tengo profesión
No tengo dinero
No sé qué hacer con mi vida
Todo lo que ocurrió en el yate
La noche en el Soho Grand
La discusión con Sam
Haberle hecho daño a Julia

Que yo sepa, en estos momentos solo puedo cambiar dos de esas cosas. La

primera y la última.

Así que cojo el teléfono y llamo a mi madre al móvil. Responde al segundo timbrado.

—¿Angelique?

—Eh... hum... sí, soy yo.

—¡Cariño! ¡Feliz cumpleaños, cielo! Estaba a punto de llamarte, pero no sabía si... Quiero decir, ¡me alegro muchísimo de tener noticias tuyas!

No sé cómo reaccionar... ¿Qué me ha dicho Pia? «Abre la boca y di cómo te sientes.»

—Siento haberte dejado plantada aquel día, cuando me contaste lo del divorcio —le digo—. Fue una reacción precipitada y... hum... inmadura. Debería haberme quedado contigo para hablar un rato. Y perdón por no haber respondido a tus llamadas.

—Oh, cielo... —contesta mi madre, muy emocionada—. Te entiendo. Debería haberte dado la noticia con más tacto, y no en público. Tu padre me había llamado esa misma mañana y, bueno, aún estaba bastante afectada, es que... —Respira hondo.

—Va a casarse. Y ella está embarazada —digo con voz inexpresiva—. Lo sé. Anoche me encontré con él. —¿Fue anoche cuando estuve en la Minetta Tavern? Tengo la sensación de que sucedió hace una eternidad.

—Esperaba que te llamase para contártelo... Me preocupaba mucho. Debería habértelo contado yo.

—No pasa nada. No tenías por qué hacerle todo el trabajo sucio. —Y yo tampoco—. ¿Cómo te sientes, mamá? ¿Estás bien? —No recuerdo la última vez que pronuncié esa palabra. «Mamá.» Siempre la he llamado Annabel. La desmaternicé. Como si fuera un castigo. Me he comportado como una cría.

—Estoy bien. ¡De verdad! —exclama de repente con voz alegre—. Lo nuestro se había acabado hace ya mucho tiempo... Y estoy contenta con mi vida. He decidido quedarme en Boston, todas mis amigas están aquí y tu padre tampoco es el dueño de la ciudad, ¿verdad? Voy a alquilar un pequeño

apartamento precioso y lo llenaré de flores dos veces a la semana, porque ¿quién puede estar triste cuando está rodeado de flores? Además, últimamente he estado muy ocupada con mi trabajo de voluntaria. ¡Vamos a organizar un baile de máscaras con fines benéficos! —Estalla en carcajadas de auténtica alegría—. ¿Te lo puedes imaginar? ¿No es fantástico?

—Suena muy bien... Pero ¿por qué eres amiga de esas mujeres? —le pregunto—. No son más que un grupo de brujas ricas de la alta sociedad.

—¿Quieres que te diga la verdad? Me caen bien porque siempre están haciendo algo. Conozco a muchísimas mujeres de mi edad que no hacen nada con sus vidas. Se limitan a ver la tele y a cotillear. Es deprimente. Y, bueno, estas mujeres me pagan muy bien por ayudarlas a organizar sus actos. No voy a depender de tu padre nunca más, de ninguna forma. Es una sensación maravillosa.

A mi madre le gusta trabajar. Menuda revelación.

—No sabía qué querías para tu cumpleaños, así que te he hecho una transferencia de mil quinientos dólares a tu cuenta. Una pequeña sorpresa de cumpleaños.

—No, no lo necesito —me apresuro a decir—. De verdad, mamá, te lo juro...

—¡Demasiado tarde, ya está hecho! Venga, si algo recuerdo de cuando tenía veintitrés años es que nunca me sobraba el dinero... Bueno, ¿qué novedades hay en tu vida, cielo? ¿Cómo está Pia?

Y puuum, empezamos a hablar, a hablar de verdad, por primera vez desde hace años. Le hablo de Rookhaven, de mis compañeras de piso, de que he intentado conseguir trabajo y encontré uno en Gap...

—¿Y cómo va con los chicos?

Suspiro.

—También estoy fracasando en eso.

—No se llama fracaso, cielo. Se llama vivir. Sigue intentándolo. La gracia está en probarlo. Si quieres ir a Los Ángeles, creo que es una idea maravillosa.

Para mí lo más importante es que seas feliz.

Pienso en lo que acaba de decirme... Bueno, tal vez no debería haberme enviado a un internado sin preguntármelo, pero ella creía que estaba haciendo lo mejor. Solo intentaba hacerme feliz.

Mientras yo hacía todo lo posible por hacerla infeliz. Pero sé que no voy a poder remediar todo eso con una llamada. Llevará su tiempo.

—Me alegro mucho de que hayas llamado —dice—. No sabía si querrías hablar conmigo; últimamente he pensado mucho en ti.

—Yo también, mamá. —Hago una pausa—. Tal vez podrías venir a verme a Los Ángeles. O podría ir yo a Boston a verte.

—¡Claro que sí! ¡Me encantaría! Cuando quieras. Te quiero.

—Yo también te quiero, mamá.

Cuelgo el teléfono con una sonrisa.

«¿Quién puede estar triste cuando está rodeado de flores...?»

Se me ocurre una idea.

—No me puedo creer que vivas en este edificio. —Edward se tapa la boca con un gesto de incredulidad—. ¿Tienes idea de lo afortunada que eres?

Levanto la vista hacia Rookhaven.

—Es bonito, ¿eh?

—¿Bonito? Increíble, eso es lo que es. ¿Acabas de llegar a la ciudad y has conseguido un sitio como este? ¿Sabes cómo era mi apartamento, antes de que conociera a Adrian? Tenía manchas de sangre en la bañera y restos de tiza del perfil de un cuerpo humano en el suelo.

Suelto una carcajada.

—Lo sé, lo sé. He tenido suerte.

—Y quieres irte —dice Edward, que abre la puerta trasera de su furgoneta—. Tú te has vuelto loca.

Estoy delante de Rookhaven con el novio de Adrian, Edward, el chico que conocí en Gap, junto a su furgoneta de reparto de flores. Su segunda furgoneta está justo detrás de nosotros.

Vamos a llenar Rookhaven de flores para Julia.

Esta mañana, en cuanto he acabado de hablar con mi madre, le he enviado un mensaje de texto a Adrian para pedirle el número de teléfono de Edward, luego le he llamado y le he contado la situación. Juntos hemos comprado hasta la última hortensia, la flor favorita de Julia, de Nueva York. Tenemos bastantes para llenar el pasillo, la sala de estar y todos los dormitorios de Rookhaven. Y cualquier otro lugar que se me ocurra.

Me ha costado casi la mitad del dinero que me ha regalado mi madre, a pesar de que Edward me ha conseguido un buen descuento. Nunca hay que subestimar el poder negociador de un florista que tiene una misión. Pero ha valido la pena. Va a quedar precioso.

Edward me ha prestado hasta los jarrones. Y dos de sus chicos de reparto

van a ayudarme a descargar y preparar las flores. Tampoco quiere cobrarme por su ayuda.

—Es por una buena causa —me ha dicho con tono burlón cuando me he quejado—. ¡Ya te dije que necesitas a tus amigas para sobrevivir en esta ciudad! Haz todo lo que puedas para no perderlas. Además, te debo una. Por nuestra culpa te despidieron de Gap, ¿recuerdas?

A pesar de que somos cuatro, es agotador descargar y distribuir todas las flores y jarrones por la casa. Cada vez que subo las escaleras, miro hacia el apartamento de Vic. La puerta delantera está abierta. De vez en cuando oigo algún golpe y gritos, y fuera hay un gran generador conectado a varias mangueras. Supongo que están extrayendo toda el agua. Me pregunto si Sam está ahí, ayudando a repararlo todo. Pero si es así, no se acerca a la puerta de la calle.

En fin, mejor. De todos modos no quiero verlo.

Al cabo de una hora estoy empapada en sudor y roja por el esfuerzo, pero Rookhaven está transformada. Unos grandes jarrones colmados de hortensias decoran los escalones de la entrada, y dentro todas las habitaciones están llenas de unas flores preciosas que descansan en jarrones de todas las alturas y tamaños. Después del invierno más largo y frío que recuerdo, es como si la primavera hubiera estallado en casa.

Y cuando Julia llegue esta noche después de trabajar, verá sus flores favoritas allí donde mire.

Tal vez así se plantee la posibilidad de perdonarme por ser tan mala amiga.

—Gracias —le digo a Edward cuando hemos acabado—. No podría haberlo hecho sin ti.

—De nada, cielo —contesta, y me besa tres veces en las mejillas a modo de despedida—. Por cierto, mi radar detector de corazones rotos se vuelve loco cuando estoy contigo. ¿Quieres hablar de ello?

Lo miro fijamente. Estoy tan cansada de llorar que ni siquiera se me hace un nudo en la garganta.

—Creo que si hablo del tema, me desmoronaré.

—Oh, cielo. —Edward lanza un suspiro y me da un gran abrazo. Últimamente no paro de abrazarme con la gente. Y me encanta.

Subo a darme una larga ducha y me visto. Más tarde, cuando Coco llega a Rookhaven del jardín de infancia, oigo su grito de sorpresa al subir las escaleras. Cuando entra en el pasillo, se le desencaja la mandíbula.

—¡Caray! ¡Oh, Dios mío! ¡Esto es increíble! ¿Quién ha hecho todo esto?

—He sido yo —digo desde mi posición estratégica, junto a la puerta de la cocina.

A Coco se le borra la sonrisa cuando me ve. La lealtad entre hermanas es más fuerte que la amistad. Siempre.

—Es para Julia —me apresuro a explicar—. Quiero que sepa que siento mucho lo que sucedió con Sam, que siento haberle hecho daño. Ya sabes, me dijo que solo eran amigos, que la cita había ido muy mal. Y esa noche se me fue la cabeza, pero, bueno, no busco excusas. Creía que sentía algo por él. Pero no nos acostamos, solo nos besamos.

Coco me mira unos segundos y entrecierra los ojos con gesto de recelo.

—Siempre me había preguntado por qué no te gustaba. Os lleváis muy bien y él es tan... bueno, ya sabes, tan guapo.

—Solo éramos amigos. Te lo juro. Sin embargo anoche pensé que tal vez había algo más... Pero me equivoqué. Es un sociópata. Me dijo que era un chico normal que trabajaba en yates para llegar a fin de mes, y resulta que es el típico niño rico, chulo y salido que siempre he intentado evitar.

—¿Por qué?

—¿Qué?

—¿Por qué te mintió?

—Porque eso hace la gente: guardar secretos y mentir.

—No, me refiero a... ¿Qué motivos tenía para mentirte? Lleva varios años trabajando en yates, ¿no? No es que lo hiciera para poder mentir si alguna vez conocía a una chica llamada Angie que odia a los niños ricos.

Me quedo mirando a Coco, intentando disimular mi sorpresa.

—¿Me estás diciendo que en realidad no es que el mundo esté siempre contra mí?

Se ríe.

Me lo tomo como una señal de perdón.

—Coco, te juro que no quería hacerle daño a Julia... Voy a escribirle una nota, ¿de acuerdo? ¿Te importaría dársela cuando llegue a casa?

—¿Adónde vas?

—A ver a Vic al hospital.

Además, quiero que Julia vea las flores, lea nota y luego decida si me perdona sin que yo esté delante. Cuando estás enfadada con alguien, a veces el mero hecho de ver a esa persona hace que estalles. Esto es como entrar por una puerta lateral y pedir perdón.

Me lleva un rato escribir la nota. No estoy acostumbrada a expresar mis sentimientos. Pero al final doy con el tono adecuado. Espero.

Julia: Siento mucho lo de Sam. No sé si querrás conocer todos los detalles, pero esto es lo que pasó: me dijo que vuestra cita no había ido bien, que solo erais amigos. Mi padre acababa de darme una noticia. Yo estaba disgustada, Sam estaba ahí y nos besamos. Creí que sentía algo por él, pero me equivoqué. Nunca en la vida te haría daño a propósito y no soporto que estés sufriendo tanto por mi culpa. Nuestra amistad es lo único de lo que estoy orgullosa desde que llegué a Nueva York. Espero que esto no sea el fin. Lo siento. Besos, A.

Luego cojo mi bolso dorado, el que hice hace varias semanas, y me voy al hospital. Me gusta el tacto del bolso. Supongo que tendré que dejar a Drakey y mi máquina de coser aquí cuando me vaya... Qué rabia. Pero siempre puedo sustituirlos por otros en Los Ángeles, ¿no?

Hoy es la primera vez desde hace mucho tiempo que el cielo de la tarde es azul, pero azul de verdad. Como si la tormenta hubiera echado al invierno y lo hubiera limpiado todo. Este año parecía que el frío iba a ser eterno, pero nunca es así. Al final siempre llega la primavera. Debería dejar de sorprenderme cuando sucede.

—Toc, toc... —susurro en la puerta de la habitación de Vic, que está tumbado en la cama haciendo el crucigrama de *The New York Times* y lleva un pijama azul claro—. ¿Por qué haces el crucigrama? —pregunto—. ¿Es que te gusta ponerte nervioso?

—¡Angie! Hola... ¿Te refieres a esto? —Señala el periódico—. Me recuerda a mi mujer. Eleanor lo hizo a diario, desde 1942 cuando empezó, y ella solo era una adolescente, hasta el día que murió. Así que intento hacerlo todos los días, como haría ella, y me digo a mí mismo, caray, Eleanor sabía cómo hacer que la cabeza me diera vueltas.

—Parece que era una mujer inteligente.

—Lo era. Y difícil y maravillosa. —Dobla el periódico y lo deja en la mesa plegable—. Como las mejores cosas de esta vida. Siéntate.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto. Es raro verlo en pijama. Casi parece más vulnerable que cuando estaba inconsciente, vestido y empapado delante de Rookhaven anoche.

—Estoy bien —responde—. Sufrí una descarga con suficiente voltaje para poner en marcha un coche. ¿Te lo puedes creer? Todo por culpa de esa maldita lámpara. Me quedé paralizado... Caí en la cama. Cuando recuperé el conocimiento ahí estabas tú. Mi pequeña Angie de la guarda.

Me río.

—Nunca me habían llamado así.

—¿Alguna vez te has electrocutado?

—No.

—Es una sensación rara. —De repente Vic habla con una voz áspera—. Durante unos segundos, todo da vueltas. Yo sabía lo que estaba sucediendo, pero no podía moverme, no podía hacer nada... Aún se me corta la respiración.

Alguien llama a la puerta con impaciencia. Es una enfermera.

—Lo siento, pero se ha acabado la hora de las visitas.

—Es mi nieta.

—Ha firmado como amiga.

—Bueno, es que en mi familia nos llevamos muy bien. Tengo cinco nietas. Son muy importantes para mí.

Me vuelvo hacia Vic y me guiña un ojo, pero parece cansado.

—No importa, debería irme —le digo—. Tú descansa. ¿Vuelves a casa mañana?

—Te lo prometo. —Vic me lanza una sonrisa y su cara se llena de arrugas—. Pórtate bien con tu chico, ¿me oyes? Vale mucho. Es uno de los buenos. ¿Sabías que ha pasado la noche entera conmigo en el hospital?

—¿Ah, sí? —Me sorprende, aunque no debería. Es lo típico que haría Sam.

Pero no es mi chico.

—No se ha ido hasta que mi sobrina ha aparecido por la mañana. Nunca había visto una tormenta así en Brooklyn. Podrían haber muerto muchas personas. Me alegro de que hayamos tenido tanta suerte.

Salgo del hospital y las palabras de Vic resuenan en mi cabeza. «Uno de los buenos.»

Ja.

Anoche, durante unos segundos, mi mundo también empezó a dar vueltas. Durante un momento fugaz, yo quería a Sam y él me quería a mí, y todo encajaba. Creí que era algo real. Una simple historia de amor verdadero y afectuoso, como las que lees en las novelas románticas. (Bueno, como las que leo yo.) Por primera vez en mi vida me sentía... realizada. Completa.

¿Por qué se inventó Sam todas esas mentiras? Debía de tener un motivo. Podría averiguarlo ahora mismo. Podría hablar con él, podría dejar que se explicara...

Pero no lo haré. Primero porque disgustaría a Julia, y segundo porque tengo que ir a comprar un billete de avión para Los Ángeles con el resto del dinero que me ha dado mi madre. Ha llegado el momento de empezar de cero. No tendré dinero, pero encontraré trabajo en cuanto aterrice —en el maldito Gap si es necesario—, y luego ya veré qué hago. Mi vida va a cambiar.

Entonces me suena el teléfono y miro la pantalla. ¿Cornelia? ¿Qué quiere?

—¿Diga?

—¡Angie! Cielo. ¡Emergencia! Te necesito. El baile del Met es esta noche y la estúpida secretaria que contraté en Francia acaba de dejarme tirada, la muy zorra. Te pagaré el doble de lo habitual; solo necesito que te encargues del coche y cosas parecidas. ¿Cuánto tardas en llegar aquí?

Miro el reloj. Son las cinco.

—Estoy en Brooklyn. Llegaré dentro de media hora.

—Joder, estoy harta de que todo el mundo viva en Brooklyn. ¡Date prisa!

Y clic, cuelga.

Cornelia vive en un loft del West Village. Es un barrio lleno de boutiques y pequeños cafés, esa fotografía perfecta de Manhattan que te hace sentir una mezcla de anhelo y resentimiento.

También está atravesando una fase de «tugurio intelectual en el centro», o al menos eso fue lo que su madre le dijo a la mía. (La madre de Cornelia es una gran dama de la sociedad de Boston que se casó con un hombre, que era mucho mayor y muy rico, se trasladó a Nueva York y tuvo a Cornelia y a su hermano. Regresó a Beacon Hill, en Boston, hace dos años, cinco minutos después de que él hubiera muerto.)

El loft ha sido decorado por profesionales, cómo no, con un estilo desordenado, bohemio y chic. Hay montones de libros (que Cornelia no ha leído) por todas partes, muchos objetos monísimos de mercadillos de París que descansan en mesitas de quince mil dólares, alfombras suntuosas y sofás grandes y mullidos; lo típico, vamos. Es un piso tal vez demasiado abarrotado, tal vez demasiado impecable, que tiene ese brillo inmaculado que solo se consigue cuando tienes una mujer de la limpieza a tiempo completo.

Llego de manera algo precipitada y encuentro el loft sumido en el caos.

—¡Mierda! —le oigo gritar a Cornelia desde su dormitorio—. ¡Esto es una Puta pesadilla! ¿Por qué me tiene que ocurrir esto siempre a mí?

—¡Hola, Cornie! —le digo—. ¡Soy yo! ¡Angie!

Le doy un beso rápido a su maquillador. Se llama Keith. Nos conocimos el año pasado, durante las vacaciones, cuando Cornie salía todas las malditas noches y yo era la idiota que le elegía los zapatos apropiados y la ayudaba a pedir las joyas adecuadas y me aseguraba de que tuviera siempre ropa interior limpia, suficiente maquillaje tanto para la cara como para el cuerpo y, arg, de todo.

Pero esa presión no es nada en comparación con la de hoy. El baile del Met es una gala a veinticinco mil dólares la entrada para celebrar la inauguración de la exposición de moda del Metropolitan en el Instituto del Vestido. Para el mundo de la moda, es como los Oscar, la Navidad y la Nochebuena todo junto, y

todo aquel que sea alguien asiste a la gala, desde diseñadores a editores de *Vogue*, modelos, famosos interesados en la moda e incluso estrellas del deporte, y todos llevan la ropa más elegante y glamurosa que haya visto cualquiera jamás. Si te gusta la moda, el baile del Met es tu meca.

—Hola, cielo —susurra Keith—. Va a ser una noche dura.

—¡Angie! —grita Cornie—. ¡Ven aquí! ¡Joder!

Cruzo corriendo el salón y el pasillo decorado con tapices, y entro en el dormitorio principal, de un blanco inmaculado, atravesando un armario (que, sinceramente, es más grande que mi dormitorio y que haría llorar a cualquiera de envidia) hasta el vestidor, donde Cornie está mirándose en el espejo mientras Bibi, su peluquera personal, le seca el pelo.

—Para, Bibi —le ordena chasqueando los dedos—. Angie. Lauren acaba de enviarme un mensaje. La zorra de Olivia va a llevar el mismo Zac que tenía pensado ponerme yo. Será guarra. Tengo que hablar con Zac. Llámale.

—Hum... vale. —Salgo y regreso junto a Keith—. Necesito el número de teléfono de Zac Posen.

—Pues la única que lo tiene es Cornelia. —Keith tiene la manía de hablar haciendo especial hincapié en la mitad de las palabras—. Se está volviendo loca. Ha conseguido una entrada solo porque ese tal Rutherford está en la junta o algo así. —Baja la voz—. Esto está muy por encima de sus posibilidades.

—¡Angie! —grita Cornelia—. ¿Has dado con Zac?

De repente entiendo por qué está histérica. Cornelia lleva un par de años merodeando en los niveles más bajos de la cadena alimentaria de la alta sociedad. Es rica, pero no superrica. Tiene servicio de coches, pero no un chófer permanente, peluquera, pero no estilista. Es ambiciosa: quiere ser una habitual de las páginas de sociedad, que le pongan su nombre a un bolso, abrir una boutique de artículos de lujo en los Hamptons y lanzar una marca de maquillaje en Japón. Hoy tiene la oportunidad de subir en la escala de la alta sociedad neoyorquina. Es una entrevista de trabajo.

Regreso al vestidor de Cornelia e intento adoptar un tono seguro, como si no estuviera mintiendo.

—¿Puedes darme su número de teléfono? Tengo el antiguo.

—Ponte al día, Angie, se lo cambió hace seis meses. —Me da su móvil sin dejar de mirarse en el espejo—. Dile que si Olivia va a llevar el vestido rosa tengo que saberlo, porque tengo uno amarillo, y dile que me diga si Lauren me está mintiendo porque entonces me cargaré a esa bruja esta noche.

Asiento y salgo de la habitación mientras empieza a sonar el tono de llamada.

Al final, al undécimo tono, salta el buzón de voz.

—Hola, soy Angie James y me gustaría hablar con el señor Posen en nombre de Cornelia Pace, que desea realizar una consulta urgente sobre un vestido para el baile del Met de esta noche. ¿Podría llamarnos, por favor? —Dejo mi número y cuelgo.

¿A quién quiero engañar? Zac Posen no me llamará jamás. No le importa en absoluto lo que vaya a ponerse Cornelia. No es lo bastante importante.

Entonces lo recuerdo. Candie Stokes viste a las mujeres más importantes de la alta sociedad. Y si no las viste, sabrá qué van a ponerse, ese es su trabajo. Y aunque a mí nunca me cogería el teléfono, estoy segura de que su tercera secretaria sí que me atenderá.

De modo que me veo obligada a llamar a Edward por segunda vez en un mismo día.

—¡Edward!

—¡Angie! ¡Cariño! ¿Qué tal las flores?

—¡Son perfectas! ¡Absolutamente perfectas! Pero... esto... Vuelvo a necesitar tu ayuda. ¿Podrías llamar a la secretaria con la que siempre hablas de la oficina de Candie Stokes y averiguar quién va a llevar un Zac Posen al baile del Met de esta noche? Por favor, por favor. Sé que es una petición muy extraña, pero estoy con Cornelia Pace, y...

—¡Oooh! ¡Me encantan las emergencias de la alta sociedad! ¡Claro que voy a ayudarte! Pero solo si me prometes que no te mudarás a Los Ángeles. ¡Quiero que seas mi mejor amiga!

Los ojos se me arrasan en lágrimas. Es adorable. Pero tengo que irme. El caos de trabajar para Cornelia es una gran distracción, pero sé que en cuanto me quede a solas, empezaré a pensar en Sam y me pondré a llorar. Me ha pasado dos veces en el metro de camino hacia aquí, y parecía un bicho raro. Tengo que empezar de cero.

No puedo decir nada, aunque Edward no se da cuenta.

—¡Te llamo en tres minutos! ¡No te alejes del teléfono!

Tal y como me ha prometido, me llama al cabo de tres minutos. Y las noticias no son buenas.

Regreso al vestidor, donde Keith le está haciendo un masaje de drenaje linfático a Cornelia, que está convencida de que esta técnica le resalta los pómulos.

—Cornelia, Olivia va a llevar el vestido rosa. Natalie y Anna también llevan un modelo de Zac. He averiguado lo que van a ponerse esta noche el resto de las clientas de Candie Stokes. —Le entrego la lista—. *Voilà*.

—¡Oh, Angie, eres la mejor! —Lee la lista y levanta la cabeza—. Esas zorras se lo han quedado todo —añade con un dejo de pánico—. ¡No tengo nada! ¡Oh, DIOS mío!

Se levanta de la silla, profiere un gemido que hiela la sangre, se deja caer al suelo y se tira del pelo.

—¡Aaagr!

Intercambio una mirada con Bibi y Keith, que guardan silencio en actitud pasiva, como acostumbran a hacer. Alguien tiene que tomar el control de la situación.

—Cálmate, Cornelia. Seguro que se nos ocurre una solución —le digo—. A ver, si los grandes nombres están copados, ¿por qué no llamamos a alguien más nuevo? A un diseñador prometedor y con futuro.

—¡No quiero llevar un maldito vestido prometedor! —Cornelia grita a la moqueta—. ¡Quiero un maldito Óscar de la Renta! ¡Un maldito Armani Privé! ¡O un maldito Atelier Versace! ¡O...!

—¿Y el chico ese que cortaba para Vera Wang? —La interrumpo antes de que mencione todas las marcas de alta costura precedidas de un «maldito»—. He leído en *Women's Wear Daily* que acaba de crear su propia línea de ropa.

—Vera y yo discutimos cuando se negó a diseñarme el vestido para el baile del instituto siguiendo mis instrucciones. Odio a esa zorra y odio a todo el mundo que trabaje para ella —dice Cornelia, con la voz amortiguada por la moqueta.

—Vale... —Le doy vueltas a la cabeza. Hay alguien más, sé que tiene que haber alguien más—. ¡Espera! ¡Lo sé! ¡Sarah Drake! Trabajó para Narciso Rodriguez, ¿lo sabías?

—Me encanta. —Cornelia levanta la cabeza—. Pero está ese grupito de actrices que son unas zorras y siempre llevan sus diseños.

Estoy harta de que Cornelia llame «zorras» a las demás mujeres del mundo.

—Pues ha creado su propia marca, Drake, hace unos seis meses. ¡Conocí a su becario, Philly Meyer, en Starbucks cuando estaba haciendo entrevistas en el distrito de la moda! ¡Somos amigos en Facebook! No tardaría ni diez minutos en ponerme en contacto con ella.

Cornelia me mira y sus ojos azul pálido refulgen con esperanza.

—Hazlo.

Y funciona. A las seis y media Philly Meyer envía por mensajero tres vestidos directamente desde el taller de Sarah Drake, que está en la calle Treinta y siete. Nos los prestan gratis: será una buena publicidad para Sarah Drake. Cornelia no es una famosa de primera línea, ni siquiera de segunda, pero hoy cualquiera que vaya al baile del Met tiene cierto caché.

Gracias a Dios que Cornelia tiene una talla estándar. Supongo que toda esa coca tenía que servir para algo.

Se prueba los tres vestidos, uno a uno, y desfila frente a Bibi, Keith y yo.

El primero se llama, según la etiqueta de Sarah Drake que venía con el envío, Bettina. Es rosa palo, sin tirantes, y con él Cornelia parece un tulipán del

revés, lo que no la favorece en nada. Sería perfecto para alguien más atrevido, pero no para ella, que es tan clásica como el pan blanco.

—¡Increíble! —exclaman Bibi y Keith. Caray. Está claro que no le queda bien.

—No. Demasiado floreado —digo.

Cornelia asiente con un gesto obediente y se quita el vestido. ¿Confía en mi opinión? Menuda sorpresa.

El segundo vestido se llama La Sombra. Es negro, sin mangas y deliciosamente espectacular, con cuello alto, pero no tiene los hombros lo bastante anchos para llevarlo bien, por lo que parece que le cuelga de la cara y la convierte en una especie de híbrido entre monja y murciélago.

—¡Oh, Dios mío! —exclaman Bibi y Keith al unísono.

—No quedará bien en las fotos —digo—. Oculta demasiado las formas de tu cuerpo.

Cornelia asiente de nuevo y obedece.

El tercer vestido se llama El Ángel. Y es perfecto. Es un vestido de color marfil, tipo columna, muy ceñido con detalles angulosos y con un ligero toque futurista, que estiliza la figura de Cornelia a la perfección y le da una elegancia y una clase que, debo confesar, estoy convencida que no posee en la vida real. Parece Grace Kelly, si Grace Kelly apareciese en *Blade Runner*.

—¡Uau! ¡O sea, uau! —Bibi y Keith parecen haber tenido un orgasmo de felicidad.

—Estás arrebatadora —le digo—. ¿Zapatos?

—Quiero llevar los Louboutin —contesta Cornie, que me lanza una mirada de súplica, como si tuviera que darle permiso. Agacho la mirada: son de color dorado bruñido, preciosos.

—Muy bien. ¿Bolso?

Cornelia abre rápidamente unos cajones en los que hay más de cincuenta

bolsos de noche. Pero ninguno de ellos me convence. Son del color equivocado, demasiado grandes, muy del año pasado, demasiado brillantes, demasiado cutres...

—Puedo acercarme corriendo a Louboutin —le digo—. Dame diez minutos...

—¡Tu bolso! —me interrumpe Cornelia—. El bolso dorado con el que te vi en la Minetta Tavern. ¿Dónde está?

—Junto a mi abrigo... —respondo, confundida—. ¿Quieres que te preste mi bolso?

—Sí. ¡Es ideal! ¡Es un tema de conversación! Es suave y abultado; ¡combina a la perfección con la angulosidad del vestido! Y como no es de una marca de las grandes, me dará un aire ecléctico y modesto, como esas zorras que siempre aparecen en las listas de las mejor vestidas... No parecerá que acabo de gastar una fortuna en todo el tinglado porque eso, como sabrás, es muy cutre. —Cornelia adopta el mejor gesto de súplica—. ¿Por favor, Angie? ¿Por favor?

—Hum... vale, claro. —Cojo mi bolso, lo vacío y guardo el contenido en los bolsillos del abrigo—. Te lo presto esta noche. Bueno, faltan treinta minutos para que llegue el coche. Keith, ha llegado el momento de que hagas magia. Bibi, arrégale el pelo. Cornelia, ¿quieres un Red Bull?

—Te comportas de un modo extraño —dice Cornelia al cabo de unos minutos, mientras le cubren minuciosamente los poros con base de maquillaje.

—¿Ah, sí? —pregunto. Estoy arrodillada en el suelo junto a ella, envolviendo los dos vestidos descartados en papel de seda para poder devolverlos sin ninguna arruga—. ¿En qué sentido?

—Bueno, quizá no es que estés rara. Pero estás... No lo sé. Distinta. Pareces más segura. Estás al mando de la situación. O sea, antes eras segura, pero no como ahora... Antes no sabía si acabarías haciendo lo que te había pedido o si te irías.

—Ja —digo, sin el menor atisbo de regocijo.

—Supongo que no debería desestimar el poder de un pequeño escándalo para cambiar la vida de una persona, ¿no? —Cornelia enarca una ceja con gesto

de complicidad y mira su móvil cuando recibe un mensaje—. Oh, por el amor de Dios... Es Roger. Alguna crisis familiar. Dice que quedamos en el Met.

—¿Problema familiar?

—Su hijo. —Se me para el corazón. ¿Sam?—. Quiere optar a un puesto de alto ejecutivo en un banco. Roger va a tomarse una copa con el presidente del banco para intentar que le den el trabajo.

Me parece detestable. Y no puede referirse a Sam. A lo mejor sí que tiene un hermano.

—¿Cuántos años tiene su hijo?

—Veinticinco, veintiséis, no lo sé. Se llama Pete —dice, y baja la voz—. En realidad Rog tiene dos hijos, pero el otro no le habla.

¡Sam! ¡Mi Sam! O sea, no es mi Sam, pero, oh, qué más da.

—Vaya. ¿Por qué?

—No lo sé. Algo que ver con su ex mujer. Al parecer era una puta hippy. Siempre se llevaba a los chicos a Sudamérica, África o algún otro lugar parecido a trabajar de voluntarios. Qué pretenciosa. ¿No le basta con montar un acto para recaudar fondos...?

—Bueno... —digo, y aparto la mirada. De modo que Sam es el producto de una madre con un verdadero espíritu filantrópico y un padre autoritario y de gran éxito en los negocios. Uf—. ¿El otro hijo también es banquero?

—No. Se dedica a viajar por el mundo para encontrarse a sí mismo o alguna ridiculez por el estilo. Creo que quería ser médico, pero Rog quería que estudiara Administración de Empresas o Derecho, algo normal, ya sabes. Por eso tuvieron una gran discusión.

¿Quién coño no querría que su hijo fuera médico?

De pronto recuerdo algo que Cornelia ha dicho antes de ponerse a hablar del padre de Sam. Algo que no tiene sentido.

—¿A qué te referías antes cuando has dicho «el poder de un pequeño

escándalo para cambiar la vida de una persona»?

—Me refería a... Ya sabes, Angie. —Cornelia baja la voz, como si Keith no estuviera a diez centímetros, poniéndole pestañas postizas—. El bar. La cinta.

La miro, absolutamente confundida.

—¿Qué bar? ¿Qué cinta? ¿De qué hablas?

—El pequeño bar que hay en Hell's Kitchen. Se llama El secreto de Angie. Siempre ponen esa grabación sexual en el baño. A mí me lo dijo ese capullo, ¿cómo se llama el tipo con el que sales a veces? Steven o Stef...

Pero ya no la escucho. En lugar de eso he cogido mi abrigo y me dirijo corriendo hacia la puerta mientras mi cerebro, mi cuerpo y mi alma montan en cólera.

La noche del Soho Grand.

Ahora sé qué sucedió.

—Ese maldito cabrón. Vamos a destruirla, ¿vale? Y le cortaremos las pelotas. Llego a Manhattan dentro de media hora. No mates a nadie hasta que esté allí. —Pia cuelga sin esperar respuesta.

Lo cual es una suerte, porque no estoy segura de que pudiera decir algo más ahora mismo. Acabo de contarle la verdad a Pia sobre lo sucedido la noche del Soho Grand, de que no recordaba nada y me había despertado con tres mil dólares en un sobre. Pia, que es como es, no ha parecido en absoluto sorprendida. Se ha limitado a cargar su escopeta metafórica y va a acompañarme al bar para que me den la cinta.

Camino por Hudson, con la cara ardiendo y el pulso desbocado mientras se me revuelve el estómago y me dan ganas de vomitar, o de desmayarme, o de gritar.

Hay una grabación sexual mía, que se tomó cuando estaba demasiado borracha para saber qué demonios hacía.

Lo que significa que lo hice con, bueno, con alguien, en el Soho Grand esa noche, y que ese tipo me grabó.

Y ahora se dedican a poner la grabación en el bar secreto que hay bajo el café de Hell's Kitchen.

Al final, a ese bar le han puesto el nombre de El secreto de Angie. Por mí.

Tal y como les pedí que hicieran.

Me pregunto quién fue. Tal vez uno de los chicos a los que conocí esa noche, uno de los dueños del bar... Busey. O Emmett.

De repente tengo un flashback: yo estaba en el asiento trasero de un taxi con Emmett. Me ofreció una raya de coca. Y luego me besó. Recuerdo su lengua. Mucha lengua.

Sí. Fue él.

Oh, Dios. Estoy tan avergonzada que creo que voy a vomitar. Me siento

como si hubiera perdido algo que sé que no podré recuperar jamás. Me pregunto qué hice en la cinta, si fue muy malo... O sea, tampoco debería ser nada que no hayamos visto ya, ¿verdad? ¡Todo el mundo practica el sexo! La existencia de la raza humana es una prueba del hecho de que todo el mundo lo hace. Y todos los famosos de tres al cuarto y estrellas de programas de telerrealidad tienen una grabación sexual. Es más, estoy segura de que la mayoría graban esa cinta a propósito para aumentar su fama. Seguro que muchos se limitarían a encogerse de hombros. O tal vez estarían orgullosos de ello.

Pero yo no soy como los demás. No quiero fama. No quiero mala reputación. Nunca la he querido. Solo quiero un trabajo que sea el inicio de una carrera profesional de verdad y de una vida de la que pueda sentirme orgullosa. Estoy harta de que la gente se aproveche de mí, y sí, quizá sea culpa mía en parte por ser inmadura e irreflexiva y por haber tomado tantas decisiones estúpidas.

Pero basta.

Mientras discuto mentalmente conmigo misma, atravieso el West Village. El cielo se oscurece, y así es la Nueva York de postal en abril: edificios bonitos con luz de tonos amarillos en las ventanas perfilados en el cielo del anochecer, mientras las copas de los árboles se entrelazan en lo alto y el crepúsculo lo baña todo con su luz mágica. Todo el mundo regresa a casa del trabajo, pensando en sus carreras, el amor, el sexo, la comida, la familia, el dinero, la moda, en divertirse y en todas las cosas que obsesionan a los neoyorquinos... Dios, me encanta. No quiero irme de aquí.

Entonces ¿qué quiero? Sigo andando hasta que llego al Meatpacking, que me recuerda a cuando tenía diecinueve años y vivía en Nueva York y bailaba en las sillas de todos esos restaurantes que ofrecían brunch los domingos por la mañana. Es algo que ahora mismo no haría. No quiero esa vida. Ya no soy esa persona.

¿Quién soy?

Me siento como si aún intentara averiguarlo.

Me suena de nuevo el teléfono. Es Pia.

— ¿Dónde estás?

Levanto la cabeza.

—En la Trece con la Nueve.

—No te muevas.

Al cabo de unos minutos, aparece Pia por la esquina a toda velocidad con Toto, el camión de comida de Ruedas Flacas, de color rosa pálido, y se detiene con un frenazo en los adoquines, frente a mí.

A su lado, en el asiento delantero, está Julia. Abre la puerta y baja rápidamente del camión.

Nuestras miradas se cruzan y el temor hace que aumente la sensación de mareo.

—Hola, Julia...

—Gracias por las flores, Angie —dice Julia—. Nunca había visto nada igual. Creo que es lo más romántico que ha hecho alguien por mí.

Me echo a reír muy a mi pesar y me invade una sensación pasajera de alivio.

—Oh, Jules. Siento mucho haberte hecho daño. Te juro que no ha sido a propósito.

—En realidad no fue culpa tuya —dice, y me da un abrazo—. La cita con Sam fue un completo desastre. No hubo... no sé cómo decirlo, ningún tipo de conexión, ni de tensión sexual; sabía que era un fracaso... Pero aun así quería gustarle. Lo deseaba con toda mi alma. Lo que sucede es que estoy cansada de estar soltera.

—Lo entiendo —contesto—. Yo estoy cansada de ser quien soy.

Julia sonrío.

—Vamos a darles una lección a esos capullos, ¿te parece?

—Sí —respondo—. Ya lo creo.

Subo al camión junto a Pia, y Julia sube detrás de mí. Pia se da media vuelta y llama dos veces a la portezuela que tiene detrás de la cabeza. La

respuesta son dos golpes más. Arrugo la frente y la miro con gesto burlón.

—Maddy y Coco —me explica—. Están escondidas ahí detrás. Es ilegal, pero es que tenían muchas ganas de ayudar.

—Oh, Dios mío, sois las mejores, chicas. No merezco todo esto —digo—. ¿Te lo ha contado Pia? ¿Lo que sucedió aquella noche en el Soho Grand? ¿Y lo del dinero?

—Sí —dice Pia—. Espero que no te importe.

—Claro que no —contesto—. No quiero tener más secretos con vosotras. Debéis de pensar...

—Creemos que eres nuestra amiga, y que todo el mundo puede tener mala suerte, y queremos ayudarte a solucionarlo —me interrumpe Julia—. Estamos en esto todas juntas.

Nos sonreímos durante un segundo que me parece maravilloso, entonces se inclina hacia delante y enciende la radio. Al cabo de unos segundos de fuertes interferencias, empieza a sonar «One Way or Another», de Blondie.

—Toto tiene un gran gusto para elegir la canción adecuada para el momento —dice Pia, que tamborilea sobre el volante con los dedos en señal de aprobación.

Cuando llegamos a Westies, en la esquina de la Diez con la Cuarenta y seis, cantando a grito pelado las canciones que suenan en la radio, me siento mejor. Puedo hacerlo. Con las chicas a mi lado puedo hacer lo que me proponga.

Bajamos de Toto y nos reunimos en la acera un momento.

—Nunca os lo podré agradecer lo suficiente —digo—. Debéis de pensar que soy idiota.

—Te prometo que no es así —contesta Madeleine—. Personalmente creo que deberías plantearte si fue una relación consentida.

—Creo que no lo sabremos hasta que vea el vídeo —digo—. Y no quiero verlo.

—Todas nos hemos emborrachado y todas lo hemos hecho con alguien. Todas hemos cometido el mismo error —asegura Julia—. Podría haber sido cualquiera de nosotras.

—De hecho podrías haber sido tú fácilmente, porque tú grabaste una cinta íntima y ni siquiera estabas borracha —señala Pia.

Todas lanzan un grito ahogado y Julia se encoge de hombros.

—Eso fue hace mucho tiempo, P. En mi fase experimental. Además, destruí todas las pruebas. No es algo que vaya a publicarse cuando me presente a la presidencia del país.

Madeleine suelta una carcajada.

—¿Tuviste una fase experimental?

—¡Ya basta! —dice Pia—. Centrémonos en el problema que tenemos entre manos.

—Yo ya estoy centrada. —Coco lanza un gruñido—. Vamos a por esos capullos.

Las cinco entramos en el café, intentando poner cara de mal humor y enfado, y pasamos junto a la barra grasienta y unos cupcakes que son verdaderas reliquias. Abro la puerta que hay al fondo de la sala y bajamos por las viejas escaleras que huelen a repollo, atravesamos la cortina de terciopelo y entramos en el bar.

Han pasado varias semanas desde la última vez que estuve aquí, la noche que empezó de mal humor y con un mal amigo y acabé... perdiendo el conocimiento. Pero tengo la sensación de que sucedió hace una eternidad.

El bar parece ahora un decorado, como sucede con todos los bares cuando están vacíos, tienen las luces encendidas y estás sobria. Tal y como estaba cuando me encontré con Stef, salvo por un cambio: sobre la barra, con letra cursiva, puede leerse EL SECRETO DE ANGIE en un cartel de neón rosa.

Solo de verlo me dan ganas de vomitar.

Encabezando el grupo, me dirijo al fondo de la sala, donde hay un

diminuto baño unisex.

Está cerrado.

—¡Mierda! —exclamo.

—No te preocupes —dice Madeleine—. Sé forzar cerraduras.

—¿Dónde coño has aprendido a hacerlo? —pregunta Pia.

Madeleine enarca una ceja.

—No tienes por qué saberlo todo de mí, Pia. Creo que bastará con una ganzúa simple. ¿Alguien tiene una horquilla?

Pia se quita una del moño.

—Y solo necesito... —Madeleine corre hasta la barra, coge un cuchillo, lo deja y coge un sacacorchos—. ¡Ajá! —Regresa corriendo—. Dadme dos minutos.

Pero le basta con treinta segundos. Clic, clic, clic, la cerradura está abierta.

—Date prisa —dice Pia—. Son las siete y media. Por mucho que abra tarde, seguro que llega alguien un poco antes para prepararlo todo.

—De acuerdo, de acuerdo. —Abro la puerta y miro en el baño. Solo hay un lavamanos comunitario con un gran espejo y dos retretes. No veo una pantalla de televisión, un reproductor de DVD, ni siquiera un portátil en ningún lado.

Las chicas me apartan a un lado para entrar.

—¿Lo has encontrado? ¡Larguémonos de aquí!

—No hay nada —digo, y se me forma un nudo en la garganta producto de la desesperación—. No hay pantalla, nada. ¿En qué estaba pensando? Seguro que habrán hecho copias del original... Es digital, ya debe de correr por internet. No podré destruirlo todo. Siempre habrá una copia en algún lugar. ¿En qué estábamos pensando cuando hemos decidido venir hasta aquí como jodidas justicieras?

Julia frunce el ceño.

—En esta habitación hay algo raro... Mira, ¿por qué está inclinado hacia delante el espejo? Por lo general acostumbran a estar inclinados hacia atrás para que la persona que observa su reflejo se sienta más halagada, ¿verdad?

Miro el espejo.

—¿Y?

—Pues que parece diseñado para reflejar algo que se encuentra en lo alto de la pared de enfrente. ¿Lo ves?

—¿Quién eres, Nancy Drew? —pregunta Madeleine.

Julia no responde. En lugar de eso, se da la vuelta y observa la pared opuesta, desnuda, se vuelve hacia el espejo y alza la vista.

Entonces lo veo. Hay un agujero del tamaño de una moneda de veinticinco centavos en la pared, encima del espejo.

—Da a la habitación de al lado —dice—. La cámara. Proyecta la película en la pared y se refleja en el espejo. De ese modo, cuando estás en el baño puedes verla, sin importar adónde mires.

Todas salimos del diminuto baño. Al lado hay otra puerta... Es el cuarto de la limpieza.

—¡Horquilla! ¡Horquilla! —dice Madeleine, que tiende la mano como una cirujana en un quirófano.

—¡A la mierda con la horquilla! —suelta Julia, que le da una patada a la puerta con todas sus fuerzas. A la tercera, oigo el crujido de la madera y la puerta se abre.

En el interior hay un cubo lleno de productos de limpieza y unas cuantas cajas de refrescos. Cuando levantamos la mirada, vemos un diminuto estante que tiene toda la pinta de llevar muy poco tiempo ahí y en el que hay una cámara de cine de aspecto vintage.

—Es una cámara Super 8 casero —dice Pia—. Aidan tiene un puñado de

películas que sus padres grabaron cuando era un bebé; la misma cámara sirve para grabar y reproducir películas... El Super 8 tiene ese granulado antiguo que todo el mundo conoce, ¿sabes a qué me refiero? Ese que está tan de moda otra vez.

—Ah, vale —digo—. De modo que me grabaron sin mi consentimiento montándomelo con alguien, pero al menos es una cinta guay, ¿no?

—Bueno, es poco probable que esos pringados se tomaran la molestia de convertir la película a un formato digital, es algo que conviene tener en cuenta.

—Coge la maldita cámara y larguémonos de una vez —espeta Julia.

Me pongo de puntillas y tiro la cámara del estante. Cae al suelo con estrépito.

—Ups. Creo que la he roto —digo fingiendo angustia.

Julia sonrío y la pisa con tanta fuerza que la rompe en tres partes.

—Ups. Creo que la he roto aún más.

—Bueno, ¿podemos hacer esto en Union Street? —nos interrumpe Pia.

Las chicas salen mientras cojo los restos de la cámara, pero me esperan y regresamos al bar.

Sin embargo, vuelven a detenerse.

Las miro, confundidas.

—¿A qué esperamos? ¡Vámonos!

Entonces veo por qué se han parado.

Emmett, Busey y Stef. Nos bloquean la salida.

—Hola, Angie —dice Stef—. Parece que has descubierto nuestro secreto.

—¿Cómo pudiste hacerme algo así? —Me planto ante Stef a grandes zancadas—. ¡Me grabaste! ¡Practicando sexo con alguien! ¿Tanto me odias, joder? ¿Qué te he hecho?

—¡Eh, que no fui yo, nena! —Levanta las manos y retrocede un paso—. Yo me sorprendí tanto como tú. Bueno, quizá no tanto...

—No te creo.

—Te lo juro.

Me vuelvo hacia Emmett y Busey y me siento como si fuera a perder el conocimiento por culpa del estrés y la ira.

—Sois unos imbéciles y unos desgraciados —balbuceo—. Podría hacer que os detuvieran.

—Estás reaccionando de un modo exagerado —repite Busey, y sus mejillas rollizas tiemblan con cada palabra que pronuncia—. Es una película preciosa. Muy estilo años sesenta, muy clásica. Deberías estar orgullosa de ella.

Se me corta la respiración, como si me hubieran dado un puñetazo.

—Creía que te iba el rollo. —Emmett parece aburrido—. Puse la cámara mientras estabas en el baño. Ni siquiera te diste cuenta... Ibas bastante desfasada.

Intento hablar, pero solo logro emitir un jadeo, y las lágrimas me resbalan por el rostro. No soporto esto. No puedo. No sé qué hacer.

—Serás cabrón —dice Julia—. ¿Cómo te atreves a aprovecharte así de Angie? ¿Cómo te atreves a poner una grabación como esa en tu asqueroso bar, como si fuera una estrella del porno?

Busey nos lanza una sonrisa burlona.

—Cuando el río suena...

—Cierra el pico —le espeta Pia, con voz grave y amenazadora—. No te atrevas a decir nada más de mi mejor amiga, gordo asqueroso.

—Nos vamos —dice Madeleine—. Y nos llevamos la cámara.

—Por cierto —añade Coco—, mi novio trabaja para el Departamento de Sanidad, en la Oficina de Seguridad Alimentaria y Servicios Sanitarios para la Comunidad. Me apuesto veinte dólares a que en menos de un mes te retiran el permiso para vender alcohol y te cierran el local.

—¿Qué permiso? —dice Stef en voz baja, y a continuación levanta la mirada y ve que todos lo hemos oído.

Coco lo mira, y luego se vuelve hacia Busey y Emmett.

—Yo diría que estáis muy jodidos, capullos.

Coco puede ser una tía muy dura cuando quiere.

Cuando llegamos a la cortina, Julia se detiene, se vuelve, regresa junto a Stef y le propina un bofetón que le gira la cara.

—Eh...

—Esto es por todo lo que le has hecho a mi amiga. Es una buena persona. No lo merecía.

Al salir a la calle, siento una euforia embriagadora. ¡Victoria! Pero antes de empezar a celebrarlo, tengo que hacer algo.

Con manos temblorosas, busco la tapa, abro la cámara, meto el dedo en la película y la saco. Metros y metros de película, que forman una pila enorme a mis pies. Me pongo a dar saltos y a pisar la película, y acto seguido me imitan todas las chicas, entre risas histéricas de alivio, como sucede cuando sales airosa de una situación rara, ridícula y aterradora.

—Vamos a tirar la película por el puente de Brooklyn —dice Julia—. Y luego nos vamos a casa. Necesito un trago.

—No deberíamos arrojar basura al río —contesta Coco—. Podemos cortarla en trocitos en casa.

—Vamos a pedir pizza —dice Pia—. Invito yo.

Sé lo que tiene en mente. Ha llegado la hora de las confesiones. Pia y yo vamos a irnos de Rookhaven.

Cuando subo en Toto, el camión de comida, veo el coche de Stef aparcado un poco más adelante. Su Ferrari 208 GTS rojo. La posesión más preciada de Stef.

Se me ocurre una idea.

Sin detenerme, entro en la tienda de delicatessen que hay junto al café, compro una botella de Coca-Cola de dos litros, me acerco al coche, abro el depósito de gasolina, abro la botella de Coca-Cola y echo hasta la última gota del refresco azucarado destrozamotors en el depósito. Glub, glub, glub.

—¿Qué demonios haces? —grita Pia desde el camión.

No contesto. Cuando he vertido hasta la última gota en el depósito, me doy la vuelta y regreso al camión, sonriendo para mí misma. El valiosísimo coche de Stef ha quedado inservible.

La. Venganza. Es. Maravillosa.

Entonces regresamos a Rookhaven, nos sentamos a la mesa de la cocina, pedimos pizza al Bartolo's, abrimos una botella de vino y destrozamos la película con tijeras.

—¿Esta noche no hay vodka, Angie? —me pregunta Madeleine con tono burlón mientras corta un fotograma tras otro—. ¿Ni pepino ni sal? ¿Ni cigarrillo en los labios?

Le lanzo una sonrisa de falso desdén. Por fin comprendo a Madeleine. Intenta ser divertida. Solo que a veces resulta un poco borde.

—Esta noche no. Esta noche quiero brindar por vosotras. Gracias. No habría sobrevivido a todo esto sin vosotras.

Levantamos nuestras copas y las entrecuchamos, con la obligatoria mirada a los ojos para evitar la maldición de los siete años de mal sexo.

Entonces llega la pizza y, cuando todas hemos dado el primer mordisco,

Pia y yo intercambiamos una mirada. Ha llegado el momento de contárselo.

—Voy a mudarme a San Francisco para estar con Aidan —dice.

—Yo voy a mudarme a Los Ángeles para estar conmigo misma. —Enarco una ceja—. Dios, qué deprimente.

—¿Qué? —exclaman Julia, Madeleine y Coco al unísono.

—¿Por qué? —Coco está consternada—. ¿Os vais? ¿Las dos?

—Es que... Me siento muy triste sin él —explica Pia—. Cuando quieres a alguien deseas estar con esa persona. ¿Verdad?

—¿Y tu trabajo? —pregunta Julia—. ¿Te dejarán hacerlo desde San Francisco?

—Hum, no —contesta Pia. Levanta la cabeza con un gesto de culpabilidad—. Se lo he preguntado hoy a mi jefa. Me ha dicho que me necesitaba aquí, en Nueva York, con el resto de la empresa.

—¿Has dejado el trabajo en Carus? —Julia está horrorizada—. ¿En serio?

Yo tampoco salgo de mi asombro. Pia no me había dicho que su jefa había denegado su propuesta de traslado a San Francisco. Está dispuesta a abandonar el trabajo perfecto... ¿Con lo difícil que resulta encontrar uno cualquiera hoy en día? Y más uno tan bueno como el suyo.

—Aún no —admite Pia—. No he podido dimitir. Cuando me dijo que no podía trasladarme, le dije que sí, claro, que tan solo me había planteado si era una opción viable, bla, bla, bla... Pero lo haré. Mañana.

—¿Cómo puedes dejar un trabajo que te ha costado tanto conseguir? —Pego un golpe tan fuerte en la mesa con la palma de la mano que todas se sobresaltan—. Te lo has ganado a pulso. Pasaste por un infierno para conseguirlo.

—¡Y nosotras contigo! —añade Madeleine.

—Oh, ya lo sé, ya lo sé... —Pia mira al techo, angustiada—. Me encanta mi trabajo. O sea, me gusta de verdad, y apenas he empezado a darme cuenta de mi

potencial... ¡Y sé que soy buena! Al fin, por una vez, soy buena en algo. Estoy donde se supone que debo estar, estoy convencida de ello... Pero también siento que debería estar con Aidan. Le quiero.

—Supongo que tienes que elegir —dice Madeleine—. ¿Trabajo o amor?

—¡No lo soporto! —exclama Pia—. ¿Por qué debo ser yo la que haga un sacrificio? ¿Por qué no puede renunciar él a su estúpido trabajo para estar conmigo? ¿En qué década vivimos, joder? —Toma un sorbo de vino y lanza un suspiro dramático.

—¿Y tú, Angie? —Julia se vuelve hacia mí—. ¿Has llenado Rookhaven de flores para largarte a continuación?

—¿Justo cuando empezábamos a conocerte? —añade Madeleine.

—Venga, chicas. —Las miro con incomodidad—. Sabéis de sobra que nunca podré ganarme la vida aquí. Ganármela de verdad. No encuentro lo que quiero. Y no puedo seguir trabajando en sitios como Gap o ser la esclava personal de zorras forradas de dinero como Cornelia o esa fotógrafa psicótica. Necesito sentir que voy en la dirección adecuada, que mi vida tiene un objetivo. Y no es así.

Se produce un silencio. Ninguna parece capaz de llevarme la contraria, lo que hace que me desmorone un poco por dentro. Albergaba la esperanza, hasta cierto punto, tal vez, de que una de ellas me dijera que no quería que me fuera, que simplemente no iba a permitirlo. Pero ¿por qué iban a intentar convencerme de que no haga algo? Hasta el momento nunca lo han logrado.

—¿Y Sam? —pregunta Julia.

—Sam es un mentiroso. —No aparto la mirada de mi plato. Hablar de mis emociones me hace sentir como un bicho muy raro—. No siento nada por él. Creía que sí, pero me equivoqué, es un mentiroso. Yo estaba... ya sabéis, proyectando. —Sí. Es una buena palabra. Aunque no estoy del todo segura de lo que significa.

—Pues él está loco por ti, ¿lo sabes? —dice Julia.

Levanto la mirada.

—¿Qué?

—En nuestra cita no paró de hablar de ti, de preguntarme si sabía dónde estabas, porque no había podido ponerse en contacto contigo... Te juro que fuimos al bar porque le dije que estarías allí y él insistió en que fuéramos. Nuestra cita no fue una cita de verdad; fue solo una cena con un chico que resultó que estaba colado por una de mis amigas.

—Ah —digo en voz baja intentando procesarlo todo—. Bueno, pues debería haber sido más sincero contigo. ¿Por qué salió contigo si en el fondo no estaba interesado? A pesar de todo, creo que es un cabrón.

—No lo es. Lo he visto esta noche al llegar del trabajo. Ha estado limpiando el apartamento de Vic. Me ha dicho que lo sentía, que creyó que ambos estábamos de acuerdo en que éramos más amigos que otra cosa. Me ha dicho que pensó que podría convencerlos a ti y a su hermano Pete para que vinierais a cenar. Quería que estuviéramos los cuatro. Estaba a punto de contarte todo el rollo de su familia. Yo, en cambio, nunca le gusté en ese sentido.

—Vale —dice Pia—. Eso tiene que ser duro, Jules.

—No, no pasa nada —contesta Julia, que se frota las sienes y frunce el ceño—. Ha sido tan sincero que no podía disgustarme... Ahora mismo ya no estoy segura de que me gustara tanto. Solo estaba desesperada por querer a alguien con toda mi alma... —Lanza un suspiro—. Me gustaría tener novio, eso es todo.

Se produce una larga pausa.

—Entonces ¿Sam tiene un hermano? —pregunta Pia al fin—. ¿Se parecen?

Jules estalla en carcajadas.

—¡Lo sé! ¡También es lo primero que pensé yo!

Comemos en silencio, pensativas, durante un rato. Yo pienso en Sam, intento averiguar cómo me siento y qué debería hacer, pero ahora mismo soy un torbellino de sentimientos encontrados. En las últimas veinticuatro horas han pasado demasiadas cosas. En realidad tengo ganas de meterme en la cama y dormir durante una semana. Y todavía necesito un trabajo. Necesito una vida de verdad, una vida que tenga alguna meta. Ese es el objetivo.

—Dios, me encanta la comida del Bartolo's —dice Julia cuando se ha acabado la pizza—. Pero siempre me deja con ganas de terminar con algo dulce. ¿A vosotras no?

—¡A mí también! —exclama Madeleine. Frunzo el ceño. Madeleine casi nunca toma azúcar—. Me gustaría... hum, dejadme pensar, algo rosa y blanco, con glaseado, y velas...

De pronto veo que Coco está junto a la nevera, a punto de sacar un pastel.

—¡Tachán! ¡Para Pia y para Angie! ¡Una tarta de cumpleaños!

—¡Creía que este año no tendría tarta! —Pia está entusiasmada—. ¡Por nuestros veintitrés años! ¡Feliz cumpleaños a las dos!

Coco enciende las velas y todas cantamos el «Cumpleaños feliz». Entonces Pia y yo respiramos hondo, cerramos los ojos y apagamos las velas.

—¡No os olvidéis de pedir un deseo! —grita Julia.

«Desearía tener una vida que me hiciera feliz.»

Es un deseo que se me ocurre de manera espontánea. Si hubiera tenido tiempo para pensar en ello, habría pedido algo más concreto, un trabajo con un sueldo de ciento cincuenta mil dólares al año y una casa con cocinero y piscina en la azotea.

O tal vez un trabajo sin más. Pero eso jamás sucederá en Nueva York. De modo que supongo que mi deseo me llevará a Los Ángeles.

Entonces abro los ojos y miro a las chicas. Son mi familia. No quiero separarme de ellas.

En pocas palabras, esto es lo que pasa: no quiero irme, pero tengo la sensación de que debo hacerlo.

¿Qué demonios voy a hacer?

Anoche apenas dormí.

Otra vez.

Siento una mezcla de dolor y cansancio en la parte posterior de los ojos, ¿sabes a qué me refiero? Ese dolor que solo se puede aliviar tras veinticuatro horas seguidas de sueño y tres litros de espresso. Pero no va a ocurrir. Anoche, cuando cerraba los ojos aparecía un calidoscopio de imágenes en mi cabeza. Todo lo que ha sucedido, todo lo que me gustaría poder borrar, todo lo que me gustaría preguntarle a Sam, todo...

Al menos, tras el festival de pensamientos en vela que ha sido esta noche, me han quedado claras unas cuantas cosas.

En primer lugar, estaba equivocada.

(De nuevo.)

Sí, Sam me mintió sobre quién y de dónde era.

Aunque es obvio que tenía sus motivos. Su padre, su madre... No conozco toda la historia. Pero debería haberme quedado para averiguarla. Debería haberle dado el beneficio de la duda. Del mismo modo en que también debería haberme quedado con mi madre el día que me contó que se divorciaba, y también debería haberme quedado en Rookhaven la noche en que Julia y yo discutimos en la cocina. Pero no lo hice. Mi instinto me dijo que huyera.

Y hui.

Siempre me dejo guiar por mi instinto. Me dejo gobernar por él. Siempre creí que determinaba quién era, creí que formaba parte de mi personalidad. Impredicible. Voluble. En ocasiones no es tan mala idea, como cuando me alejé del yate en las islas Turcas. Pero en otras, la mayoría, sí que lo es.

Así pues, ¿es una mala idea que me vaya de Brooklyn cuando no encuentro un buen trabajo en Nueva York? ¿O es lógico? Sinceramente, ya no sé qué es racional y qué una locura, o qué es inteligente y qué estúpido. Hay demasiadas opciones. Todo es muy confuso y siento un miedo atroz a tomar la

decisión equivocada, que lamentaré toda la vida.

Y ahora es miércoles por la mañana. Todo el mundo se está despertando, de camino a su trabajo, ganando dinero, disfrutando de una vida que vale la pena vivir.

Excepto yo.

Necesito un poco de aire.

Así que salgo de la cama, me doy una ducha rápida, me pongo los vaqueros, mis Converse con tachuelas y una blusa blanca. Me he despertado a las tres de la madrugada y me he dedicado a arreglarle el escote. Es muy bonito. Tal vez me traiga buena suerte.

Entonces cojo mi antigua chaqueta de cuero de Zara y meto las llaves, el dinero, el móvil y el bálsamo labial en el bolsillo, ya que Cornelia aún tiene mi maldito bolso dorado, y salgo de Rookhaven sin encontrarme con nadie. Recorro Union Street lentamente mientras se alza el sol, y experimento ese hormigueo silencioso que te invade cuando eres la única persona despierta y tienes la sensación de que el mundo es tu secreto. Brooklyn parece un lugar limpio, fresco y cargado de promesas.

Recorro Smith Street y acabo en la esquina de Smith con Atlantic Avenue, en el restaurante New Apollo Diner, el mismo al que fui la mañana después de Pijiu, cuando creí que Julia y Sam habían... bueno, no hace falta entrar en detalles.

Ese día no dejé de pensar en Sam mientras miraba la carta. Pensé en el tiempo que habíamos pasado juntos, en cómo rompí a llorar ante él después de ver *Kramer contra el maldito Kramer*, en cómo me ayudó a repartir los currículos y los cafés. En lo segura que estaba, segura del todo, de que esa vez estuvimos a punto de besarnos en mi cama.

Y no dejaba de repetirme a mí misma: «No, solo es tu amigo».

¿Qué habría ocurrido si lo hubiera besado esa noche que se quedó a dormir? ¿Por qué decidí que tenía que ser mi amigo y que no había otra alternativa?

«Pero no quiero irme.»

Ya está. Ya lo he dicho. (Bueno, aunque sea mentalmente.) Lo que sucedió anoche en El secreto de Angie ha hecho que me dé cuenta de que las chicas se han convertido en mi familia. Estamos todas juntas en esto.

Pero si no me voy a Los Ángeles y me quedo aquí, seguiré en la casilla de salida. Sin trabajo, sin carrera, sin dinero y sin opciones.

Sin Sam.

Siento la necesidad de llamar a Sam y de pedirle que me perdone por ponerme hecha una fiera y adentrarme en la tormenta como un rey Lear con tetas. Quiero pedirle que me explique su situación, por qué no quiso ser sincero sobre quién era y de dónde era. Estoy segura de que tenía buenos motivos para mentirme. Pero no puedo hacerlo. Ni siquiera ha intentado ponerse en contacto conmigo. Y aunque me mintió, no puedo juzgarlo. No conozco su pasado, no sé lo que se siente al ser él. Del mismo modo que nadie sabe lo que se siente al ser yo.

¿Cuándo se complicó tanto la vida?

Sin embargo, si te paras a pensarlo, ¿alguna vez ha sido fácil la vida?

Por fin llegan las tortitas y sé que no puedo comer y pensar en decisiones tan trascendentales, por lo que echo jarabe de arce en el plato, cojo el *New York Post* que alguien ha dejado en la mesa de al lado y miro la portada mientras me llevo el primer y dulce bocado a la boca.

Oh, Dios mío.

Es Cornelia. Una fotografía de una ficha policial. En la portada del *New York Post*.

La han detenido. Lleva el vestido El Ángel y mira a la cámara con gesto amenazador de niña malcriada.

Al lado aparece otra fotografía de Cornelia con el vestido, subida a la espalda de un agente de policía, supongo que unos momentos antes de que la detuvieran. Está despampanante. Loca también, claro, pero despampanante. El vestido es la bomba.

«¡Cornelia monta a un policía!», reza el titular.

Y entonces lo veo. Abajo, en la esquina inferior de la portada, ¡hay un primer plano de mi bolso! ¡Mi bolso dorado! El que hice de pañuelos de segunda mano que encontré hace meses en Brownstone Treasures. Pero ¿qué demonios...? Leo la noticia rápidamente.

Rubia, guapa... y detenida. Cornelia Archer, miembro de la alta sociedad de Manhattan y tataranieta de Randolph Archer, fundador de Standard Oil, fue detenida anoche por intentar entrar en la gala del Instituto del Vestido del Museo Metropolitano con dos gramos de cocaína. Los guardas de seguridad repararon en el extraño comportamiento de la detenida y llamaron a la policía, lo que desembocó en un forcejeo frente a cientos de famosos escandalizados, entre los que se contaban Anna Wintour, Beyoncé y Jennifer Lopez. Cuando la policía acompañaba hasta la salida a Archer, que lucía el modelo El Ángel diseñado por Drake, se le cayó el bolso dorado de Prada que llevaba delante de los cientos de paparazzi que la esperaban y los presentes pudieron comprobar su contenido: brillo de labios, el móvil... y dos gramos de cocaína. Archer conocerá su condena hoy mismo.

Oh. Dios. Mío.

Pensaron que mi bolso era de Prada.

Se me acelera el corazón, cojo el teléfono con manos temblorosas y llamo a Pia.

—¿Zorrita?

—Cornelia, anoche, mi bolso, portada del *Post*, oh, Dios mío —balbuceo.

—¿Qué? Cálmate un poco.

No puedo quedarme sentada, me levanto y me pongo a andar de un lado a otro del restaurante mientras se lo cuento todo.

—Uau —dice—. ¡Tu bolso convertido en mula para el tráfico de drogas!

Me detengo un segundo y estallo en carcajadas.

—Tienes que ser práctica —continúa Pia—. ¿Qué quieres hacer? Seguro que puedes aprovechar la situación en beneficio propio, ya sabes, para lanzar tu carrera.

—Sí, hum... —Intento pensar. ¿Qué quiero hacer? Entonces me doy cuenta de que tengo una llamada en espera de un número privado—. Tengo que colgarte, me llaman... —Respondo a la otra llamada—. ¿Diga?

—¡Angie! ¡Soy Philly Meyer! ¡De Drake!

—Eh...

Parece un poco histérico.

—¡Anoche detuvieron a Cornelia! Y...

—Lo sé.

—¡Tenemos que recuperar El Ángel! ¡El vestido columna de marfil! Es la muestra, el único que tenemos, y ya hemos recibido dos peticiones, de la revista *W* y de la edición francesa de *Vogue*. Esto podría ser un bombazo. Enorme. Todos los asistentes al baile del Met vieron el vestido. La gente no habla de otra cosa. —Philly baja la voz—. Sarah Drake se está volviendo loca.

—Vale... —La cabeza me da vueltas—. Puedo recuperarlo. Enseguida te llamo.

—¡Date prisa!

Me meto la mitad de las tortitas en la boca de golpe, dejo algo de dinero en la mesa y me largo. ¿Cómo voy a hacerlo? No puedo presentarme en la comisaría central de Manhattan y pedir que me den el vestido así como así.

Piensa, Angie, piensa...

Cuando te detienen, llamas a un abogado. Y Cornelia, como buena pija de familia bien del Upper East Side que es, seguro que ha llamado al abogado de la familia. Alguien en quien confíe. De modo que esa debe de ser la mejor forma de ponerse en contacto con ella. Si puedo hablar con su abogado, podré recuperar el vestido. Y mi bolso. A menos que lo retengan como prueba. (Pobre e inocente bolso.) Así pues, llamo a mi madre para conseguir el móvil de la madre de Cornelia, la legendaria CC Archer. El móvil que solo da a los amigos.

—¿Estás segura de que CC querrá hablar contigo, cielo? —me pregunta mi madre—. Puede ser una persona de trato... difícil. Y si su hija se ha visto envuelta en un escándalo, pues...

—Sabré manejarla, mamá, te lo prometo, solo quiero hacerle una pregunta —le contesto—. Te llamaré dentro de unos días para contártelo todo.

Entonces llamo a la señora Archer, me presento y le pregunto si puede decirme el nombre del abogado de su hija.

—¿Por qué? —pregunta CC con recelo.

—Porque necesito recuperar mi bolso —respondo.

—No me parece una cuestión muy importante en estos momentos —me espeta—. Todo este asunto quedará relegado al olvido dentro de poco y entonces recuperarás el bolso. Además, Chester no va a coger el teléfono.

—¿Chester?

Es un nombre poco habitual para un abogado. Por no decir que es ridículo.

—Dile a tu madre que no vaya dando mi número de móvil por ahí. El hecho de poder utilizarlo es un privilegio, no un derecho. Estoy muy disgustada.

Reprimo las ganas de replicarle «Me importa una mierda», y en lugar de ello pongo voz alegre.

—Le diré que ha preguntado por ella. ¡Muchas gracias! —le digo, y cuelgo.

Acto seguido busco «Chester abogado Manhattan» en Google en el móvil. Leo los resultados y bajo hasta una página del *New York Post* de hace un par de años, cuando un tal Chester Newland defendió a un miembro del clan Kennedy acusado de conducir bajo los efectos del alcohol. Y logró que no lo condenaran.

Ese es el pedigrí que impresionaría a los Archer.

Encuentro su número y lo marco.

La telefonista del bufete de Chester Newland, mucho más locuaz de lo que esperaba, me dice que se encuentra en el juzgado de lo penal de la Ciudad de Nueva York. Supongo que intenta sacar a Cornelia de entre rejas cuanto antes.

Luego llamo a Philly Meyer y le digo que podré recuperar el vestido esta misma mañana.

—Lo necesito ya. Sarah está perdiendo los papeles. Más te vale que lo recuperes —responde—. No estoy de coña.

Pues sí que está tenso.

Tardaré apenas veinte minutos en llegar al juzgado, en Chinatown. Calculo que en estos momentos deben de estar pagando la fianza, tras argumentar que Cornelia no tiene antecedentes y todas esas historias y que la dejarán en libertad dentro de unos minutos.

Y por una vez en la vida no me equivoco.

Cuando llego a Centre Street, veo un enjambre de paparazzi que se vuelven locos. Es como si acabaran de dar de comer a las fieras en uno de esos documentales sobre animales: corren, se dan empujones y gritan lo mismo una y otra vez.

—¡Cornelia! ¡Aquí! ¡Aquí!

—¡Cornie! ¿Eres adicta a las drogas, Cornie?

—¡Cornelia! ¿Has salido bajo fianza?

Entre la muchedumbre, alcanzo a ver a Cornelia, que aún lleva El Ángel, con unas gafas de sol que ha sacado de alguna parte. Parece pálida y cansada, pero aun así conserva un porte sorprendentemente digno; con los zapatos de tacón dorados y la postura perfecta de alguien que rebosa seguridad en sí misma. La acompañan dos enormes guardaespaldas vestidos con traje y corbata, y un tipo bajo y calvo, también trajeado. Seguro que es Chester Newland.

No veo mi bolso... Dios, ¿y si se lo han quedado como prueba o algo por

el estilo?

Una limusina negra la espera en la calle, por lo que me adelanto a los paparazzi y la espero junto al coche.

—¡Cornie, soy yo! ¡Angie! —digo una y otra vez, con la esperanza de que levante la mirada. Pero está demasiado concentrada en pasar de las pullas de los paparazzi al tiempo que mantiene una serena belleza.

Entonces los guardaespaldas me empujan bruscamente, el chófer abre la puerta y Cornelia entra en el coche. ¡Cierran la puerta con fuerza y, por culpa de los cristales tintados, ni siquiera veo el interior! ¡Mierda!

Los guardaespaldas intentan apartar a los fotógrafos, y cuando lo doy todo por perdido, cuando estoy convencida de que la limusina está a punto de llevarse a Cornelia, el vestido y el bolso, la ventanilla baja un par de centímetros.

—¿Angie?

—¡Sí! ¡Soy yo, Cornie! ¡Tengo que hablar contigo!

—¡Oh, gracias a Dios! —Cornelia parece a punto de romper a llorar—. ¡Chester! ¡Déjala subir, déjala subir!

Y pam, como por arte de magia, los paparazzi se apartan del coche, la puerta se abre y subo a la limusina.

Cornelia se abalanza sobre mí y me abraza. Estoy tan sorprendida y conmovida que le devuelvo el abrazo. Imagino el trauma de que te detengan por posesión de drogas. Imagino la vergüenza. Yo estaría mortificada, estaría...

—¿No es increíble? —exclama Cornelia, con los ojos empañados—. Keith y Bibi me esperan en casa de mi madre para solucionar este desastre. —Se señala la cara—. Y luego iré a almorzar a La Grenouille con mi madre para demostrarle al mundo que no soy culpable. —Hace una pausa y mira a Chester—. Les has dicho a los paparazzi que vamos a ir a La Grenouille, ¿verdad?

No está mortificada en absoluto. Le encanta ser el centro de atención. Qué raro.

—Cornelia, no he venido aquí para... —responde Chester.

—¿Ha llamado Roger? —lo interrumpe—. ¿No? Que le den. Anoche ni siquiera apareció. Gilipollas, mira que anteponer a sus hijos a la fiesta... Ahora puedo apuntar más alto. Angie, llama a Patrick, ¿te acuerdas de él? Dile que llamas de mi parte y que necesito un acompañante que me lleve a Le Bernardin esta noche.

—No —digo.

—¿Qué? —Cornelia me mira, atónita—. ¿A qué te refieres con «no»?

—Que hoy no puedo ser tu secretaria. Tengo que devolver ese vestido a Sarah Drake y tengo que recuperar mi bolso. ¿Lo tienes o van a utilizarlo como prueba?

—Han desestimado el caso porque la policía ha roto la cadena de custodia de las pruebas —dice Chester, muy aliviado de que la conversación haya regresado a un terreno más familiar—. Toma. —Saca el bolso de su maletín.

Lo cojo rápidamente. Gracias a Dios. Mi pequeño mulero. ¿Han roto la cadena de custodia? ¿A quién habrán sobornado para conseguirlo?

—¡No, Angie! ¡Hoy te necesito! —exclama Cornelia—. Ya devolverás el vestido por mensajero más tarde. Me cambiaré en casa de mi madre. Puedo ponerme uno de sus trajes de Chanel.

—¿Dónde vive?

—En la Setenta y nueve con Park —dice Cornelia con un suspiro—. Dios, cómo echo de menos el piso de la Quinta. El divorcio es tan egoísta.

Estamos atravesando el East Village. Me llevará una eternidad llegar hasta casa de la madre de Cornelia, recuperar el vestido, hacer lo que me ordene y regresar al distrito de la moda para devolverle El Ángel a Sarah Drake.

—No puedo hacerlo, Cornelia. —Intento sonar todo lo firme y educada que puedo—. Tengo que devolver el vestido a Sarah Drake ahora. Acompáñame a su taller, por favor. Podemos conseguirte otro vestido, será...

—¿Y que me vean en público de nuevo, en pleno Manhattan, paseando con esta pinta, como si fuera una actriz venida a menos? Me parece que no. —A medida que nos alejamos del juzgado, Cornelia se va creciendo—. Tengo que

llevarlo puesto cuando lleguemos al edificio de mi madre para que los paparazzi vean que mantengo una relación muy estrecha con mi familia, y luego tengo que cambiarme y salir a almorzar para que me vea todo el mundo.

Chester carraspea.

—Cornelia, en realidad creo que no deberías dejarte ver en público con ese vestido de nuevo. Y punto. Ni en el apartamento de tu madre, ni en ningún lado. A partir de ahora, tienes que parecer la chica más inocente del mundo.

Cornelia hace un mohín.

—Entonces ¿qué se supone que voy a hacer, joder?

Y así es como acabo en bragas y sujetador en el asiento trasero de una limusina detenida en la Treinta y cinco Este con Madison, mientras Chester, los guardaespaldas y el chófer esperan fuera y Cornelia y yo nos intercambiamos la ropa.

—Qué bonito es todo. —Cornie mira la blusa blanca y los vaqueros que le doy—. ¿De dónde son?

—Esto... La blusa la he customizado yo misma y los vaqueros son de H&M —respondo mientras me pongo el vestido.

Cornelia arruga la nariz.

—Un detalle fiscalmente adorable por tu parte.

—Hum... Gracias.

Cornelia se pone de nuevo los tacones de aguja dorados y abre la puerta del coche.

—Bueno, ya puedes irte.

—¡Espera! —exclamo mientras intento taparme las tetas antes de que pueda verme alguien de fuera—. ¿Me subes la cremallera?

Bajo de la limusina con mis Converse con tachuelas, mi bolso y la chaqueta de cuero, y echo a andar. El vestido me queda ajustado y es demasiado

largo, por lo que tengo que cogerlo con una mano.

Entonces me pongo las gafas y, con la cabeza bien alta, sigo andando o, para ser sincera, camino tiesa como un palo. Me dirijo hacia el oeste por la Treinta y cinco, con un vestido que esta mañana ha salido en la portada del *New York Post*.

Nadie me mira dos veces, claro. Esto es Nueva York. Podría besar a una rata mientras me pincho y nadie pestañearía.

Quinta Avenida, Sexta Avenida, Broadway... Y llego al distrito de la moda. Al tramo de la Séptima entre la Treinta y cuatro y la Cuarenta y dos lo llaman «Avenida de la Moda», ¿lo sabías? Me dirijo hacia la calle Treinta y siete. Por extraño que parezca, es justamente aquí donde empieza a mirarme la gente. Tal vez reconozcan el vestido del *Post*, tal vez se pregunten por qué demonios lleva una chica un vestido de noche que salta a la vista que cuesta varios miles de dólares a las diez de la mañana, tal vez solo estén preguntándose quién lo ha diseñado. A fin de cuentas, es un vestido despampanante y una obra increíble de artesanía.

Cojo el teléfono y llamo a Philly.

—¿Cuál es la dirección exacta? —pregunto.

—El 220 de la Treinta y siete Oeste, séptima planta —contesta—. Nos vemos en el vestíbulo.

—Hum... no, voy a tener que subir —digo.

—¿Por qué?

—Ya lo verás.

Cuelgo y me dirijo a la dirección que me ha dado. Un edificio anodino, frente al que paso habitualmente sin preguntarme qué alberga en su interior. Paso junto al guardia de seguridad, que echa una cabezada con un café de Dunkin' Donuts, y tomo el ascensor hasta la séptima planta. De repente me siento inexplicablemente nerviosa. No lo entiendo. Nunca había llegado tan lejos cuando buscaba trabajo. Enviaba el currículum, mensajes de correo electrónico, llamaba... Pero nunca llegaba a entrar en los estudios de diseño.

Las puertas del ascensor se abren, salgo a un pasillo destartalado y miro nerviosa a mi alrededor. En una puerta aparece el nombre de un estudio de pilates, en la otra no hay nada. Tiene que ser esa.

Llamo.

Al cabo de diez segundos —¡se me hace eterno mirar durante tanto tiempo la puerta!—, se abre y aparece Philly Meyer, el becario barra DJ barra sombrerero al que conocí en Starbucks, el tipo que me dio a Drakey. Resulta algo extraño verlo de nuevo en persona; gracias a Facebook sé que acaba de romper con su pareja, que vende sus sombreros en el mercadillo de Brooklyn, que el fin de semana pasado pinchó en un bar de Washington Heights y que está totalmente obsesionado con el donut de crème brûlée que venden en Doughnut Plant, pero cree que le está haciendo engordar. No había vuelto a verlo en persona desde que nos conocimos.

—Uau —dice Philly mirándome, y abre la puerta de par en par para que puedan verme todos los del estudio.

Eché una rápida mirada. Hay dos chicos y una chica de pie junto a una mesa de cortar, otro chico al teléfono, y en el rincón, trabajando ante un enorme escritorio tipo arquitecto, se encuentra Sarah Drake.

Treinta y pico, pelo rubio oscuro, gafas, sin maquillar. Su aspecto impresiona e intimida a partes iguales, pero en cierto modo también tiene una apariencia normal, como si necesitara un café y esta mañana se hubiera olvidado de cepillarse el pelo. Estoy flipando un poco. Supongo que tenía una idea preconcebida del aspecto que se supone que debería tener alguien que trabaja en el mundo de la moda. No me refiero a las personas que trabajan en la periferia de la moda, o a las que intentan formar parte de ella, ni a los blogueros, sino a alguien que hace moda de verdad. Pero tiene un aspecto bastante normal. Elegante, refinado y sofisticado, y aun así normal.

Sarah me mira un segundo y parece que todos los presentes contienen la respiración.

—El Ángel —dice Sarah al final.

Bajo la vista al vestido. El Ángel. Se hace un silencio absoluto.

—Bueno, es una forma de lucirlo.

De repente me siento avergonzada. ¿Quién demonios soy para llevar este vestido con mis Converse sucias y mi chaqueta de cuero de Zara?

—Lo siento, no tenía otra elección, Cornelia no tenía nada más que ponerse; por eso hemos intercambiado la ropa que llevaba cada una en la limusina...

—¿Y desde dónde has venido andando?

—Ah, solo han sido un par de manzanas, no he sudado el vestido, pero... hum, si no habría tardado dos horas más; Cornelia quería volver con él a casa de su madre, que está en el Upper East Side...

Dejo la frase a medias.

—Lo entiendo —contesta Sarah—. Te agradezco el esfuerzo de habérmelo traído a tiempo. La puntualidad es lo más importante.

—¡Puntualidad! —exclaman los chicos de la mesa de corte. El resto de los presentes se ríen, como si fuera una broma habitual entre ellos.

—¿De quién es ese bolso?

—Mío —respondo—. Quiero decir que lo he hecho yo. Solo estaba jugando con unos pañuelos viejos...

Sarah se acerca hasta mí y coge el bolso.

—Buen trabajo. ¿Dónde has estudiado?

—Soy autodidacta. No sé mucho, pero, ya sabe, hago lo que me gusta, tengo que aprender, lo digo de verdad, sé que me queda mucho por aprender...

—Vale. —Aburrida de mí, Sarah deja el bolso y se vuelve hacia Philly—. El Ángel. Límpialo, plánchalo y llévaselo a W.

—Pero ¡si tengo que entregarle La Dalia a Julianne Moore! —Philly vuelve a ser presa del pánico—. ¡Su secretaria nos lo ha pedido para el estreno de una película esta noche!

—¡Yo puedo ocuparme de El Ángel! —me apresuro a decir—. Sé cómo se

hace. Puedo hacerlo. No me importaría en absoluto, de verdad...

Sarah entrecierra los ojos y me mira unos segundos, pensativa, y asiente con la cabeza.

—De acuerdo. Sería fantástico. Gracias, Angie.

Carraspeo y me siento un poco estúpida.

—¿Puedo...? Esto... ¿Podrías prestarme algo de ropa cuando me quite el vestido?

Sarah sonrío y me lanza una bolsa de gimnasio que guarda debajo del escritorio.

—Espero que te guste la licra.

Cuando se acaba el día, me siento como si mi mundo se hubiera desplazado de su eje. No mucho. Solo un poco. Pero lo bastante para que me sienta mareada.

Primero limpio, plancho y envío el vestido de Sarah Drake por mensajero a W.

Luego ayudo a una de las otras diseñadoras a doblar un vestido especialmente complicado para enviarlo a la edición japonesa de *Vogue*. (Puedes decir lo que quieras de Gap, pero si algo está claro es que me enseñó a doblar.)

Luego me ofrezco a ordenar los caóticos cajones de botones para otro diseñador; contesto el teléfono; voy a buscar cafés y aprovecho para engullir un bocadillo en el camino de vuelta; le quito el polvo al zapatero; vuelvo a doblar las muestras porque estaban desordenadas; hago de maniquí para Sarah para que pueda probarme una chaqueta que estaba arreglando; preparo la devolución de tres vestidos que Sarah ha prestado a otras famosas que han asistido al baile del Met; busco, imprimo y archivo todas las noticias sobre la noche anterior que mencionan a Sarah Drake; y me arrodillo en silencio para ayudar a Sarah, que está arreglando un vestido de novia de alta costura para una cliente secreta, una heredera coreana.

En otras palabras, ha sido el mejor día de trabajo —no, el mejor día, y punto— que he pasado jamás. Todo me parecía... perfecto.

Estar todo el día rodeada de ropa, ver cómo cobra forma la próxima colección de Sarah Drake, ha sido mágico. Su estilo de diseño se encuentra a medio camino entre el Hollywood de antaño y la ciencia ficción, como si Hitchcock dirigiera *Alien*, angular y muy glamuroso. Me encanta.

Solo hago un movimiento en falso en todo el día. Cuando están probando el vestido de novia, me doy cuenta de que un pequeño trozo de tela se ha enganchado en la manga. Lo señalo en silencio para que Sarah lo vea sin que la heredera coreana se dé cuenta. Ella me fulmina con la mirada y pasa de mí.

Al parecer señalar los errores de un vestido es una mala idea. Es bueno saberlo.

Me hundo un poco después de ese paso en falso. Espero a que la heredera coreana se haya ido, y entonces me acerco al escritorio de Sarah, inclino la cabeza de forma incómoda, y estoy tan nerviosa que siento una leve sensación de mareo por lo que estoy a punto de preguntar.

Pero tengo que hacerlo. Es la primera oportunidad de verdad que he tenido para conseguir el trabajo que quiero. No puedo fracasar ahora.

—Esto, ¿Sarah? Gracias por dejar que os echara una mano.

—Encantada, lo has hecho genial —contesta, sin levantar la vista del portátil.

Respiro hondo.

—Sé que ya tenéis un becario, pero me preguntaba si podrías pensar en mí si alguna vez necesitas una ayudante personal o cualquier cosa por el estilo...

Me mira a los ojos, con una pequeña sonrisa en los labios.

—La necesitamos. A juzgar por la prensa que tuvo El Ángel anoche, y por el volumen de mensajes de correo electrónico que he recibido hoy, vamos a necesitar un par de manos más, de manera inmediata.

—De acuerdo —respondo fríamente, intentando reprimir las ganas de aplaudir y de ponerme a dar saltos—. O sea, ¡es genial! ¿Cuál sería...?

—Esta noche haré cálculos y mañana hablamos de dinero. No será un gran sueldo, pero ser ayudante júnior es mejor que ser becaria, y cuando te pida que vayas a comprarme la comida o un café, te pagaré el tuyo también. No soy una esclavista.

—¡Maravilloso! —¡Dios! ¡Me siento como si fuera a estallar de alegría!—. ¡Es increíble! ¡Muchas gracias!

—Genial. Nos vemos mañana aquí a las nueve —contesta.

—No llegaré tarde, te lo prometo. —Le lanzo una sonrisa tan grande que

me duele un poco la cara—. ¡Puntualidad!

—Exacto —dice, y se dibuja una sonrisa en su rostro, una enorme sonrisa sincera, por primera vez en todo el día.

—¡Ah! Y te lavaré la ropa del gimnasio esta noche para traértela por la mañana.

—No corre prisa —replica haciendo un gesto de calma con la mano—. Así tengo excusa para no hacer ejercicio. ¿Dónde vives, por cierto?

—En Brooklyn —respondo—. En Carroll Gardens.

—¿Ah, sí? Yo en Boerum Hill. Brooklyn es fantástico, ¿verdad?

Sonrío.

—Sin duda. Es lo mejor.

Nunca había entendido a qué se refería la gente cuando decía «Me sentía como si flotara en el aire», pero ahora lo hago.

Porque floto de vuelta a Rookhaven.

Me siento como si mi cuerpo se moviera sin que tuviera que pensar en ello. Me siento ligera, libre y feliz. Muy, muy, muy feliz. Quiero ponerme a dar saltos, a cantar, a agitar los puños en el aire, a brincar de alegría y a abrazar a la gente que pasa junto a mí. Tengo trabajo. Trabajotrabajotrabajotrabajo.

Acaban de dar las siete cuando llego a Union Street. Todavía llevo la ropa de deporte de Sarah, las Converse con tachuelas y la chaqueta de cuero. Voy regalando sonrisas de alegría a todo aquel con el que me cruzo y veo, encantada, que casi todo el mundo me devuelve el gesto.

Subo los escalones de Rookhaven, entre los jarrones de hortensias que florecen radiantes, recorro el pasillo lleno de flores y grito con todas mis fuerzas.

—¡Tengo trabajooo!

Oigo de inmediato cuatro gritos y todas acuden a mi encuentro. Coco sale de la cocina, Pia y Julia de la sala de estar y Madeleine del piso de arriba.

Pia:

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué ha pasado? ¡Llevo todo el día intentando llamarte!

Julia:

—¡Pia nos ha dicho lo del bolso! ¡En el periódico!

Madeleine:

—¿Dónde trabajas? ¿Qué harás?

Coco:

—¡Me alegro tanto por ti!

Entramos en la cocina y se lo cuento todo. Que he tenido que perseguir a Cornelia, devolver el vestido, cruzar medio Manhattan hasta el estudio de diseño de Sarah Drake. Y luego les cuento lo del trabajo.

—Ha sido el mejor día —digo—. O sea, no he hecho nada importante, ya sabéis, pero me ha dado un trabajo, un trabajo de verdad, y me pagará y todo. ¡De modo que algo debo de haber hecho bien!

—¡Es fantástico, zorrита! —exclama Pia—. Estoy muy orgullosa de ti.

—¡Yo también lo estoy! —contesto. Cojo un cigarrillo del paquete e intento llevármelo a los labios, pero es tan grande la sonrisa que luzco que se me cae una y otra vez, de modo que decido volver a guardarlo en el paquete. Entonces lo recuerdo—: ¡Eh! ¡Pia! ¿Has dejado el trabajo?

Se muerde el labio y guarda silencio tanto tiempo como resulta humanamente posible.

—No, no he sido capaz. Mi vida está aquí. Mi trabajo está aquí. Me encanta Nueva York, me encanta Brooklyn y, por encima de todo, me encanta Rookhaven. Me di cuenta anoche, al volver a casa. Mi lugar, ahora mismo, está aquí, con vosotras... No sé qué pasará con Aidan, pero este es mi hogar.

—Vaya, ha sido un gran discurso —dice Julia.

—Creía que eras alérgica a la palabra «hogar» —añade Madeleine.

—Siempre he tenido una ligera intolerancia, pero ahora le he cogido cariño.

—Pues yo he tomado la misma decisión esta mañana —digo—. Me he dado cuenta de que no quería irme de Rookhaven, pasara lo que pasase. Y fue entonces cuando vi la portada del *New York Post*.

—Cornelia es una buena pieza, ¿eh? —suelta Julia—. Me pregunto si la habrán fotografiado delante de La Grenouille, tal y como quería.

—Voy a comprobarlo —digo, y saco mi iPhone. Busco «Cornelia Archer» en Google y aparecen de inmediato un par de fotografías de páginas de cotilleos en las que se la ve almorzando con su madre. Ambas visten de Chanel, como dos gotas de agua. Bueno, supongo que Cornelia también ha conseguido el trabajo que quería. Será la chica rebelde de la alta sociedad durante una temporada. Hasta que alguien la reemplace.

Entonces, un poco más abajo en la lista de resultados de Google, veo algo que me llama la atención. Es un vínculo a *Fashionista*, una página de noticias sobre la industria.

¡EXCLUSIVA! ¡Se aclara el misterio de la diseñadora del bolso del baile del Met!

¿Qué diablos?

Hago clic en el vínculo e intento leer toda la página de golpe, pero entonces me obligo a tomármelo con más calma para no perderme ni una palabra.

Identificado de manera equivocada como de Prada, luego de Miu Miu y luego de Rodarte, el bolso de seda dorado que ha estado en el ojo del huracán del escándalo protagonizado por Cornelia Archer en el baile del Met ha resultado ser obra de una nueva y prometedora diseñadora llamada Angie James. Cornelia Archer tiró el bolso, un *clutch* cosido a mano de seda dorada y con asa, cuando un guardia de seguridad le preguntó por su comportamiento errático. Resultado: dos gramos de coca que caen al suelo, ante la flor y nata del mundo de la moda, lo que consolida la posición de Cornelia como la nueva chica mala de la moda, y el bolso se convierte en el accesorio más famoso de toda la velada. Pero ¿quién es Angie James? Corre el rumor de que ha sido la musa de la fotógrafa holandesa de comida Anouk Brams, a quien dejó el año pasado tras un agrio enfrentamiento, y desde entonces no ha vuelto a saberse nada más de ella. Según lo que nos dicen nuestras fuentes, y nuestros instintos, está a punto de presentar una colección.

Lo leo de nuevo: una vez para mí, y luego en voz alta para las chicas.

—Esto es increíble... ¿Quién ha sido? —digo, y las miro a todas—. ¿Zorrita? ¿Has sido tú?

—No —responde Pia—. Te lo juro por Dios.

—¿Julia? ¿Maddy? ¿Coco?

—Como si supiéramos cómo hacer algo así... —suelta Julia.

De pronto se me enciende una lucecita. Solo hay una persona más que sepa que yo hice ese bolso.

Ha sido Sam.

Sam no contesta a mis llamadas.

Así que voy a ir a verlo.

Entro en el edificio de apartamentos de Fort Greene y siento una mezcla de emoción y miedo. Le doy mi nombre al portero, que coge el teléfono.

—Ha venido a verlo una tal Angie James... De acuerdo.

Me acompaña al ascensor e introduce la llave para darme acceso a la última planta. Al menos quiere verme, es una buena señal, ¿no?

Me miro en el espejo para comprobar cómo estoy. Obviamente, antes de salir me he quitado la ropa de deporte de Sarah Drake, me he dado una ducha rápida y me he puesto lo que espero que parezca un conjunto que diga «¿Eres tú mi relaciones públicas?»: una blusa de seda blanca, mis mejores vaqueros, la chaqueta de cuero y botas. Temblaba tanto al pensar en lo que estaba a punto de hacer que apenas podía pintarme la raya de los ojos y al final he acabado quitándome la mayor parte.

Mientras espero que el ascensor llegue al penthouse, con la respiración entrecortada, intento pensar, de nuevo, en lo que voy a decir. Quiero disculparme por haberme ido de ese modo, quiero preguntarle por qué me mintió, quiero darle las gracias por contarle al mundo que el bolso era mío y averiguar cómo lo ha hecho, y quiero... quiero... quiero decir algo que me da miedo solo de pensarlo.

Al final me decido por cuatro palabras.

«¿Podemos hablar, por favor?»

El ascensor llega al último piso, se abren las puertas, respiro hondo, preparo la mejor de mis sonrisas y...

Ese no es Sam.

De pie ante mí hay un chico que no es Sam, pero que me recuerda mucho a él. Tiene el mismo pelo rubio, pero los ojos azul pálido, en lugar de grises, y es un poco más bajo.

—Angie, soy Pete, el hermano de Sam. —Incluso habla como él, pero con un tono mucho menos amable.

Entro lentamente en el apartamento y miro a mi alrededor. No hay nadie más.

—¿Dónde está?

—No tengo ni idea. Acabo de llegar a casa. Faltan muchas cosas de Sam y no me coge el teléfono. Creía que tú quizá sabrías dónde está.

Miro fijamente a Pete y me doy cuenta de que lleva el mismo traje de corte perfecto que Sam llevaba aquel día en el Soho cuando repartí cafés con mi currículum. Y los mismos zapatos: J. M. Weston.

Entonces sí que eran los zapatos de su compañero de piso, como me dijo. No era mentira.

—Este es tu apartamento —digo al final.

—Sí —contesta Pete.

Entonces eso tampoco era mentira. No es el apartamento de Sam.

—¿Puedo hacerte algunas preguntas?

—Dispara —dice Pete mientras mira el teléfono.

—¿Sam ha estado durmiendo en el suelo del apartamento?

—Tiene una habitación. Pero se ha quedado aquí, sí.

—¿Se licenció en Dartmouth?

—Sí. En Matemáticas Aplicadas. —Eso sí que era una mentira. ¡Ja!—. Pero luego se matriculó en la Facultad de Medicina de Dartmouth y tuvo que dejarlo antes de que empezara el semestre. —Ah. Entonces no era mentira. Mierda—.

¿Por qué lo preguntas?

—Solo... intento averiguar algo. Y vuestro padre...

—Va a venir aquí, ahora, para intentar encontrar a Sam. —Pete se pone muy tenso, una clara señal de que no quiere que indague en el tema de la relación entre Sam y su padre—. Así que ayúdame a encontrarlo.

El hecho de haber descubierto que todas las supuestas mentiras de Sam en realidad no lo eran me ha impactado mucho. Solo eran secretos.

De todos modos, ¿cuál es la diferencia entre un secreto y una mentira?

—No sé dónde podría estar —digo mientras esperamos el ascensor—. Sam y yo pasábamos gran parte del tiempo en mi casa, no podíamos hacer mucho... Estábamos sin blanca. —Pete me dirige una mirada extraña. Ah. No acaba de entender el concepto de estar sin blanca.

—¿Adónde solíais ir cuando salíais?

—A cualquier bar donde hubiera comida gratis esa noche.

Pete me lanza esa mirada confundida de nuevo. Nunca ha ido a un bar que sirva comida gratis.

—¡Espera! —exclamo—. ¡Ya sé dónde podría estar! Estaba trabajando para mi vecino, Vic.

—¿Vic? ¿Y a qué se dedica?

—Hum... tiene unos ochenta años. Hace lo que le da la gana.

—Entonces ¿qué hacía Sam para él?

—Pequeños arreglos en la cocina y el baño; y creo que lo ayudó a tirar una pared del dormitorio...

Otra vez esa mirada. Está claro que en su antigua vida Sam no se dedicaba a ayudar a octogenarios de Brooklyn a reformar sus casas.

Salimos a la calle y miro a ambos lados.

—Creo que si vamos por ahí podremos parar un taxi, si no, podemos coger un autobús...

Entonces se detiene un coche ante nosotros, y Pete me abre la puerta. Es el mismo coche en el que me recogió Sam en el parque, la noche que llovía. Claro. Pete tiene un chófer permanente. A fin de cuentas, es el hijo de Roger Rutherford.

—Hum... Bueno, ¿por qué vives en Brooklyn? —le pregunto a Pete, después de darle la dirección al conductor—. Creo que haces algo relacionado con las finanzas, eres banquero o algo así, ¿por qué...?

—¿Por qué no vivo en Manhattan con los demás banqueros? —pregunta enarcando una ceja—. No juzgues un libro por la cubierta, Angie.

—¿Eres un libro?

Me fulmina de nuevo con la mirada. Uau, el hermano de Sam es un capullo arrogante. Tampoco es que a Sam le falte seguridad en sí mismo, pero en cierto modo... En cierto modo en su caso es una seguridad franca y cálida. Es amable. Y atractivo. Y divertido y tonto y guapo y todo lo que quiero y necesito y me encanta...

Dios, lo echo de menos. Espero que podamos encontrarlo. Espero que no haya huido a una isla del Caribe para perderse tres años más.

Miro por la ventanilla, intentando recuperar la compostura. Me siento aterrada, en vilo. En el ascensor, cuando subía al apartamento, estaba tan nerviosa que la adrenalina aún fluye por mis venas. Esta situación es muy rara.

Entonces se me ocurre algo.

¿Y si no quiere verme?

Carraspeo.

—Mira, no sé si debería acompañarte. No estoy segura de que Sam quiera verme. Tuvimos una discusión.

—Lo sé —contesta Pete, que se quita una pelusa de la rodilla.

—¿Lo sabes? —De pronto estoy harta de la arrogancia de Pete—. ¿Qué

demonios sabes?

—Sé que mi hermano te dijo que estaba sin blanca porque no quería tener que hacer frente a la habitual retahíla de preguntas sobre los Rutherford, y porque es un tema que no forma parte de su vida en estos momentos. Sé que dejó un trabajo porque quería verte de nuevo, y sé que se quedó en Nueva York mucho más tiempo del planeado solo para estar cerca de ti.

—Oh —digo con un hilo de voz—. No lo sabía.

Pete me mira y frunce el ceño.

—Está completamente enamorado de ti, Angie. Claro que quiere verte.

—Oh —repito.

Pero por dentro doy saltos de alegría.

—Hoy mismo Sam le ha pedido un par de favores a un amigo de la familia que trabaja en una página web de moda. Esa persona ha llamado a nuestro padre, que me ha llamado a mí, porque quería saber por qué no le había hablado de Sam en los últimos meses.

—¿Por qué creía tu padre que sabrías que había vuelto?

—Sam es mi único hermano, Angie. Es mi mejor amigo. El hecho de que nos dediquemos a cosas distintas no significa que no fraternicemos.

«Fraternizar.» Menuda palabra. Sam nunca la usaría.

—En fin —prosigue Pete—. Tenemos que encontrar a Sam ahora, antes que Rog, y lograr que se vaya de la ciudad.

—¿Que se vaya de la ciudad?

—Mi padre quiere matarlo, Angie.

—¿Te refieres a...?

Pete me mira fijamente.

—Me refiero a matarlo.

—No lo he visto —dice Vic en cuanto abre la puerta.

Si no estuviera tan nerviosa me echaría a reír: Vic miente fatal.

—No te creo —contesta Pete.

—Me da igual. —Vic inclina la cabeza para que los pocos centímetros de altura que los separan parezcan aún más. Entonces me mira—. No deberías haber venido.

—Vic, es muy importante que hablemos con él —digo—. Este es el hermano de Sam.

—¿Eres Pete? —A Vic le cambia la cara y adopta un gesto un poco más cálido—. De acuerdo, pasad.

Pete y yo entramos en el apartamento de Vic. Me produce una sensación muy extraña volver a estar en la habitación en la que hace solo unas noches el agua nos llegaba hasta la cintura. No hay muebles, han arrancado la moqueta y noto un olor químico, a barro, del producto que han utilizado para limpiar el lugar.

—Estaba haciendo la maleta. Me voy a quedar en casa de mi sobrina en Jersey hasta que hayan acabado las reformas —explica Vic. Se da la vuelta, mira a Pete durante unos segundos y asiente con un gesto de la cabeza—. Bueno, ¿qué queréis saber?

—¿Dónde está Sam?

—Ha encontrado trabajo.

—¿Dónde?

—En un yate del que me había hablado, uno que zarpa para Europa. En el último momento les falló un miembro de la tripulación y llamaron a Sam. Ha pasado por aquí para despedirse.

—¿Por qué demonios no me lo ha contado? —pregunta Pete, enfadado.

Vic se encoge de hombros.

—Imagino que no quería que te vieras obligado a mentirle a vuestro padre.

Vaya, es obvio que Sam nunca ha tenido reparos en contarle sus secretos a Vic.

Una vez fuera, me vuelvo hacia Pete.

—Tenemos que ir al puerto de North Cove.

—¿Estás segura de que va a zarpar de allí?

—Me apostaría la vida. No, mejor que eso. Me apostaría el trabajo.

Pete vuelve a dirigirme una mirada extraña. Tengo la sensación de que cree que estoy un poco loca.

Cruzamos el puente de Brooklyn casi en silencio. Pete no se molesta en entablar conversación, se limita a tamborilear con los dedos en los muslos, a tocar y mordisquearse la uña del pulgar, luego baja la ventana, la sube y vuelve a bajarla.

—¡Basta! ¡Basta ya! —exclamo al final, cuando llegamos a Manhattan—. ¡Joder, estás muy tenso!

Pete me mira, apretando los dientes.

—Tengo que encontrar a mi hermano.

—No seas tan melodramático. Yo también tengo que encontrarlo. Tu padre no lo matará.

—¿Estás segura? —Pete hace una pausa muy larga, me mira a los ojos y entonces parece tomar una decisión—. Mira, Angie, por culpa de Sam nuestro padre ha tenido que darle más de la mitad de su dinero a nuestra madre en el acuerdo de divorcio. Sam se había dedicado a espiar a Rog, a sacarle fotos en actitud comprometida. Y se las dio a nuestra madre.

—¿Y? —pregunto—. Tu padre le fue infiel. Sam hizo lo correcto. —Me pregunto si es lo mismo que debería haber hecho yo cuando mi padre me pidió que mintiera. Seguramente.

—Pues resulta que ella también lo había engañado —me espeta Pete—. Hacía años que tenía una aventura con otro hombre. Así que, en realidad, Sam se equivocó. Juzgó la situación antes de conocer toda la historia.

—Ah.

—Mi padre se enteró de todo. Tuvieron una bronca épica. La cosa... se puso realmente fea. De modo que Sam dejó la facultad y pasó por una época algo desenfrenada, luego se fue y no volvió. Nos llevamos menos de un año, es mi mejor amigo. Pero solo sé la mitad de lo que le está pasando. Siempre hace lo que considera correcto.

—¿Como ocultarme su identidad? ¿A pesar de que se suponía que yo era el motivo por el que había vuelto a Nueva York?

—Sí. Probablemente. Me dijo que en una ocasión estuvieron a punto de descubrirlo. El chico ese que fue a la escuela con él, ¿Lev? Se lo encontró en una fiesta en tu casa.

—¿Lev? ¿El compañero de trabajo de Julia? ¿El tipo que llamó «Ruthy» a Sam en la fiesta sorpresa?

—Solían llamarlo así en la escuela. —Pete sonrío para sí, pero enseguida vuelve a poner ese gesto adusto—. La cuestión es que, gracias a ti, mi hermano lo ha pasado fatal en los últimos días.

—Sam me mintió. —Sé que parece que siempre estoy a la defensiva, pero no puedo evitarlo—. Yo se lo conté todo sobre mí, sobre quién era, y él me mintió.

—No te mintió, Angie. Lo único que hizo fue no contártelo todo. Eso no es lo mismo que mentir. Estaba buscando el momento adecuado para hacerlo... Es imposible saberlo todo de alguien desde el primer momento. Nadie lo hace.

Me quedo mirándolo. Tal vez tenga razón. Quizá nunca le cuente a Sam, ni a nadie más aparte de las chicas, lo que sucedió esa noche en el Soho Grand, ni lo que pasó con Hal y Stef. Es mi vida, es mi pasado, y me pertenece a mí.

De modo que ¿me convierte en una hipócrita el hecho de haber juzgado a Sam por lo mismo?

Pete suspira.

—El problema de Sam es que nunca creyó que estuviera haciendo algo mal. Nunca.

—Creo que ahora sí que lo sabe... Se arrepiente de ciertas cosas —digo, y pienso en la conversación que tuvimos en mi cama cuando dormimos juntos—. Una vez me dijo algo del divorcio de vuestros padres... Creo que se arrepiente de haber discutido con vuestro padre.

—¿Dijo eso?

—Dijo que se comportó como un idiota. No, espera, no dijo eso, no como un idiota... sino como un gilipollas.

Pete se ríe por primera vez en toda la noche.

—Sí, eso es cierto... Sam siempre ha sido un chico de principios, siempre era quien lo hacía todo bien. El chico bueno por definición. —Uau. Mi polo opuesto—. Pero a veces también podía ser un gilipollas. Engreído. Y tozudo. Cuando decidía hacer algo, le costaba mucho dar marcha atrás. —Bueno, tal vez no sea del todo mi polo opuesto—. ¿Qué puedo decir? Nos criaron para que fuéramos arrogantes.

—Yo no lo definiría como arrogante —digo—. Dueño de sí mismo, sí. Capaz de mantener la calma bajo presión.

—Creo que los últimos tres años lo han cambiado. Antes mostraba más preocupación por los principios y menos por la gente.

—¡Ahora también se preocupa por la gente! —De repente quiero que Pete sepa lo increíble que es su hermano—. Cuidó de mi compañera de piso, Coco, y de Vic, y... hum, de mí también... —Se me forma un nudo en la garganta y no puedo decir nada más. Sí que cuidó de mí. Y yo tuve rabietas estúpidas sobre novelas románticas y pasé de sus llamadas y torcí el gesto cuando le pidió a Julia que saliera con él, y a pesar de todo cuidó de mí. Me quiso.

Pete está demasiado enfrascado en su propio mundo para reparar en mis

lágrimas.

—Bueno, ahora quiere empezar una nueva vida sin nada en ninguna parte y recorrer el mundo en barco. —Ahora que llevamos un rato hablando de Sam, Pete ya no se revuelve inquieto, se ha aflojado el nudo de la corbata y se ha desabrochado el botón del cuello de la camisa. Se está calmando, es más amable y, de algún modo, me recuerda más a Sam—. Es simbólico. O alguna mierda de esas. Sea lo que sea no lo entiendo, joder... Y dice que luego solicitará una beca para estudiar Medicina en otoño.

—¿Una beca?

—Sí. No quiere aceptar el dinero de nuestros padres, y tampoco el mío, aunque no dejo de decirle que algún beneficio tiene que tener que me convierta en una puta versión en miniatura de nuestro padre. —Miro a Pete, pero no lo dice con amargura, sino con sinceridad.

Dios. Ojalá Sam me hubiera contado algo de todo esto. Aunque quizá las pistas siempre estuvieron ahí y fui yo quien no las vio porque estaba demasiado ocupada pensando en mí misma.

Y ahora no paro de darle vueltas a la cabeza, una y otra vez, pensando en la diferencia entre hacer lo correcto y equivocarse, entre ser una buena persona y una mala persona, entre los secretos y las mentiras. Qué confuso es todo...

La cuestión es que todo el mundo cree que toma la decisión correcta cuando la toma. Pero no es hasta más tarde cuando nos damos cuenta de nuestros errores. Y luego prometemos cambiar, corregir esos errores y enfrentarnos a las consecuencias, o no. Sea como sea, la vida sigue.

Llegamos a la parte baja de Manhattan. Rascacielos infinitos iluminan el cielo nocturno. Millones de lucecitas, millones de personas... Maldita sea, esta ciudad es grande.

Y por fin estamos aquí.

Puerto de North Cove. El lugar donde los yates se unen a los rascacielos, donde Manhattan se une al mar azul intenso.

Pete y yo bajamos del coche y echamos a correr hacia el muelle, y a medida que nos acercamos, veo dos figuras. Se están gritando. Y entonces me

doy cuenta de quiénes son y, de repente, no me acuerdo de cómo se respira.

Sam.

Y Roger Rutherford.

Al principio no entiendo lo que dicen. Solo oigo dos voces masculinas que se gritan muy enfadadas. Aunque estoy a más de diez metros, veo que Sam está disgustado. Oh, Dios, no lo soporto. La idea de que esté sufriendo casi me da náuseas.

Pete se interpone entre ambos y empieza a gritar a su vez, pero yo me mantengo al margen, al final del muelle. Es una escena horrible; entre ellos se ha desatado una furia casi violenta. No me imagino a mi padre o a mi madre gritándome de ese modo. Es como si el padre de Sam lo odiara de verdad. No me extraña que Sam quisiera irse.

—No te atrevas a decirme que no lo sabías...

—Estaba defendiendo lo que creía que era correcto, maldita sea...

—Elegiste un bando y decidiste darme por saco...

—Te dije que no quería volver a verte nunca y lo decía en serio...

—¡Basta! —Pete grita tan fuerte que me duelen los oídos.

Sam y su padre se vuelven hacia Pete, con el rostro crispado por la ira.

—¡Papá, apártate, por Dios! —dice Pete—. ¿Creías que si venías aquí y le intimidabas lograrías que volviera con la familia?

—Creía...

—¡Aún no he acabado! Y Sam, ¿crees que podrías disculparte con papá por haberle causado tantos problemas a lo largo de los años?

—Solo hice lo que creía...

—Pero te equivocaste. ¡Las cosas no eran blancas o negras, Sam, nunca lo son!

—¡No necesito esto! ¡Joder! ¡Por esto me fui!

Sam levanta los brazos, se da la vuelta y se aleja de su familia a toda prisa. Se dirige hacia mí. Nunca lo había visto tan alterado; parece a punto de romper a llorar y gritar y correr, todo al mismo tiempo. Conozco ese sentimiento; joder, es el sentimiento que ha gobernado mi vida durante años.

Entonces, cuando está a unos cinco metros, me ve y se detiene.

—¿Angie?

No puedo contenerme más. Echo a correr hacia él y lo abrazo.

—Lo siento mucho —decimos al unísono.

Inclino la cabeza hacia atrás y lo beso, una y otra vez. Mi cerebro, mi corazón y mi cuerpo están en caída libre, y el único pensamiento que ocupa mi mente es Sam.

En este preciso instante, lo único que quiero es hacerle la vida más fácil y feliz a Sam. Quiero acabar con la tristeza que lo aflige, hacer que todo sea mejor para él, en todos los sentidos posibles.

Es un sentimiento muy extraño, este amor. Resulta abrumador. Quiero proteger a Sam y que él me proteja a mí. Quiero hablar con él y escucharlo. Quiero que todo lo que quiera se haga realidad. No se parece en nada a lo que he sentido antes... Es algo perfecto. Completo. Siempre formará parte de mí, nunca desaparecerá. Pero ahora no tenemos tiempo de hablar de ello.

Lo único que podemos hacer es besarnos.

Así que con cada beso intento decirle que le quiero, que espero que me perdone por haber salido corriendo, que entiendo que su pasado era su pasado y que no quisiera hablar de ello. Intento decirle que lo conozco muy bien, que amo hasta el último centímetro de su piel, que sé que apenas acabo de rozar la superficie de quién es, de lo que quiere y de lo que es capaz de hacer con su vida. Quiero decirle que es mi mejor amigo y mi amor, como no lo ha sido ni lo será nadie más nunca. Y con cada beso, siento que él me dice lo mismo.

—Oh, Angie, me alegro tanto de que estés aquí, tanto... —susurra apoyando la frente en la mía—. Lo siento. Debería habértelo contado todo.

—No, yo siento no haberte escuchado, me equivoqué...

—Quería contártelo, me estaba matando, de verdad...

Entonces me veo arrastrada de nuevo por el calor y la firmeza de sus labios contra los míos, el dulce olor de su piel, la verdad, la fuerza y la justicia que hay en él.

Me aparto un momento.

—El bolso... Ha aparecido en todos los blogs. Es cosa tuya, ¿verdad? Le has dicho al mundo que era mío.

—Le pedí un favor a un viejo amigo de mi padre.

—Y por eso te han encontrado —digo, y miro hacia donde están Rog y Pete—. Por ayudarme.

Sam sonrío.

—Tienes un gran talento, Angie, solo necesitas un pequeño empujón.

—Ya lo he recibido —contesto—. Hoy he encontrado trabajo. Un trabajo de verdad. En moda. —El mero hecho de pronunciar esas palabras me dibuja una sonrisa tan grande que me duelen hasta las mejillas.

—Oh, Angie, es increíble, me alegro mucho por ti... —Sam me atrae hacia sí para besarme de nuevo.

Entonces me aparto y miro a su padre y a su hermano, que siguen discutiendo.

—Tienes que hablar con ellos y lo sabes. Esto no puede quedar así.

Sam me mira fijamente y asiente con la cabeza.

Nos besamos un par de veces más, y aún nos damos un último beso, el de la buena suerte. Luego Sam me coge de la mano y echamos a andar por el muelle. Por primera vez desde hace días, siento una gran paz interior.

—Angie James, este es mi padre, Roger, y mi hermano, Peter.

Los saludo con un gesto de la cabeza, ligeramente incómoda, puesto que sé quiénes son y que en estos momentos no tienen el más mínimo interés en mí.

Sam se vuelve hacia su padre.

—Siento haber sacado esas fotos, papá, siento haber tomado partido por uno de los dos. Es que no me gustaba ver a mamá disgustada; en ese momento me pareció lo más correcto. Me equivoqué. Me arrepiento... de todo.

De repente a Roger le cambia la cara, parece como si alguien hubiera apretado el botón de desinflar, y esa ofuscación beligerante desaparece.

—Lo entiendo, Sammy, de verdad. Siempre has sido un buen chico, siempre has apoyado al más débil... Pero lo que no entiendo es por qué no has podido hablar conmigo ni con tu madre durante tres años. ¡Tres años, y nada! ¡Ni una palabra!

—Creía que no querriais saber nada de mí. Estaba convencido de que seriais más felices sin mí.

—Oh, Sammy... Eso nunca. No he sido feliz desde que te fuiste. Eres mi hijo. Pase lo que pase.

Y así es como acaba la pelea. Roger parece haber envejecido diez años en diez segundos, parece un hombre mayor y triste, y Sam parece, bueno, un hombre joven y triste. Ambos se miran en silencio.

—Tienes muchas canas —dice Sam al final.

Roger sonrío.

—Me gustaría poder echarte la culpa, pero creo que ese honor lo tiene tu madre.

—Ja.

—¿Has hablado con ella? —pregunta Roger.

Sam niega con la cabeza.

—Yo sí —comenta Pete. Roger lo mira sorprendido—. No te lo había

dicho, papá, porque sabía que no te gustaría.

—Bueno, yo también he estado hablando con ella —dice Roger al final—. Es muy feliz, lejos de todo esto... —Señala Manhattan, las luces, los destellos y la riqueza que se alza sobre nosotros—. Pero te echa de menos, Sammy. Habla mucho de ti, mucho. Ha tenido algunos problemas en la rodilla y ha pasado una temporada haciendo reposo, por lo que ha tenido mucho tiempo para pensar... Hemos vuelto a hablar porque ambos estábamos muy preocupados por ti. Pete no nos decía nada, solo que estabas bien y que te las estabas arreglando tú solo.

Sam aparta la mirada y, por un segundo, me parece que está a punto de romper a llorar. Tres años sin hablar siquiera con tus padres. Y mientras tanto, ellos se han hecho mayores, más frágiles y están más solos. Cuando piensas que ya no los necesitas es cuando ellos empiezan a necesitarte a ti.

—La llamaré —dice Sam—. Dile que pienso mucho en ella. Dile que la llamaré. No sé cuándo volveré a tener acceso telefónico, pero la llamaré.

De repente oímos que se acerca una pequeña lancha.

Sam se vuelve.

—Es mi jefe, estamos a punto de irnos —explica, y su rostro se contrae con la angustia—. Papá, Pete...

Pete se inclina hacia delante para besar a Sam y le da unas palmaditas en la espalda.

Entonces Sam se vuelve hacia su padre. No creo que Rog sea el tipo de hombre al que le gusta mostrar abiertamente su afecto, pero me sorprende y le da un fuerte abrazo a su hijo. Le susurra algo al oído, Sam asiente y se aparta.

—Estaré en contacto, ¿vale? Lo prometo.

Sam mira de nuevo a Pete y le dedica un pequeño y gracioso saludo fraternal. Entonces me coge de la mano y me conduce hasta el final del muelle, donde le espera el *Peripety*, el yate que va a llevarlo a la otra punta del mundo.

Al final llegamos al barco en el momento en que la pequeña lancha motora se detiene junto al muelle y el capitán baja de un salto, con una caja de provisiones.

—¡Eh, Sam! Esta es la última. ¿Listo para zarpar?

—Sí, listo. —Sam asiente y adopta esa máscara de tripulante profesional que recuerdo del día que lo conocí—. ¿Me das dos minutos?

—Por supuesto. —El capitán sube a bordo del *Peripety* y desaparece bajo cubierta.

El yate, que parecía tan grande la primera vez que lo vi, ahora parece diminuto. No puede cruzar el océano en eso. No es seguro. No lo es.

Me vuelvo hacia Sam.

—Ten mucho, mucho cuidado, por favor. No puede salir nada mal, ¿de acuerdo? No quiero que te pase nada.

—Te lo prometo. Si pudiera te llamaría seis veces al día, pero la cobertura en el Atlántico es una mierda.

Sam me atrae hacia sí y me besa de nuevo. Entonces me aparto. Tengo muchísimas preguntas.

—¿No podrás usar el móvil en el barco? ¿Y el correo electrónico? ¿Cuánto tiempo tardarás en llegar a Grecia?

—Tres semanas, tal vez cuatro... El dueño del yate no se reunirá con nosotros hasta junio. Luego navegaremos por las islas griegas con él. Y regresaremos en septiembre. Solicitaré plaza en varias facultades. Algunas no están muy lejos, Angie, haremos que funcione...

—Uau. —Cinco meses fuera. Cinco meses es mucho. Y luego ni siquiera vivirá en Brooklyn. De repente noto una desesperada sensación de pánico en el pecho. ¿Y si se olvida de mí? ¿Y si esto es el final?

Entonces oímos un grito procedente del yate.

—¡Sammy, nos vamos!

—¿Nada de correo electrónico? ¿Ni llamadas? ¿Nada? —pregunto cada vez más angustiada—. Te echaré mucho de menos.

—Yo más. —Sam me besa de nuevo—. De vez en cuando podré enviarte un whatsapp y, cuando tenga acceso a internet, te escribiré, ¿vale?

—¿El yate no tiene wifi?

Sam se ríe y me besa de nuevo. Intento no pensar en nada más para centrarme únicamente en lo que siento, en este beso, en la sensación que me embarga al notar sus labios en los míos y su abrazo, para poder recordarlo hasta el último detalle cuando quiera, hasta el momento en que vuelva a verlo.

—Por cierto, esto es para ti. Feliz cumpleaños. —Sam me da una cajita envuelta en papel de regalo—. Hace semanas que lo tengo... Iba a dártelo por tu cumpleaños y contártelo todo. Ábrelo luego.

Cojo el regalo y sonrío.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

Una lágrima me resbala por la mejilla y Sam me la enjuga con ternura con el pulgar. Entonces me besa por última vez, se vuelve y se aleja rápidamente.

Me abrumba el pánico. Oh, Dios, es verdad. Se va.

Al cabo de un segundo, Sam se da la vuelta y vuelve corriendo.

—Otro más —dice en voz baja, y roza sus labios con los míos—. Solo uno más, no quería que ese fuera el último beso. No podía soportarlo. —Me echo a reír y a llorar al mismo tiempo y le devuelvo el beso. Y Sam añade entre besos y susurros—: Me quedo. Pídemelo y me quedo.

—Ni hablar —digo llorando a lágrima viva—. Esto es tuyo. Es lo que querías, lo que necesitas. Tienes que irte. Vete.

Y nos besamos de nuevo, y luego otra vez. Entonces se da la vuelta y, sin mirarme, se dirige hasta el final del muelle y sube a bordo del yate. Lo observo durante unos minutos mientras el capitán les grita instrucciones a él y al resto de la tripulación. Sam obedece con rapidez y decisión, con un aire de intensa concentración.

Al cabo de lo que parecen tan solo unos segundos, el yate se adentra por fin en la oscuridad y observo el hueco que crece entre Sam y yo.

No puedo apartar la mirada del yate, el corazón me late con fuerza, tengo los ojos arrasados en lágrimas y noto una profunda sensación de tristeza en el estómago. Pero por encima de todo lo sé, sé que es lo correcto. Yo tengo que quedarme aquí para encontrar mi futuro. Y él tiene que irse para encontrar el suyo.

«Date la vuelta, por favor, Sam. Mírame, por favor. Solo una última vez.»

Entonces, cuando pienso que ya no es posible, que no volveré a ver su rostro, Sam se vuelve y me sonrío, con el rostro iluminado por las luces titilantes del muelle y los rascacielos que se alzan por encima de nosotros, e incluso desde tan lejos, veo que articula «Te quiero».

Le imito. «Te quiero.»

Cuando la noche por fin ha engullido *Peripety*, me vuelvo. Las lágrimas aún me resbalan por las mejillas. Respiro hondo varias veces y dirijo la mirada a la ciudad que se alza sobre mí.

Siento una extraña tranquilidad. Sam volverá.

Y mientras tanto, yo tengo una vida propia que vivir.

Regreso lentamente hasta el lugar donde se encuentran Pete y Roger, con una leve sonrisa en la cara. Cuando llego junto a ellos, Rog por fin me observa con detenimiento.

—¿No nos hemos visto antes?

—Lo conocí hace varias noches en la Minetta Tavern —digo—. Con Cornelia.

—Ah, Cornelia. Esa muchacha tan traviesa y, sin embargo, ambiciosa —contesta Rog, que asiente—. No creo que vuelva a tener noticias tuyas durante una temporada. Tiene peces más grandes que pescar.

—¿Quieres ir a comer algo, papá? —pregunta Pete.

—Me encantaría —responde Roger, que se vuelve hacia mí—. ¿Te apetece acompañarnos?

—No... hum... gracias, tengo que volver a casa —contesto—. Necesito a mis amigas.

—Coge mi coche —dice Pete—. Yo iré con mi padre.

—Oh, no, no es necesario.

—Es lo mínimo que puedo hacer, Angie —replica en voz baja mientras Rog se adelanta un poco—. Gracias a ti he logrado dar con Sam. Sin ti se habrían matado.

De modo que me despido de los Rutherford y subo a la limusina.

—A Brooklyn, por favor. Union Street. En la esquina con Court Street.

El chófer asiente y al cabo de unos segundos estamos atravesando Manhattan en dirección al puente de Brooklyn. En dirección a casa.

Entonces desenvuelvo el pequeño regalo que Sam me ha dado en el muelle.

Es una cajita cuadrada. En el interior hay un par de pendientes de zafiro.

Y una nota.

Feliz cumpleaños, Angie. Estos pendientes son del color del mar del Caribe en el que te zambulliste el día que nos conocimos. Es probable que los odies. Tu gusto en cuanto a joyas es un punto más de la larga lista de cosas que quiero saber de ti, y que ignoro... de momento. Te quiero, SAM.

Me pongo los pendientes y sonrío, y siento de nuevo esa cálida sensación de felicidad en mi interior. Sam volverá.

Solo me queda una cosa por hacer. Cojo el móvil y le envío un whatsapp a

mi padre. A pesar del modo en que se ha comportado, es mi padre. Y seguramente me necesita tanto como yo a él.

«¿Nos vemos este fin de semana? Creo que deberíamos hablar. Te quiero.
A.»

Entonces me suena el móvil. Un número que no reconozco.

—¿Diga?

—¿Angie James?

—Al habla...

—¡Hola! Soy Edie Jansen. Nos conocimos hace un mes, cuando repartías tu currículum con cafés gratis delante de Maven. Eras tú, ¿verdad?

—Eh... sí...

—¡Yo soy la chica que llevaba la falda de Marni para H&M!

—¡Ah! ¡Hola! —La chica elegante con la cara en punta, ¡la única que me dirigió la palabra!

—¡Genial! Dios, he estado buscando tu currículum por todas partes, no te imaginas el día que he tenido, pero al final ha resultado que lo tenía Cynthia, ¿no es increíble? ¡Quedó impresionada con tu ingenio y por eso lo había guardado! Bueno, pues resulta que he visto en *Fashionista* que el bolso de Cornelia Archer era un diseño tuyo, ¿verdad? Queremos saber si te interesaría colaborar con uno de nuestros clientes. Es una pequeña marca de moda llamada Serafina; ahora mismo es modesta, pero...

—Sí —respondo—. Me interesa.

—¿Te iría bien que nos reuniéramos mañana?

—Ahora trabajo para Sarah Drake. —Intento parecer tan profesional como puedo—. ¿Os iría bien a las siete menos cuarto de la tarde?

—¡Sí! Me encanta Sarah Drake. Espero que podamos colaborar. ¡Sería perfecto! ¡Bueno, *ciao!*

Cuelgo, bajo la ventanilla y observo el paisaje nocturno mientras cruzamos el puente de Brooklyn. Nunca me había sentido tan tranquila y segura de mí misma en toda mi vida.

Estoy justo donde se supone que debo estar. Tengo un trabajo. Tengo una pasión. Tengo unas amigas maravillosas. Tengo un verdadero amor. Tengo una vida. Tengo grandes planes y gente de la que cuidar. Nunca estoy sola. Soy feliz.

Aquí es donde empieza todo.

Agradecimientos

El problema de escribir estos agradecimientos es que todo lo que escribo suena a tópico. Así que finjamos que no es así, ¿de acuerdo? Bueno. Bien.

Gracias a Vicki Lane y a Dan Weiss, de St. Martin's Press, y a mis agentes, Jill Grinberg y Laura Longrigg por... ah, por todo.

Gracias a todas mis amigas. Y por todas esas veces que [introducir AQUÍ algún acontecimiento significativo relacionado con la amistad]. Y a Hawk, por explicarme con exactitud lo que podía provocarle una sobredosis a Coco. Es un médico fantástico y muy divertido.

Gracias a todos los que leísteis *Chicas de Brooklyn* y me escribisteis por e-mail para decirme que os había encantado. Sois mis animales espirituales. (No sé qué significa eso exactamente, pero suena gracioso.) Y por encima de todo, gracias a mi pequeña y adorable familia por ser perfecta. Os quiero.

Gemma Burgess creció en Singapur y Hong Kong. Durante diez años trabajó como redactora creativa en una agencia de publicidad en Londres. Actualmente vive en Nueva York con su marido y sus dos hijos pequeños.

Además de novelista, también es guionista y escribe artículos para revistas de moda. Es autora de *The Dating Detox*, *A Girl Like You* y la serie «Chicas de Brooklyn»